

A woman with reddish-brown hair is lying on her back in a lush field of various flowers, including purple lavender, red poppies, and yellow wildflowers. She is wearing a blue top and has her eyes closed. A hand is visible holding a dandelion seed head near her face. The scene is vibrant and colorful, with a mix of green foliage and bright flower colors.

Luane Milos

**EL LABERINTO
DE KAT**

El laberinto de Kat

Luane Milos

Título original: El laberinto de Kat

© 2024, Luane Milos

ISBN: 978-3-9823253-5-4

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización de los titulares del copyright.

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

© Salinamar Ediciones — Böllinger Str. 37, Heilbronn

Todas las situaciones y los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia. Las marcas, nombres artísticos, títulos de canciones y personajes usados como inspiración por la autora para este libro han sido tratados con el máximo respeto y pertenecen a sus legítimos dueños.

Contacto: luanemilos@gmail.com

Sígueme en Instagram, Facebook, X: Luane Milos @luanemilos

“Para salir de un laberinto lo único que tienes que hacer es mantener una mano en contacto constante con la pared derecha y seguir avanzando hasta que encuentres la salida”

Regla matemática de Katie Steckles

Dedicado a mis hijos con todo mi amor

Índice

Catálogo de personajes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

CATÁLOGO DE PERSONAJES

Katia Bauer (Katy, Kat): Protagonista femenina. Nacida en Fráncfort del Meno, Alemania. Es una joven amante de la naturaleza, emprendedora y empática, pero demasiado confiada como para darse cuenta de que la están engañando.

Érick Feldmann: Protagonista masculino. Tiene una granja en las montañas del Taunus, cerca de Fráncfort, donde cultiva productos ecológicos. De carácter serio y trabajador, llama la atención por su atractivo físico. Tiene un hijo pequeño llamado Nicolás (Nico) y un perro fiel, Dexter.

Nicolás Feldmann (Nico): Es el hijo de cuatro años de Érick Feldmann. Es un niño silencioso, miedoso y retraído.

Dexter (Dex): Es la fiel mascota de la familia Feldmann.

Maik Tempel: Prometido de Katia. Es programador informático. Llevan tres años de noviazgo.

Eleonora Feldmann (Nora): Era la esposa de Érick y la madre de Nico.

Elke Sappel: Es la tía de Érick Feldmann y, por ende, la tía-abuela de Nico, a quien pretende proteger a toda costa. Vive en su propia casa, muy cerca de la granja de su sobrino.

Deborah (Debby): Es la mejor amiga de Katia, que la considera la hermana que nunca tuvo y confía en ella al 100%.

Glenda Leitner: Compañera y amiga del trabajo de Katia. Su marido tiene problemas con la bebida.

Bianca Koch: Compañera de trabajo de Katia en el supermercado. Es una joven rubia, simpática y coqueta.

Marlene Franke: Compañera de trabajo de Katia en el supermercado. Está casada y tiene dos hijos, uno de diecisiete años.

Nele Auer: Compañera de trabajo de Katia en el supermercado. No se llevan bien. Le gusta criticar a sus compañeras cuando no están presentes y, a pesar de mostrarse ante todos como una persona agradable, se comporta de forma engreída y desdeñosa con Katia.

Eliza Wanke: Funcionaria de la Oficina de Empleo. Fue al mismo colegio que Katia, aunque no coincidieron en la misma clase.

Señora y señor Abele: Dueños de un puesto de frutería en el Mercado de Fráncfort.

Dorit Helbig: Directora de un centro de acogida de personas sin techo. Señora mayor de carácter bondadoso y acogedor.

Udo Fischer: Gerente del supermercado donde trabaja Katia. Personaje estricto, intransigente y colérico.

Doctor Arlenbach: Neuropediatra.

Eduardo Díaz (Edu): *Logopeda - Terapeuta del Lenguaje* originario de Navarra, España.

Profesor Becker: Profesor de Katia en la Facultad de Psicología.

Jana Mais: Educadora infantil de melena pelirroja, muy interesada en la salud de Nico y, sobre todo, en el bienestar del padre del niño.

Lina y Marius: Jardineros.

Dorothea Engels: Psicóloga infantil.

Ulrike Femiano: Psicóloga perinatal.

Kurt Missing: Abogado, amigo de Érick desde la infancia.

“También los ángeles deben nacer”

CAPÍTULO 1

Viernes 13
Fráncfort del Meno, Alemania

El extraño tatuaje, que cubría por completo la cabeza rapada del pasajero que acababa de entrar al vagón, brilló bajo la iluminación LED.

El tipo no venía solo. Le seguían otros *skinheads* ataviados con chupas de cuero y gestos bruscos e intimidatorios.

“¡Qué mala suerte!”, pensó ella sintiéndose un poco atemorizada.

De una rápida ojeada a su reloj, Katia Bauer comprobó que eran las cinco y cuarto de la madrugada. Solo le quedaba una parada para bajar del metro.

Apartó la mirada de aquellos “busca broncas” y juró por lo bajo echando chispas de rabia. “¿Por qué contesté al maldito teléfono?”, se regañó a sí misma.

Había estado durmiendo tan profundo que creyó que sería su novio Maik quien la llamaba a esas horas tan intempestivas, en cambio había sido su jefe en plena crisis de ansiedad.

Katia estaba contrariada y con razón, porque ese no era un día cualquiera.

Era el día más esperado de toda su vida. Con el que había soñado desde que era una niña. ¡Por fin había llegado el día de su boda!

¡Y su jefe lo sabía!

¿Cómo se atrevía a obligarla a ir a trabajar en una fecha tan señalada? Katia no lo entendía. Cerró los ojos para detener el picor que anunciaba el llanto inminente porque no quería llamar la atención.

El metro se puso de nuevo en marcha. El vagón en el que ella iba estaba casi vacío. Los *skin* habían ocupado la zona del centro, asentando sus gruesas botas sobre el mobiliario mientras vociferaban entre ellos de forma ininteligible y bebían de sus botellas de alcohol.

Katia se relajó un poco. No parecía que estuvieran buscando jaleo.

Volvió a pensar en su jefe y se sintió de nuevo indignada al recordar la voz amenazante de Udo cuando le ordenó, de muy malos modos, que fuera a trabajar de inmediato porque muchos de sus trabajadores se habían enfermado. Si ella se negaba, la despediría “ipso facto”.

Katy no tenía otra opción.

No podía quedarse sin trabajo en esos momentos. Había tenido tantos gastos con la boda, que ya no le quedaban ahorros en el banco. Así que, a pesar de que oficialmente estaba de vacaciones, no había tenido más remedio que ceder.

Sin tiempo para preparar nada, se le había ocurrido que lo mejor era llevar consigo todo lo que ella creía que iba a necesitar para arreglarse en el apartamento de su mejor amiga, Deborah, porque ya no le iba a dar tiempo de volver a su piso a vestirse después de la peluquería.

Por esa razón estaba ella ahí, a altas horas de la madrugada, llevando el bolso más grande que tenía repleto con todo lo que se suponía que iba a ser indispensable para su boda, además de su vestido de novia, bien guardado dentro de un portatrajes negro.

En cuanto llegara al trabajo, lo guardaría todo en su taquilla, a buen recaudo. Solo esperaba que su vestido no se le arrugara mucho. “Quién sabe si la plancha de vapor de Debby funciona”, meditó un poco preocupada.

No era precisamente así de mal como Katia pensaba que iba a empezar el día de su boda, que tenía que ser único y especial, pero, al menos, había conseguido que Udo la dejara salir a las diez de la mañana para poder llegar a su cita con la peluquera.

Los vozarrones del grupo de borrachos fueron en aumento.

Katy clavó su mirada en el cristal de su lado desde donde podía controlar el reflejo de ellos sin llamarles la atención. Tras los ventanales solo se apreciaba la negrura de los túneles oscuros por los que circulaba el metro, justo debajo de la ciudad de Fráncfort.

La próxima parada ya era la suya. Se bajaría por la salida que tenía justo detrás de ella, para no tener que pasar por delante de aquellos energúmenos.

De pronto, uno de ellos, que tenía una cara parecida a la de un gorila albino marcada por una larga cicatriz, se puso en pie de un salto en medio de las risas estruendosas de sus amigos. Le jaleaban animándole para que hiciera algo que Katy no llegaba a entender desde el nicho donde se encontraba ella, acurrucada entre sus bolsas.

En medio del alboroto, sus camaradas se pusieron en pie para rodearle y, entonces, con un grito casi inhumano, tomó impulso agarrándose de las barras laterales para abalanzarse con sus extremidades enfundadas en unas enormes botas de suela metálica contra el vidrio de una de las puertas. Los gritos bestiales de júbilo, al ver que su colega había conseguido hacerla añicos, retumbaron por todo el vagón.

Katia no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Amedrentada, se aferró a las cosas que llevaba con estremecimiento mientras el metro chirriaba de forma estridente al reducir su velocidad de forma drástica en medio del túnel.

Animados por la gran hazaña que acababan de lograr, el grupo de vándalos empezó a dar saltos y a correr de un lado a otro del vagón dando patadas y golpes a diestro y siniestro, creando el pavor entre los pocos viajeros que tuvieron la mala suerte de compartir con ellos el viaje.

Poseídos por una fuerza brutal e irracional, algunos de ellos empezaron a empujar el vagón por uno de sus lados de forma salvaje hasta que consiguieron hacerlo balancear peligrosamente entre bramidos eufóricos y alaridos exaltados.

De repente, el gorila albino se fijó en ella al pasar y se dejó caer como un saco de patatas en el asiento vacío que estaba a su lado. Katia se atrevió a mirarle, aterrorizada, sabiendo que no tenía salida.

—¿Qué hace una muñequita como tú viajando sola con tantas cosas? ¡Déjame que te ayude! Su mirada maliciosa era tan asquerosa como su aliento.

Aunque temblaba de arriba a abajo, Katy no pudo evitar sentir deseos de escupirle en la cara a ese imbécil, pero se limitó a agachar la cabeza para agarrar con más fuerza los bultos que llevaba consigo.

Para su desesperación, iban tan lentos que parecía que el metro no avanzaba nada. “¡Oh, por favor! Si consiguiéramos llegar ya la próxima parada podría empujar a este baboso para salir de aquí corriendo”, rogó en su interior.

Como era fácil de imaginar, el tipo no cedió en su intento de amedrentarla y empezó al instante a tirar con todas sus fuerzas del portatrajes, donde Katia llevaba su vestido de novia,

hasta que consiguió arrebatárselo haciéndole daño a ella en la mano.

—¡Devuélvemelo!

Katy dio un salto enfrentándose al cabeza rapada, que había empezado a jugar con sus amigos a tirarse el bulto unos a otros, burlándose de ella.

—A ver que tienes aquí tan bien escondido...

Uno de aquellos delincuentes había empezado a abrir la cremallera de su portatrajes cuando Katia logró atisbar las luces de la siguiente parada. Sudaba de arriba a abajo, de miedo y de desesperación. El vestido le había costado un dineral y era tan bonito y delicado que Katy estaba segura de que se rasgaría en miles de sedosos retales al contacto con las sucias garras de aquella bestia zafia y maleducada.

Se mordió los labios sin saber qué hacer, sintiendo cómo se le saltaban las lágrimas de impotencia. El grupo de vándalos se había reunido alrededor de su vestido atraídos por una malsana curiosidad. Iba a ser imposible recuperarlo.

—¡Pero si es un vestido de princesa! ¿Ya estamos en carnavales?

El muy cerdo le dedicó una sonrisa malévola levantando el vestido sin ningún cuidado para que lo vieran todos. Su amigotes se doblaban de la risa.

—Devuélvemelo... —balbuceó ella a punto de ponerse de rodillas para rogarle que no se lo rompiera. Por el rabillo del ojo vio que ya estaban a punto de llegar a la parada y que la policía estaba ahí. Decidió, entonces, callarse y esperar a ver qué pasaba.

—¿Que te lo devuelva, princesa?

Las carcajadas de los amigos eran atronadoras. El tipo narizón la seguía retando con la mirada cargada de sorna, sosteniendo su vestido en alto, cuando las puertas que estaban a su lado empezaron a abrirse.

—Pues... ¡atrápalo si puedes!

Para sorpresa de todos, lanzó las cosas de Katia hacia afuera, de forma que hicieron un arco a cámara lenta por los aires, hasta caer sobre los policías armados, que estaban esperando en el andén, mientras los vándalos se escabullían a toda velocidad por el pasillo del vagón y salían por la última puerta, que otro de ellos mantenía abierta para que pudieran salir todos huyendo.

Cuando les vio marcharse, Katia agarró el bolso que había escondido con disimulo debajo de la silla y salió a toda prisa por la puerta por donde su vestido había desaparecido de su vista. En el andén ya no quedaba casi nadie pues la mayoría de los policías habían salido corriendo para perseguir a aquellos delincuentes.

Miró a todas partes con desesperación y cuando lo encontró tirado de malos modos a un lado de la entrada, sobre el suelo polvoriento, se apresuró a recogerlo para comprobar en qué estado había quedado.

Unos policías uniformados aparecieron junto a ella en ese momento para tomarle declaración de lo que había pasado. Katia tenía la vista nublada por las lágrimas y estaba temblando todavía, pero le tranquilizó un poco la presencia de los agentes, que la hicieron sentar en un banco y le ofrecieron un botellín de agua al ver lo nerviosa que ella estaba.

Les contó todo lo que acababa de ocurrir, ellos le informaron de su derecho a denunciar y, finalmente, rechazó la oferta de uno de los policías de llamar a los servicios médicos para que comprobaran si tenía una crisis nerviosa. Lo que menos necesitaba en ese momento, era seguir perdiendo el tiempo.

En cuanto pudo, se marchó corriendo lo más rápido que pudo y cuando llegó casi sin aliento al supermercado donde trabajaba se encontró con Udo, su jefe, que la esperaba con un ataque de ira porque ella había llegado casi una hora más tarde de lo acordado.

Aunque Katy le intentó explicar lo que le había pasado, su jefe estaba demasiado enfadado como para oír sus “excusas” y quería que ella empezara a trabajar cuanto antes.

A solas en el cambiador, se fijó mejor en los daños que había recibido su carísimo vestido. Tenía algunas costuras desgarradas y estaba algo sucio de polvo, pero en general, parecía en buen estado. Como pudo, le sacudió el polvo y lo limpió para que no se notaran tanto las manchas de suciedad. Después, aprovechó para enviarle un mensaje de voz rápido a su amiga Debby para que tuviera preparado hilo y aguja para cuando ella llegara.

—¡Hay que ver! ¡Qué mala suerte! —, se quejó en voz casi inaudible al cerrar su taquilla. — Menuda mañana de mierda llevo...

—¿Por qué? ¿Qué te pasó?

Nele, la metomentodo, la miraba con extrema atención.

“¡La que faltaba!” La animadversión que sentía hacia esa “intrusa” era tan grande que Katia, incluso, había cambiado todos sus turnos para no tener que coincidir con esa mujer y sus constantes críticas malintencionadas de todo el mundo. Tragó saliva y le mostró su mejor sonrisa. Lo menos que quería era tener de enemiga a semejante víbora.

—Nada, nada. Todo está bien.

—Pues tu vestido de novia está un poco venido a menos, ¿no? —Nele clavó sobre ella su penetrante mirada bañada con un brillo de alegría socarrona.

—¡Ah! Lo viste. Es que tuve un accidente con él, pero creo que puedo...

—Eso te pasa por no haberme invitado a tu estúpida boda. ¡Jódete!

Le sacó la lengua y se dirigió arrogante hacia la salida, dándole la espalda a Katia, como si todo estuviera dicho.

El sonido de llegada de un mensaje la sacó de su estupor. No pensaba hacerle caso a Nele y a sus provocaciones, concluyó antes de mirar la pantalla con rapidez.

“Eso está hecho”, leyó el mensaje que le acababa de mandar Deborah.

Katy sonrió feliz, como si le hubieran acabado de quitar un enorme peso de encima. ¡Qué suerte tenía de tener a Debby en su vida! Siempre tan atenta y dispuesta a ayudar en todo momento, tanto a Maik como a ella.

Se colocó el chaleco con el logotipo del supermercado y se dirigió al almacén a grandes pasos, contenta de poder contar con su mejor amiga, siempre a su lado. Sin ella, Katy no sabría qué hacer en su vida. Desde que sus padres habían muerto, ella había sido, junto a Maik, uno de sus máximos apoyos y ese día, su querida Debby iba a ser su madrina de boda.

El estómago le dio un salto de emoción al recordar su inminente enlace y le recordó además, que aún no había tenido tiempo para desayunar nada. Lo malo era que tenía que empezar a trabajar sin más dilaciones porque su jefe tenía muy malas pulgas cuando estaba enfadado y Katia necesitaba renovar el contrato para continuar trabajando, por lo menos unos meses más, hasta terminar sus estudios de Psicología.

El murmullo de sus compañeras de trabajo reunidas llamó su atención.

—¿Qué pasa? —, le preguntó a Glenda con curiosidad.

—¿No le ves? ¡Ya está aquí! —Le resplandecieron los ojillos oscuros mientras le susurraba a Katia con complicidad.

—¿Quién? —Katy también bajó el tono de su voz siguiéndoles el juego y mirando en la dirección a la que ellas le señalaban con disimulo.

—¿Quién va a ser? ¡El tío bueno de las manzanas! —Bianca jugueteaba con su largo cabello rubio esperando atraer la atención del señor Feldmann, el sexy proveedor de las manzanas ecológicas.

—¡Ah! Ese... —Sonrió y empezó a cargar cajas sobre un palé de madera para no perder más el tiempo.

Era verdad que era un hombre muy atractivo, pero demasiado serio y distante como para ser su prototipo de hombre. Maik, en cambio, la hacía reír y ella sabía que con él sería feliz el resto de su vida.

—Claro, como tú ya encontraste a tu gran amor, te puedes hacer la dura. ¿Es que no te parece guapo, Katy? A mí se me cae la baba nada más verle. —Marlene hizo como si se limpiara la boca con gestos tan exagerados que causaron la risa de todas.

—Desde luego que me parece guapo, no estoy ciega. Pero, tú lo has dicho, yo ya tengo pareja... y tú también, por cierto.

—¡Bah! Después de veinte años con el mismo hombre, no estaría mal hacer un cambio. ¡Ay, si el tío bueno de las manzanas me mirara con esos tremendos ojazos azules que tiene y me dijera: “Ven”, yo le diría: “¡Tómame aquí mismo!”

Katia se unió a las carcajadas de sus compañeras de trabajo mientras salía del almacén con las primeras mercancías que debía de reponer.

A pesar de que le molestaba todavía la mano en la que había recibido el tirón, y que le recordaba el mal rato que había pasado aquella mañana, consiguió establecer un ritmo rápido para conseguir salir a tiempo sin que Udo le pusiera problemas.

Lo mejor era que había conseguido evitar con éxito la cercanía de la pesada de Nele y, a pesar de que ya eran casi las diez de la mañana, no había tenido ni hambre ni tiempo para desayunar. Al salir se compraría en la panadería un croissant y un café para llevar.

De repente, una clienta acompañada por su hijo pequeño llamó su atención.

—Perdone, señorita, necesito llevarme toda esta caja de patatas.

Señalaba el enorme cajón donde se apilaban las bolsas de 1,5 Kg.

—¿Cómo dice?

—Es que tengo un restaurante y necesito muchas patatas. ¿Podría ayudarme a llevar toda esta caja para pagarla y cargarla en mi camioneta? ¿Habrán cien kilos o menos? ¿Tendría que pesarlas antes a pesar de que vienen empaquetadas en sus bolsas de malla? ¿Cuántos kilos lleva cada bolsa, por cierto?

Katia se detuvo un instante a pensar. Si se ocupaba ella misma de ese pedido, probablemente iba a tardar bastante tiempo en salir del trabajo y llegaría tarde a la peluquería.

—Espere un momento, por favor. Voy a avisar a un compañero para que venga a ayudarla con una carretilla elevadora.

—¿Un compañero? ¿Es que este trabajo no lo puede hacer una mujer?

—Desde luego que sí. Voy a ver a quién encuentro, no se preocupe. —Katia movió sus manos en un intento de tranquilizar a la extraña y exasperada compradora. Dio un paso para irse en busca de un colega, pero entonces la clienta la detuvo.

—Déjeme que le diga que yo soy mujer y puedo hacer exactamente las mismas cosas que mi marido. Manejar una carretilla elevadora no tiene mayor dificultad que la que usted se imponga a sí misma en su cabeza. ¿Sabe?

—Señora, claro que sé como usar una carre...

—Estoy harta de ese tipo de mujeres que para todo se apoyan en los hombres, como si fueran damiselas desvalidas, imposibilitadas para existir sin el macho alfa que las lleve de la mano como si fueran un perrito faldero.

—Bueno... No se pase, señora. Le estoy diciendo que voy a buscar a alguien que le ayude porque yo no puedo en este momento.

—¿No puede o no quiere? ¿No se da cuenta del flaco favor que le hace a las mujeres si por cualquier dificultad minúscula va en busca de un hombre para que le solucione los problemas?

Katia tenía ganas de mandar a callar a esa persona arrogante y engreída, que le estaba haciendo perder el tiempo, pero vio de refilón que Udo las contemplaba con gesto de preocupación desde su despacho acristalado. Lo mejor era no perder la calma y seguirle el cuento a la loca de turno que le acababa de tocar, se dijo.

—No puedo ayudarla porque mi turno está a punto de terminar. Y los turnos laborales, como todo el mundo sabe, están protegidos por la Ley de los Trabajadores, que en este caso es igual para hombres y para mujeres. Lo siento mucho, señora.

Se giró para irse al almacén cuando se fijó en que el hijo de esa mujer estaba tirando los paquetes de frutos secos al suelo y saltaba sobre ellos.

—¡Para, niño! ¿Qué haces?

Katia se abalanzó sobre el mocoso y le apartó con cuidado.

—¡Usted no toque a mi hijo!

—¡Disculpe! Pero tiene que cuidar mejor a su hijo. No se puede dejar que los niños destrocen las cosas ajenas.

—Usted no es quién para decirme cómo criar a mi hijo.

El niño, que debía de tener unos tres o cuatro años, se agarró a la mano de su madre y se quedó mirando a Katia con la misma expresión contrariada que su progenitora.

—Tiene razón. —Katy decidida a callarse para no perder más el tiempo, se dio media vuelta y se alejó por el pasillo seguida por la madre enfurecida y su hijo travieso.

De pronto, alcanzó a ver a uno de sus compañeros y a Katia se le abrió el cielo.

—¡Thomas! ¿Puedes encargarte de este pedido, por favor?

Casi corrió para alcanzarle y zafarse de la insistencia de esa mujer, que no dejaba de perseguirla con su alegato a voces sobre feminismo y maternidad, arrastrando a su hijo lloriqueando detrás de ella.

—Claro, Katia. Dame un minuto.

Para su consternación, Thomas desapareció entre los pasillos y, en su lugar, vio acercarse a Nele con sus andares de vaquero malhumorado del Lejano Oeste.

“¡Oh, no!” Katy se dio la vuelta alarmada pensando que tenía que desaparecer de ahí antes de que llegara Nele y empezara a darle la razón, de manera interesada, a esa extraña cliente.

—Mire, señora, yo me tengo que ir, pero mi compañero ya está avisado y dentro de un momento viene a atenderla. ¿De acuerdo? —Habló de forma apresurada sin dejar de vigilar con disimulo a su compañera de trabajo.

Al no escuchar respuesta alguna, Katia volteó a mirar por última vez a la cliente, con intención de marcharse, pero se quedó clavada en el mismo sitio donde estaba, paralizada por el susto que se llevó al reparar en el rostro transfigurado de aquella señora, cargado de un odio visceral y rencoroso, que Katy solo había visto antes en películas de terror.

Paso a paso, la cliente empezó a acercarse a ella hasta que estuvo a unos pocos centímetros de su cara y, entonces, con una voz arrastrada y gutural, le espetó:

—No solo es usted una mujer dependiente y aprovechada, si no también una holgazana, maleducada, petulante y manipuladora. Una vergüenza para la sociedad y un desprestigio para este supermercado —. Le clavó el dedo índice en el pecho con los ojos inyectados en sangre.

Cualquiera hubiera intentado quitarse de encima a una persona desconocida tan avasalladora, pero Katia tuvo miedo... por su trabajo, por la locura de esa mujer, por la cercanía de Nele.

Dio un paso atrás, sin darse cuenta de que el hijo de la chiflada se había sentado justo detrás

de ella, y entonces perdió el equilibrio, con tan mala suerte que fue a caer sobre una torre de frascos de cristal de tomate triturado, que cayeron al suelo al igual que ella, rompiéndose y desparramándose por todos lados.

Katia sintió un dolor agudo en el brazo izquierdo y se tragó un grito lastimero para no llamar todavía más la atención.

Para su desgracia, en un abrir y cerrar de ojos se presentó Udo delante de ella pidiendo explicaciones y escuchando las mentiras que le estaba soltando la clienta enajenada, que intentaba convencer a su jefe de que Katia se había caído “por arte de magia”.

—Su empleada no quiere ayudarme con mi pedido para mi restaurante. Como comprenderá, yo, con mi hijo pequeño, no puedo hacerme cargo. Eso es cosa de hombres, le dije yo. Pero su empleada empezó a insultarme, diciéndome que yo soy poca mujer y que no tenía tiempo para atender mis tonterías. —La clienta, cual actriz de teatro, empezó a lloriquear y a lamentarse de forma exagerada mientras Katia intentaba incorporarse sin hacerse daño con los cristales, manchada completamente de puré de tomate.

—¿Qué?! —Udo no daba crédito a lo que oía.

—Yo estaba aquí y lo escuché todo. Esta pobre señora tiene razón, Udo. ¡La estaba insultando! Como Katia tiene prisa, ya sabes para qué... —elevó las cejas de manera significativa—, se la estaba quitando de encima. Con decirte que, por salir corriendo, se llevó por delante la torre de salsas de tomate, te digo todo. —Nele parecía regocijarse con su mentira.

—Eso no es verdad, Udo. Déjame explicarte lo que realmente pasó.

—¡Sí que es verdad! ¡Si hasta le dio un golpe a mi niño para quitarle de en medio! ¡Nunca nos habían tratado tan mal en ninguna parte!— la clienta la acusó a gritos quejumbrosos, mientras tomaba en brazos a su hijo, que se había metido su dedo pulgar en la boca y les miraba asustado.

—¿Te crees que soy tonto? ¿O qué? ¡Estás despedida! ¡No vuelvas a aparecer por aquí! —La cabeza de Udo se había enrojecido de la ira y parecía echar espumarajos por la boca mirando el desastre que Katia le había formado.

—¡Vamos, hijo!—La loca abrazó más a su pequeño, como queriendo protegerle de las agresiones de la empleada y desapareció con él como un rayo, dedicándole a Nele una última mirada cómplice, que a Katia no le pasó inadvertida.

Katy abrió la boca, desencajada por la sorpresa, mirándola con incredulidad, pero solo recibió una sonrisa altiva por parte de Nele, antes de darse la vuelta y desaparecer por donde había venido.

—¡Y todo este desastre lo vas a pagar tú! ¡Largo de aquí, he dicho! —Vociferó Udo, alejándose a grandes zancadas hacia su despacho.

A Katia le dolía el brazo terriblemente. Haciendo un esfuerzo, se puso en pie y se dirigió al baño. Allí se lavó como pudo, llorando de impotencia al ver que no solo se había hecho varios cortes en las manos sino que, además, el brazo se le había hinchado mucho a la altura del codo y casi no lo podía mover. Tendría que ir al hospital.

CAPÍTULO 2

De nada le había servido llamar a un taxi para ir más rápido porque habían pillado un atasco que les retuvo algo más de media hora, aunque a Katy le parecieron horas.

Después tuvo que aguardar muchísimo tiempo en la sala de espera del servicio de Urgencias del Hospital, con su enorme bolso y el portatrajes apretujados debajo de la incómoda silla de plástico en la que había conseguido sentarse.

Lo primero que hizo al llegar fue llamar a Maik. Llevaba sin verle desde el día anterior porque él se había empeñado en que traía mala suerte que los novios durmieran juntos la noche previa a la boda y había resuelto salir con sus amigos después del trabajo para celebrar su última noche de soltería.

A Katia le había parecido una tontería su comportamiento supersticioso, pero Maik le había respondido, haciéndose el ofendido, que él más bien se consideraba un hombre romántico.

Así que ella no pudo seguir convenciéndole para que no la dejara sola la última noche y, lo peor, ya había sido casi imposible contactar con él durante todo el día anterior. A última hora y con un simple mensaje de texto, que rezaba: “Buenas noches, tesoro”, se había despedido de ella la noche anterior y, desde entonces, no había vuelto a saber nada de él. ¡Qué ganas tenía de contarle todo lo que le había pasado! ¡Ojalá pudiera venir a acompañarla al Hospital! Eso sí sería un acto romántico...

—¿Hola?

Por fin, su novio le estaba contestando.

—¿Maik? Hola, mi amor, menos mal que te...

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Parecía que no había buena conexión.

—¡Soy yo! Te estaba... —Katia alzó la voz, llamando la atención de todos los enfermos que estaban sentados, tan taciturnos como ella, en la sala de espera.

—No oigo nada.

—No, no cuelgues. Soy Katy.

De repente, se empezaron a escuchar ruidos en la línea.

—Joder, se me rompió el teléfono. Lo que me faltaba... con todo lo que tengo que hacer. — Le escuchó maldecir.

El pitido en el auricular del teléfono le dio a entender que se había cortado la comunicación.

Desesperada, Katia llamó de nuevo al número de su novio lo más rápido que pudo con una sola mano. Contuvo el aliento e intentó reprimir el sentimiento de que algo iba mal, hasta que escuchó la conocida voz femenina que le indicaba que el teléfono marcado no estaba disponible en esos momentos.

Insegura, volvió a intentarlo y se encontró con más de lo mismo, así que le escribió un mensaje de WhatsApp diciéndole dónde estaba y pidiéndole que la llamara en cuanto pudiera.

Cuando le tocó su turno para ser atendida era ya casi mediodía. En todo ese tiempo había

intentado contactar con Maik en varias ocasiones, pero había sido imposible. “Vaya, ¡qué mal día para que se le rompiera el móvil!” Katia ya empezaba a pensar que la célebre mala suerte del viernes trece se estaba ensañando con ella.

—Tiene el brazo muy inflamado. Vamos a hacerle una radiografía para ver si se ha fracturado el hueso. ¿Le duele aquí?

El médico que la atendía le movió el brazo sin miramientos, de forma que Katia sintió que el dolor le atravesaba todo el cuerpo.

—¡Sííí! Me duele un montón... ¿Cree que está roto? —Era lo único que le faltaba.

—Eso lo sabremos dentro de un rato.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Hola estamos a full. Con suerte, antes de una hora sabremos el resultado. Entonces veremos si tenemos que operar o no. —Su atención se dirigió hacia los documentos que reposaban en su mesa—. Veamos: No tiene ninguna enfermedad congénita ni tampoco alergias conocidas. Y... ¿eh?

El doctor levantó la ceja perplejo cuando vio el signo de interrogación en el historial clínico que Katia había rellenado previamente.

—¿Que quiere decir esto? Que no sabe si está embarazada, ¿o qué?

Se la quedó mirando interrogante, con el bolígrafo preparado para escribir su respuesta con diligencia.

—Yo... esto... Tengo un pequeño retraso, pero no creo que yo esté...

—Vamos a hacerle unas pruebas para salir de dudas.

Musitó algo a la enfermera que les acompañaba y se puso en pie, despidiéndose raudo de las dos con un murmullo ininteligible que sonó a un “hasta luego”.

Katia miró hacia la enfermera, que ya le estaba tendiendo un bote con tapa roja y le explicaba su uso de forma automática.

—¿Ok? —Le preguntó desganada, cuando terminó su alegato.

—Sí, lo que pasa es que quiero saber cuánto tardaría en salir de aquí si me tienen que operar.

—Todo depende.

—¿De qué depende?

—De la disponibilidad de salas, de que haya doctores de guardia.

—Bueno... Yo me refiero a la operación en sí. ¿Tarda mucho una operación así?

—Depende de la fractura. De todas formas, si la operan deberá pasar la noche aquí.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! ¡A las tres de la tarde empieza mi boda! ¡Y mañana me voy de luna de miel!

—Tranquila. —La enfermera sonrió, sorprendida—. No se preocupe. Primero vamos a hacerle todas las pruebas y después, ya se verá. Todo tiene solución.

Le guiñó el ojo y la acompañó al baño, después de poner a buen recaudo los bultos que Katia traía consigo.

La espera posterior se le hizo terriblemente larga hasta el punto de perder casi los nervios. Además, el brazo no dejaba de dolerle y se sentía agotada. Intentó ponerse en contacto con Maik, de manera infructuosa, y solo Debby le había mandado un mensaje para avisarla de que tenía que salir, pero que su compañera de piso le abriría la puerta, para que Katia pudiera empezar a arreglarse hasta que ella volviera. No parecía que le hubiera impresionado mucho que Katia estuviera en el Hospital porque no comentó nada al respecto.

Cerró los ojos y empezó a rezar para que todo le saliera bien. No podía dejar tirado a Maik en el Ayuntamiento, con toda su familia y amigos siendo testigos de que le habían dejado plantado.

Se le erizó el cuerpo de angustia.

“Si a la una y media no me han sacado de aquí, me voy por mi cuenta”, se dijo resoluta.

Miró de reojo el reloj de pared. Era la una y cuarto. Bien. Pediría que le devolvieran sus cosas y que la dejaran firmar el alta voluntaria. Esperaba que Debby tuviera algún analgésico en su botiquín, porque iba a necesitar una buena dosis. Y es que se sentía hasta febril.

—¿Katia Bauer?

La acababan de llamar, por fin. Acompañó a la enfermera hasta la consulta del médico que la había atendido antes, sintiéndose desfallecer de dolor.

—Señora Bauer, siéntese. Aquí están los resultados. Tenemos buenas noticias. Solo tiene un esguince leve.

Katia suspiró aliviada. —Entonces, no me tienen que operar, ¿verdad?

El médico sonrió encantado. —No, ni mucho menos. Pero le vamos a poner una férula de yeso para que esté fijado y tendrá que llevar una charpa.

—¿Qué es eso?

—Pues que tendrá que usar un cabestrillo. Pero no se preocupe. Si se lo cuida bien, en unas cuatro o seis semanas habrá sanado y podrá volver a usar el brazo. Le voy a recomendar unas pastillas para el malestar de los primeros días. Por favor, no se extralimite con la dosis aunque sienta mucho dolor. En su estado no es recomendable.

—En mi... ¿qué? —Todas las alarmas de su cabeza sonaron a la vez, hasta ensordecerla.

—¡Oh! No se lo han dicho todavía. Está usted embarazada. Sería bueno que concertara una cita con su ginecólogo para comprobar que todo está en orden. Una simple caída puede tener fatales consecuencias, créame.

Dicho esto se levantó y salió de nuevo despidiéndose de la misma forma que había hecho antes. Pero esta vez, Katia sonreía. Todas las cosas horribles que le habían pasado ese día habían pasado al olvido.

De repente, una felicidad intensa la envolvió con su cálida luz. ¡Estaba embarazada! Iba a ser madre. ¡Ella!

Y qué sorpresa... ¡No! Mucho más que eso: ¡Qué hermoso regalo de bodas le iba a hacer a Maik! Estaba segura de que él iba a entusiasmarse tanto como ella.

A duras penas pudo contener las lágrimas de la emoción mientras le ponían el yeso en el brazo. ¡Era tan feliz que ya ni le dolía!

Cuando llegó al apartamento de Debby, se encontró con que su amiga todavía no había regresado.

Ni siquiera la antipática compañera de piso de su amiga, cuando le pidió de malos modos que no hiciera nada de ruido porque se disponía a dormir toda la tarde, logró quitarle ni una pizca de su buen humor.

Se metió en el baño a darse una ducha rápida e incómoda por el yeso. Se secó el pelo como pudo con una mano y se lo dejó suelto esperando que Debby volviera pronto para que la ayudara a peinarse.

Después se metió en el dormitorio de su amiga y rebuscó entre sus cajones hasta encontrar aguja e hilo. Agradecida porque su brazo derecho no había sufrido ningún desperfecto, remendó su vestido con puntadas torpes y volvió a limpiarlo con una toallita humedecida que encontró en el armario.

Katia corría de un lado a otro de la habitación, colocándose con dificultad unas horquillas

para sujetar a un lado su melena castaña, dibujándose más mal que bien la línea de los ojos, calentando la plancha para quitarle las arrugas a su precioso vestido y buscando entre las medicinas de su amiga un paracetamol para que el brazo no le siguiera doliendo tanto.

Cuando miró la hora, ya solo le quedaban quince minutos para poder llegar puntual al Ayuntamiento. Empezó a sudar de agobio al pensar en el tráfico de esa hora de la tarde y más aún al darse cuenta de que no podía subir la cremallera trasera del vestido con una sola mano. Deborah seguía sin dar señales de vida y la energúmena con la que su amiga vivía no era ayuda posible.

Katy no tenía otra opción. Tenía que llamar a un taxi y pedirle ayuda a alguien que pasara por la calle o al mismo taxista si fuera necesario. Se miró al espejo por última vez y sonrió al verse vestida de blanco.

—¡Venga! ¡No hagamos esperar a papá! —Le dijo con cariño a su mini bebé y se acarició la barriga antes de ponerse el abrigo, agarrar su bolso y salir corriendo escaleras abajo lo más rápido que pudo con sus nuevos zapatos de tacón blancos.

Para su consternación, no encontró a nadie en la calle que la pudiera ayudar con su problema del vestido y el taxista resultó ser un hombre malhumorado, que se pasó todo el viaje bramando insultos a los demás conductores con los que se cruzaba y mirándola con censura por el espejo retrovisor.

Faltaban unas cuantas calles para llegar al antiguo Ayuntamiento de la plaza del Römerberg, en el mismo centro de Fráncfort, cuando recibió un mensaje de Debby.

“Solo quería decirte que lo que va a pasar hoy es lo mejor que podía ocurrir.”

Katia sonrió al leerlo. Seguro que su amiga ya la estaba esperando con los demás y estaba tan emocionada como ella. “Ojalá no se haya olvidado de traerme el ramo de flores”, rogó para sí, cada vez más nerviosa.

De repente, sintió un montón de hambre y se acordó de que ese día no había comido nada todavía. ¡Qué ganas tenía de llegar al convite e hincharse a comer! ¡Ah, pero tenía que acordarse de no beber ni una gota de alcohol en el brindis! Volvió a sonreír como una tonta imaginando la cara que se le iba a poner a Maik cuando la viera llegar con el brazo en cabestrillo y más aún cuando le dijera lo del bebé.

Tendrían que ocuparse de comprarle un móvil nuevo, pero eso ya lo harían al día siguiente, antes de irse de viaje. Porque, ya lo había dicho su querida amiga: Ese día, casarse con Maik, era lo mejor que le podía pasar a Katy.

El taxi paró justo al lado de la plaza. Pagó la carrera y se bajó ilusionada. Llegaba con quince minutos de retraso, así que corrió los últimos metros que quedaban hasta la entrada del edificio medieval que albergaba el Ayuntamiento de la ciudad.

No había nadie conocido esperándola fuera. Así que imaginó que ya les habrían llamado y que estarían dentro haciendo tiempo. ¡Qué vergüenza!

—¡Perdone! ¿Adónde va?

El portero la detuvo en el vestíbulo de la entrada.

—¡Oh! Mire... yo... es que me están esperando.

—¿Es usted la novia de las tres de la tarde? ¿La señorita Bauer?

—Sí, soy yo. Disculpe el retraso.

—Tienen suerte de ser los últimos. La falta de puntualidad no está bien vista en los matrimonios civiles, ¿sabe?

Katia se sintió fatal bajo la mirada inquisitiva de aquel hombre en uniforme.

—Le repito que lo siento mucho. ¿Dónde tengo que ir?

—En cuanto llegue el novio me avisan para indicarnos la sala.

—¿Cómo dice? ¿El señor Maik Tempel no ha llegado?

—Que yo sepa, no. —Levantó la ceja derecha y, acto seguido, agachó su cabeza para seguir leyendo el libro que tenía sobre la mesa.

Katia no sabía qué hacer ni qué pensar. Miró a todos lados y se encontró sola. En alguna parte estarían todos sus invitados y ella tenía que encontrarlos.

—Disculpe... ¿dónde puedo esperar? ¿Aquí mismo?

—Aquí... o fuera, donde quiera.

En la calle hacía todavía mucho frío. Además, a pesar de que la tarde era gris y amenazaba lluvia, la plaza estaba llena de gente y lo que menos le apetecía a Katia era ser arrollada por una horda de turistas en busca de la foto perfecta.

Sin embargo, sus invitados tenían que estar ahí fuera. Tal vez, al ver que los novios tardaban, habían decidido resguardarse de las bajas temperaturas de mediados de febrero en uno de los bares de la zona.

Decidió salir a la plaza con el móvil en la mano, el abrigo de plumas a medio cerrar y el enorme bolso colgando del brazo bueno y se colocó delante de la puerta acristalada del Ayuntamiento, de manera vistosa, para que la reconocieran sus amigos.

En ese momento, Katia no se fijaba en las preciosas casas con entramados de madera, que habían sido reconstruidas después de la Segunda Guerra Mundial, ni reparaba tampoco en la estatua de la diosa justicia, que parecía mirarla de soslayo desde lo alto de la fuente, como si hubiera reconocido a la víctima de una verdadera injusticia. No. Sus ojos estaban clavados en la pantalla de su móvil buscando en su agenda los teléfonos de sus amigas.

Debby no contestaba ni parecía leer los mensajes de WhatsApp que Katy le enviaba. El teléfono de Maik le decía que el número que marcaba no existía. “¿Y si ha tenido un accidente y está en el Hospital?”

Un viento helado movió su falda y la hizo tiritar. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Ya eran las tres y media de la tarde y no había venido nadie todavía. Todo era super raro.

Ella no se podía creer que todos sus amigos la hubieran dejado colgada en un día tan especial como ese. ¿Y si pasó algo mientras la esperaban? Pero, ¿por qué nadie la había llamado? No comprendía nada y tenía la cabeza hecha un lío con tantas elucubraciones.

Decidió llamar a Glenda, su compañera de trabajo. Ella no podía faltar a su boda, con todo lo que se había involucrado en ayudarla con los preparativos.

Por suerte, ella sí le contestó después del tercer tono.

—¿Cómo estás, Katy?

Katia resopló. —La verdad es que no muy bien. ¿Que pasa? ¿Por qué no estás aquí?

—¿A qué te refieres?

—A que estoy delante de la puerta del Ayuntamiento y no hay nadie.

Katia obtuvo un inesperado silencio por respuesta.

—¿Glenda? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí, en mi casa. O sea, ¿que al final sí te vas a casar?

—Eh...sí... claro... Pero contesta tú, ¿por qué no estás aquí, Glen?

—¿Qué por qué no estoy ahí? Pues porque tu amiga me llamó a mediodía para decirme que ya no te ibas a casar y que no querías que nadie te molestara con llamaditas ridículas... Eso dijo. La verdad es que me pareció muy fuerte viniendo de ti, pero... claro, ¿quién soy yo?

—¿Mi amiga? ¿Qué amiga?

—Esa de la que siempre hablas: Debby. Que, por cierto, es un poco borde. Todo hay que

decirlo.

—¿Deborah te llamó para decirte que yo ya no me casaba? No entiendo nada.

—Pues si tu no lo entiendes, yo menos. ¡Me había comprado un vestido super bonito para tu boda! Y ahora lo tengo colgado en el armario riéndose de mí... ¿Katy? ¿Estás llorando?

—Es que, de verdad, no entiendo nada. —Katia sentía que su mundo se estaba derrumbando bajo sus pies—. Llevo todo el día intentando hablar con Maik, pero se le rompió el teléfono y no lo puedo localizar.

—¡Oh, Katy! ¡Cuánto lo siento! Verás que todo se soluciona en cuanto hables con tu novio. Tal vez ha tenido un accidente... vete a saber. ¿Has hablado con la policía?

—No... ¡¿Tú crees que le ha pasado algo?!

—No lo sé. Pero no te puedes quedar de brazos cruzados. ¿Has llamado a alguno de sus amigos?

—Sí, he llamado a un par de ellos. Pero tampoco me contestan. Todo esto es muy extraño.

—Pues no sé qué decirte...

Ya eran casi las cuatro de la tarde cuando salió el portero del Ayuntamiento mirando a Katia con aire compasivo para informarle de que ya no podían esperar más, por lo que la cita matrimonial quedaba anulada.

Tal vez eso era lo que esperaba Katia para ponerse en marcha. Se limpió por enésima vez la nariz sintiéndose la mujer más desdichada del mundo porque su novio la había dejado abandonada “delante del altar”.

“Pero, ¿y si no es lo que crees? ¿Y si Maik está en dificultades?”

Se secó por último las lágrimas, manchadas del negro del Rímel que se había puesto con dificultad en las pestañas, y se dirigió a pie a la estación de policía más cercana.

Allí no le pudieron dar razón de ningún accidente donde se hubiera visto involucrado su novio y Katia tampoco quiso poner ninguna denuncia porque, en realidad, no tenía ni idea de lo que estaba pasando y temía estallar, en cualquier momento, con un ataque de nervios delante de los policías que la miraban con piedad. Con toda seguridad, habían llegado a la conclusión de que se trataba de un caso más de “novio a la fuga”.

Katia solo esperaba que a Maik no le hubiera pasado nada malo y temía que ella estuviera ahí sin enterarse de nada. Necesitaba estar a su lado, para que él no se sintiera tan solo y abandonado como ella se sentía en esos momentos.

Volvió a subirse al metro que la llevaría de vuelta a casa arrastrando los bajos de su vestido de novia. Esta vez iba lleno, pero una chica joven, al verla con el brazo enyesado bajo el abrigo abierto, se levantó para dejarle su sitio. Katia se lo agradeció de corazón. Se encontraba tan preocupada, tan hundida y agotada que ese pequeño gesto de amabilidad la había reconfortado.

Su pobre criatura tendría que estar pasándolo fatal. En cuanto llegara a su piso, se haría algo bueno de cenar para alimentar muy bien a su bebé. “¿Quién sabe? ¿A lo mejor Maik ya está en casa y tiene una buena razón para explicar su ausencia?”, se dijo sin convicción.

CAPÍTULO 3

Cuando Katia abrió la puerta de su apartamento y encendió la luz, se quedó petrificada. El bolso se le escurrió del hombro y cayó al suelo, como un peso muerto a su lado. Tal y como se sintió ella, de repente.

—Pero... ¿qué... ? —acertó a balbucear, con el corazón latiéndole a mil por hora, antes de ponerse a correr de habitación en habitación comprobando que el apartamento estaba completamente vacío.

Alguien había entrado a robarles y el único mueble que habían dejado era el viejo sillón de cuero sintético roto, que habían pensado tirar a la basura en cuanto ella y Maik volvieran de su Luna de Miel.

La tele, los armarios, la cama, la mesa con las sillas, la cocina entera con los electrodomésticos. Todo había desaparecido.

A punto de perder los nervios se apresuró a llamar a la policía para denunciar el robo cuando, de pronto, sus ojos repararon en una nota pegada con cinta adhesiva a la puerta del dormitorio.

Katia tragó saliva con dificultad, atenazada por el miedo que la invadía de arriba a abajo.

Reconoció la letra de Maik.

Con la mano temblorosa, tiró del papel y se fue con él hasta el sillón, como si llevara consigo una carga de dinamita a punto de explotar. Se sentó para leer con calma lo que Maik le había dejado por escrito. No creía que pudiera aguantar de pie lo que ya imaginaba que sería una carta de despedida de su novio.

No se equivocaba.

Katia, para mí es muy difícil decirte esto en persona. Por eso he optado por escribírtelo y dar por terminada nuestra relación de esta manera. En paz.

No podía casarme contigo porque me he enamorado de otra persona, a la que considero la mujer de mi vida. Como tarde o temprano te vas a enterar, prefiero decírtelo yo. Es Debby.

Perdóname por haberte arrastrado hasta casi el matrimonio. Es que estaba hecho un lío. No sabía cómo quitarme a Debby de la cabeza y ahora que ella, por fin, me ha respondido que también me quiere, no puedo ser más feliz.

Ya sé que parece algo loco e impulsivo, pero ya sabes como soy yo. Me dejo llevar por lo que siento, por lo que el corazón me pide y lo que más quiero ahora en este mundo es estar todo el tiempo con el amor de mi vida.

Te deseo todo lo mejor.

Maik

Katia se dejó caer, deslizándose lentamente, hasta que su cabeza quedó apoyada en el reposabrazos del destartado sillón.

Así debía de doler un disparo a bocajarro en el corazón.

Ya era oficial. Ese había sido el peor día de toda su vida.

Se sentía muerta en vida. El papel “asesino” reposaba sobre su pecho. Su mano derecha, sobre él, como queriendo ocultar la realidad a sus ojos.

—No puede ser...

Era imposible que existiera nadie en el mundo tan cruel como para hacer lo que a ella le habían hecho. “¡Debe de haber alguna equivocación!”. Maik no podía haberla abandonado así, sin ningún tipo de consideración ni cariño, como si el tiempo que habían sido novios no hubiera tenido ninguna importancia... ¿Y Debby?

“¡No! Es imposible. Todo tiene que ser una broma pesada de Maik. Debby jamás me haría algo así.” O, al menos, eso hubiera querido creer.

Volvió a ponerse de pie y dejó caer el papel, que cayó flotando en el aire hasta ir a parar bajo el sillón.

—Cobarde... —farfulló Katia cuando descubrió las cosas de ella, arrimadas de cualquier manera, en una esquina del dormitorio.

Volvió a la entrada para cerrar la puerta e, intentando contener un ataque de histeria, volvió a llamar a Maik y después a Deborah con idéntico resultado en ambos casos: La operadora le informaba que el número marcado no existía.

Presa de la frustración y del agotamiento físico y moral, volvió a acostarse en el sillón. Esta vez para dar rienda suelta a su desesperación dejando brotar las lágrimas de dolor que la tenían agarrada y no la dejaban respirar bien.

Volvió a abrir el WhatsApp que le había enviado su amiga y sintió náuseas al leer el mensaje que le había escrito a sangre fría.

“Solo quería decirte que lo que va a pasar hoy es lo mejor que te podía ocurrir.”

“¿Qué es lo mejor que me podía ocurrir, Debby? ¿Que mi novio me dejara tirada delante del altar para irse con mi mejor amiga? ¿En serio?”. Katia no daba crédito a su falta de sensibilidad. Las preguntas, las dudas y el desconcierto martilleaban su cabeza. El dolor no solo era físico, el de su brazo lesionado, sino que se extendía tan adentro de sí misma que le estaba asfixiando hasta el alma.

Tenía la vista clavada con desesperación en la pantalla de su teléfono cuando, de repente, empezó a sonar.

Del susto casi se le cae al suelo. Hizo un mohín de disgusto antes de contestar. Se trataba del dueño del restaurante que ella había contratado para realizar su convite de bodas, que le informaba de que ya lo tenían todo preparado para recibir a los recién casados y a sus invitados. El grupo musical que Katia había contratado también estaba listo. La tarta de cinco pisos, que ella había encargado en una famosa pastelería, había llegado en perfectas condiciones. La decoración floral había llegado a tiempo y la sala había quedado preciosa.

Entre hipidos y lágrimas incontrolables consiguió decirles que la boda no había tenido lugar y aceptó resignada que lamentaran tener que decirle que ellos tenían que cobrarle de todos modos, como habían acordado. Katia se mordió el labio al recordar el viaje de novios, con hotel y transporte incluido para una semana, cuyo importe ella ya había abonado y por el que, con toda probabilidad, tampoco le devolverían el dinero.

Colgó el teléfono con un fuerte sentimiento de rabia hacia Maik y Deborah. ¿Cómo podía su amiga tener la mala leche de decirle que eso era lo mejor que le podía ocurrir? Katia se había gastado todo el dinero que tenía en una boda que, para su novio, solo había sido una pantomima para tapar una infidelidad.

Ahora ella se encontraba compuesta, pero sin novio, en paro, con el brazo escayolado, en un piso sin cocina ni cama para llorar toda su amargura, sin ahorros en su cuenta... ¡y embarazada!

Un ramalazo de angustia le cruzó el cuerpo con un fuerte escalofrío. Volvió a acostarse en el frío sillón abrazándose a sí misma en posición fetal. No podía dejar de llorar.

Empezaba a comprender muchas cosas que habían ocurrido, aunque le costara creerlo. En las últimas semanas, Maik había estado a menudo distraído, como si no le interesara nada de lo que Katia le decía y cuando ella le preguntaba lo que le pasaba, él se mostraba irritado y se ponía a la defensiva. Ella no le había dado importancia porque sabía que él estaba trabajando mucho haciendo horas extras. Katy se dio cuenta con sorna, dónde iba Maik a hacerlas en realidad.

Pensó con amargura en sí misma y en su estupidez. “Si es que Debby y Maik se llevan a las mil maravillas”. Su amiga siempre se reía de forma exagerada con todos los chistes y bromas que hacía Maik y cuando había un problema entre él y Katy como pareja, Debby no dudaba en ponerse del lado de él.

Además, aunque a Katia siempre le molestó el comportamiento coqueto de su amiga, nunca pensó que llegaría a más. Ni siquiera cuando veía cómo entre ellos comentaban con corazones y ojitos estrellados todas las publicaciones que hacían ambos en Instagram y a las de Katia, sin embargo, apenas le daban al botón de “like”... si acaso.

Recordó, de pronto, con creciente indignación, que Maik se estaba dejando crecer la barba y el bigote, a pesar de que a Katia no le gustaba verle así, porque Deborah le había asegurado, con ojos febriles de emoción, que a ella le encantaba cómo le quedaba.

Katy se llevó las manos a la cara. ¡Qué ciega había estado!

De repente, se le ocurrió una idea y limpiándose las lágrimas entró en la App de Instagram para escudriñar si alguno de ellos había publicado algo en las últimas horas. Sin embargo, por más que buscó no encontró a ninguno de los dos ni entre sus seguidos ni con el buscador y, mucho menos, entre sus seguidores. Katia dejó salir de lo más profundo de su pecho un suspiro doloroso y miró hacia la ventana con desesperación. La debían de haber bloqueado.

Abrió los ojos desganada. Ya había pasado una semana desde que su vida había dado ese giro tan violento e inesperado. Desde entonces vegetaba acostada en el sillón, sin fuerzas ni ganas de hacer nada.

El brazo le dolía cada vez menos. Su corazón, en cambio, seguía sufriendo de desengaño. Se alimentaba a base de enlatados y pan duro que su ex novio había dejado olvidado en una esquina del salón... como a ella.

En cuanto su brazo volviera a estar bien saldría a buscar trabajo. No podía seguir así mucho más tiempo, pero por ahora no conseguía levantarse más que para lo que fuera preciso.

Como había bajado las persianas, no sabía qué hora era, aunque imaginaba que debía de ser un día soleado, porque algunos haces de luz se colaban por los lados dejando la habitación en penumbras. Katia cerró los ojos y volvió a dormitar acurrucada bajo su abrigo. Maik se había llevado también los edredones y las mantas, el muy rata.

Debía de haberse dormido otra vez sin darse cuenta, porque el ruido de unas llaves abriendo la puerta la despertó de golpe e hizo que se sentara con el corazón palpitando a toda velocidad.

La puerta se abrió y se recortó una figura masculina sobre el iluminado pasillo.

—¿Eres tú, Maik? —preguntó ella con voz entrecortada.

La figura tanteó la pared hasta que encontró el interruptor y se encendió la luz.

Un hombre desconocido se la quedó mirando boquiabierto.

Katia se encogió, aferrándose a su abrigo, sintiendo un frío ramalazo de miedo atravesar su cuerpo. “¡Dios mío, un ladrón! Y yo no voy a poder defenderme con este brazo”, pensó atemorizada.

—¿Quién es usted? —le preguntó el hombre, recobrando la compostura. Parecía contrariado.

Al ver que Katia no contestaba, le preguntó de nuevo, con más severidad en el tono de voz. — ¿Que quién es usted y qué hace aquí?

—Por favor, no me haga daño. Llévase lo que quiera. Ya ve que no tengo mucho. —Sacó la mano sana de debajo del abrigo e hizo un gesto para apaciguarle.

—Le repito: ¿Quién es usted y qué hace aquí?

—Yo soy Katia Bauer y vivo aquí.

Al hombre se le abrieron los ojos con sorpresa durante una ráfaga de segundo, antes de volver a mirarla con evidente enfado.

—¿Aquí? No puede ser. Este piso me pertenece a mí.

Katia le miró estupefacta. —Pero... pero mi novio Maik lo tiene alquilado. Nosotros vivimos aquí.

—No, no. Nada de eso. El contrato de arrendamiento no ha sido renovado. Es más, el inquilino me llamó para informarme de que ya había sido desocupado y me devolvió las llaves.

—¿Qué...? Pero... yo creí...

—No sé quién es usted, señorita, pero va a tener que marcharse cuanto antes de mi piso antes de que llame a la policía. No voy a permitir que se quede nadie de *okupa* en mi propiedad. —La señaló con el dedo índice con actitud amenazadora.

—No es lo que usted cree. Es solo que yo...

—No quiero explicaciones. Tiene dos horas para recoger todas sus cosas y desaparecer de mi piso, ¿entiende? Me voy a ir porque tengo otras cosas que hacer, cuando vuelva quiero que no quede nada suyo aquí. De lo contrario, va a saber quién soy yo.

Dicho esto, cerró la puerta dejando a Katy boquiabierta y sin saber qué hacer ni a dónde ir.

“¿Y ahora qué?”

Se levantó del sillón a toda prisa. No pudo erguirse del todo porque tenía la espalda molida de estar tanto tiempo acostada. Avanzó hacia el baño con dificultad, con el cerebro funcionándole a mil por hora. Tenía que elaborar un plan y tenía muy pocas opciones.

A falta de dinero y familia para buscar un refugio, tendría que llamar a sus amigas para ver si alguna de ellas la podía ayudar.

Se duchó lo mejor que pudo, intentando mantener la escayola seca. Como no le quedaba dinero, la otra opción que le quedaba era la que temía el propietario: quedarse en el piso de *okupa* hasta encontrar una solución efectiva que no la dejara en la calle con lo puesto. “¿Y si volvía a intentar hablar con el dueño con más calma? Tal vez él entendía sus razones y se apiadaba de ella...” Aunque, tal y como le había visto reaccionar al verla, no creía que esa situación llegara a darse nunca.

Desechó la idea de quedarse en aquel piso de forma delictuosa mientras se secaba el cuerpo con una camiseta. Maik había arrasado con todas las toallas también.

—¡Muerto de hambre! —murmuró para sí con rencor.

Al pasar los días, todo el dolor y la tristeza por haber perdido a su mejor amiga y a su prometido se habían ido convirtiendo en despecho, rabia y una enorme indignación hacia aquellos dos embaucadores por haberla tratado tan mal. Ya no se echaba la culpa a sí misma por no haber leído las señales de que la estaban engañando. De eso nada. Katia había llegado a la conclusión de que no necesitaba a alguien a su lado en quien ella no pudiera confiar plenamente.

Se vistió con unos vaqueros azul marino y una camisa rosa pálido, que tenía las mangas anchas para que entrara bien la escayola. A continuación, puso a cargar su móvil y empezó a guardar en bolsas todo lo que le había quedado. No tenía otra cosa donde meterlas, salvo su mochila y un bolso grande donde llevaría las cosas importantes. La maleta, que había preparado

para ir de viaje de novios, estaba llena hasta los topes de su ropa. La abrió para comprobar su contenido y, al fin, decidió dejarla así como estaba para no liarse más.

Después llamó a varias de sus amigas, pero ninguna le contestaba. Eran las diez de la mañana del domingo. ¿Tal vez era un poco temprano? ¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con ellas? ¿Estarían enfadadas con ella por culpa de Debby? No tenía ni idea y tampoco tenía tiempo para preocuparse por teorías conspiratorias. Le dolía la cabeza.

Se detuvo a respirar de forma pausada para controlar su agobio y ordenar sus pensamientos.

Había pasado más de una semana hundida en un tortuoso sillón, en la oscuridad de sus pesadumbres, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba inexorable sin importarle nada lo que a ella le ocurriera.

Telefonó entonces a Glenda, su compañera de trabajo, que le respondió al primer tono.

—¡Chica! ¿Cómo estás? No has respondido a mis llamadas.

—Lo siento, Glen. He estado hecha polvo. No te lo puedes ni imaginar... Lo que pasa es que ahora necesito tu ayuda. —Se apresuró a contarle a grandes rasgos que el casero acababa de irrumpir en su piso y que la estaba obligando a marcharse—. ¿Tú podrías dejarme quedar en tu piso unos días hasta que encuentre algo? Te lo pido por favor, Glenda.

Katia estaba muy inquieta. Se imaginaba pasando la noche en la calle, sin un lugar donde resguardarse, y los pelos se le ponían de punta.

—Cariño, de mil amores te diría que sí, pero tú ya sabes el problema que tengo con mi marido. Ahora no es el momento, de verdad. Lo único que puedo hacer es llamar a mis conocidos para ver si alguien te puede echar una mano. ¿Qué te parece?

No podía enfadarse con Glenda. En el trabajo todas las compañeras estaban al tanto de los problemas de adicción a la bebida de su marido y de que ella, al fin, le había convencido para que asistiera a las reuniones de “Alcohólicos Anónimos” y que aún así, él no parecía mejorar.

En realidad, pensándolo bien, a Katia tampoco le hubiera gustado ir a parar en medio de los conflictos maritales de su colega de trabajo y mucho menos sabiendo que las reacciones del marido de Glenda eran impredecibles, según decía ella misma.

—Te lo agradecería mucho. Mira, el casero está a punto de llegar... ¿Tú podrías guardar algunas de mis cosas en tu piso? No me quiero quedar sin mis libros ni mi ropa y, mucho menos, sin mis plantas. Además, tengo algunos objetos que pertenecieron a mis padres. Estoy segura de que si los dejo aquí, ese tipo me va a tirar todo a la basura.

En esta ocasión, Glenda no le falló. Acordó con ella en que vendría a buscarla para ayudarla a cargar todas sus pertenencias y, después de colgar el teléfono, Katia siguió llamando con creciente desesperación a todos sus conocidos.

Ya era la hora de la cena y Katia estaba sentada a la mesa acompañada de la familia de Marlene. Su compañera de trabajo había sido la única que se había mostrado dispuesta a dejarla acampar unos días en su piso y estaba haciendo todo lo posible para que ella se sintiera como en casa. Sin embargo, Katia no podía evitar sentirse como una extraña.

Y es que la situación se sentía forzada, sobre todo porque ella no conocía de antes ni al marido ni a los hijos de Marlene, que la miraban con la misma curiosidad con la que se observa a un bicho raro.

Estaba claro que Marlene les había puesto en antecedentes de lo que le había ocurrido y, aunque a Katia eso no debería de haberle molestado, en realidad, le disgustaba que su vida íntima hubiera quedado así de expuesta a la opinión pública.

Se le pasó por la mente que, a esas horas, no debería de haber estado ahí, pasando un mal rato, sino que debería de haber estado volviendo de su Luna de Miel en las Islas Canarias, bronceada y saciada de amor y de sexo. ¿Cómo podía haber sido tan boba de comprar por su cuenta el paquete vacacional de una semana para dos, solo porque era una oferta inigualable? Recordó la cara de desinterés de Maik cuando Katia le propuso, en un arranque de emoción, que él se encargara de los gastos comunes que ellos tuvieran durante el viaje, para compensar los que ella había acabado de hacer. El muy imbécil había asentido sin dejar de mirar la pantalla de su *Ipad* y Katia había seguido soñando con que iba a tener la boda perfecta, pensando que en la cuestión monetaria ya habían llegado a un acuerdo. ¡Qué tonta y necia había sido!

Cuando el marido de Marlene encendió la televisión para ver el análisis de los partidos del fin de semana, Katy se sintió menos tensa. Su compañera no paraba de comentar todo tipo de anécdotas del trabajo para fingir normalidad y Katia estaba harta de reírse de forma obligada para no dejarla en ridículo, pues ni sus hijos ni su marido le prestaban demasiada atención.

De forma discreta echó un vistazo a la hija de quince años y descubrió que tanto ella como su hermano mayor tenían la mirada clavada en Katia, observándola de arriba a abajo con expresión taciturna.

“¡Qué situación tan incómoda!”. Tragó saliva e intentó comer un bocado más del sandwich de jamón cocido que le habían ofrecido. Se repetía a sí misma que tenía que obligarse a comer, más sabiendo que estaba embarazada y que en la última semana había comido bastante mal. Sin embargo, no tenía apetito para nada e, incluso, tenía la garganta cerrada por los nervios.

Marlene terminó de cenar y empezó a retirar los platos, ayudada por sus hijos. Después se sentaron juntos a ver un rato lo que ponían en la televisión mientras el hijo de diecisiete años jugaba un juego en el ordenador, que habían colocado sobre una mesita junto a la tele.

Cuando todos se fueron a dormir, Marlene trajo unas sábanas para envolver el sillón donde iba a pernoctar su invitada.

—No tienes que preocuparte por nada, Katy. Aquí te puedes quedar a dormir todo lo que quieras. Lo que pasa es que... mi marido no quiere que te quedes de día aquí sola, cuando nosotros no estamos.

Se acercó al oído de Katia, que la estaba ayudando a poner las sábanas.

—Es que es un desconfiado —susurró mirando de forma acusadora hacia el fondo del pasillo, donde debía de estar el susodicho esperando a su mujer, repantigado en la cama de su dormitorio.

—Pero...

—De todas maneras, es lo mejor. No te puedes apalancar en casa encerrada. Tienes que salir a buscar trabajo. Estarás de acuerdo conmigo en que sin dinero no se puede hacer nada en esta vida, ¿no? —Se la quedó mirando con una ceja elevada significativamente.

Katia no tuvo valor para decirle que lo que a ella le apetecía, en realidad, era quedarse acurrucada en ese sillón y olvidarse de todo, por lo menos hasta que le quitaran la escayola del brazo y las heridas de su corazón empezaran a cicatrizar.

—Cla... claro que sí —, carraspeó.

Marlene le dejó una almohada y una manta de lana gruesa y se fue a dormir a su cama despreocupada, dejando a Katia en la oscuridad de su salón.

Tenía tantas cosas en qué pensar, tantas estrategias que elaborar para conseguir un nuevo empleo... Aún no le había querido decir a nadie que estaba esperando un bebé y pensó que lo mejor sería encontrar trabajo antes de que se le notara su estado y fuera imposible que la contrataran.

Se arrebujó debajo de la manta. Ese sillón era mucho más cómodo que el vejestorio que había

quedado en su piso. Por un instante, le vino a la cabeza la imagen de Maik cuando compró el nuevo sillón de piel reluciente y colocó satisfecho el viejo sillón roto junto a la pared del pasillo para llevarlo a tirar a la basura. Al final, él se lo había dejado a ella.

Cerró los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas que le sobrevinieron. No quería que la oyeran llorar.

De pronto, notó que la luz de la lámpara del techo se encendía y se apagaba casi al instante. Abrió los ojos y reconoció en la oscuridad la oscura silueta del hijo mayor de Marlene.

El joven pasó de largo y encendió el ordenador para ponerse a jugar sin prestar la más mínima atención a Katia.

Ella se quedó atónita, observando la delgada espalda del muchacho, que se había puesto los cascos para no hacer ruido y así poder jugar a escondidas de sus padres. Katia solo veía bombas, armas e imágenes apocalípticas en la pantalla iluminada de la computadora... “Vaya rollo”, pensó dándole la espalda para poder conciliar el sueño.

De repente, escuchó un ruido leve cerca de ella. Debía de haberse dormido porque ahora estaba boca arriba y sentía algo de frío porque la manta se le había bajado hasta las piernas.

Abrió los ojos con lentitud, somnolienta, pero cuando se dio cuenta de que el hijo de Marlene estaba sentado a su lado bajándole la manta aún más, abrió los ojos de golpe y se sentó cubriéndose el cuerpo con la mano sana.

Menos mal que se había acostado vestida, pensó asustada mirando fijamente la figura oscura, recortada delante de la luz que emanaba del PC.

El chico se había echado hacía atrás al verse sorprendido y la miraba con una sonrisa lasciva, que la escasa claridad le dejaba ver.

Cuando Katia reparó en que en el computador había puesta una película porno dio un salto y se puso en pie para alejarse de aquel joven libidinoso.

—Ni se te ocurra tocarme porque despierto a todo el edificio con mis gritos. ¡¿Eh?!

El adolescente levantó las manos como si Katia le estuviera arrestando. A ella no le hacía gracia su actitud. Odiaba a los pervertidos tanto como a los aprovechados.

Caminó marcha atrás sin perder de vista al joven, que se quedó quieto mirándola envuelto en oscuridad, hasta que ella dio con la mochila y el bolso que había dejado a un lado del sillón.

—No te iba a hacer nada. Solo tenía curiosidad... No se lo vas a decir a mi madre, ¿verdad?

—Debería... Lo que acabas de hacer no está bien. A las personas hay que respetarlas. El cuerpo es sagrado. No puedes tocar a otras personas sin pedirles permiso, ¿sabes?

—¿Tú me lo darías?

—¿El qué?

—Permiso para mirarte las... —El chico hizo un breve movimiento en redondo, con las dos manos a la vez, sobre su pecho.

—¡¿Cómo se te ocurre?! ¡Claro que no!

—¿Ves? Si ya sabía yo que ibas a decir que no... Eres una estrecha... ¿Qué más te da enseñarme tus melones? Mira, mira cómo me pones. —Su sonrisa depravada brillaba mientras se apretaba el paquete.

—¡Lo que me faltaba...!

Katia agarró sus cosas con presteza y se las llevó al hombro. La mochila, donde llevaba su laptop, le hizo daño en las costillas. Apretó los dientes para evitar soltar un quejido lastimero sin dejar de mirar con furia al hijo de Marlene con el objetivo de mantenerle alejado.

—Me piro, niño. Si me sigues, monto un pollo del que te acordarás toda tu vida y te denuncio a la policía. ¿Entendido?

No esperó su contestación. A grandes zancadas avanzó por el pasillo, se hundió en sus zapatos, agarró el abrigo que había colgado en el perchero de la entrada y salió del piso de su amiga corriendo escaleras abajo sin dejar de mirar hacia atrás, por si a aquel degenerado le daba por seguirla a toda costa.

—¿Y ahora a dónde voy? —murmuró desesperada cuando había conseguido llegar al rellano del edificio.

Abrió el ruidoso portón y el viento, que soplaba frío, parecía querer abofetearle la cara. Sintió su cuerpo temblar al asomar su cabeza a la calle solitaria y comprobar que, a aquellas horas tardías, la noche le parecía más tenebrosa que nunca.

Encontrar un buen lugar donde resguardarse iba a resultar una tarea difícil, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba el peso de la mochila y un bolso enorme.

Miró hacia atrás y, al comprobar que el hijo de Marlene no la había perseguido, decidió darse su tiempo antes de salir para ponerse bien el abrigo y los zapatos. Cerró la puerta y entonces descubrió que bajo las escaleras había un espacio en el que quizá ella podría pasar desapercibida, al menos, hasta que amaneciera.

En ese momento la luz se apagó y Katia quedó cubierta de un negro silencio que hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo. Sobrecogida por el miedo, volvió a moverse para que la luz automática se encendiera otra vez, agradecida por no tener que buscar a tientas ningún interruptor.

Sin perder más tiempo se agachó para acurrucarse al fondo del hueco que quedaba bajo las escaleras y, acto seguido, acomodó junto a ella todos sus bártulos.

Cuando la luz volvió a apagarse, los ruidos a su alrededor se hicieron cada vez más extraños hasta el punto de asaltarla una y otra vez. Tenía pánico a que algún vecino la descubriera y la echaran a la calle entre gritos.

No era la primera vez que dormía en el portal de un edificio, alguna vez se había dejado las llaves dentro de su piso, pero nunca se había sentido tan sola y desamparada.

El viento helado de la madrugada se colaba por entre las rendijas del portón y no dejaba que Katia entrara en calor. Tiritaba de frío y de temor, pero aún así cerró los ojos y se obligó a traer a su mente los mejores momentos de su niñez para poder distraerse y relajarse un poco.

Recordó el chocolate caliente que le preparaba su madre para desayunar, antes de ir al colegio y hasta creyó paladearlo de nuevo. ¡Cómo echaba de menos a sus padres! En ese momento, le hacían falta más que nunca. Necesitaba el cálido regazo de su madre, en el que acurrucarse como un gato y dejar que ella la consolara con sus caricias y sus palabras cariñosas. Su padre le diría que podía contar con ellos para todo lo que Katia necesitara y la envolvería en uno de sus abrazos enormes.

Cuando abrió los ojos, las primeras luces de la mañana ya empezaban a colarse por los ventanucos que había sobre el portón de entrada. De repente, dio un respingo cuando escuchó cerrarse la puerta de un piso superior, seguido por los pasos apurados de un vecino bajando la escalera.

Katy se apretó más a la esquina y hasta dejó de respirar al sentir vibrar la grada sobre ella. Por suerte, el vecino salió a toda prisa, sin reparar en su presencia.

Decidió que no quería seguir pasando más por ese mal trago de temer ser descubierta en cualquier momento. Se puso en pie con dificultad, porque le dolía todo el cuerpo por la mala posición que había tenido que adoptar, se sacudió la ropa para quitarse el polvo y salió a la calle cargando con todas sus cosas.

Eran solo las siete de la mañana. ¿Dónde podía ir tan temprano? El brazo le había vuelto a

doler con más intensidad y, a pesar de que ya habían salido los primeros rayos de sol, el viento gélido se arremolinaba entorno a ella y hacía que Katia se sintiera tullida de frío.

Intentó cerrarse mejor el abrigo y dirigió sus pasos hacia la entrada del metro más cercano. Lo primero que quería hacer aquella mañana de lunes era ir a la Oficina de Empleo. En el camino compraría algo para desayunar con el poco dinero que le quedaba.

CAPÍTULO 4

Las dificultades crecían por momentos. Por lo menos, eso era lo que le parecía a Katia. Después de haber esperado lo que a ella le había parecido una eternidad para que la atendieran en la Oficina de Empleo, no habían querido procesar sus datos hasta que Katia no les llevara una copia de su Curriculum Vitae y rellenara el tocho de formularios que le habían entregado.

Así que no le había quedado otra opción que ir a la Biblioteca de la Universidad y allí poner al día su Curriculum en su laptop, además de rellenar de forma repetida un montón de información sobre todos sus estudios y sobre sus empleos, con fechas y todo tipo de detalles que le requerían.

Después, aprovechando que estaba cerca de su Facultad, habló con el director del Máster en Psicoterapia que estaba realizando y del que solo le faltaba hacer el trabajo final para dar por terminado sus estudios en Psicología. Sin embargo, a pesar de que el profesor Becker escuchó con paciencia todos los inconvenientes que le habían sobrevenido a Katia, no quiso hacer una excepción con ella para cambiarle la fecha de entrega de julio a septiembre.

—Señorita Bauer, todos tenemos problemas personales, que tenemos que resolver al margen de nuestra vida estudiantil o laboral. No es justo para los demás alumnos que se haga una excepción en su caso. Es más, estoy convencido de que al final usted lo va a conseguir. —La animó sonriente, haciendo gala de creer más en ella que ella misma.

Katia salió cabizbaja del despacho del profesor. Le preocupaba que no pudiera conseguir hacer a tiempo su trabajo final de Máster, porque eso solo significaría que se quedaría sin el título y habría perdido el dinero que le había costado, que no era poco.

Intentó tranquilizarse, diciéndose que aún le quedaba mucho tiempo hasta julio, pues todavía era 23 de febrero.

Se dirigió a una copistería cercana, donde le hicieron unas copias de su Curriculum. Cuando se dio cuenta, ya se le había hecho muy tarde para volver a la Oficina de Empleo. Miró a su alrededor sin saber qué hacer. Tendría que esperar al día siguiente, no le quedaba otra. ¿Pero dónde pasaría esa noche? Ninguna de sus amigas podía acogerla tan de repente. Salvo Laura que, después de decirle que ella ya veía venir lo de Maik con Debby, le había ofrecido una habitación que tenía libre en su piso, pero al enterarse de que Katia no podía pagar todavía nada de la renta que le pedía, se había disculpado por no poder ayudarla y le había colgado el teléfono. Así, sin más.

En realidad, nunca habían sido grandes amigas, pero eso no evitaba que Katia se sintiera cada vez más decepcionada y hundida en su desgracia.

Se sentó en un banco solitario para reflexionar sobre su situación. Sacó del bolso su billetera y empezó a contar el dinero que le quedaba. Ya sabía que en la caja de ahorros no había casi nada, pero no pudo evitar resoplar con disgusto cuando vio el poco dinero que realmente le quedaba. Estaba peor de lo que pensaba.

Qué tonta había sido al gastarse todo su dinero en esa ridícula boda pensando que su jefe le

renovaría el contrato y que ya volvería a equilibrar sus cuentas cuando le hubieran pagado el sueldo y Maik se hubiera hecho cargo de la parte de sus gastos.

Maik... Ese egoísta, insensible, presuntuoso, traidor. ¡Qué rabia le daba pensar en él!

Si, al menos, la agencia de viajes se hubiera dignado a devolverle el dinero del paquete vacacional que no usaron... ¡Qué injusto era todo! Ahora Katia no tenía dinero ni para dormir en un hostel de mala muerte si quería asegurarse la comida para ella y para su bebé en los próximos días.

Decidió ponerse en pie y buscar trabajo por su cuenta. “¿Quién sabe? A lo mejor lo encuentro enseguida y no tengo que preocuparme tanto”. Se arregló el pelo y el vestuario, compuso una sonrisa de amabilidad en su cara, respiró profundamente y entró en la primera tienda que encontró en su camino.

A Katia le dolían tanto los pies que se quitó los zapatos mientras contemplaba sentada los rascacielos iluminados, que se reflejaban en las oscuras aguas del río Meno. Estiró las piernas sobre la hierba con un enorme desaliento entumeciéndole el pecho. Había recorrido todas las tiendas, negocios y establecimientos que pudo, pero en ninguno había obtenido lo que buscaba. Lo mas que había conseguido había sido que le aceptaran su Curriculum Vitae para llamarla en el caso de que necesitaran a alguien.

Se animó al pensar que, tal vez al día siguiente, tuviera mejor suerte en la Oficina de Empleo.

Sin embargo, en ese momento, lo más importante era solucionar el tema de dónde pasar la noche a buen recaudo.

Contempló la oscuridad del cielo sin estrellas. Soplaban un viento frío, que junto a la humedad del río, le estaba calando hasta los huesos.

De repente, escuchó el timbre de su smartphone y se apresuró a sacarlo de su bolsillo deseando que la estuvieran llamando para ofrecerle un trabajo, pero cuando vio que solo se trataba de Marlene el mundo se le vino abajo.

Se dio cuenta de que, en el fondo, deseaba con todas sus fuerzas que Maik recapacitara y volviera con ella como un superhéroe para salvarla del suplicio en el que Katy estaba.

—¿Dónde estás metida, Katia? Te estoy esperando con la cena hecha.

—¡Oh, Marlene! ¡Cuánto lo siento! Tenía que haberte llamado antes para avisarte de que no iba a ir hoy. Perdóname.

—¿Encontraste algo?

—Ehm... Sí, sí.

—¡Qué bueno! ¡No sabes cuánto me alegro! Eres la comidilla de todo el supermercado, ¿sabes?

—Me lo imagino.

Katia sonrió al imaginarse los corrillos a pesar de que, para ella, la situación no era lo que se dice para hacer una fiesta.

—Esto... Marlene, quería decirte una cosa. Me da un poco de vergüenza... Es que no sé si está bien decírtelo, pero pienso que si yo fuera tú me gustaría saberlo.

—¿El qué? ¡Dime... No me dejes en ascuas!

—Bueno, es que... ayer pillé a tu hijo a altas horas de la noche con el equipo encendido.

—¡Ah! ¡Este chico! Es que le encanta jugar. No parece que vaya a crecer nunca.

Katia esperó a que Marlene terminara de soltar su carcajada.

—No me entiendes. No solo está jugando, también está viendo pelis para adultos. Solo te digo

que le eches un ojo para ver si lo que hace te parece bien o no.

Katia no quería contarle por teléfono que había sorprendido a su hijo intentando desnudarla, aunque quizá debería de hacerlo en privado, para que su amiga acompañara a su hijo a ver un psicólogo o, al menos, hablara con él sobre el sexo y el respeto.

Marlene guardó silencio durante unos segundos. Con toda probabilidad se había quedado tan perpleja como Katia por enterarse de semejante cosa.

—Te refieres a... ¿porno?

—Ajá. Le pillé viendo una...

—¿Y quién te crees tú para estar espiando a un niño que no es tu hijo y acusarlo de haber cometido algo que seguramente no ha hecho? Por el amor de Dios, ¡es un niño! ¡Solo tiene diecisiete años! ¿Qué pretendes? ¿Ponerme en contra de mi hijo? Pues no, señora. Mi hijo no hace esas cosas porque es un buen chico. En cambio, tú eres una desagradecida deslenguada. No me extraña que tu novio te haya dejado tirada. ¡Te lo mereces por metiche, alcahueta y malvada!

Después de la tirada de odio, Marlene colgó sin darle a Katia la oportunidad de disculparse siquiera.

Se llevó la mano a la cara y se sobó los ojos. Estaba tan agotada que podría quedarse a dormir sobre aquel césped sin sentir nada. Marlene tenía razón. Tras escuchar su reacción, Katia se arrepentía de habérselo contado por teléfono. Había quedado como una cotilla cuando lo que pretendía era ayudar a su amiga a evitar un problema con su hijo. Ahora se sentía fatal y tendría que ir a verla para disculparse con ella. Los problemas no paraban de acumularse.

De pronto sintió unas gotitas de lluvia caerle en las mejillas. Volvió a ponerse las zapatillas con dificultad y decidió ir al *Zeil*, la calle peatonal del centro, que no estaba lejos. Allí quizá podría encontrar refugio en la entrada de alguno de los modernos y enormes edificios que albergaban, en su mayoría, comercios multinacionales.

No había contado con que los establecimientos comerciales aseguraban con rejas sus escaparates y entradas al terminar su jornada laboral. Llevaba un buen rato sentada en uno de los bancos que estaban en el centro de la calle peatonal, abrumadoramente vacía en comparación a lo que ocurría durante el día, cuando era un bullir ruidoso de gente por todos lados. Se sentía muy agotada, pero aún así no se atrevía a acostarse a dormir sobre el banco, como ya lo hacían otros mendigos.

De pronto, reparó en las luces de una furgoneta que avanzaba con lentitud hasta que se detuvo frente a Katy. Al instante, salieron dos personas del vehículo que se dirigieron a ella y, sin perder el tiempo, se presentaron como voluntarios del Ayuntamiento y le preguntaron por su situación mientras le ofrecían un té en un vasito de cartón.

Katia lo aceptó agradecida mientras les explicaba con brevedad, lo que le había ocurrido para verse tirada en la calle a altas horas de la noche. Para su sorpresa, enseguida le propusieron llevarla a un refugio de emergencia para la gente sin techo que estaba en la parada de Metro del *Eschenheimer Tor*.

Aunque estaba muy cerca, Katy aceptó agradecida su ayuda porque le dolían mucho los pies, además del brazo. En unos minutos la llevaron hasta el nivel B de la parada de Metro, donde ella nunca había estado. Ahí le tomaron sus datos, le dieron dos mantas y una estera para dormir, de la misma tonalidad verde que los vagones del metro de Fráncfort, y la ayudaron a encontrar un lugar libre en el suelo, junto a la pared, para pasar la noche.

Se dio prisa en colocar sus cosas, haciendo caso omiso del fuerte mal olor y de la terrible

desolación de aquel lugar donde había ido a parar. Se tapó con las mantas hasta la nariz, cerrando los ojos, agradecida de tener un lugar seco y abrigado para pasar la noche e intentó bloquear, con toda su voluntad, las señales de alarma en su cabeza que le decían que eso era lo más aterrador que le había ocurrido en toda su vida

Eran las cinco y cuarenta y cinco de la mañana cuando empezaron a despertarles para limpiar y poner en orden. Katia tenía el cuerpo molido y estaba muerta de sueño, pero aún así, se puso en pie como todos. Había pasado mala noche porque, al estar alerta para que no le robaran sus pertenencias, la despertaban todos los ruidos que había a su alrededor: Desde ronquidos altísimos o los pasos arrastrados de los vigilantes paseando entre ellos para controlar que todo estuviera bien, hasta personas que hablaban, o más bien soltaban alaridos y blasfemias, en sueños.

Después de asearse, le informaron dónde estaba el Café de invierno, donde podría tomar una bebida caliente y pasar el rato hasta que abriera la Oficina de Empleo.

Se sentó a una mesa que encontró libre y observó con disimulo a las personas que estaban ahí, mientras ella tomaba un té a sorbos aparentando normalidad. Se fijó en que muchos de los “sin techo” eran extranjeros y hombres mayores, aunque había alguna que otra mujer.

A Katia le dolía un montón la cabeza. Estaba tan nerviosa y le temblaban tanto las manos que, cuando se llevaba el té a los labios, tenía que hacer un gran esfuerzo para no derramarse el contenido del vaso encima.

Y es que se sentía tan fuera de lugar que había empezado a rezar para que se hiciera cuanto antes la hora de poder marcharse de ahí para nunca volver.

Katia había sido la primera en llegar a la Oficina de Empleo. La primera de una larga cola que se había formado poco después de que ella llegara. Sin embargo, tuvo que esperar un buen rato más para que la atendieran.

Cuando por fin escuchó su número se dirigió muerta de los nervios a la oficina de atención al público que le tocaba, sabiendo todo lo que estaba en juego y deseando con toda su alma que tuvieran algo para ella.

Una funcionaria, que no era la que le había atendido el día anterior, estaba terminando de rellenar unos formularios sin prestarle aún atención a Katia.

—Siéntese, ahora mismo la atiendo.

Katy, que se había quedado de pie junto a la puerta sin saber qué hacer, se sentó en una de las dos sillas que estaban disponibles. De inmediato, colocó la carpeta que llevaba sobre la mesa, meditando con nerviosismo si había puesto dentro todos los documentos que le habían requerido el día anterior.

Intentó tranquilizarse controlando su respiración hasta que la funcionaria levantó la cabeza hacia Katia y se la quedó mirando con la boca abierta y con gesto de incredulidad.

Katy también la había reconocido... ¡Es que no iba a acabar nunca esa racha de mala suerte que la perseguía! Se apresuró a sonreír de forma amistosa. Tal vez ya no se acordaba de ella, pensó a modo de ruego.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? A Katia Bauer, en persona.

—Hola, Eliza. ¡Cuánto tiempo!

¿Por qué le salía la voz tan falsa? Tenía que intentar aparentar una alegría sincera, pero le resultaba imposible cuando, al ver a la persona de la que dependía su futuro, todas las ilusiones que había tenido Katy de encontrar un trabajo se habían evaporado en ese mismo instante.

—¿Qué te trae por aquí? Si se puede saber...

Eliza Wanke la estaba atravesando con una mirada tan socarrona que a Katia se le pusieron los pelos de punta. Lo único que deseaba en esos momentos, era salir de ahí y alejarse lo más posible de esa situación, pero no tenía otra opción que pasar por el aro de la humillación si quería conseguir trabajo.

Decidida a tratarla como una funcionaria más, le explicó lo que le había ocurrido y le enseñó los formularios que le habían pedido el día anterior, haciéndole hincapié en su necesidad de encontrar un empleo cuanto antes. Al finalizar tragó saliva y la miró a los ojos esperando su respuesta. Una media sonrisa de autosuficiencia se dibujaba en el rostro de Eliza.

—¿Crees en el Karma, Katia?

—¿A qué te refieres?

—Nada, es una tontería. Es que recordé que tú me quitaste a mi novio en el Instituto y, ahora, mírate... Te ha pasado lo mismo.

—Eliza, ya te dije en su momento que no pasó nada importante entre nosotros y, además, él me había jurado que la relación entre tú y él ya había terminado. Yo soy tan víctima como tú.

—¡Oh! ¡Calla!— levantó la mano en señal de stop hacia Katia— Pero... ¿sabes?... tienes razón. Eso forma parte del pasado y ahora ya no tiene ni la más mínima importancia.

Por la mirada glacial que le dirigió antes de abrir la carpeta de Katia para inspeccionar su contenido, daba la sensación de que lo ocurrido seguía teniendo para ella mucha más trascendencia de lo que quería demostrar.

Después de un rato tecleando en su ordenador, Eliza la miró con falsa compasión, regodeándose del efecto que producían sus palabras sobre Katy. —Siento decirte que hoy no ha llegado nada nuevo que se ajuste a ti. Como no tienes ningún estudio terminado, únicamente cursos y cursillos, solo hablas un idioma extranjero y tienes el físico limitado por una escayola, no veo ninguna probabilidad de que consigas trabajo en los próximos meses.

—Pero la escayola me la van a quitar dentro de poco. —Katy levantó la mano para enseñar que ya la volvía a mover a la perfección.

—Lo siento mucho, Katia, querida. Ahora mismo no hay nada para ti. Quizá más adelante... —Se notaba que Eliza estaba disfrutando con su desesperación—. Tus datos ya están en el sistema y... mira, voy a poner tu dossier arriba, para que, en cuanto llegue algo que se ajuste a tu perfil, te lo hagamos saber lo antes posible.

Eliza colocó la carpeta sobre un fajo de hojas sin comprobar que estuvieran todos los documentos que le habían requerido.

—Pero, entiéndeme, Eliza... Mi situación es grave. Estoy en la calle. Literal. Anoche dormí en la estación del Metro... Necesito encontrar un trabajo y una vivienda cuanto antes, de forma urgente. Te lo suplico.

—Desde luego... Todos los casos de desempleados son igual de urgentes para nosotros. En cuanto haya un empleo que se ajuste a ti, te lo pondremos en conocimiento. ¿Quién sabe? Tal vez tengas suerte... —La muy bruja tuvo que detenerse para controlar su risa burlona y, acto seguido, miró a Katia de arriba a abajo con un mohín de asco— Nunca se sabe.

—Pero, digo yo, que tengo acceso a la prestación del paro ¿no?

Eliza la miraba con los ojos entornados. —Claro...

Sacó un grueso fajo de papeles de un cajón y se los entregó a Katia con la mirada más despotica que ella había visto. —Cuando hayas rellenado toda la información que se te pide, además de incluir todos los documentos que debes adjuntar, me los traes de nuevo para iniciar el proceso... si cumples con los requisitos, desde luego.

Katy agarró el pesado sobre que Eliza le estaba entregando de mala gana, en plena época de

las comunicaciones vía Internet.

—¿Sabes cuándo podré empezar a cobrar?

—Los datos tienen que ser minuciosamente controlados por la Alta Inspección del Ministerio de Trabajo para que las prestaciones sean asignadas a personas que, de verdad, lo merezcan. — Acentuó de una forma pedante el “de verdad”, como queriendo darle a entender a Katia que no la creía merecedora de la prestación de desempleo, que ella tanto necesitaba en esos momentos —. Y eso, ya sabrás, lleva su tiempo.

¡Qué arrogancia! Al ver que esa mujer con cara de falsa ponía su formulario sobre el resto de papeles que Katia le había entregado, sin molestarse en sellarlo o siquiera mirarlo, le dio mala espina.

Eliza seguía rencorosa por algo que había ocurrido hacía mucho tiempo, que no había tenido la más mínima importancia para Katia porque no había ocurrido gran cosa entre ella y aquel chico, salvo algunos besos apasionados a la salida del Instituto. No era justo que ahora Eliza, que nunca había formado parte siquiera de su grupo de amigas, quisiera vengarse de ella pasados “miles” de años y sin tener ninguna razón verdadera para hacerlo, solo para aprovecharse de su posición dominante.

Se levantó de sopetón mirando con rabia a esa mujer con cara de amargada, que estaba a punto de pulsar el botón para atender a la siguiente persona, como si Katia fuera un ser insignificante y molesto del que deshacerse cuanto antes.

—Mira, Eliza, como trabajadora que soy, tengo derecho por ley a recibir el subsidio del paro y tú sabes bien que tienes la obligación como funcionaria de llevar a cabo todos los trámites que se te piden. Lo que pasó entre nosotras es un asunto privado y ocurrió hace muchos años. Ese chico jugó conmigo y contigo. No nos quería a ninguna de las dos. Es más, deberías de estarme agradecida por haberte enseñado la clase de hombre que era Félix, un mujeriego que iba detrás de cualquier palo con faldas.

—Eso es lo que tú crees.

Con el rostro pétreo, Eliza giró con una mano el portarretratos que tenía delante de ella sobre la mesa hasta que quedó a la vista de Katia. En la foto, aparecía la misma Eliza sonriente, con una graciosa niña de coletas rubias sentada sobre sus piernas y Félix sonriendo alegremente, abrazándolas a las dos con gesto protector.

—No has cambiado nada, Katia. Tú solo quieres ver lo que te da la gana, lo que te interesa a ti, y después de hacer daño te haces la víctima. Lo peor es que te lo crees. ¡Cómo me alegro de lo que te está pasando! Así aprenderás.

Katia se quedó paralizada por el impacto, sobrecogida por la sorpresa y las ganas de contradecirla. Sin embargo, nada de eso le parecía inteligente en su posición. Por más que lo detestara, estaba en las manos de Eliza y no podía hacer otra cosa más que agachar la cabeza y sentarse a esperar... o no. Salió lo más rápido que pudo de la Oficina de Empleo con unas náuseas terribles y un disgusto aún mayor.

CAPÍTULO 5

No era justo lo que le estaba pasando. Katia caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad que la vio nacer, secándose las lágrimas con la manga de su chaqueta. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Se sentía agotada física y moralmente.

Grandes nubarrones grisáceos anunciaban lluvia y la fría humedad del ambiente se le estaba metiendo hasta en los huesos. A punto estaban de dar las diez de la mañana y la mayoría de los comercios de la Zona Centro empezaban a abrir sus puertas al público. Sin embargo, todavía no había mucha gente en la calle, de forma que Katia podía caminar con tranquilidad, sin empujones ni miradas analíticas, dando rienda suelta a su sentimiento de frustración.

Sin pensar a dónde iba, giró a la derecha en el siguiente cruce de calles y se detuvo frente al escaparate de una tienda de ropa infantil que aún estaba cerrada. Una enorme ternura la invadió al observar los diminutos vestidos de niña y los minúsculos pantaloncitos colgados en mini-perchas haciendo juego con unas camisitas del tamaño de un muñeco.

“Tienes que ser fuerte, Katia. No puedes dejarte llevar por la desesperación. Se lo debes a tú bebé”, se dijo animándose. Ella sabía que no iba a conseguir nada hundiéndose en el fracaso. Tenía que seguir buscando sin descanso hasta conseguir algo, pero sobre todo, debía olvidar los malos tragos que le estaba haciendo pasar la vida... o, al menos, dejarlos de lado, para que ese sentimiento de impotencia que la estaba embargando no terminara por paralizarla.

Con paso resuelto, emprendió de nuevo el camino prestando atención a la próxima tienda que estuviera abierta hasta que, a los pocos metros, se encontró delante de la puerta del mercado de abastos. “¡Claro, aquí tiene que haber trabajo seguro!”

Entró con aire decidido y empezó a preguntar en cada uno de los puestos. Katia conocía a algunos de ellos, de tantos años que venía allí a comprar fruta y verdura fresca. A pesar de todo, solo encontró negativas y palabras de consuelo.

Delante del puesto de frutas de los señores Abele tuvo que esperar un buen rato porque ya los clientes habían empezado a llegar con mayor afluencia.

Sin embargo, cuando la señora Abele se dio cuenta del estado de angustia en el que Katia se encontraba, se tomó su tiempo para interesarse por lo que a su clienta le había ocurrido. La mirada comprensiva de la señora Abele cuando le ofreció un té caliente hizo que ella se sintiera mejor.

—El problema es que ahora mismo no necesitamos ayudantes. ¡Cuánto lo siento! Si pudiera hacer algo por ayudarte... —Se sobó las manos clavando sus ojos llenos de preocupación sobre Katia. De repente, desvió la mirada con interés hacia un punto lejano de la gran nave donde se encontraba el mercado. Parecía que se le había ocurrido algo porque se le iluminó la cara y, al instante, se volvió hacia su marido que estaba pasando por detrás de ella—. Oye, Karl, ¿no nos contó el señor Feldmann la semana pasada que necesitaba a alguien que cuidara de su hijo?

El señor Abele, que estaba atareado atendiendo a unos clientes, se limitó a resoplar y a murmurar un: “Ni idea, no creo”.

—Sí, sí. Sí que lo dijo. —Le contravino su mujer. Acto seguido le dio la espalda a su marido y volvió a concentrar toda su atención en Katia, bajando el tono de su voz. —El señor Feldmann necesita una niñera que cuide de su hijo día y noche. Tendrías una habitación para ti y comida. Después de lo que me has contado es una buena opción. ¿No crees? —La señora Abele no la dejó contestar y continuó absorta en lo que estaba diciendo—. Después de lo de su mujer, el señor Feldmann no ha vuelto a ser el mismo. Y es fácil de entender... tiene que haber sido horrible para él quedarse solo y con un hijo pequeño a su cargo, con todo lo que tiene que trabajar y sufriendo la pérdida de su...

De repente, la mujer interrumpió su monólogo en seco cuando un hombre se acercaba a su puesto con una caja entre las manos.

—¡Señor Feldmann! ¡Qué alegría de verle! Deje las manzanas aquí, por favor.

La señora Abele señaló un lugar detrás de Katia y, entonces, ella aprovechó para mirar quién era el tal señor Feldmann, que había tenido la desgracia de perder a su mujer. Imaginarse a ella misma cuidando de un niño pequeño no le pareció mal trabajo, aunque no quiso hacerse ilusiones porque no las tenía todas consigo para conseguirlo, teniendo en cuenta que tenía el brazo como lo tenía.

La sonrisa profesional que había puesto en su cara para causarle buena impresión a su posible futuro jefe se quedó congelada cuando Katy reconoció en él al “tío bueno de las manzanas”, que tenía locas a sus antiguas compañeras de trabajo.

—Señor Feldmann, aquí, esta señorita, tiene un problema grave. Está buscando trabajo.

Katia sintió que se le enrojecía hasta la punta del cabello ante la seria y crítica forma en que la miraba ese hombre. La señora Abele continuó hablando sin prestar atención a la incómoda situación en que, de pronto, se encontraba Katy. Y no es que ella no estuviera acostumbrándose ya a ser observada de esa manera, sino que era el atractivo hombre, que la miraba de arriba a abajo con severidad en el gesto, quien la ponía así de nerviosa.— Pensé que como usted necesitaba ayuda con su hijo, esta chica podría servirle de niñera. ¿Qué le parece? Es una buena muchacha, eso se lo aseguro yo...

El señor Feldmann le lanzó una última mirada inquisitiva a Katia antes de cortar abruptamente a la señora Abele. —Ya no estoy buscando a nadie.

—¿Cómo que no? ¿Ya encontró a alguien?

—Yo... Esto... Es un poco complicado. No se lo tome a mal, pero todavía tengo tiempo para encontrar a alguien profesional que se encargue de mi hijo... con responsabilidad, quiero decir. Aquí tiene el recibo, señora Abele. Que tenga un buen día. Adiós.

Sin esperar la contestación, el señor Feldmann les dio la espalda y se marchó con pasos largos y decididos hacia la salida.

—¿A qué estás esperando? —La señora Abele le dio un empujoncito apremiándola—. Ve a convencerle de que tú eres esa persona responsable que él necesita.

—¿Qué?

—¡Corre, que se te va!

Katia empezó a correr detrás del señor Feldmann sin saber muy bien qué decirle ni cómo hablar con él. Bajo su fría mirada se sentía como una hormiga minúscula a punto de ser pisoteada... pero era la única oportunidad clara de conseguir un trabajo que se le había presentado, además con habitación y comida. Todo un lujo por el que valía la pena luchar en esos momentos, sobre todo, cuando la idea de volver a pasar otra noche sobre el duro suelo de la parada del metro de la ciudad, sobrevolaba amenazante sobre ella.

Una vez fuera, le vio subir a su camioneta y, ni corta ni perezosa, se abalanzó por el lado

del copiloto, abrió la puerta y se subió a la camioneta sin importarle que el señor Feldmann acabara de encender el motor y ahora la mirara con la cara desencajada por el susto.

—¿Qué es lo que cree que hace?! Salga inmediatamente de aquí o llamo a la policía.

—Por favor, señor Feldmann. Solo quiero que me de una oportunidad para presentarme. —Le faltaba el aire por todo lo que había tenido que correr para darle alcance.

—Le repito que se baje.

Katia no dejó que su gesto amenazador la amedrentara y continuó hablando de forma atropellada.

—Mi nombre es Katia Bauer. Estoy estudiando el último año de Psicología. De hecho, solo tengo que entregar en julio mi trabajo final de máster para terminar la carrera. Hasta hace poco trabajaba a tiempo parcial en un supermercado —no se atrevió a decirle cuál era para que no la relacionara con algunas de sus compañeras que no se cortaban en hacerle avances y provocarle cuando el jefe no estaba cerca—, pero lo perdí... y coincidió con que me quedé sin mi piso y ahora tengo un problema porque no tengo trabajo ni a dónde ir. Solo le pido que me de una oportunidad, un simple periodo de prueba, para que compruebe que yo soy una persona responsable y que soy de fiar. Además, me encantan los niños. ¿Qué edad tiene su hijo?

Tragó saliva y le sonrió con timidez, mirándole a sus preciosos ojos azules, que parecían poco encantados de tenerla frente a él.

—¿Quiere que confíe mi hijo a una persona que ha perdido su puesto de trabajo, a saber por qué razón... y que, además, la han echado de su piso?

—No me echaron... —A su pesar, la voz de pito que le salió no sonó nada convincente.

El señor Feldmann, sacudió la cabeza con disgusto volviendo su mirada hacia adelante, enseñándole a ella su bello y taciturno perfil. Katia, entonces, se adelantó de forma apresurada a la negativa que sabía que iba a salir de los labios apretados del granjero.

—Si quiere puedo pedir referencias de mi seriedad a mis profesores de la Facultad. Y, además, ya escuchó a la señora Abele, ella me conoce lo suficiente. Solo deme un tiempo de prueba y va a ver que no le voy a fallar.

—De verdad, que no...

A Katia se le estaban acabando las razones, pero sabía que tenía que hacer todo lo posible para que ese hombre la contratara así que le interrumpió antes de que terminara de decir las temidas palabras de rechazo.

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que usted quiera.

Su voz sonaba ahora suplicante y atropellada. Katia calló y se le quedó mirando expectante, con un silencioso ruego brillando en sus pupilas.

El señor Feldmann volteó a mirarla de nuevo, sorprendido al escuchar la vehemencia de sus palabras. Se dignó, entonces, a apagar el motor y volvió a clavar su gélida mirada sobre ella. Katy contuvo el aliento, cruzando los dedos con discreción para que la suerte, que la había abandonado, volviera a sonreírle de nuevo.

—¿Todo?

Se imaginó cuidando de un niño pequeño, haciendo todas las tareas del hogar, incluida la comida, y ayudando a recolectar manzanas en el campo con el niño a cuestas y asintió con decisión. Era importante que él viera en ella a una persona trabajadora, seria y responsable, con la que se podía contar en todo momento y sin fisuras.

Él la miró con los ojos entornados, como si estuviera intentando leer sus pensamientos.

—Sí. Todo.

Estaba segura que así dejaba a las claras toda su desesperación, pero le daba igual. Ella no

estaba mintiendo. Estaba resuelta a hacer cualquier cosa para salir adelante y proteger a su bebé.

—Entonces... ¿estarías dispuesta a abrir las piernas para mí?

—¿Cómo?

Al principio, Katia creyó que le había entendido mal, pero al ver el brillo malicioso de sus ojos comprendió que no había ninguna confusión. La pregunta le había chocado, pero se dio cuenta enseguida de que lo que él pretendía era aprovecharse de su situación. ¡¿Cómo no?!

Él no se molestó en contestarle. Con el rostro impertérrito la miraba esperando su reacción.

Katia abrió la puerta de la camioneta.

—No sé lo que usted se cree, pero yo no soy de esas. Solo quiero ganar dinero de una manera decente y no voy a aceptar que nadie me trate de esta manera... prefiero morir de hambre.

Se dio prisa en bajar y una vez fuera se giró para dirigirle una última mirada de desprecio. Él la observaba con el ceño fruncido y la boca apretada. A Katia le tembló el labio inferior de la rabia que sentía. Y, aunque todo su cuerpo le pedía que cerrara el vehículo dando un portazo, se limitó a cerrarlo con determinación y apartarse para que él se fuera cuanto antes.

El señor Feldmann se quedó unos segundos más mirándola con gesto sombrío, pero entonces, volvió a encender el motor y después de poner la primera marcha siguió su camino sin prestar más atención a la existencia de Katia.

Unas gotas mojaron sus frías mejillas y la trajeron al mundo real. Iba a empezar a llover de nuevo y tenía que ponerse a cubierto en alguna parte.

El día anterior había sido miserable. No había dejado de llover y la gente corría de un lado a otro para resguardarse de la lluvia incesante. Katia no había conseguido encontrar trabajo y había vuelto a pasar la noche en el Refugio de Emergencia de la parada del metro de *Eschenheimer Tor*, que estaba más lleno de gente que la noche anterior, algunos con la ropa húmeda y despidiendo un olor nauseabundo mientras que otros, con ganas de pelea, no dejaban de provocar y pegar gritos que atemorizaban a todos los demás.

Decidida a salir de ese agujero, emprendió de nuevo la búsqueda de empleo sistemática, tienda por tienda, que había planeado aunque no obtuvo ningún resultado positivo. Y no le extrañaba nada. Su aspecto cada vez era peor. Llevaba la ropa arrugada, el pelo se veía sucio y lleno de grasa por falta de lavado. Además, las ojeras oscuras sobresaltaban sobre su rostro pálido y escuálido haciéndola parecer enferma.

En fin, Katia sentía que se había convertido en un adefesio sucio y feo y eso no ayudaba precisamente a que ella tuviera buena autoestima cuando se presentaba a pedir empleo.

A la hora acordada, acudió a la cita que había pedido por teléfono en la oficina de viviendas oficiales, gracias al consejo del dueño de una tienda que se había interesado por su situación.

—¿Eres menor de edad?

—No, tengo veintitrés años.

La funcionaria, que tenía una placa dorada en el bolsillo izquierdo de su camisa blanca donde decía Sra. Sucher, iba apuntando en el ordenador las respuestas que Katia le iba dando a sus preguntas.

—¿Has sido objeto de maltrato por tu pareja?

La señora Sucher, detrás de las gafas de nácar azules, la miraba con gesto de preocupación, dispuesta a dejar por escrito para la posteridad el cúmulo de mala suerte que perseguía a Katia.

—No, mi pareja me ha dejado... —otra vez sintió Katy la presión en el cuello que le cortaba el aire— por otra mujer. La mujer de su vida, según él. Pero no, él no me ha maltratado nunca en

el sentido estricto de la palabra.

—¿Y cuál es ese “sentido estricto” para ti?

—Bueno... el normal. Él nunca me ha pegado.

La mujer tecleó algo en el ordenador.

—¿Te ha maltratado psicológicamente?

Katia tuvo que detenerse a pensar. ¿Que la engañara con su mejor amiga y que la dejara abandonada de la forma en la que lo hizo se podía ver como un maltrato psicológico? Katia no creía que la funcionaria se estuviera refiriendo a algo así. Se limitó a negar con la cabeza mirando hacia el suelo.

—¿Tampoco eres inmigrante, ni refugiada?

—No. Nací aquí en Fráncfort.

—Muy bien, ya tengo todos tus datos en el sistema. El problema es que, a pesar de que estás en una situación vulnerable, otras personas tienen preferencia en estos momentos y, la verdad, es que las viviendas que tenemos disponibles ahora son muy pocas y ya están adjudicadas. De todas formas, estás en la lista de espera. ¿No tienes a alguien que te pueda alojar durante un tiempo?

Katia negó cabizbaja con los ojos cerrados para contener las enormes ganas de llorar que tenía. Sentía las manos sudorosas, pero los escalofríos no dejaban de recorrerle todo el cuerpo.

Escuchó a la señora Sucher ponerse de pie para rebuscar en los cajones de una estantería que tenía detrás de ella. Después volvió a sentarse y le tendió una pequeña libreta.

—Toma, aquí tienes unos bonos para que puedas usar los medios de transporte. Algunas tiendas y comedores te dan buenas rebajas.

Abrió entonces un cartapacio lleno de documentos que había traído consigo y se ajustó las gafas sobre su pequeña nariz, antes de volver a teclear algo en el ordenador.

De la impresora salió un papel, que la funcionaria tomó con rapidez.

—Mira, aquí tienes varias direcciones donde puedes buscar refugio mientras encontramos una solución. Te recomiendo, en tu situación, la primera que te he señalado en la lista. Es un centro de acogida de día para que no pases frío, sobre todo ahora que avisaron los meteorólogos que se acerca un temporal de nieve. —La señora Sucher le dirigió una mirada llena de conmiseración—. Por poco dinero te ofrecen las tres comidas, tienen instalaciones de duchas gratis, lavadora y secadora y también tienen un reducido número de camas para dormir por la noche, que son adjudicadas por orden de llegada.

Katia guardó todo en su mochila, agradeció a la señora Sucher su ayuda y se marchó alicaída. En la oficina de empleo tampoco había tenido buena fortuna. Y ahora a su mala suerte se iba a unir el mal tiempo.

Al salir a la calle el viento frío le azotó la cara. El cielo estaba nublado de un gris oscuro, casi negro. Iba a caer una buena. Katia se cerró el abrigo hasta el cuello, fue hasta la esquina del edificio y se apresuró a bajar por las escaleras de acceso al metro. Lo mejor era hacer caso a la funcionaria e ir al refugio que le había recomendado antes de que empezara la tormenta y todo el mundo buscara cobijo antes que ella. La espalda se le tensó de nervios cuando se imaginó de nuevo tirada en la calle sin tener otra opción que dormir otra vez agazapada bajo un par de mantas en el subsuelo de la ciudad.

Tuvo que tomar dos conexiones de metro y, entonces, al salir a la superficie se dio cuenta de que estaba cerca del apartamento de Deborah.

Se detuvo delante del portal, junto a los timbres del portero automático. ¿Estarían los dos ahí en ese momento riéndose de ella y de cómo se la habían jugado? Una ira inusitada se apoderó de ella, justo cuando una chica abrió la puerta y la mantuvo entreabierta dando por hecho que Katia

quería entrar al edificio.

Por puro reflejo, agarró el portón con la mano que tenía sana y le dio las gracias a la joven desconocida, que pasó a su lado sin prestarle atención. Katia la siguió con la mirada por inercia. Se había quedado paralizada. Sin saber qué hacer. El rellano del edificio estaba en penumbra. Si subía, podría sorprenderles y echarles en cara todo el daño que le habían hecho. Le exigiría a Maik... ¿qué? ¿qué podía exigirle?... Nada.

Se sentía agarrotada a la puerta, como si se hubiera convertido en su tabla de salvación en medio de una marejada de sentimientos encontrados. Quería subir, gritarles, insultarles. Pero su cuerpo no se movía. Tenía auténtico pánico. No quería verles. Juntos, enamorados, haciendo piña contra ella y su patético espectáculo de celos y resentimiento.

Poco a poco se obligó a soltar la puerta. No tenía fuerzas para enfrentarse al origen de su dolor. Tenía que pensar con más detenimiento en cómo debía enfrentarse a esos dos.

Se sentía débil, hambrienta, le volvía a doler el brazo y empezaba a lloviznar. Tenía que darse prisa o se quedaría sin plaza para dormir. Volvió a mirar el mapa que le habían dado junto a los bonos y se echó a andar sin mirar atrás. Unas cuantas calles más allá encontró el viejo edificio que le iba a servir de refugio aquella noche.

CAPÍTULO 6

No había conseguido pegar ojo en toda la noche. Y no había sido por tener que compartir el gran dormitorio con otras mujeres en su misma situación ni tampoco por la incomodidad del catre que le había tocado, el único que quedaba libre cuando ella llegó, cuyo colchón de gomaespuma estaba tan usado, que se hundía bajo su peso hasta hacerla sentir encajonada.

Por más que lo había intentado, no se había podido quitar de la cabeza a Maik y a Debby. Pero a la única conclusión que había llegado era la de que tenía que llenarse de valentía, ir a casa de Deborah y enfrentarse a ellos con tranquilidad. Necesitaba hablar con Maik. Él tenía que saber lo que estaba pasando. Solo él podría ayudarla. A pesar de lo que le había hecho, ella sabía que su novio... su ex-novio no era una mala persona.

Por la mañana se dio una ducha muy rápida, con miedo de que le pudiera pasar algo si estaba desprevenida. Seguía sintiéndose insegura y atemorizada. La vida en la calle no era fácil. Ya había visto robos, peleas y malos modos. Lo suficiente como para darse cuenta de que no debía confiar en nada ni en nadie.

Fuera caían pequeños copos de nieve que se derretían al llegar al suelo. Katia observaba la tormenta de nieve tras la ventana, sintiéndose reconfortada por la calefacción y por el tazón de chocolate caliente que estaba tomando para desayunar. Iba a ser otro día duro para ella, lo presentía.

—¿Te apetece un bollo dulce recién hecho, Katia?

La directora del centro interrumpió sus oscuros pensamientos dedicándole una mirada dulce y una amplia sonrisa, que iluminaba todo a su alrededor.

Katy le devolvió la sonrisa, fascinada por la inusitada amabilidad de aquella señora que apenas la conocía.

—¡Oh! Sí, muchas gracias, Dorit.

—En la radio pronosticaron que va a nevar todo el día, pero que mañana ya vuelven a subir las temperaturas. El tiempo está loco, ¿eh?

—Y que lo digas. Tengo ganas de que llegue ya la primavera.

—¡Y yo! Este invierno está siendo más duro de lo normal, ¿no te parece?

Katia dio un mordisco al delicioso bollo y asintió dándole la razón. El día anterior había tenido una larga charla con ella y a Katia le había impresionado el nivel de empatía y bondad de aquella mujer. Se había sentido tan a gusto con ella que hasta le había confiado lo de su embarazo.

—Si quieres más chocolate caliente, sítete tú misma todo lo que quieras. También tienes para elegir té y café descafeinado. Y que no te de vergüenza hacerte un bocadillo para llevar. En tu estado no debes pasar hambre.

¡Qué bien le sentaba ser tratada con comprensión!

—Muchas gracias. De verdad.

Dorit le dirigió una mirada maternal antes de dirigirse a grandes pasos hacia la cocina. Katia

miró su reloj. Tenía tiempo para desayunar tranquila. Todavía quedaba media hora para sacar la ropa que había puesto en la lavadora.

La puerta de la calle se abrió y entró un hombre cargado con una caja pesada seguido por una ráfaga de aire helado. Katia se puso en pie de inmediato para ayudarlo a mantener la puerta abierta y que pudiera entrar y, entonces, se encontró de frente con quien menos se esperaba. No le había reconocido ataviado con la capucha del abrigo de plumas.

El señor Feldmann frunció el ceño al reconocerla, pero Katia giró la cabeza con rapidez y se apresuró a cerrar la puerta, después de lo cual volvió a su mesa para continuar con su desayuno sin dirigirle la mirada. Todavía estaba molesta con ese caradura pervertido. ¿Qué estaría haciendo ahí? Claro, vender manzanas. ¿Qué más iba a hacer en ese lugar alguien tan huraño y aprovechado como ese tipejo?

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que él había dejado, por fin, de seguirla con la mirada y se dirigía a la cocina llamando en voz alta a la directora.

Como era de esperar, Dorit le recibió con grandes muestras de afecto y agradecimiento. Katia no quiso voltear a mirarlos. Se sentía, de pronto, apática. Quería meterse en la cama y olvidarse de todos los Maiks, Udos y señores Feldmann que querían arruinar su vida por completo y sin ningún motivo.

A pesar de que había perdido el apetito, se obligó a comer todo el bollo dulce intentando no escuchar la conversación animada que tenían en la cocina. Al poco rato, la propia directora acompañó al Señor Feldmann a la salida y, al cerrar la puerta, Dorit se volvió con los ojos resplandecientes hacia Katia.

—¡Qué manzanas tan estupendas nos acaban de traer! ¡Es un regalo del cielo! — Levantó la cabeza moviendo sus ondulados rizos blancos y juntó las manos mirando hacia el techo en señal de agradecimiento a Dios. Acto seguido, se dirigió de nuevo a la cocina hablando en alto para sí misma —. Este chico es tan buena persona... ¡Qué lástima lo de su mujer! ¡Qué lástima!

Katia la siguió con la mirada sintiendo una mezcla de curiosidad y estupefacción.

Una mujer sentada en otra mesa soltó una carcajada. —No debe sorprenderse, señorita. Dorit es de carácter vehemente y, a veces, exagera. Ese señor viene todas las semanas a donar manzanas y ella siempre hace lo mismo.

—Ah... — Katia no sabía qué contestar. En realidad, le daba igual.

Otra señora, ataviada con una gruesa bufanda de color pardo, quiso dar su opinión.

—También le dará lástima ese hombre, por lo que le pasó. Algo relacionado con su mujer. ¿Tú sabes qué fue?

—Ni idea. ¿No se había muerto? —contestó la primera con desinterés.

—Algo así he oído. Pero, ¿cómo?

—La curiosidad mató al gato. Por la boca muere el pez. ¡Vive y deja vivir! ¡Sota, caballo y rey! —, les abroncó una señora bastante mayor, que parecía disgustada con el derivar de la conversación, además de que no parecía estar en sus cabales.

La sala del desayuno volvió a quedar en silencio justo cuando la camioneta del señor Feldmann, conducida por él mismo con su habitual gesto de seriedad, pasaba por delante de la ventana de Katia.

Tenía los ojos cerrados, con la cabeza inclinada hacia atrás apoyada en el respaldo del banco de un parque apartado, que se había encontrado en el camino.

Katia sentía los copos de nieve derretirse al contacto con la piel de su cara. La sensación de

levedad era placentera, pero no le acompañaba aquel sentimiento desbordante de felicidad de cuando jugaba de niña a hacer el ángel sobre la nieve con su madre o como cuando su padre la arrastraba en trineo corriendo como un gamo delante de ella. Ahora los bellos recuerdos y la nieve helada se mezclaban con la calidez de sus lágrimas.

Parecía que habían pasado semanas desde que esa mañana, después de desayunar, había llamado a Glenda para preguntar cómo iba todo y si le podía guardar sus cosas un poco más. Su antigua compañera de trabajo la había tranquilizado y había querido animarla contándole algunas anécdotas del trabajo con las que Katia se había sentido aún más deprimida al comprobar que ya no formaba parte de ellos.

Después de pasar horas buscando infructuosamente que le dieran un trabajo, Katy se había dado cuenta de que hacia esa hora solía llegar Maik a casa. Encaminó sus pasos, entonces, hacia el piso de Debby y, al verse otra vez frente al portal del edificio donde vivía su antigua amiga, notó cómo su corazón quería saltarle del pecho, de lo fuerte que le estaba latiendo.

Se quedó un buen rato delante del portero automático sin poder moverse. Temblaba de frío y de temor ante lo que le esperaba en el tercer piso de ese viejo inmueble.

La noche había caído lentamente sobre ella mientras intentaba reunir fuerzas y, justo en el momento en que decidió abandonar sus intenciones e irse al centro de acogida, viendo que se le estaba haciendo tarde, un hombre abrió la puerta y salió a toda prisa, momento que ella aprovechó para colarse en el portal. Ya no había vuelta atrás. Las señales le habían marcado el camino y si lo pensaba bien, eso era lo mejor que le podía ocurrir: Salir de dudas y encontrar la solución para su situación cuanto antes.

Entró en el ascensor y dio un respingo cuando vio su reflejo en el espejo. Bajo la brillante luz blanca de los fluorescentes sus pómulos se veían salientes, el rostro pálido como la ceniza y los labios de un color morado irreal. Su cabello se arremolinaba despeinado sobre su cabeza y todavía tenía prendidos copos de nieve que le hacían parecen un personaje cadavérico de una película de Tim Burton.

Se apresuró a peinarse con los dedos, a pellizcarse las mejillas para devolver el rubor a su tez y a acomodarse la chaqueta para resultar presentable. Estaba segura de que Maik no la iba a dejar tirada en la calle estando embarazada de su hijo. De Debby ya no estaba tan segura. Katia no pensaba quedarse con ellos, ni aunque se lo pidiesen. ¡Qué horror! Pero, tal vez, él podría ayudarla prestándole dinero para poder pagar una habitación de alquiler, por lo menos mientras ella conseguía un trabajo con el que poder mantenerse por sí misma o que le dieran, de una vez, la prestación por desempleo.

Se puso aún más nerviosa mientras tocaba el timbre y esperaba a que le abrieran la puerta. “Sonríe. Sé amable. No le echas nada en cara, aunque quieras. ¡Le necesitas!”. Tenía que recordarlo y olvidar su rencor. De todas formas, Katia tenía claro que ni ella ni Maik volverían otra vez a estar juntos. Él era agua pasada en su vida. Ya lo había aceptado o, al menos, eso creía. Cuando le viera de nuevo lo descubriría.

La puerta se abrió de golpe y apareció la compañera de piso de Debby con la melena teñida de azul ultramar y un aro en una aleta de la nariz, que acentuaba su cara de asco.

—¿Qué quieres?

Apoyó su brazo en el umbral de la puerta para impedirle el paso a Katia.

La verdad es que la extraña forma de ser de esa chica siempre la había intimidado, pero en ese momento a Katy apenas le salían las palabras.

—Hmm... Hola... Emm... ¿Está Debby?

—Psss... —la vio mover la cabeza de un lado a otro a modo de reproche—. ¡¿Qué mierda de

amiga eres tú que no sabes dónde está tu “amiga”?! —Soltó la puerta para hacer el símbolo de las comillas con los dedos.

Katia se quedó descolocada. “¿Me acaba de llamar mala amiga a mí? ¿Qué cosas le habrá dicho Deborah de mí a su compañera de piso para que reaccione de esta forma?”, pensó con disgusto.

—Yo... Bueno, yo... solo quiero hablar con ella.

—Pues ya no vive aquí, así que ya te puedes largar para no volver.

Katia tuvo que agarrar la puerta antes de que se la estamparan en la cara.

—¡Espera un momento! ¿Cómo que ya no vive aquí?

—¿Qué es lo que te cuesta entender, tía? Deeeebby-ya-no-vive-aquííí-punto.

Con su mano cortaba el aire con firmeza para que la “tonta” de Katia comprendiera el significado de sus palabras.

—Pero eso no puede ser... ¿A dónde se fue? —Katy se sentía desolada.

—Yo no pienso abrir la boca. Si Debby no te dijo a dónde iba es porque tendría sus razones. Yo, los problemas, de lejos, ¿sabes? Adiós.

Volvió a intentar cerrar la puerta con más ímpetu, pero Katia consiguió frenarla con su bota.

—Por favor, te lo suplico, dímelo.

—No.

—Pues, entonces... voy a quedarme aquí hasta que me lo digas. Me da igual que sean días o semanas.

—Tú verás. A mí me da igual. Quita el pie, anda.

—Voy a montar un escándalo aquí mismo si no me lo dices.

—¡Y yo voy a llamar a la policía!

Las cosas no iban bien. Katia se dio cuenta de que debía cambiar de estrategia.

—Pero... pero. Escúchame. Debby y yo tuvimos un problema y, ahora... ahora yo quería hablar con ella... para solucionarlo. ¿Me entiendes? Si no sé dónde está, no voy a poder encontrarla y ella es... es mi amiga. Por favor, dime dónde está.

—Pfff... Tía, ¡qué rollo! Debby se fue a vivir a Hamburgo con su novio, pero no me preguntes dónde porque no lo sé. Contrata un detective privado y a mí déjame en paz.

Volvió a empujar la puerta para cerrarla y esta vez Katia retiró su pie. El ruido del portazo se le metió hasta en los huesos mientras el eco de la palabra “Hamburgo” se abría paso en su cabeza.

Como guiada por un control remoto, Katia se dirigió al centro de acogida deseando meterse bajo las mantas y olvidarse durante una noche de su fatiga y de esa sensación de ahogo que la atormentaba.

Sin embargo, la mala suerte se cernía todavía sobre ella. Al doblar la esquina se encontró con una larga cola de mujeres que esperaban a que les dieran refugio para esa noche. Momentos después ya se había enterado de que el temporal de frío y nieve había hecho que los centros de acogida de toda la ciudad se llenaran y solo quedaba sitio en la parada del metro de *Eschenheimer Tor*.

La desesperación, la rabia y la impotencia se habían apoderado de Katia. No quería abrir los ojos y enfrentarse a su realidad. Tenía menos de diez euros encima y en el banco no le quedaba casi nada. Si no conseguía trabajo cuanto antes no iba a tener otra opción que unirse a los mendigos que merodeaban el centro de la ciudad a pedir dinero, por lo menos hasta que le concedieran la ayuda social.

Desde que se había sentado en aquel banco a llorar su desconsuelo, no había dejado de nevar.

Había puesto todas sus ilusiones en que Maik la iba a sacar de ese agujero y ahora, al romperse el clavo ardiendo al que se había estado aferrando, se sentía caer en la negrura profunda del vacío.

De pronto, escuchó un cuchicheo tras ella. Giró la cabeza secando con su mano la nieve y las lágrimas de su cara para ver de dónde provenía ese ruido, cuando unas sombras saltaron desde la oscuridad y se abalanzaron sobre ella. A Katia apenas le dio tiempo a encogerse para proteger su barriga con su mochila.

Les escuchaba bramar insultos con gruesas voces masculinas, entre patadas, puñetazos y tirones de pelo. Querían llevarse su bolso, pero ella lo tenía agarrado con fuerza y no pensaba soltarlo aunque quisiera. Estaba agarrotada de miedo.

—¡Eh! ¡Ustedes! ¡¿Qué están haciendo?!

Los asaltantes la soltaron y echaron a correr, pero Katia no fue capaz de moverse ni de abrir los ojos. Todo su cuerpo temblaba de forma incontrolada.

Oyó los pasos de alguien que se acercaba corriendo y se detenía delante de ella.

—Señora, ¿está bien?

Katia no podía hablar. Tenía un grito de pánico atrapado en su garganta que la estaba ahogando.

—Tranquilícese, señora. Ya se han ido. Voy a llamar a la policía.

—No —susurró. Lo último que quería en esos momentos era pasar horas en la comisaría para poner una denuncia a alguien que no había visto. Ni siquiera supo cuántos eran. ¿Tres? ¿Cuatro?

—¿Cómo que no? ¡La han agredido!

Poco a poco, Katia empezó a incorporarse gimiendo de dolor. “Mañana me voy a levantar llena de magulladuras”. Le dolían un montón las piernas y la espalda, pero lo peor era la sensación de quemazón de la cabeza. Estaba segura de que esos imbéciles le habían arrancado media cabellera.

—¡Oh, Dios mío! ¿Puede levantarse? Mejor se recuesta en el banco. Espere que le ayude. Voy a llamar también a una ambulancia, no vaya a ser que le hayan hecho daño.

Katia dirigió su mirada agradecida hacia ese hombre que la estaba ayudando con tanta preocupación. Era un señor bien vestido, con gafas, alto y grande como un armario y, aunque bajo la tenue luz de las farolas apenas se reconocían sus facciones, parecía una buena persona. Katy se dio cuenta, entonces, de que él tenía el teléfono móvil en la mano y ya estaba dispuesto a llamar.

—No hace falta. Estoy bien, de verdad.

Él la miró desconcertado.

—¿Está segura?

—Sí, muchas gracias.

—No me parece bien dejar este asunto así. ¡Esos mal nacidos acaban de pegarle una paliza! ¿Le han robado algo?

Katia negó con la cabeza y su voz sonó como un susurro agotado. —No.

—Aún así tenemos que denunciar. Yo soy testigo de todo lo ocurrido. Además, no me voy a ir con la conciencia tranquila viendo lo mal que está usted.

Katia decidió ponerse de pie. Aguantó el dolor sin quejarse y cuando estaba erguida junto a su salvador, le miró hacía arriba sintiéndose muy bajita.

—Muchísimas gracias por haberme ayudado. Si no llega a aparecer usted, no sé lo que habría pasado.

El hombre sonrió con amabilidad. —Claro que no iba a dejar que le hicieran daño. ¿Quiere que la acompañe a su casa?

A mi casa... ¡Ojalá! El nudo volvió a apretarle la garganta.

—No, no hace falta.

—Insisto. A saber por dónde andan esos delincuentes esperando volver a asaltarla. Debería denunciar lo que le ha pasado, ¿sabe? Imagínese que esto le vuelva a pasar a otra persona. Si no quiere hacerlo usted en persona, voy a hacerlo yo mismo. ¿Cómo es su nombre?

—¿Usted les vio?

—Ehm, ¿a quiénes? ¿A esos energúmenos que la atacaron?

Katia asintió.

—Sí, claro. Era un grupo de chicos. Parecían jóvenes, aunque... no puedo estar seguro porque estaba muy oscuro y todo ocurrió demasiado rápido.

—Eso es lo que quiero decir. No sabemos quiénes son. Yo no vi más que sombras. Además, ya me siento mejor. No se preocupe más por mí, en serio. Ya todo está bien, gracias a usted. Y, bueno... que tenga buena noche.

El señor se metió las manos en los bolsillos de su abrigo, asintió y suspiró. —Si es eso lo que usted quiere... lo respeto. Vaya con cuidado, por zonas iluminadas y con gente para que esos cobardes no vuelvan a atacarla otra vez.

—Eso es lo que voy a hacer. Gracias otra vez, de corazón.

Él titubeo miró hacia el otro lado de la calle vacía y volvió a mirarla con los labios apretados. —No sé... no me gusta nada dejarla así. Mi conciencia no me lo permite. Deje que la acompañe a su casa. Le aseguro que en mí puede confiar.

Se quedó un momento en silencio, valorando en si decirle o no la verdad. “Tal vez este hombre tan bueno sepa cómo ayudarme”, se dijo.

—Es que no tengo casa. Estoy en la calle.

Le vio dar un paso hacia atrás por la sorpresa. —¡Oh! Vaya... Eso... Eso lo cambia todo. ¿Y dónde va a dormir?

Katia le relató con brevedad lo que le había ocurrido, deseando con todas sus fuerzas que ese hombre se apiadara de ella y la ayudara a salir de ese mal trance.

Sin embargo, él parecía tener prisa, de pronto. Empezó a revolver en sus bolsillos con nerviosismo y, al instante, sacó unas monedas que entregó a Katia. —Tome. Esto es lo único que tengo suelto. Como siempre pago con tarjeta...

Katia se quedó perpleja mirando con gran desconcierto las dos monedas de un euro que le había dejado en la mano.

—Yo, esto... me tengo que marchar. Ya se ha hecho muy tarde. Espero que le vaya bien. Adiós.

Le vio cruzar la calle en dos zancadas y alejarse con la cabeza gacha. Cuando se perdió de su vista, Katia empezó a dar los primeros pasos con dificultad para dirigirse a la parada del autobús. No quería ir en metro. Se sentía agotada, dolorida y completamente humillada. Pero, sobre todo, y eso era lo peor, un pánico terrorífico a no poder ser capaz de salir de esa horrible situación había invadido todo su ser.

CAPÍTULO 7

La calle mata. Allí todo se reduce a una palabra: sobrevivir. Y es que a nadie le importa realmente lo que sienta, sufra o piense una persona sin hogar. Son los “invisibles” que mendigan y merodean por las ciudades sin rumbo en busca de comida, cobijo y seguridad. Menospreciados, ninguneados y, muchas veces, víctimas del lado malvado del ser humano. Katia lo estaba sintiendo en sus propias carnes.

Su madre solía decir que perder una batalla no era perder la guerra. Intentando animarse con ese pensamiento, se había puesto en pie esa mañana y, ahora, se estaba preparando para librar una nueva batalla: la de convencer a su jefe para que la volviera a contratar.

Se arregló el pelo con cuidado para ocultar la contusión que tenía en la frente y entró en el supermercado cuando los empleados ya estaban distribuyendo todas las mercancías que estaban entrando.

En el momento en que vio a Udo hablando con unos proveedores junto a la entrada se le estremeció el estómago de forma violenta. Se acercó a él mostrando más valentía de la que en realidad gozaba, pero al ver que él la esperaba con gesto hosco se dio cuenta de que había tenido una mala idea. Udo Fischer jamás volvería a darle empleo.

Sin embargo, sabía que tenía que intentarlo. Tal vez si conseguía que él entendiera lo que había pasado en realidad, cambiaba de opinión y volvía a darle su puesto de trabajo.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó su ex jefe con disgusto.

—Solo quiero hablar contigo.

—Nosotros no tenemos nada de qué hablar.

—Por lo menos escucha lo que ella quiere decirte, Udo —. Glenda había aparecido por detrás de Katia y se había acercado a ellos.

—¿Para qué? Lo único que va a conseguir es hacerme perder el tiempo. No puedo hacer esperar a estos señores solo porque a la señorita “monta follones” se le ocurrió venir de visita a un lugar donde ya no es bienvenida. ¡Ahí está la puerta!

Zarandeo los papeles que tenía en la mano señalándole la salida. Ella estaba a punto de echarse a llorar, pero se dio cuenta a tiempo de que el señor Feldmann era uno de los hombres que acompañaban a Udo y que la estaba mirando con el ceño fruncido... como siempre. Katia no pensaba darle el gusto a ese par de cretinos de verla derrumbarse. Todavía le quedaba un mínimo de orgullo en las venas.

Bianca, que también se había acercado a ella entretanto, le pidió también a su jefe que escuchara la versión de Katia, pero Udo no tardó en amenazarla también a ella con echarla a la calle si no volvía al trabajo al instante.

Se dio cuenta, entonces, de que Marlene pasaba de largo, sin querer voltear la cabeza para saludarla. Parecía enfadada todavía con ella y eso hizo que Katy se sintiera aún peor.

De pronto, Udo se acercó a ella con fastidio para hablarle en privado.

—Señorita Bauer. Ni me interesa ni quiero oír sus justificaciones. Abandone este local ahora

mismo o llamo a la policía. Usted ya no trabaja aquí y no se hable más. —Siseó con enfado señalando la calle.

—¡Yo no he hecho nada!

—No me interesa. ¡Váyase ahora mismo o llamo a la policía!

Katia sabía que esa iba a ser la última oportunidad que tendría.

—Udo, ¿por qué no quieres creerme? Yo no tuve la culpa. Mira los vídeos de las cámaras de seguridad, por favor.

Le suplicó con lágrimas en los ojos. Sin embargo, vio que sus ruegos caían en saco roto cuando su ex jefe negó con la cabeza hastiado y le dio la espalda para volver al trabajo, excusándose con sus proveedores por lo que acababa de ocurrir. En ese momento, ella deseó poder gritarle todo lo que pensaba de él hasta desgañitarse la voz. Sin embargo, eso no haría que su situación cambiara.

Salió del supermercado cabizbaja, sintiéndose ahogada por el desprecio. Fuera respiró el aire fresco de la mañana. Las nubes negras habían tomado una coloración rosa-anaranjada con la llegada de los primeros rayos del sol.

Intentó pensar en positivo para no echarse a llorar desconsolada. Iría a la oficina de empleo para terminar el trámite de las ayudas sociales y comprobar si le habían conseguido algún trabajo. Quizá ahí tenía más suerte. Luego iría a la oficina de la vivienda y después seguiría dejando su currículum en todas las tiendas que se fuera encontrando a su paso.

No se había alejado mucho del supermercado cuando, de repente, escuchó que alguien la llamaba repetidas veces. Para su sorpresa y enorme disgusto, vio que la que tanto se apresuraba en reclamarla era nada más y nada menos que Nele, la muy asquerosa. Estaba segura de que venía a regodearse de todos sus males, así que apretó el paso para alejarse de esa mujer.

—¡Katia! ¡Espera! —la oyó gritar.

Ella se detuvo y, con cierta desazón en el cuerpo, hizo lo que le pedía. Su odiosa ex compañera de trabajo se detuvo a dos metros de Katia con la sonrisa de oreja a oreja.

—Me he enterado... —Le dijo con alegría maliciosa.

Del interior del supermercado salieron varios de los hombres que habían estado hablando con Udo y se dirigieron a sus camionetas sin fijarse en ellas.

—¿De qué te has enterado?

—De todo.

Nele rebuscó en su bolso y sacó unas cuantas monedas de un céntimo que, acto seguido fue arrojando con altivez a los pies de Katia.

—Toma, para ti.

Entornó los ojos y se quedó mirando, con maldad poco disimulada, la reacción de Katia ante esa horrible afrenta.

Katy no se contuvo más.

—Mira que eres mala... —, le soltó Katia, con todo el convencimiento de que era la verdad.

—¡¿Yo?! ¡Me meo de la risa! —Nele soltó una carcajada cruel—. Perdona, pero yo no soy un desecho de la sociedad como tú.

Katia enrojeció de la ira, pero sobre todo de vergüenza, porque el insulto tan despreciable que acababan de gritarle en plena calle, había sido escuchado por el omnipresente señor Feldmann que, como no, se había quedado a curiosear cómo la vida de una completa desconocida se hacía añicos delante de sus ojos.

Muerta de la rabia e impotencia se dio la vuelta y empezó a correr todo lo que sus fuerzas le permitían. Tenía que alejarse de ese círculo de horror y mala suerte en el que se había metido.

No llegó muy lejos. En cuanto dobló la esquina se detuvo para controlar su agitada respiración. Estaba exhausta. Ya no nevaba, pero las nubes que encapotaban el cielo eran de un tono gris oscuro que amenazaba lluvia. Se sentó en el banco de una parada de autobús que estaba desierta.

De pronto, como si un velo negro se extendiera sobre ella, Katia tomó conciencia de la enorme soledad que la envolvía.

Nunca le había gustado la gente que vivía de la autocompasión, sin embargo... Agachó la cabeza y abrazó su propio cuerpo entumecido en el momento en que notó que se quebraba por dentro y apremiaba el llanto.

Se había pasado toda la noche pensando en si debía intentar llegar a Hamburgo para ir en busca de Maik, pero luego la sensatez y el amor propio le indicaban que solo debía de tener paciencia hasta encontrar un trabajo. ¿Quién sabe? Tal vez, incluso, tenía suerte y le daban las ayudas sociales antes de lo que pensado. Pero qué difícil era mantener la fe cuando todo se volvía en contra de uno. Ahora que la sensación de inseguridad y el miedo se le habían metido hasta los huesos.

Se tapó la cara con la mano sana y dio rienda suelta a sus lágrimas sabiéndose terriblemente sola, abandonada... denigrada. Estaba metida en un callejón sin salida, incapaz de volver a crearse ilusiones por nada ni por nadie.

De repente, un vehículo paró en seco delante de ella. Katia levantó la vista asustada, alarmada por si venían a asaltarla de nuevo, pero al ver quién se bajaba de la camioneta blanca mirándola con gravedad, se quedó sin respiración y sin saber qué pensar.

Esperó inmóvil, observando atónita cómo el señor Feldmann cruzaba la calle en su dirección. Ella no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo y tampoco sabía cómo interpretarlo.

De pronto, temió que aquel hombre hubiera venido a pedir otra vez “esos servicios” de los que habían hablado. No había otra explicación. Y es que ya no le extrañaba nada que él o cualquiera, quisiera aprovecharse de ella en esos momentos tan angustiosos de su vida, cuando Katia estaba aterrada y al borde de la desesperación por todas las cosas horribles que le estaban sucediendo.

Una furia inusitada se apoderó de ella. No pensaba cambiar de opinión en cuanto a su proposición indecente de ninguna manera.

Agachó su cabeza para que el señor Feldmann no viera su enfado ni lo desgraciada que se sentía y, mucho menos, lo desastrada que estaba después de todo lo que le había ocurrido el día anterior.

—Hey...

Ella le ignoró encogiéndose aún más dentro del abrigo que llevaba puesto de forma terca, para que quedara patente su indiferencia.

—Me preguntaba... si todavía está interesada en trabajar como niñera de mi hijo.

Eso sí que Katy no se lo esperaba. Pero... ¿y si se había inventado esa artimaña para meterla en la cama? O peor, ¿para secuestrarla y hacerle daño? Nadie se enteraría de su desaparición porque ella no le importaba a nadie. Sería el crimen perfecto.

Atenazada por un miedo repentino, miró de reojo a ambos lados de la calle. No había nadie.

Empezó a maquinarse su huida mientras le temblaba el cuerpo de arriba a abajo. Tenía que ser lista. Un hombre tan fuerte y atlético como el señor Feldmann le daría caza en pocos metros.

Entonces, se dio cuenta de que él le estaba ofreciendo una hoja de periódico doblada. No entendía nada. Frunció el ceño y le dirigió una mirada cáustica al señor Feldmann. Él señaló en el periódico un círculo hecho con un bolígrafo rojo.

—Esta es la oferta de trabajo. Aquí puede leer las condiciones.

Volvió a tenderle el periódico para que ella lo tomara entre sus manos y, entonces, Katia lo agarró y leyó el anuncio de empleo marcado donde se buscaba a una persona responsable con experiencia en el cuidado de niños pequeños.

—Mi hijo se llama Nicolás. Nico. Tiene cuatro años. Hasta ahora me ha estado ayudando mi tía, pero desde que tuvo una caída, para ella es complicado cuidar del niño. El problema es que ahora llega la primavera y yo estoy lleno de trabajo. Necesito una persona que cuide bien de mi hijo. A cambio le ofrezco habitación, comida y un contrato con un sueldo de 1.000 € al mes.

Katia le miraba con la boca abierta. No podía creerse todavía, que ese hombre le estuviera ofreciendo techo y un puesto de trabajo de verdad.

El señor Feldmann malinterpretó su silencio. —Ya sé que es poco dinero, pero tiene que tener en cuenta que no tiene que pagar comida ni alquiler. Además, me haría cargo de la seguridad social, por supuesto. Ese dinero sería solo para usted.

Al ver que ella seguía sin reaccionar, él continuó. —Es una oferta de trabajo seria. Si quiere puede pensarlo. Quédese el periódico y me llama al número de teléfono que aparece ahí cuando se haya decidido. Ehmm... y cuanto antes mejor, por favor.

El señor Feldmann dio un paso atrás dispuesto a marcharse y, entonces, Katia reaccionó. No podía dejar pasar esa oportunidad. Todos los indicios le decían que podía confiar en la palabra de ese hombre.

—Espere... no tengo que pensarlo.

Él volvió a mirarla interesado.

—Acepto. Y si puede ser... ahora mismo.

—¿Cómo?

—No quiero parecer desesperada, pero creo que usted ya sabe mis circunstancias. Yo estoy dispuesta a empezar a trabajar para usted ya mismo, de una forma honesta, que quede claro.

El señor Feldmann, clavó con gravedad su insondable mirada sobre ella unos instantes, que a Katy le parecieron eternos. Al fin, asintió con lentitud.

—De acuerdo. De todas formas, pensaba volver a casa ya. Venga conmigo.

A Katia le tembló el labio inferior de forma incontrolada cuando quiso darle las gracias, pero él no se dio cuenta porque ya había cruzado la calle bien erguido, dispuesto a subirse a su vehículo y arrancar el motor. Ella no quiso hacerle perder el tiempo y, a sabiendas de que nunca antes hubiera hecho algo semejante, le siguió.

—¿Cómo se te ocurre traer a una desconocida para cuidar del niño? ¿Qué sabes de ella? ¿De dónde es?

—Es de Fráncfort. No sé mucho más.

—¿Tiene algún título de educadora? ¿Experiencia? ¿Algo?

—No, que yo sepa.

—¡Esto es una locura, Érick! ¿Cómo se te ocurre? ¿Has visto qué pintas trae esa chica? A ver si es una de esas polígoneras mal habladas de la ciudad. ¡Oh, Dios mío! —Katia escuchó a la mujer, que el señor Feldmann le había presentado como su tía Elke Sappel, tomar aire de forma exagerada—. No será una toxicómana, ¿verdad?

¡Eso era el colmo! Katy deseaba defenderse, pero contuvo como pudo sus enormes deseos de abrir la puerta del salón donde le habían pedido que esperara y salir al pasillo, donde el señor Feldmann intentaba aclararle a su tía quién era la chica que acababa de traer. Estaba tan ofendida

que sintió enrojecer sus mejillas de súbito. Ella era una simple estudiante de psicología con una racha de mala suerte, no una barriobajera maleducada y drogadicta.

—Tranquilízate, tía. Habla más bajo, por favor. No, no me ha dado esa impresión, pero... ¿sabes? Creo que estaría bien si le damos una oportunidad. Si te sientes mejor, voy a hablar con ella para que tenga claro cuáles son las reglas de esta casa y que si no funciona, se tiene que ir. ¿De acuerdo?

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Yo lo único que quiero es que tú puedas hacer la rehabilitación que te prescribió el médico, tía.

—¡Ah, bah! Si ya no me duele tanto la espalda... No hay motivo para actuar a la ligera, Erick.

—Ay, tía. No me vengas con historias, que te conozco. Sé que estás sufriendo. Qué tal si hablas con ella tú también y después decidimos si se queda o no, ¿mmh?

—No pienso hablar con nadie. Lo que voy a hacer es vigilarla. Un hijo es una gran responsabilidad, Erick. No me parece bien que le expongas a un peligro innecesario. ¡No conoces de nada a esa persona!

El señor Feldmann susurró algo que a Katia le resultó incomprensible.

Se había sentado en el borde de un sillón de tela gris con la espalda tiesa y preparada para ponerse en pie en cualquier momento. Se mordió el labio inferior con nerviosismo mientras miraba a su alrededor los muebles de madera clara, la moderna televisión de pantalla plana y una chimenea antigua que parecía ser usada con frecuencia a juzgar por la cantidad de ceniza que se amontonaba en su interior y la numerosa leña que estaba apilaba a su lado.

Tras las grandes puertas de cristal corredizo que había a su izquierda, se podía ver una terraza y un amplio jardín.

De pronto, escuchó un trasiego de personas bajando escaleras y que avanzaron por el pasillo hasta que, al fin, se oyó una puerta cerrarse.

Contuvo la respiración de manera inconsciente, a sabiendas de que el señor Feldmann abriría la puerta del salón donde ella se encontraba de un momento a otro y que su futuro inmediato dependía de lo que ocurriera a partir de entonces.

Solo un par de minutos más tarde, escuchó sus firmes pasos acercarse. Le vio abrir la puerta con decisión y, entonces, el señor Feldmann se quedó en el mismo umbral, mirándola con los brazos puestos en jarras. No parecía precisamente contento de tenerla ahí.

A Katia le empezó a palpar el corazón a toda velocidad, hasta el punto de sentirse mareada. Sin embargo, intentó mantener la compostura como pudo.

—Mi tía acaba de llevarse a Nico al jardín de infancia. Yo...

—Usted viene a hablar conmigo... ya lo oí.

El señor Feldmann frunció el ceño y la censuró con la mirada.

—No está bien escuchar conversaciones ajenas.

—¿Y qué quería que hiciera? ¿Que me tapara los oídos para no escuchar lo que las malas lenguas dicen de mí? Pues, va ser que no, porque solo tengo una mano libre —. Le saludó con descaro, agitando su mano sana.

—Escuche... No me gusta el sarcasmo. Prefiero mil veces que la gente con quien trato me diga lo que piensa de forma directa y sin faltar al respeto ni buscar infravalorar a los demás. ¿Sabe qué? Tal vez sería mejor que...

Katia vio peligrar la oportunidad que ese hombre le estaba ofreciendo, al darse cuenta de que estaba a punto de echarla de su casa por ir de lista.

—Perdone, lo siento de verdad —le interrumpió a toda prisa—. Es que estoy acostumbrada a

tratar con otro tipo de personas.

¡Oh, no! ¡Qué había dicho! La arruga del entrecejo del señor Feldmann, se profundizaba cada vez más.

—¿Con qué tipo exactamente?

—Pues... usted lo ha dicho. Con personas que saben todo más que uno y que se creen los mejores. Una termina por auto defenderse haciéndoles beber de su propio brebaje. De verdad, lo siento. Intentaré quitarme esa fea costumbre.

Le sonrió de forma amigable, intentando inspirarle confianza.

Él, que había estado clavándole la mirada con dureza, con los brazos cruzados delante del pecho en señal de desaprobación, perdió por un instante la compostura. Su expresión se suavizó y terminó mirando hacia otro lado resoplando.

—Bien —carraspeó—. Tengo que ir al granero. Entretanto puede subir a asearse al baño de arriba, en el primer piso. Es la primera puerta a la derecha. Su habitación es la del fondo, también a la derecha. Cuando esté lista, vuelva y espéreme aquí. Hablaremos de todos los detalles cuando yo regrese.

—Sí, por supuesto —asintió ella, aliviada.

Al ver que él se daba la vuelta para marcharse, Katia agarró su mochila y se puso en pie dispuesta a hacer su trabajo lo mejor posible, haciendo caso omiso al terrible cansancio que agarrotaba sus músculos. Una ducha le sentaría muy bien, se dijo.

Algo más de media hora más tarde volvió al salón sintiéndose mucho mejor. Le había dado tiempo a secarse el pelo con secador, pero no había querido entrar en el dormitorio que el señor Feldmann le había asignado. Y es que no quería hacerle esperar bajo ningún concepto y, mucho menos, que la pillara curioseando por la casa.

Se sentó en el mismo lugar que había ocupado antes, pero esta vez con más confianza, apoyando su espalda en el cómodo sofá. Hacía tiempo que no se sentaba en un lugar tan confortable como aquel. Reparó en el techo atravesado por vigas de madera de roble al estilo rústico y en los cuadros con motivos agrícolas que adornaban las paredes.

Sin embargo, lo que más le gustaba, y a la vez le causaba impresión, era el silencio reinante. Y es que se notaba que estaba en una casa de campo, alejada del ruidoso tráfico y la bulliciosa aglomeración de gente de la ciudad. Sonrió sin querer al percatarse de que, si afinaba el oído, podía escuchar el lejano cacareo de unas gallinas.

Era raro, pero en el buen sentido. A pesar de que tras el cristal de los ventanales, el día seguía siendo gris y frío, dentro de aquella habitación Katia se sentía abrigada y a salvo. Cerró los ojos, respiró profundamente y se imaginó cómo sería la vida en un sitio tan agradable y hogareño como ese.

Abrió los ojos y, por un instante, no supo dónde estaba ni qué estaba pasando. El ruido que la había despertado provenía de la habitación de al lado. Katia se había dormido esperando que viniera el señor Feldmann y aún seguía sentada en el sillón. Alguien la había cubierto con una suave manta de punto beige y ella no se había enterado de nada.

Comprendió que el señor Feldmann ya había regresado y la había pillado durmiendo. Se puso en pie avergonzada, dobló la manta y la dejó sobre el sillón. Después, sin perder más el tiempo, se dirigió al pasillo para ver si su nuevo jefe estaba en la casa todavía.

Le encontró en la cocina haciendo la comida. Él se dio cuenta de que ella estaba allí antes de que Katia se hiciera notar.

—Hola, ¿descansaste bien?

Katia asintió ruborizada y se dio cuenta de que él la acababa de empezar a tutear.

—Lo siento mucho. Se me cerraron los ojos sin que me diera cuenta.

Se mordió el labio sin saber qué decir para excusarse.

—Tienes mejor cara. Siéntate a la mesa, así podemos hablar de las condiciones del contrato mientras tú lo lees.

Se lavó las manos, se las secó con un paño y salió de la cocina. Katia le vio ir hacia otra habitación situada al final del pasillo y decidió esperarle. No se atrevía todavía a moverse libremente por aquella casa y, menos aún, si su jefe estaba ahí presente. La verdad, es que delante de él se sentía no solo insegura, sino cobarde y más tímida que nunca.

Al volver, él le entregó unos papeles y la hizo pasar hasta una gran mesa. Katia se sentó en el banco mirando a su alrededor mientras él volvía a la cocina de tipo americano. Se fijó en que tanto la cocina como el comedor eran grandes, con muebles de madera clara de estilo rural.

A Katia le encantó la idea que habían tenido de unir la cocina y el comedor de esa forma, con una isla a modo de separación y pensó que, cuando pudiera tener su propio piso, intentaría que tuviera esa distribución. La idea de verse a sí misma haciendo la comida mientras su hijo o hija jugaba o hacía sus tareas en una mesa tan grande como aquella la llenó de emoción.

—Tiene una casa muy bonita. Es muy campestre.

—Gracias.

Él sonrió con los ojos puestos en el ramito de perejil que tenía entre sus manos, antes de darse la vuelta para lavarlo en el fregadero. Era la primera vez que Katia le veía sonreír y no pudo evitar volverse a sonrojar. Sonriendo era aún más guapo todavía. Bajó la cabeza y se obligó a leer el contrato mientras le escuchaba revolver entre cacharros y moverse de un lado a otro de la cocina como pez en el agua.

Al terminar de repasar todas las cláusulas del contrato, Katy agarró un bolígrafo satisfecha, pero antes le preguntó, por seguridad, donde tenía que firmar.

—¿Ya lo leíste todo? —Desde la cocina, él se la quedó mirando asombrado.

—Sí. Estoy conforme.

—Espera, todavía no firmes. Aún tenemos que hablar de algunos detalles muy importantes.

Levantó la tapa de una cacerola y el vapor le envolvió mientras probaba del contenido con una cuchara de madera.

—¿Podrías poner el mantel que está en aquella alacena?

Katia miró detrás de ella siguiendo la dirección donde él le señalaba y asintió.

—¿De verdad que puedes?

Dejó de cortar el perejil para mirarla con gesto serio. Se notaba que esa información le interesaba de veras y ella no le podía culpar.

—Sí, cada vez muevo más los dedos y ya no me duele casi nada.

Como demostración agarró uno de los extremos del mantel de cuadros azules sin dificultad.

—¿Sabes cuándo te van a quitar la escayola?

—Me dijeron que tardaría en curarse de cuatro a seis semanas. Ya han pasado dos. La semana que viene tengo que ir a una revisión y ya saldré de dudas. Espero que todo salga bien. No me ha podido ir la vida peor desde que me hice esto.

—¿Te caíste?

—Sí, me caí. Pero... ¡Uff! es una historia muy larga.

De repente, se escuchó el ruido seco de una puerta al cerrarse de golpe y unos pasos se acercaron por el pasillo hacia ellos a toda velocidad. Lo primero que apareció fue el hocico de un

perro que venía con la lengua afuera y miraba a todos lados batiendo la cola con rapidez. Se sentó sobre sus patas traseras mirando fijamente al señor Feldmann, aunque no dejaba de ojear una y otra vez en la dirección de Katia con curiosidad. Ella tampoco le quitaba los ojos de encima, sorprendida.

—¿Es su perro? ¡Qué bonito!

—Este es Dexter. Siempre llega puntual a la hora de la comida.

—¡Oh! Él sí que sabe... ¿Muerde?

—¡Qué va! Tú eres un perro muy amigable ¿verdad, Dexter?

Katia se acercó al animal con cuidado, poniéndole la mano delante del hocico para que la pudiera oler y la empezara a reconocer. Al ver que el perro reaccionaba bien, se animó a acariciar su suave pelaje oscuro.

—¡Qué guapo eres, Dexter! —le susurró encantada. Después miró a su dueño y le confió que su sueño siempre había sido tener un perro bernés de montaña como ese, pero como toda su vida había vivido en pisos pequeños nunca había podido tener uno.

—¿En qué parte de Fráncfort vivías? Me contaste que te echaron de tu piso...

El señor Feldmann se agachó para llenar el comedero de su perro sin dejar de prestarle atención a ella.

—A decir verdad, yo vivía en el barrio de Bornheim con mis padres hasta que me fui a vivir al piso de mi novio en el Westend.

El señor Feldmann levantó una ceja sorprendido. —¿Vivías en el Westend? Esa es una zona bastante buena. Y, ¿qué pasó? ¿No pudiste pagar el alquiler?

—Sí y no. Mi novio se fue de casa sin previo aviso y el propietario me puso de patitas en la calle sin ofrecerme otra opción. Como yo no estaba en el contrato de arrendamiento...

Dexter acabó de zamparse su comida y, tras olisquear todas las esquinas de la cocina, fue al comedor a recostarse en el suelo bajo la mesa. Probablemente esperaba a que su dueño tuviera piedad de él y le diera un poco de su comida.

—Esto ya está. Es *Chili con carne* acompañado de patatas al horno. Espero que te guste. No le puse picante, pero tengo salsa de chili en la nevera, por si quieres.

—No hace falta, muchas gracias. Huele de maravilla.

Le vio sacar, entonces, una fuente de patatas doradas del horno para llevarla a la mesa junto con la cacerola. Katia le ayudó repartiendo sobre la mesa los platos, los cubiertos, los vasos y la jarra de agua tradicional, con motivos típicos regionales, que el señor Feldmann había dejado dispuestos sobre la encimera de la cocina y se sentó a esperar a que él trajera la cesta con el pan.

A Katy le rugía el estómago de hambre, pero se obligó a comer con lentitud. El señor Feldmann, que se había sentado delante de ella, comenzó a hablar al poco tiempo.

—Mi hijo es un niño especial.

Katia se quedó tan sorprendida que dejó, incluso, de masticar para prestarle toda su atención. Quería saber qué ocurría con el niño para que el señor Feldmann hablara de esa forma tan extraña.

—Nico tiene ya cuatro años y no habla nada. Ni una palabra. Es super reservado, por decirlo de alguna manera. Vive en su propio mundo. Por las noches se despierta con pesadillas y ataques de llanto, pero como no habla...

El señor Feldmann hizo una pausa para tragar saliva. Se notaba que para él, lo que le ocurría a su hijo era un tema complicado de llevar. Katia empatizó con él en el acto y con los sentimientos de preocupación y, sobre todo, de frustración, que él le transmitía. Aún así, ella guardó silencio hasta que él estuvo preparado para continuar.

—El caso es que le han hecho pruebas de autismo, pero todavía no han encontrado nada concluyente. —Se detuvo para tomar aire y soltarlo con cansancio—. En el jardín de infancia solo le puedo dejar a lo sumo tres horas. No tiene amigos, no hace caso a las educadoras y pasa todo el tiempo solo. Con frecuencia le dan rabietas y hasta llega a hacerse daño a sí mismo. El próximo curso deberían empezar a prepararle para ir al colegio, pero me aconsejan que piense en mandarle a un centro de educación especial debido a sus problemas con el lenguaje. Y... bueno, ya ve que es un niño que necesita cuidados. No quiero que esté solo.

Katia se había quedado estupefacta y no sabía qué decir. Al principio, había dado por sentado que al referirse a los “detalles importantes”, el señor Feldmann quería sugerir los de su supuesta “mala vida”, así que había estado preparándose para defenderse de las falsas acusaciones.

Sin embargo, ahora la situación era diferente. Muy diferente.

Lo que le preocupaba era que ella no tenía mucha experiencia con niños y, mucho menos, con un problema del espectro autista. Y mucho se temía que no sería un caso sencillo pues, al tener reacciones violentas y no hablar nada de nada a esa edad, el niño podría tener un autismo severo.

Katia intentó contener sus nervios e inseguridades y empezó a recordar todo lo que había aprendido durante sus estudios sobre ese asunto en cuestión, deseando que lo que sabía sirviera para algo.

Por otra parte, de ninguna manera podía rechazar un caso así. Era una oportunidad única el poder ayudar a un paciente en su propio entorno y ganaría, a la vez, una valiosa e inigualable experiencia. Pensó que podría investigar sobre el asunto en la biblioteca y, ¿cómo no?, en Internet.

—¿Dónde está? — quiso saber ella, de pronto.

—¿Nico?

Katia asintió y siguió comiendo aparentando normalidad. Por el rabillo del ojo se fijó en que Dexter la vigilaba con interés desde debajo de la mesa y, entonces ella, que sabía lo que él quería, aprovechó que el señor Feldmann miraba hacia el reloj de Cuco, que estaba colgado en la pared del fondo, para darle al perro a escondidas un sabroso trocito de carne en salsa. ¡Cómo le gustaba ese perrito con sus cejas blancas dando graciosos saltos, siempre a la expectativa!

—Está en casa de mi tía Elke. Ella se encargó de recogerle hoy. En realidad, yo tenía pensado ir contigo a buscarle, para enseñarte dónde está el jardín de infancia y presentarte a las educadoras. Es importante que sepan que tú le vas a llevar y a traer a partir de ahora. Pero al llegar a casa, ya ves, te encontré dormida y no quise despertarte.

Katia había vuelto a enrojecer de la vergüenza. —Lo siento mucho, de verdad.

—No pasa nada. Todo está bien. Tal vez es mejor así. Mi tía le va a traer dentro de un rato. Por ahora tenemos tiempo para hablar de otros detalles.

—¿Hay más cosas que yo debería saber?

El señor Feldmann sonrió de oreja a oreja. —No te asustes. Tenemos que hablar de las reglas de convivencia en esta casa.

—Ajá. Soy toda oídos.

—Son las típicas: Está prohibido fumar en casa. Si tienes adicciones a drogas, alcohol, o lo que sea, no debes trabajar con niños y sería causa de despido inmediato.

Levantó una ceja y se la quedó mirando con gesto interrogante.

Sabiendo el lugar de dónde la había recogido, a Katia no le extrañaba nada que él dudara de ella. Y, sin embargo, ya fuera por desesperación o por bondad, el hecho de que él estuviera confiando en ella, hacía que a Katia se le llenara el pecho de una inesperada y alegre calidez así que se apresuró a negar con la cabeza con firmeza.

—No, no soy adicta a nada.

Él asintió satisfecho. —El domingo es tu día de descanso y puedes hacer lo que quieras sin tener que informarme, salvo que vayas a llegar muy tarde. En ese caso, sí, porque no quiero preocuparme. Me vale con un recado por wasap.

Ella asintió y, de pronto, reparó en que había vuelto a sonreír sin querer. Se dio cuenta de que ese pequeño y breve gesto de alegría, después de todo lo que le había pasado, se le hacía raro. Como si su rostro se hubiera desacostumbrado a la risa y a expresar simplemente felicidad.

CAPÍTULO 8

Cuando menos te lo esperas ocurren cosas que te cambian la vida, ya sea para bien o para mal. Sobre eso Katia podía recitar un largo sermón en la misa dominical. Desde que sus padres habían muerto, su vida se había convertido en una montaña rusa de acontecimientos y sentimientos encontrados que, con el miedo, el hambre y la soledad, había tocado fondo. Y, ahora, de pronto, parecía ralentizarse en aquel lugar tranquilo y recóndito de la cordillera del Taunus. ¿Estaría cambiando su suerte para bien?, se preguntó esperanzada.

Estaban acabando de recoger y limpiar la cocina, cuando escucharon el ruido de un motor acercarse a la casa y Dexter salió disparado hacia la puerta principal.

—Ya están aquí.

El señor Feldmann siguió a su perro a pasos apresurados. Katia no sabía qué hacer. Terminó de poner el último plato limpio en la alacena y se sentó en una esquina del banco para esperar a que llegara el niño con el “hueso duro” de la tía.

Unos segundos después se lo pensó mejor y se puso en pie junto a la mesa a toda prisa, con el cuerpo rígido y la espalda espigada, para causar una mejor impresión a los recién llegados. Estaba tan nerviosa que casi empieza a morderse las uñas, pero se contuvo.

Les oyó entrar en la casa e intentó sonreír al verles acercarse por el pasillo. Dio, entonces, unos pasos hacia adelante con la intención de saludarles, pero el perro se coló, de pronto, entre las piernas de todos y empezó a girar en torno a Katia hasta que se detuvo junto a ella y lanzó un aullido en la dirección de su familia, que le contemplaban atónitos.

—Parece que Dexter acaba de hacer las presentaciones.

El señor Feldmann sonrió satisfecho y se agachó a la altura de su hijo Nico para decirle quién era ella. Katia se acercó a él e intentó concentrarse en establecer contacto visual con el niño sin hacer caso a la mirada acusadora de la tía abuela, que examinaba a la “intrusa” de arriba a abajo, como ya había hecho aquella mañana, censurándola sin ningún tipo de vergüenza.

El pequeño apenas le dedicó una fugaz mirada llena de recelo a Katia, antes de volver a agachar la cabeza y concentrar de nuevo la vista en una tira de plástico que liaba entre sus manos con inquietud.

Katia se dio cuenta de que ese no era el momento para intentar entablar confianza con el niño. Reconocía el nerviosismo de Nico, como el de ella misma. No le parecía bien obligarle a aceptar su presencia, así que se limitó a sonreír con naturalidad y esperar para ver lo que ocurría.

El señor Feldmann parecía tener la misma impresión, pues decidió acompañar a su hijo al salón, donde el niño tenía su esquina de juegos, llevándose consigo a su tía Elke.

Katia respiró aliviada cuando la dejaron sola. Se sentó en el banco y se sujetó el brazo en cabestrillo de forma protectora. El trabajo iba a resultar mucho más difícil de lo que ella había pensado. La tía del señor Feldmann no pensaba ponerle las cosas fáciles y, por ahora, se perfilaba más bien como una enemiga dura de pelar.

Se sentía deprimida y con miedo. De alguna forma, había empezado a sentir ilusión por ese

nuevo trabajo caído del cielo. Y es que, no solo era la paz que sentía en aquella casa lo que le gustaba, sino también el trato amable y considerado del señor Feldmann. Además, Katia había podido percibir el amor que él sentía hacia su hijo y, por alguna razón, ella había deseado poder servirle de ayuda. La breve, pero tierna, mirada asustadiza del pequeño la había conmovido profundamente y sentía que Nico se merecía toda su protección y afecto. Además, estaba Dexter. ¡Qué perrito tan simpático! Katia se complació recordándole salir de la cocina detrás de Nico, batiendo alegremente la cola de un lado a otro como si fuera un suave abanico negro con la punta nevada.

Sus pensamientos se desvanecieron cuando el señor Feldmann volvió a la cocina, de repente, para informarle a Katy que él tenía que volver al trabajo y que el niño estaba en el salón jugando con sus juguetes. Su tía Elke había insistido en quedarse, pero Katia no debía de sentirse cohibida ni amedrentada por su presencia, porque su tía solo quería asegurarse de que todo iba bien con Nico y él confiaba en que Katia lo entendería.

Katia asintió dándose cuenta de que su primera jornada laboral acababa de empezar. No iba a echar a perder esa oportunidad, se dijo con más convicción de la que realmente sentía.

Una de las premisas más importantes para establecer una relación fructífera con una persona que padeciera un trastorno psicológico era la paciencia. En el trastorno del espectro autista, el desarrollo del cerebro se veía afectado justo en la forma en que el individuo percibe y socializa con su entorno. Katia sabía que cada caso debía de ser tratado de forma particular y que la observación, la calma y la constancia eran fundamentales para conseguir los mejores resultados.

Sin embargo, la paciencia empezaba a acabársele.

Desde que había entrado en el salón y se había sentado sobre la mullida alfombra para poder acercarse a Nico a través del juego, la tía del señor Feldmann había iniciado un monólogo machacante y desolador sobre la corrompida juventud que parasitaba la ciudad con sus excesos de alcohol, escándalos y demás vicios repugnantes, según ella.

Lo peor era que Katia se daba cuenta de que la señora Sappel también la incluía a ella dentro de la expresión: “Esa gentuza”. Sin embargo, ella no tenía intención de hacer caso a sus provocaciones.

Nico jugaba con un tren de madera y daba la impresión de que no prestaba atención a nada más. Katia observó impresionada la red de vías de madera que el niño había montado para que sus trenes tuvieran un largo recorrido. Incluso había un túnel, una estación y un cruce de vías con una manivela para cambiar de dirección. Con cuidado, tocó la campanilla y, al ver que el niño reaccionaba mirando en su dirección, ella se apresuró a devolverle la mirada mostrándose impresionada: —¡Oh! ¡Wow! Tilín, Tilín.

Elke detuvo su monótona perorata y clavó su mirada intransigente sobre la indeseada niñera. Sin embargo, Nico no pareció interesarle lo que Katia hacía y volvió a entretenerse en su propio juego.

Aprovechando el preciado silencio, Katia empezó a empujar con suavidad uno de los trenes que estaba cerca de ella haciendo los típicos ruidos de una locomotora de vapor.

—¡Chu- chú! —Pitó alegremente cuando estaba acercándose a otro tren, estacionado en medio de la vía. Nico miró de reojo hacia los trenes, pero no le hizo más caso.

En cualquier otra circunstancia, Katy hubiera hecho chocar los trenes a toda velocidad y de forma divertida para causar la hilaridad de los niños. Pero con Nico tenía que pensárselo dos veces porque no sabía cuál iba a ser su reacción al ruido estrepitoso e inesperado. Así que detuvo

el tren con cuidado detrás del otro, imitando con suavidad los sonidos de los frenos y la salida de vapores a presión.

De pronto, notó que estaba llamando la atención del niño por lo que continuó su juego anunciando con voz grave que su tren iba a dar marcha atrás, para traer una pieza que le faltaba al tren averiado que estaba varado en las vías.

Aunque se sentía vigilada por Elke Sappel, no le importaba. Cuando cargó un palo pequeño y un papelito en uno de sus vagones y volvió para auxiliar al tren “supuestamente” averiado, se dio cuenta de que Nico seguía toda la acción con sus grandes ojitos asombrados.

La tía, en el sillón, se había quedado dormida.

El señor Feldmann no volvió hasta el anochecer y, mientras cenaban unas rebanadas de pan integral con embutidos y ensalada de tomate con mozzarella, él le pidió a Katia que le relatara lo que habían hecho en su ausencia.

La tía del señor Feldmann se había marchado a su casa en cuanto llegó su sobrino, por lo que ahora estaban solo ellos tres y Dexter, expectante bajo la mesa.

Katia aprovechó la oportunidad y empezó a narrar la historia de lo que le había ocurrido a uno de los trenes de Nico con pelos y señales, sin dejar de mirar al niño con complicidad. El pequeño comía con lentitud concentrado en deshacer en mil pedacitos la loncha de queso que su padre le había puesto en su plato. Sin embargo, Katia notaba que, tras el aparente desinterés, Nico la estaba escuchando porque no dejaba de mirarla de manera fugaz una y otra vez.

Su padre contestaba asombrado con “ahs” y “ohs”, siguiéndole el juego a Katia, a pesar de que no habían acordado nada con anterioridad. Eso hacía que ella hablara cada vez con más emoción, sobre todo cuando le contó, con todo lujo de detalles, lo que había hecho Nico cuando habían ido a un parque infantil cercano con la tía Elke.

Lo cierto es que no había podido estar a solas con el niño casi nada. La tía Elke se había dormido a lo sumo diez minutos y cuando se despertó volvió con su retahíla sobre la inmoralidad de la gente de ciudad mientras les daba prisa para llevar al niño al parque antes de que empezara a llover.

—¡Los niños necesitan aire fresco y limpio! —Le había espetado con tono amenazante y ojos desorbitados mientras se ponían los abrigos colgados en el ropero de la entrada. Katy todavía se estremecía al acordarse.

Después de la cena Katia y el niño se quedaron en el salón a solas, porque el señor Feldmann tenía que seguir trabajando en el despacho que tenía al final del pasillo de la planta baja.

Nico se sentó con una pelota sobre el sillón y Katy, que había agarrado otra pelota de trapo, se sentó cerca del niño para que fuera consciente de su presencia sin agobiarle. Entonces, empezó a jugar a imitarle, sin dejar de sonreír y de buscar que la mirara a los ojos.

Al poco tiempo, Nico ya se había dado cuenta de que Katy repetía todo lo que él hacía y sus movimientos dejaron de ser incontrolados. Incluso, le parecía que el niño estaba intentando contener la risa. Pero, entonces, el pequeño pareció enfadarse de pronto, le dio la espalda y se fue a esconder detrás del sillón.

Katia no sabía qué hacer.

Pensó que lo mejor era distraer al niño para que se le pasara la rabieta o lo que fuera que le había dado. Esperó un momento para que el niño se tranquilizara y después se sentó en el suelo en un lugar donde el niño pudiera verla y empezó a lanzar la pelota al aire para después atraparla con una sola mano y contó las veces que conseguía atraparla.

Ya estaba segura de que Nico tenía graves problemas con el desarrollo del habla, porque no le había escuchado más que emitir algunos sonidos durante todo el tiempo que ella había estado con él. Así que toda la tarde había estado contando en voz alta trenes, árboles, los empujones que ella le daba para mecerle en el columpio y hasta los pasos para llegar a la casa. Todo con el fin de que aprendiera y relacionara los números cuanto antes a base de repetirlos.

Poco a poco, fue llamando la atención del niño, que empezó a mirar con asombro a la pelota volando, una y otra vez, por los aires hasta que perdió el interés y fue a jugar de nuevo con sus trenes. Katia decidió, entonces, que el niño ya tenía suficiente de ella. Él también necesitaba momentos de soledad en el juego. Se sentó en silencio en el sillón y empezó a cavilar qué más juegos podrían gustarle a Nico. Cuando notaba que él la miraba, ella le devolvía una sonrisa y asentía a la vez con la cabeza para que viera que estaba contenta con lo que él estaba haciendo.

El señor Feldmann volvió un rato después a buscar a su hijo para llevarlo a la cama y después de diez minutos ya estaba de vuelta.

Katia se puso en pie al verle llegar.

—¿Tan rápido? ¿Nico ya se durmió? —le preguntó atónita.

—No, no creo que duerma todavía. Le lavé los dientes, le ayudé a ponerse el pijama y apagué las luces después de meterle en la cama, como siempre. ¿Contenta? ¿Quieres saberlo todo?

—¿Y el cuento?

—¿Qué cuento?

—A los niños les gusta que le cuenten historias antes de dormir.

—¡Ah! No, no. A Nico no le interesan los cuentos. Él se acuesta de lado, cierra los ojos y al poco tiempo se duerme. Al menos, en eso él no es complicado.

Katia se puso seria. —Señor Feldmann, ...

—Llámame Erick.

Érick, qué nombre tan bonito. Le pegaba muchísimo. Katia casi pierde el hilo de lo que iba decir debido al fragoroso batir de alas de las mariposas que se habían despertado en su estómago.

—Bien. —Asintió, tratando de controlarse—. Erick, se ha demostrado que leerles a los niños antes de dormir, no solo fortalece la relación entre padres e hijos sino que mejora el lenguaje y la atención. Justo lo que Nico necesita. A usted... A ti... te costará unos diez o veinte minutos más de tu tiempo, a los sumo. A él, en cambio, le ayudará para toda su vida. ¿No te parece que merece la pena?

A Katia se le hacía raro tutearle, pero dado que él ya lo hacía, era normal que ella también lo hiciera. Erick se la había quedado mirando sin abrir la boca, procesando tal vez, toda la información que acababa de recibir. Seguro que se estaría preguntando si merecía la pena. Y le entendía. ¿Quién tenía ganas de leerle a una especie de pared? Y, sin embargo, Nico tenía mucho potencial. Ella ya se había dado cuenta por el brillo inteligente de sus ojitos.

Sonrió y movió la cabeza para animar al señor Feldmann a volver a la habitación de su hijo para contarle un cuento.

—¿Pero no sé qué contarle?

—¿No tienes libros infantiles? ¿Hay unos con ilustraciones que son preciosos?

—No, no tenemos. Los rompe.

—¡Ah... vaya! Pero los hay gruesos y hasta laminados.

Érick encogió los hombros y abrió las manos a modo de disculpa.

—¿Y no te sabes ningún cuento de memoria? ¿Hansel y Gretel? ¿Caperucita? ¿El lobo feroz?

Él sonrió de oreja a oreja. —¿Me creerías si te digo que no me acuerdo? Esos cuentos me lo contaban de pequeño y eso fue hace siglos.

—Anda... ¡Qué exagerado! No tienes excusas. Podrías leerlos por internet y después contárselos. Más fácil imposible. Todo es voluntad y cariño, señor Feldmann.

Un súbito resplandor iluminó sus ojos y le dio un matiz salvaje a su rostro masculino. Katia apartó la vista para no dejar que su imaginación siguiera volando por aquellos derroteros.

—Mañana voy a empezar a hacerlo, te lo prometo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Katia al escuchar la voz varonil del señor Feldmann haciéndole promesas ¡a ella!

—Haces muy bien. Nico ya tiene cuatro años y parece que comprende todo lo que se le dice. Ten confianza.

—Ojalá todo fuera tan fácil como confiar y esperar. La vida real es dura y no es para los que se quedan de brazos cruzados.

—Tú lo has dicho. No puedes quedarte con los brazos cruzados con Nico. Vamos a buscar la forma de conseguir que hable. Ese tiene que ser el objetivo. Imagino que le llevas a terapia, ¿verdad?

—No, ya no. Su madre le llevaba una vez por semana, pero no hubo ningún avance y ella dejó de llevarle. No le gustaba el tratamiento, qué se yo.

—Vaya... Tal vez debiéramos buscar otro terapeuta. Le puedo pedir a mi profesor que me recomiende un buen psicólogo infantil especializado en el habla y el lenguaje. Es importante que el niño se sienta cómodo porque si no, no vale de nada.

—Es verdad que me dijiste que estudiabas psicología. Ahora entiendo todo.

Katia le devolvió la sonrisa. —Si todo va bien, solo me falta presentar el trabajo de investigación final para terminar la carrera.

—Suenas muy bien. Se te ve ilusionada.

Katia asintió. De pronto, le pareció que debía de ser honesta con él.

—La verdad es que me siento muy agradecida de estar aquí y de la oportunidad que me estás dando de salir adelante.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y cruzó los brazos sin decir nada, pero sin quitarle los ojos de encima. Ella tragó saliva y continuó hablando intentando controlar su nerviosismo.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, créeme. Yo, por mí, firmaría el contrato con los ojos cerrados. Pero como tú has sido hasta ahora sincero y honrado conmigo, yo quiero ser igual de franca contigo. —Katia se inquietó al verle arrugar el entrecejo y poner cara de preocupación—. En realidad no es nada grave, pero quiero que sepas algo que tal vez influya en tu decisión de contratarme.

—Okay... Dispara.

La tensión en el aire se podía palpar. Katia agachó la cabeza y se miró la punta de los pies ocultándole lo aterrorizada que se sentía.

—Estoy embarazada.

El señor Feldmann se quedó mirándola durante un largo rato sin decir nada. Ella luchaba contra las ganas de llorar por el miedo que tenía de que la pusieran de patitas en la calle en ese mismo instante. ¿Por qué no habría esperado al día siguiente cuando ya hubiera dormido en una cama de verdad? Le dio rabia de sí misma, por no haber pensado en eso.

—¿Estás embarazada y tu novio te dejó por eso?

—No, no. Él no lo sabe... todavía. —Katia no sabía porqué se había apresurado a defender a Maik—. La verdad es que mi novio me dejó plantada el día de nuestra boda. Se fue con mi mejor amiga. Una conocida me dijo que se fueron a vivir a Hamburgo... pero eso está tan lejos y yo no tengo dinero para presentarme allí. Ni siquiera sé dónde viven...

—¿Qué?! —El señor Feldmann la interrumpió para llevarse las manos a la cabeza, resopló con fuerza y fue a sentarse al sillón. Parecía escandalizado. Sus ojos desorbitados le recordaron a los de la tía Elke.

—Katia, por favor, siéntate y explícamelo todo desde el principio porque yo no puedo creer lo que estoy oyendo.

Ella hizo lo que él le pidió. Le explicó lo que le había ocurrido aquel fatídico día donde toda la mala suerte del mundo se conjuró en su contra y lo que había pasado después. Sacó su móvil y le fue enseñando los mensajes y las fotografías que corroboraban que todo lo que ella decía era verdad. El señor Feldmann no la interrumpió ni una sola vez. Ni siquiera en los momentos en los que él aparecía también como protagonista de la historia.

Al final, los dos guardaron silencio. Katia temblando de miedo, recordando donde había dejado todas sus cosas, por si tenía que irse de inmediato, y el señor Feldmann con el rostro grave, se veía pensativo y malhumorado.

—¿Sabes qué? —le oyó decir de pronto. A Katia le latió el corazón a mil por hora —. El despido es improcedente.

—¿Cómo?

“El despido... ¡Oh, No! ¡Que me está despidiendo!”. Katia perdió el aliento.

—Digo que no podían despedirte estando embarazada. El supermercado te tiene que devolver el puesto de trabajo o darte una indemnización, por lo menos.

—¡Ah! ¿El supermercado? ¿Udo?

—Sí. No me gustó nada cómo te trató esta mañana, pero ahora que me explicaste lo que ocurrió, estoy pensando en terminar la relación comercial que tengo con él. Esas no son formas de tratar a los empleados.

—Oh... —Katia no sabía qué decir. Se sentía bien porque él la hubiera creído y quisiera apoyarla, pero parecía que quisiera que ella volviera a trabajar en el supermercado a las órdenes de Udo. Apretó los labios y bajó la vista. Eso no era lo que ella quería.

De repente, el señor Feldmann se puso en pie.

—Tengo que seguir trabajando. El domingo por la tarde tengo tiempo si quieres que te lleve a recoger tus cosas a casa de tu amiga. Si firmas el contrato cuanto antes, podemos darte de alta en la seguridad social para que vayas a hacerte los exámenes prenatales. Ya te dije cuál es tu dormitorio, ¿verdad?

Katy asintió con la boca abierta por la sorpresa.

—Nico se despierta alrededor de las siete de la mañana. Que tengas buena noche.

Sin más, salió del salón y se encerró en su despacho. Ella se había quedado sola y estupefacta mirando hacia la puerta abierta por dónde él, Érick, había desaparecido.

Érick... Se tapó la boca al darse cuenta de que una risa histérica estaba a punto de salir atropellada por su boca. Después de contarle todo, ¡la había contratado!

Ya eran casi las diez de la noche. Subió las escaleras con la mochila al hombro y entró a asearse al baño sintiendo una felicidad desmedida, que parecía dar saltos eufóricos dentro de su pecho.

Al abrir la puerta del dormitorio y encender la luz se quedó inmóvil en el mismo umbral con una sonrisa emocionada en su cara imposible de venirse abajo. Ante ella estaba la habitación más bonita que había visto nunca. La luz cálida de la lámpara iluminaba con suavidad una espaciosa estancia que parecía, más bien, la de un coqueto hotel rural. La gran cama en el centro estaba cubierta por un edredón de rayas azul celeste, a juego con los enormes cojines y con la manta de patchwork que cubría los pies de la cama. Junto a una estantería blanca, decorada con un par de

jarrones y algunos libros, había una sencilla mesa con su silla a juego de madera blanca. Al otro lado, estaba el armario empotrado con puertas de madera de roble, al igual que las vigas que, también aquí, cruzaban el techo. Sobre la pizpireta mesita de noche había una moderna lámpara con control táctil y un reloj despertador.

Sin pensarlo dos veces, Katia se puso una camiseta y se metió debajo del edredón. Suspiró de placer al estirar su cuerpo entumecido sobre el mullido colchón y no tardó nada en dormirse profundamente.

Todavía era de noche cuando un ruido la sobresaltó. El despertador no había sonado todavía. Iba a alargar la mano para encender la lámpara cuando escuchó con claridad el llanto de un niño. De un salto, Katia se puso en pie lo más rápido que pudo y salió corriendo para buscar el dormitorio de Nico.

Vio que de una de las habitaciones del otro lado del pasillo emanaba luz. Se apresuró a entrar por la puerta, que estaba abierta, y se detuvo bruscamente al ver que el señor Feldmann estaba sentado junto a su hijo, intentando tranquilizarle.

La escena del padre consolando a su niño pequeño la conmovió, sobre todo ahora que sabía tanto de ellos. De pronto, el señor Feldmann levantó la vista y la miró de arriba a abajo sorprendido, hasta que sus ojos de gato se quedaron clavados sobre sus piernas desnudas y sus pies descalzos.

Katia estiró su camiseta hacia abajo con pudor y le preguntó entre susurros si Nico estaba bien. Parecía que el pequeño se había vuelto a dormir.

—Todo está bien. Vuelve a la cama.

Ella se quedó unos instantes sin saber qué hacer hasta que le vio arrojar al niño con su edredón y acariciarle la cabecita. Entonces, decidió hacer el camino de vuelta a su recién estrenado dormitorio para volver a meterse en el confortable nido abrigado, que ya se había hecho en la cama.

A las seis de la mañana sonó el despertador. Katy lo apagó, pero se sentía tan cómoda que remoloneó un rato largo antes de estirarse como un gato y despegarse con desgana de las sábanas para ir a ducharse. Antes de entrar en el baño, respiró profundamente el aroma a café recién hecho, que llegaba hasta el piso de arriba, así que se dio prisa para no hacer esperar al señor Feldmann.

En cuanto estuvo lista se dirigió presurosa a la cocina pensando en las actividades que había planeado para hacer con Nico. Tenía que intentar no agobiarle. Iba a ser todo un reto hacer los ejercicios de habla sin que el niño se sintiera coaccionado, pero el reto hacía que Katia se sintiera muy ilusionada.

Entró en la cocina saludando alegremente con la sonrisa puesta, pero se le quedó petrificada en cuanto vio quién estaba haciendo los huevos fritos.

—Buenos días, ¿qué tal estás hoy? —Le preguntó Elke, devolviéndole la sonrisa.

—Eehhm... Bien, gracias. ¿Y usted?

Katia maldijo para sus adentros. Se tenía que haber imaginado que la tía del señor Feldmann iba a estar de pie a primera hora de la mañana para controlar todos sus movimientos, como había hecho el día anterior. A duras penas, controló su cara para que no se le notara lo contrariada que estaba.

—Yo estoy bien. Hoy no me duele tanto la espalda. El lunes voy a llamar para que me den cita en el centro de rehabilitación.

—Ah... qué bien. —Katia se dio cuenta de que el gesto de la señora Sappel ya no parecía tan hostil, pero se mantuvo cauta. Miró hacia la mesa y no encontró a nadie—. ¿Dónde está el señor

Feldmann?

—Érick está trabajando desde las seis de la mañana repartiendo encargos y Nico sigue durmiendo. Ya bajará dentro de un rato. Siéntate. Te he preparado el desayuno. En tu estado tienes que cuidarte.

A Katia se le abrió la boca del impacto que recibió.

Elke soltó una simpática carcajada. —No me mires con esa cara. Érick me lo contó todo y si él confía en ti, yo... también. Anda, siéntate.

Katia hizo lo que ella le decía, pero sintiéndose inmersa en una situación de lo más insólita. Sobre todo por el nuevo comportamiento amable y bonachón de la mujer que el día anterior le había hecho la vida casi imposible.

Ella parecía que estaba leyendo sus pensamientos. —Ya sé que no empezamos bien, pero como decía mi abuela: “Nunca es tarde si la dicha es buena”, ¿no te parece?

Katy asintió por inercia. No sabía qué pensar, pero mirándolo bien, prefería mil veces a la Elke amable, aunque pareciera forzada, que a la odiosa Elke dictatorial, así que sonrió aliviada, aceptando con gusto el cambio de proceder de la señora Sappel como algo bien venido.

CAPÍTULO 9

Para cuando llegó el señor Feldmann a tomar su desayuno de las ocho de la mañana acompañado por Dexter, la señora Sappel y Katia ya se habían encargado de bañar y vestir al niño, de darle el desayuno y de acompañarle a jugar con sus preciados trenes.

Sin la ayuda de Elke, Katia no hubiera podido hacer muchas cosas. Le faltaba el apoyo y la fuerza de su brazo izquierdo, pero no quería forzarlo para que se pudiera curar lo antes posible.

Aprovechó la presencia del dueño de la casa para pedirle la clave de acceso a Internet. De ese modo, pudo informarse de algunos ejercicios para la estimulación del lenguaje y para fomentar la interacción. Esa noche intentaría irse un poco antes a su habitación para investigar más sobre el asunto.

Al volver al salón Nico jugaba a estirar una tira larga de tela elástica sentado en una esquina del sillón. Al darse cuenta de que el señor Feldmann seguía hablando con su tía en la cocina y que ella podía estar un rato a solas con el niño decidió sentarse cerca de él y empezó a hablarle acerca de las canciones que a ella le gustaban. El niño no parecía prestarle atención, pero entonces Katia sacó su smartphone y lo conectó al equipo de sonido por medio de Bluetooth. Cuando se oyeron los primeros compases de la canción instrumental de “Stairway to Heaven” de Led Zeppelin, Nico levantó la cabeza y se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. A lo que ella aprovechó para señalarse el oído y decirle: —¡Escucha! — y después movió los dedos de su mano como si fuera una guitarrista zurda.

Segundos después, Nico volvió a concentrarse en envolver la tira de tela alrededor de su mano y Katia decidió dejarle tranquilo mientras la música sonaba de fondo. Poco a poco, la melodía empezó a enriquecerse con nuevos instrumentos y sonidos más complicados y, con cada cambio, Nico volvía a mirarla. Ella movía la cabeza siguiendo el compás de la canción y asintiendo con una sonrisa cada vez que el niño la miraba. Cuando empezó a sonar la guitarra eléctrica solista, Katy se sorprendió al darse cuenta de que el pequeño estaba moviendo la cabeza como ella.

Se acercó a él y le tocó la rodilla con suavidad para que él la mirara a la cara.

—¿Te gusta?

El niño la miró preocupado, como si hubiera hecho algo malo. Ella le sonrió y exclamó con voz alegre, pero no muy alta: —¡A mí también me gusta!

Acto seguido, Katia siguió moviendo la cabeza y hasta empezó a imitar los sonidos de la guitarra con su voz. Nico volvió a agachar la cabeza para seguir jugando, pero ella, por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que el pequeño había vuelto a mover su cabecita al sonido de la música.

Cuando la canción llegó a su fin, apareció Érick por detrás del sillón y le revolió el pelo a su hijo. —Con que aquí tenemos a un niño con alma rockera, ¿eh?

El niño siguió con la cabeza baja.

—¿No le habías puesto antes música rock?

—No... la verdad. Nosotros le ponemos música clásica, como nos aconsejó su pediatra. Sobre todo cuando está nervioso le tranquiliza escuchar a Mozart.

—Ah... sí. He leído algo de eso. Estimula el cerebro infantil y sirve también de relajante. Lo llaman “efecto Mozart”.

A Katia le encantó comprobar que escuchar la música del famoso compositor sí que surtía efecto en los niños y tomó nota en su mente por si acaso Nico se ponía “nervioso” estando con ella a solas.

El señor Feldmann se fue a su despacho a continuar con su trabajo y la tía Elke se despidió también porque tenía que hacer algunas compras de sábado y descansar.

Cuando Katia volvió a mirar a Nico, se fijó en que el pequeño tenía todo el brazo izquierdo envuelto con la tira de tela, como si se tratara de una escayola. Por si no hubiera quedado claro, el niño señaló con su minúsculo dedo la férula de yeso del brazo de Katia.

—¡Ahhh! ¿Tú también tienes el bracito enyesado?! ¡Pobrecitooo!

Entonces, como si tras una nube negra saliera el sol de improviso, iluminándolo todo a su alrededor, se dibujó una mini sonrisa en las comisuras de los finos labios del pequeño Nico. Katia parpadeo sintiéndose, de repente, repleta de felicidad al notar que el niño empezaba a aceptarla. Controlando su impulso de abalanzarse sobre él para darle un abrazo, continuó siguiéndole la idea y empezó a jugar a los médicos. Le midió la fiebre debajo del brazo con un palito que encontró en el cajón de la mesa de centro, dobló una revista y se la pasó por encima del brazo haciendo ruiditos como si le estuviera haciendo una radiografía y hasta le colocó un paño de cocina sobre el hombro para que llevara el brazo “lesionado” en cabestrillo, como ella.

Lo más sorprendente para Katia era que, durante todo ese tiempo, el niño se había mantenido atento, siguiendo el juego con grandes ojos y sin distraerse. Es verdad que Nico no había dicho ni una sola palabra, pero ni falta que le hacía. A través de los leves gestos de su cara y de su cuerpo, Katia había podido comprender sin mucha dificultad lo que al niño parecía gustarle y lo que no.

Después volvieron a jugar a los trenes. Esta vez, Nico guardó en la caja todas las locomotoras excepto dos. Una la dejó al alcance de Katia mientras él se iba al otro lado de las vías para arreglar las que estaban fuera de lugar.

Katy no se hizo de rogar, aprovechando todas las oportunidades que le daba el niño. Tomó el tren que le había sido designado y empezó a avanzar por las vías de madera haciendo todo tipo de sonidos onomatopéyicos repetitivos: Chucuchucu, tutú, iiiiii... que llamaran la atención de Nico.

En el fondo, lo que ella quería era instar al niño a que la imitara. Sabía que, para tener un buen progreso en el desarrollo del lenguaje, no solo se necesitaba la reiteración insistente de los sonidos, sino también que la voluntad misma de aprender surgiera de la propia persona. Si el interés faltaba, iba a resultar muy difícil e, incluso, podría pasar mucho tiempo hasta ver los primeros avances en el niño. Katia deseaba que no fuera así.

Decidió llevar al día un cuadernillo con los acontecimientos que fueran ocurriendo a diario, anotando las reacciones que tenía Nico durante los juegos que hacían, para que no se le olvidaran los pequeños detalles, y todo con el fin de informar lo mejor posible al pediatra del niño. Confiaba que así ayudaría a que se pudiera elaborar un plan de tratamiento idóneo con el que conseguir la máxima normalidad y autonomía posibles para Nico.

Cuando llegó su padre a hacer la comida, el niño todavía llevaba el brazo en cabestrillo. No había querido quitárselo en ningún momento, ni siquiera cuando salieron al jardín a tomar el aire y estuvieron recolectando las pocas florecitas que habían empezado a salir en el césped para ponerlas de decoración en la mesa del comedor dentro de un vaso de cristal.

Durante la comida, Katia volvió a relatarle a Erick, paso a paso y con lentitud, todo lo que

habían hecho Nico y ella durante la mañana, dirigiéndose sobre todo al niño, porque quería enseñarle las palabras adecuadas que describían sus vivencias.

Nico la escuchaba con atención, a pesar de que no decía nada, y su padre se mostraba no solo impresionado, sino también orgulloso por todo lo que ella le decía. Katia se dio cuenta de que su propio entusiasmo era real. Se lo había pasado en grande jugando con el niño a solas y en libertad, sin las miradas ni los comentarios críticos de la tía. Hasta había olvidado durante el juego los miedos que la aterrorizaron viviendo en la calle y que la mantenían agarrotada de forma constante.

Antes de que Érick volviera al trabajo, Katia le pidió unas hojas de papel y lápices de colores. Por más que había buscado por todo el salón y la cocina-comedor, no había encontrado nada con qué dibujar.

—Oh... Los tengo guardados en el armario de mi despacho. ¿Para qué los quieres?

—Es solo para entretener a Nico dibujando.

—Ah, ya... Tal vez no sea buena idea. A Nico no le gusta dibujar.

—¿De verdad? ¿No le gusta?

—No. Se pone nervioso y empieza a romper los lápices, las hojas y todo lo que encuentre a su mano.

—Vaya, qué extraño...

Katia se quedó pensativa. Le hubiera gustado que el niño agarrara lápices para que ejercitara las manos, pero lo que menos quería ella era provocarle una crisis de ansiedad al niño. A saber por qué lo haría... El señor Feldmann había ido a su despacho y volvió con un paquete de folios blancos para impresora y una cajita de colores.

—De todas formas, me harías un favor si lo intentas otra vez. Dentro de poco va a tener que ir al colegio y ahí va a tener que aprender a escribir... o eso espero. Tal vez contigo se comporta de manera diferente. Desde que veas que empieza a ponerse nervioso los guardas deprisa en lo alto de un armario para que él no llegue y me avisas. Voy a quedarme un rato más revisando unos contratos para estar aquí por si Nico se pone mal. ¿Okay?

Katy tragó saliva y asintió con poca convicción. Érick se dio la vuelta y se metió en su despacho dejando la puerta abierta.

Ella se quedó de pie, en el pasillo, sin saber qué hacer porque lo que ella menos quería era obligar al niño a hacer algo que él no quería. De pronto, recordó que, de pequeña, a ella le gustaba observar cómo pintaba su tía Marie. Eran, en su mayoría, motivos marinos, como peces de colores jugueteando entre anémonas o blandas medusas luminosas, sumergidas en el fondo del azul más profundo.

Entró en el salón y se sentó sobre la alfombra, delante de la mesa baja de centro. Nico seguía sentado en la esquina del sillón jugando aparentemente tranquilo con la tela que envolvía su brazo, aunque la miraba de vez en cuando con curiosidad.

Se colocó de forma que Nico pudiera ver lo que ella hacía, sacó de la cajita un lápiz de color azul y empezó dibujando un círculo azul en el centro de un papel. Después sacó un lápiz amarillo. Esbozó, entonces, un círculo mucho más pequeño y empezó a cantar con voz suave la canción de “los patitos”.

Estaba pintando el tercer patito nadando en el lago azul, cuando advirtió que Nico se sentaba al lado de ella para mirarla dibujar de cerca. Justo lo que Katia había querido que hiciera. Ahora solo tenía que continuar así hasta que a Nico le entraran ganas de dibujar por sí mismo. Por si acaso, dejó el lápiz amarillo al alcance de Nico y siguió dibujando un pez de color naranja y después otro, y otro, para repetirle los nombres de las cosas e intentar que él también quisiera

decirlos.

Un rato después apareció el señor Feldmann y se acercó hasta la mesa para contemplar el dibujo e intentar adivinar qué había dibujado Katia. Para sorpresa de Érick, Nico soltó una alegre carcajada infantil cuando su padre no consiguió adivinar que una mancha verde deforme en la orilla del lago era, en verdad, un peligroso cocodrilo. La cara de emoción con la que el radiante padre quedó mirando embelesado a su hijo, hizo que por poco ella se derritiera por dentro.

Era domingo. Su día de descanso. Sin embargo, Katia no se había quedado retozando en la cama sino que se había despertado temprano para ducharse y dedicar tiempo a revisar todos los apuntes de las observaciones que había hecho el día anterior.

Por lo que había estudiado sobre el tema, sabía que tenía que intentar entender cómo funcionaba el cerebro de Nico, para darle justo la ayuda que necesitaba. Sobre todo, sabiendo la cantidad de tipos y grados de trastorno dentro del espectro autista.

Por lo pronto ya estaba llegando a la conclusión de que lo que tenía Nico no podía ser un autismo severo, porque se transmitía a través del lenguaje no verbal, con sus expresiones y miradas. De todas formas, tendría que ser el neuropediatra el que llegara a sus propias conclusiones, teniendo en sus manos toda la información que ella estaba recopilando.

Bajó a la cocina y no encontró a nadie. La tía Elke les había visitado durante la tarde del día anterior, pero no se había querido quedar a cenar. Lo malo era que, a pesar de su positivo cambio de actitud, Katia aún no podía relajarse del todo estando en su presencia porque había algo en ella que no le daba buena espina. Por eso se alegró de que la tía no hubiera venido aquella mañana.

Echó un vistazo al reloj de cuco y se dio cuenta de que iban a dar las siete de la mañana. Se asomó a la ventana para ver el paisaje. Ya había amanecido y pudo ver que el señor Feldmann se dirigía al gallinero.

Sentía curiosidad por ver las gallinas y quería comentarle ciertas cosas al padre de Nico, que no quería decir en casa para que el niño no le oyera, así que sin pensarlo dos veces se puso los zapatos y el abrigo y salió detrás del señor Feldmann.

Dexter la recibió fuera del corral, moviendo la cola contento y dejándose acariciar por ella.

—¡Buenos días! ¿Ya estás despierta?

—Buenos días, Érick. Últimamente me he acostumbrado a madrugar mucho. —Apartó los malos recuerdos de las madrugadas en los refugios que le llegaron, de repente, a la cabeza y se concentró en el presente—. ¿Necesitas ayuda? —Le preguntó ella, entonces, con timidez.

—Sí, por favor. Podrías mantener la puerta abierta un momento. Vigila que no se escapen las gallinas.

—Claro.

Él salió y se echó al hombro un saco grande de pienso. Acto seguido volvió a entrar en el corral, se agachó para abrir el saco con un cuchillo y, entonces, se extendió un halo de polvo que le ensució los pantalones vaqueros que llevaba puestos. Sin preocuparse por su aspecto, repartió el contenido del saco entre varios comederos, agarró una caja de huevos y se dirigió a la salida del gallinero.

—¿Te apetece desayunar huevos frescos?

Le dio a Katia la caja que llevaba, cerró la puerta del corral y, entonces, de unas fuertes palmadas, consiguió dejar sus pantalones, otra vez, de su color azul originario. Katia no sabía cómo ese hombre conseguía estar a esas horas de la mañana tan bien peinado y arreglado,

teniendo en cuenta, además, la rudeza de su trabajo. Volvió a mirar hacia el interior de la jaula para ver a las gallinas coloradas comer a picotazos.

—Cuando los días sean más largos, van a poner más huevos. Por ahora, nos tendremos que conformar solo con siete.

—¿Cuántas gallinas tienes? —Se movían tanto que Katia no las podía contar.

—Ahora mismo hay veintiocho gallinas y cinco gallos. He tenido que separar a uno de ellos porque no dejaba de pelearse con los otros, ¿le ves?

Katia se fijó en un gallo de cresta tiesa, de plumaje rojizo y verde en la cola, que se pavoneaba provocador junto a la malla que le separaba de los demás. La belicosidad impostada de aquel precioso gallo petulante la hizo sonreír.

—Más tarde les voy a dejar salir para que estiren las patas.

—¿Y no se te escapan?

—No, ellas salen por el otro lado, donde está cercado.

El señor Feldmann arrimó su cabeza a la de ella para señalarle la dirección desde donde la valla metálica se veía mejor y Katia aprovechó para aspirar en profundidad su suave aroma a aftershave y a plantas silvestres. Él volteó a mirarla justo cuando ella sonreía como una boba, así que para disimular asintió y empezó a mirar muy interesada a su alrededor.

Junto al granero, a varios metros de la casa, había un garaje bastante grande, en cuyo interior se alcanzaba a ver un tractor. Después se fijó en un cobertizo de madera con las puertas cerradas, que podía ser un establo.

—¿Tienes otros animales?

—No, solo gallinas. Hay algunos que crían vacas para tener estiércol, pero yo de ganadería sé poco y prefiero limitarme a las frutas y a las verduras ecológicas que producen mis tierras. Dan mucho más trabajo del que parece, créeme.

—Claro que te creo. A mis plantas les tengo que dedicar un montón de tiempo para que estén bonitas y que no venga una plaga a comérselas o a podrir las.

Al acordarse, rogó para sus adentros que Glenda se estuviera haciendo cargo de sus pobres plantas aunque, en seguida, volvió a tranquilizarse al recordar que esa misma tarde, el señor Feldmann la iba a acompañar para traer todas sus cosas.

Érick comenzó a caminar hacia la casa y ella le acompañó. Detrás de ellos les seguía Dexter con la lengua colgando.

—No sé si es porque eres una novedad o porque realmente le caes bien, el caso es que Nico parece sentirse muy cómodo contigo.

Más que una constatación de hechos, parecía que Érick le había hecho una pregunta cargada de dudas. Katia le volteó a mirar con una ceja levantada.

—¿Tienes algo en contra?

El rio meneando la cabeza.

—No, al contrario. Estoy contento. Temía que mi hijo reaccionara mal, con miedo, como de costumbre. Y, sin embargo... Espero que siga así...

De repente, parecía muy preocupado, andando cabizbajo.

—Precisamente de eso quería hablarte. Sin que nos oyera Nico.

Él detuvo sus pasos de forma abrupta y se la quedó mirando a los ojos sin siquiera pestañear.

—¿De qué se trata?

Un soplo de viento frío le revolvió su pelo castaño, pero él ni siquiera se inmutó. Parecía una estatua de un dios griego preparándose para la lucha.

—Lo primero que quería hacer era agradecerte que estés cooperando conmigo en las

actividades que hago con Nico. No sabes lo bien que le viene al niño sentirse apoyado por su padre. Ya lo viste ayer, que hasta se rio con lo del cocodrilo.

—Ya me he dado cuenta. Puedes contar conmigo... —se detuvo y agachó la cabeza de forma apesadumbrada —Me encantaría decir que yo estoy ahí siempre para mi hijo, pero es que tengo que trabajar tanto... pfff...

Resopló tan fuerte que parecía deshincharse de un momento a otro, así que Katia quiso calmarle rozándole el brazo con su mano y se llevó una sorpresa al notar la firmeza de sus músculos.

—No te preocupes —le susurró, metiéndose de nuevo la mano en el bolsillo de su abrigo—. Ningún padre puede estar veinticuatro/siete para sus hijos. El tiempo que le das es de calidad y eso es lo importante. ¿Le contaste anoche alguna historia?

Katia no se había dado cuenta de nada, porque se había ido temprano a su dormitorio. Quería que Nico tuviera tiempo para estar con su padre a solas y se había quitado de en medio en cuanto terminaron de cenar.

—Sí, le leí el cuento del “patito feo”.

—¿Y?

Katy le miraba expectante, esperando que le dijera qué reacción había tenido el niño.

—Y... nada. Se acostó de lado con los ojos cerrados y no se movió. Como siempre.

—Él te escuchó y eso es lo importante. Si queremos que aprenda a hablar, tenemos que hablarle despacio y con claridad. Acentuando las palabras y, si puede ser, señalando la cosa a la que nos referimos para que pueda relacionarlo con más facilidad.

—Ok... ¿Y de eso querías hablarme?

—No, exactamente. He podido comprobar que tenías razón en que Nico tiene serias dificultades con el lenguaje, pero todavía no puedo ver el grado de autismo que tiene... si es que tiene.

—¿A qué te refieres? ¿Crees que Nico no tiene autismo?

La gravedad en el rostro del señor Feldmann se vino abajo y sus ojos se abrieron de par en par dejando ver el chispazo de la ilusión en sus pupilas azules. Lo que Katia menos quería era crearle falsas esperanzas, así que se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no. Lo que quiero decir es que veo indicios de que podemos descartar que Nico tenga un autismo severo por la sencilla razón de que sigue todos los juegos con atención y, lo mejor, es que tu hijo es capaz de comunicarse a través de sus expresiones. Imagino que ya te habrás dado cuenta de que tiene gestos para todo, ¿no?

—Bueno, sí. A veces parece que quisiera decirme cosas con la mirada... ¡Pero no habla!

—A eso se llama “comunicación no verbal”, Erick. Es una forma de hablar. ¿Has ido alguna vez al logopeda con él?

—Sí, hace cosa de un año. No le vio ningún problema físico.

—Yo tampoco creo que le pase nada en la cuerdas vocales. Le oí llorar anoche otra vez. ¿No quieres que yo me ocupe de él?

—No, todavía no. Mejor dentro de un par de semanas, cuando Nico ya tenga verdadera confianza contigo. Para entonces ya tendrás el brazo bien.

—Eso espero. —Katy sonrió y él le devolvió la sonrisa. Las simpáticas arruguitas, que se le formaban alrededor de los ojos, le hacían parecer el hombre más sexy que ella había conocido. Con razón sus compañeras de trabajo le llamaban “el tío bueno de las manzanas”. Katia notó que se le ruborizaban las mejillas con sus pensamientos, así que apartó la vista hacia las colinas que se levantaban ondulantes en el horizonte.

—¿Cómo era Nico de bebé?

—¿Quieres saber si ya se le notaba algo raro?

—Bueno... sí.

—Nosotros no notamos nada. Era muy tranquilo. Sonreía mucho y hablaba... o, mejor dicho, balbuceaba un montón.

Katia recordó lo que había estudiado sobre la “jerga del autista”. —¿Nunca ha hablado nada?

—No... A su madre le desquiciaba que el chico no hablara cuando los demás niños de su edad ya lo hacían hace tiempo. Yo intentaba tranquilizarla diciéndole que debíamos de darle su propio tiempo al niño y tener paciencia. Parece que al fin ella tenía razón...

—No pienses más en eso. Creo que yo también habría hecho lo mismo que tú y le habría dado una oportunidad a mi hijo para que se desarrollara a su ritmo. Ahora, lo cierto es que me gustaría que lleváramos a Nico a su pediatra para que le de un pase para un especialista. Cuanto antes empecemos con una terapia del habla, mejor será para el niño. Si me das el número de teléfono, llamo mañana mismo para pedir una cita. ¿Qué te parece?

Él se la quedó mirando unos instantes, un poco perturbado. Luego sonrió de medio lado y asintió.

—Me parece muy bien. Gracias por todo lo que estás haciendo, Kat. De verdad, significa mucho para mí.

Katia se quedó sin aliento al escuchar que la llamaba con el diminutivo cariñoso que utilizaban sus padres para referirse a ella. Agachó la cabeza asintiendo a la vez para que él no notara su desconcierto y empezó a caminar en dirección a la casa para ocultar la extraña sensación de vértigo que se le metió en su estómago de sopetón.

CAPÍTULO 10

Desde la ventana de su habitación se podía divisar en la lejanía la brillante silueta del Skyline de Fráncfort envuelta en las doradas luces del atardecer. Podría decir que añoraba vivir en la ciudad, pero estaría mintiendo. No echaba de menos en absoluto la agitada vida de la metrópoli y, mucho menos, la soledad en medio de la multitud que había tenido que soportar la última semana.

Cerró la ventana, empujó con el pie una de las cajas que Érick había dejado junto a la puerta de su dormitorio y abrió el armario para guardar todo su contenido de ropa y complementos.

Estaba feliz de volver a tener sus cosas consigo.

Lo primero que había hecho al llegar había sido colocar el retrato de sus padres en la mesilla de noche y guardar sus recuerdos con amoroso cuidado. Después sacó sus carpetas de apuntes y las metió en el primer cajón de la mesa. Tenía que empezar a hacer su trabajo de fin de carrera y todavía tenía que decidir qué tema iba a tratar. No podía seguir perdiendo el tiempo. Su futuro... y el de su bebé, dependían de que terminara sus estudios y encontrara un trabajo en lo suyo.

Terminó de ordenar todas sus pertenencias, repartiéndolas entre todos los muebles del dormitorio. Sus libros de psicología habían llenado toda la estantería y la mesa estaba llena a rebosar con sus materiales de estudio. Katia miró a su alrededor. El dormitorio había dejado de parecer una habitación de hotel semi vacía y se había convertido en su rinconcito privado. Así le gustaba aún más.

Iba bajando las escaleras de buen humor, con una bolsa de zapatos suyos para ponerlos dentro de la zapatera del recibidor, cuando recordó que tenía que llamar a Glenda para quedar con ella y agradecerle en persona que la hubiera ayudado.

Aquella tarde, no la había visto. Su marido fue quien les abrió la puerta, les señaló la esquina donde se apilaban los bultos de Katy y, mientras ellos se apuraban en recogerlo todo con rapidez, el señor se acomodó en su sillón con los ojos enrojecidos, un cigarrillo encendido en una mano y una botella de cerveza en la otra, observando cada uno de los movimientos de su visita “non grata”. Katia, sin embargo, no se sintió molesta por él, sino más bien aliviada de que su ex compañera de trabajo no hubiera estado en casa, pues seguro que Glenda hubiera reparado en que la acompañaba el “tío bueno de las manzanas” y Katia se habría convertido de nuevo en la comidilla de todos los trabajadores del supermercado con toda seguridad.

Suspiró contenta y se dispuso a guardar sus zapatos cuando escuchó un fuerte griterío proveniente del salón.

En el acto, dejó la bolsa y fue a ver lo que pasaba.

Al ver a Nico tirado en el suelo pateando y con la cara enrojecida de tanto chillar, se quedó boquiabierto. Su padre estaba a su lado cuidando de que el niño no se diera un mal golpe por estar moviéndose enloquecido.

—¿Qué le pasa?! —consiguió preguntar Katia llena de preocupación. Ella nunca había visto nada semejante.

—Tiene una crisis. No quiere ir a dormir todavía...

—¡Oh!

¡Menuda perreta estaba montando Nico por no ir a la cama! Katia se quedó alucinada mirando al niño totalmente enajenado y prefirió mantenerse al margen para ver cómo Érick controlaba esa situación tan difícil.

Su padre intentaba apaciguarle hablándole con suavidad, pero el pequeño no atendía a razones. Agitaba los brazos desesperado y, de pronto, empezó a toser como si quisiera vomitar.

Érick parecía un poco desbordado por la situación. Katia miraba la escena mordiéndose el labio y sintiéndose incapaz de actuar. En un momento dado, él se puso en pie, sacó un smartphone del bolsillo trasero de su pantalón y empezó a pulsar con el dedo sobre la pantalla.

A los pocos segundos empezaron a sonar por los altavoces los primeros compases de la canción de la “Estrellita” de Mozart y, por fin, como si de un milagro se tratara, Nico fue calmándose, poco a poco, hasta el punto en que su padre le pudo tomar entre sus brazos para consolarle y llevarle a dormir.

Cuando el señor Feldmann pasó por su lado, con el niño gimiendo pesaroso sobre el hombro de su padre, ella se quedó sola en el salón, sumida en sus pensamientos. Se acercó al ventanal y echó un vistazo a sus plantas, que estaban en una esquina de la terraza de modo pasajero. Dirigió sus pasos hacia la cocina y después volvió con una jarra llena de agua para regarlas.

Se sentía inquieta e, incluso, un poco espantada. “¿Y si a Nico le daba una de esas crisis estando con ella a solas?”. En esta ocasión, la música había servido para tranquilizarle, pero Katia sabía que no sería siempre así, porque todo dependía de las circunstancias que provocaran la crisis.

“¿Y si no estaba preparada para enfrentarse a una situación tan complicada como aquella?”. Fue al recibidor para colocar sus zapatos en la zapatera y después subió cabizbaja a su dormitorio. “¿Era correcto que ella, que no sabía nada de niños, se atreviera a cuidar de un peque con tantos problemas personales?

De repente, se avergonzó de sí misma. “¡Si es que hasta había llegado a pensar que ella podría curar al niño!”, se auto reprochó. ¡Como si no supiera ella misma, que eso era imposible! ¡Necia! Eso era lo que era ella en realidad...

Miró hacia afuera a través del cristal de su ventana. Ya se había hecho de noche, pero las luces fulgurantes de los rascacielos, iluminaban la línea del horizonte. Tal vez no debería de ser tan egoísta. Tal vez debería de irse a Hamburgo en busca de Maik para dejar que Érick contratara a una persona con experiencia en autismo que se ocupara del pequeño con la pericia necesaria.

Sin embargo, todo su ser le decía que estaba haciendo bien. Había llegado a sentir, incluso, que el destino la había llevado hasta ahí a propósito, hasta Nico. Él la necesitaba a ella y ella a él. Dirigió su mirada hacia el cuadernillo que tenía sobre la mesa y se acercó a abrirlo para leer sus últimas anotaciones con sumo cuidado.

Esa noche le costó dormirse. Estaba nerviosa, no paraba de dar vueltas de un lado al otro del colchón. Se sentía atrapada en una maraña de inseguridades. Hasta que las palabras de su madre llegaron inesperadamente a su mente para tranquilizarla: “El peor intento es el que no se hace”. Ella siempre le recordaba a Katia que debía de ser valiente, confiar en su intuición y seguir, sin dudar, a su corazón.

Una cálida sensación de paz se albergó en su pecho y Katy sonrió con los ojos cerrados. Su madre tenía razón. Tenía que quedarse a luchar por Nico.

Separados por el jardín de entrada a la casa, un largo seto de Forsythia y la vía de acceso de vehículos, empezaban los enormes terrenos de árboles frutales, sembrados en línea para hacer más fácil su cuidado y la recolección de las frutas maduras cuando llegara la época de la cosecha, según le había explicado el señor Feldmann.

Los campos cultivados se extendían hasta el borde del bosque, donde había un sinuoso y estrecho riachuelo, de aguas lípidas y poco profundas, donde a Katia le gustaba llevar a Nico a jugar. Disfrutaban haciendo puentes con pedruscos y troncos de una orilla a otra, para llegar al otro lado sin mojarse los zapatos, hacían navegar barquitos hechos con ramas y hojas secas o tiraban piedrecitas para ver quién conseguía las ondas más grandes en los lugares donde el agua se estancaba.

Detrás de la casa, el jardín era mayor de lo que a ella le había parecido el primer día y lo mejor era que, en lo alto de uno de los árboles, había una casita de madera a la que se accedía por una escalera de madera sujeta al árbol y que ya había pertenecido al señor Feldmann cuando era niño.

Nico, sin embargo, se negaba en rotundo a subir, así que Katia no le obligaba a hacerlo y se limitó a decirle, en repetidas ocasiones, lo guay que le parecía que él, Nico, tuviera una casa en un árbol y que le envidiaba porque ella siempre había soñado con tener una así de bonita.

Llegó el día de la revisión de su brazo. Ya no le dolía casi nada y lo podía mover sin problemas, así que Katia esperaba buenas noticias, a pesar de todo, se sorprendió cuando, después de varias pruebas, el médico le ratificó que su brazo ya estaba bien y, además, la felicitó por lo bien que ella había cuidado de su lesión. Katy no sabía si reír o llorar. Después de todo lo que había pasado...

Salió de la consulta sonriendo de oreja a oreja, moviendo su brazo y su mano con toda libertad. Después fue a buscar a Nico al jardín de infancia y, nada más llegar a la casa, se dirigió ilusionada al jardín para hacer lo que venía deseando desde hacía días.

En cuanto Nico se dio cuenta de que Katia se encaramaba al árbol y llegaba hasta arriba para saludarle con aspavientos de júbilo, se sintió más confiado y, un rato después el niño ya subía y bajaba por sí mismo.

Con ayuda de Nico, Katia se encargó de subir unos almohadones y unas mantas calentitas, que había encontrado en su armario, para hacer más cómoda la casita. Nico estaba muy contento. Sobre todo cuando subieron algunos de sus juguetes y empezaron a jugar con todos ellos sobre la mesita de madera abatible mientras escuchaban música infantil animada por el smartphone de ella.

De pronto, Katia pudo ver que Érick salía al jardín. Parecía estar buscando a su hijo. Así que se asomó por la ventanita y le saludó desde lo alto, a voz en cuello. Nico se apresuró a asomarse junto a ella y al ver a su padre saludarles con cara de asombro, el niño empezó a dar saltitos eufóricos, saludando con la manita a su padre hasta que, para sorpresa de Katia y de Érick el pequeño comenzó a repetir, con su suave voz infantil, lo mismo que había dicho Katy.

—¡Hola, hola! ¡Tamo quí!

El rostro conmovido del señor Feldmann cambió de color, pero se sobrepuso enseguida y le devolvió el saludo con la misma alegría que lo había hecho su hijo por primera vez en su corta vida.

Katia también se había quedado impactada. No esperaba para nada que el niño hablara. Al menos, todavía. La pediatra les había dado esa semana un pase para que llevaran a Nico a un especialista y, como le había prometido a Érick, Katia también se había puesto en contacto con su profesor. Él, enseguida, les había recomendado un neuropediatra de reconocido prestigio que

tenía su consulta en el centro de Fráncfort y donde Katia, gracias a la influencia de su profesor, había conseguido una cita la semana siguiente.

Llena de emoción, Katia le acarició el pelo a Nico con cariño y volvió a pronunciar las mismas palabras, pero esta vez con mejor pronunciación, para que las entendiera bien el niño.

—Sí, Nico. Dile a papá: Es-tamos a-quí.

—¡Tamo aquí! —Volvió a repetir el pequeño con su desconocida vocecita ronca y desafinada, sin dejar de saludar con su manita a su padre.

A Katia no se le escapó que Nico había hecho uso de una oración bastante complicada y que, incluso, había mejorado su expresión al repetirla.

—¡Voy!

El señor Feldmann se apresuró a subir las escaleras y a entrar a gachas en su antigua casita. Tenía los ojos acuosos y sonreía a su hijo lleno de emoción. En un abrir y cerrar de ojos, le tenía entre los brazos y le empezó a hacer cosquillas. Después, jugó con el niño mostrándose orgulloso y sorprendido por todo lo que Nico y Katia habían hecho esa tarde.

Katia no se acordaba de haber sentido tanta ternura por nadie en toda su vida. Estaba tan contenta y conmovida que percibía la alegría del niño y la euforia del padre en su propia piel.

—Imagino que, a estas alturas, ya sabrán que el autismo abarca varias patologías, por eso, para detectar el trastorno exacto al que nos estamos enfrentando, tenemos que hacerle al niño varios pruebas y test específicos para su diagnóstico. De esta forma, también podemos descartar a ciencia cierta que su hijo no padezca una parálisis cerebral o alguna otra alteración neurológica que haya pasado desapercibida hasta ahora. ¿Le han hecho al niño alguna resonancia magnética?

—No, hasta ahora no.

El neuropediatra tecleó ruidosamente en su ordenador mientras Katia y el señor Feldmann, con el niño acurrucado sobre su regazo, le observaban expectantes.

—Hasta no tener los resultados no voy a prescribirle al niño ninguna medicación. Sin embargo, les voy a recomendar que acudan a un especialista. Es bueno que su hijo empiece ya una terapia de estimulación del lenguaje.

Salieron de la consulta con una sensación agridulce. Por un lado, el doctor les había tratado muy bien y daba la sensación de que Nico estaría en buenas manos. Por otro lado, en cambio, sentían con aprensión que les esperaba una larga trayectoria de visitas a profesionales e incontables exploraciones médicas para encontrar lo que tenía Nico en realidad.

Al llegar al cruce de vías para entrar a la calle donde vivían los Feldmann, Érick detuvo su furgoneta junto a una especie de granero de madera.

—Ven, te voy a enseñar algo.

Abrió la puerta trasera para desabrocharle a Nico el cinturón de seguridad y llevarle con él. Después, dejó salir a Dexter. Katia no se hizo de rogar y fue tras ellos. Junto a la puerta de entrada, Érick se detuvo a buscar la llave en los bolsillos de su chaqueta marrón. Con un movimiento de su cabeza señaló detrás de ella.

—Para construir esa carretera, que conecta este lado del pueblo con la autopista que lleva a la ciudad, le expropiaron a mi abuelo unos terrenos que tenía para que pastaran los animales. Este era el establo.

Abrió la puerta y entró en el oscuro cobertizo llevando de la mano a su hijo. Dexter se coló entre ellos para ser el primero.

—Entra... No tengas miedo.

Una vez dentro, Katia se fijó en que, en realidad, entraba suficiente luz a través de las ventanas y, aunque se había preparado para el típico olor penetrante a excremento vacuno revuelto con paja, se encontró con que toda la estancia estaba completamente limpia, aireada y renovada. El suelo de cemento, las paredes pintadas de blanco impoluto y el techo de madera le daban un aire rural y auténtico. ¿Querría Érick alquilarlo como casita de campo para turistas?, se preguntó mientras contemplaba todo a su alrededor.

Nico se desprendió de la mano de su padre y empezó a corretear por la estancia detrás del perro.

—¿Qué piensas hacer aquí?

—Llevo tiempo deseando montar mi propia tienda para vender mis productos. Hasta ahora ha sido imposible, pero aún así no he dejado de planear. Quiero colocar estanterías de madera en esta pared y en esta otra. Al fondo, instalaría las neveras. Y aquí, junto a la entrada, pondría el mostrador, con la caja registradora y los productos más delicados o que tengan que ser despachados por el personal.

Se detuvo a mirar a su alrededor con expresión soñadora. Un haz de luz solar se coló a través de una de las dos claraboyas del techo e hizo que su pelo castaño reflejara tonalidades rojizas y que sus ojos destellaran un brillo gatuno.

—Me parece fantástico. Me encanta tu idea.

Él se volvió a mirarla con cierto aire afligido.

—Por ahora es solo un sueño, pero si me dan la licencia de apertura que pedí en el Ayuntamiento, podría hacerse realidad pronto.

Katia asintió sin saber qué decir. Miró en derredor, imaginando una frutería de agricultores tradicional, como las había visto en otros pueblos, y se dio cuenta de la gran ilusión que debía de tener el señor Feldmann con su proyecto, porque ella también la estaba sintiendo.

De pronto, se dio cuenta de que el niño la agarraba la mano con delicadeza. Ella se la apretó y la sacudió con entusiasmo. —Nosotros vamos ayudar a montar la tienda, ¿verdad, Nico? ¡Dí que sí! ¡Sí!

El niño tenía las mejillas rosadas y la frente llena de sudor de tanto correr. Se le veía feliz. Asintió una vez, con fuerza, mirándola con sus enormes ojitos relucientes y contestó con decisión: —¡Sííí!

El señor Feldmann le revolvió el pelo a su hijo de forma cariñosa, agradeciéndole de antemano por la “gran ayuda que iba a recibir.”

Al salir de su futura tienda, Érick le señaló los campos de pasto, secos todavía por el invierno, que se abrían delante de ellos.

—Quería enseñarte algo.

Tomaron un estrecho sendero y, a los pocos metros, escondido detrás de un grupo de abetos apareció ante sus ojos un invernadero de cristal. A pesar de su estado de abandono, todos los vidrios y el suelo de madera de su interior se mantenían en buen estado.

—Era de mi madre. A ella le gustaban las flores y las hierbas, como a ti.

Se volteó para mirarla con una de esas sonrisas cómplices, que a Katia tanto le gustaban de él y hacían que ella se sonrojara de inmediato de los pies a la cabeza.

Nico, que jugaba en ese momento entre las piernas de su padre, le lanzó una sonrisa de niño pícaro cuando se dio cuenta de que ella le observaba. “De tal palo, tal astilla”, pensó Katia divertida mientras volvía a contemplar la belleza del entorno. Al escuchar un ladrido de Dexter, una bandada de cuervos levantó el vuelo graznando ruidosos hasta que se posaron en unos árboles más alejados.

Érick llamó su atención al abrir las puertas acristaladas.

—Podrías traer tus plantas aquí.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

—¿De verdad me dejas usar el invernadero?

—Claro que sí, pero a cambio tú te tienes que encargar de la limpieza.

Katia sonrió encantada. En realidad, estaba flipada. No se lo podía creer. ¡Cuántas veces se había detenido a mirar con anhelo invernaderos como aquel, sin siquiera atreverse a desear el tener uno para ella!

—Venga ya... ¿Lo dices en serio o me estás tomando el pelo? — quiso asegurarse ella de nuevo.

Érick se mostró sorprendido de que ella no le creyera. —Yo siempre hablo en serio, Kat. Puedes traer tus plantas, cuidarlas, sembrar nuevas, lo que quieras. De aquí a la casa no hay mucha distancia. Son menos de diez minutos a pie. ¡Ah! Por cierto, el agua del grifo se puede beber, solo tienes que quitarle la manguera de riego.

Para demostrar que funcionaba abrió la llave y dejó correr un chorro de agua. Katia pasó la mano sobre la larga mesa de trabajo que tenía delante. No le importaba que estuviera sucia y polvorienta. Era perfecta.

—En estos cajones tienes muchas herramientas de cultivo y puedes usar todas las macetas que quieras. Yo no las necesito.

En una esquina, bajo una repisa, había innumerables recipientes de barro y plástico de diferentes tamaños. Reparó en un armazón metálico bastante alto y, al acercarse, Katia se llevó la mano a la boca para contener un chillido de sorpresa y entusiasmo. Se trataba de un secadero de plantas y semillas con rejillas extraíbles.

—No me lo puedo creer. ¡Es increíble! —Katy no cabía en sí de dicha. Se dio la vuelta para poder mirarle a la cara—. ¡Muchísimas gracias, Érick!

—No hay de qué. Esto lo tengo abandonado. En realidad, me alegra que puedas darle uso.

Parecía un poco abochornado, pero en seguida se recompuso. Le dio un golpecito amistoso a ella en el hombro antes de salir del invernadero seguido por las miles de mariposas que rezumaron, de pronto, revoloteando desde el interior de Katia.

Esa noche en su cama, Katia se quedó un buen rato meditando en si lo que estaba sintiendo por el señor Feldmann era un profundo agradecimiento por lo bien que la estaba tratando y por ser, al fin y al cabo, su salvador o si, más bien, estaba cometiendo el error de enamorarse locamente de un hombre que nunca la iba a corresponder. Por muy bueno que fuera el señor Feldmann, él era su jefe. Katia no debía de arriesgar su trabajo, su futuro y, mucho menos, su relación con Nico, por un simple calentón.

Se quedó dormida, pero al poco le despertó una pesadilla espantosa en la que Érick desaparecía llevándose a Nico con él mientras ellas les buscaba desesperada por todos los rincones de la casa.

Todavía no era medianoche. Se encontraba muy intranquila y completamente desvelada, así que decidió levantarse de la cama para ir a beber un vaso de agua a la cocina.

Se puso por encima su bata de seda rosa y salió de la habitación. La luz del pasillo estaba apagada pero, sin previo aviso, se abrió la puerta del baño y se iluminó gran parte del corredor, incluida la silueta del señor Feldmann que salía con una toalla enrollada a la cintura como única vestimenta.

Al verle, Katia se detuvo en seco. Intentó decir algo, pero a la vista de la desnuda musculatura

de aquel bello espécimen de hombre, solo le salieron balbuceos incompresibles de la boca, que la hicieron sentirse más avergonzada aún.

—¿No puedes dormir?

Sonreía.

Katia supo por la manera en que lo hacía, que se había dado cuenta de que a ella le gustaba lo que veía. Agachó de inmediato la cabeza para no ponerse más en ridículo.

—Yo... esto... tenía sed.

—¿A esta hora?

—Mmmhh.

Ella no quería ni mirarle. Sentía una enorme tensión sexual estallando por todo su cuerpo.

—Muy bien. Yo me voy a la cama. Que descanses, Kat.

Encendió la luz del pasillo y se dirigió a su dormitorio.

Katy se atrevió, por fin, a mirarle de nuevo. “¡Madre mía! Menuda espalda tan bien formada”. Bajó a la cocina pensando en que nunca había estado con un hombre tan guapo en su vida. Y es que a sus 23 años solo había tenido dos novios antes de conocer a Maik y ninguno de ellos se podía comparar en ningún sentido con el señor Feldmann... Érick.

Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un solo trago. De repente, empezó a preguntarse cómo sería Érick en la cama. Pasional, con toda seguridad. Fogoso. Esperaba que no fuera egoísta, al menos, no lo parecía. Se sentía muy excitada, así que subió las escaleras pensando en darse una buena ducha.

Al llegar al piso de arriba vio que la puerta del dormitorio del señor Feldmann estaba abierta.

“¿Y si...?”

Sin pensarlo dos veces se acercó. Hasta ahora no había visto esa habitación. Estaba decorada de forma sobria y tan acogedora como la suya. La enorme cama, en el centro, estaba cubierta con un bonito edredón de tonos suaves. Le vio sacando una camiseta doblada del armario. Llevaba solo unos calzoncillos puestos.

Antes de que él pudiera ponerse la camiseta, Katia dio dos golpecitos en la puerta para llamarle la atención y le sonrió.

—Sí, ¿qué ocurre? —Érick la miró de arriba a abajo, sorprendido de que ella estuviera allí.

Sin pedirle permiso, entró en la habitación. Lo que menos quería era despertar a Nico, así que continuó hablando en voz baja.

—Nada. Yo... solo quería saber una cosa.

Él se quedó esperando con el ceño fruncido y cuando vio que ella no continuaba, movió la cabeza para instarla a seguir.

—¿Cuando nos conocimos? Me refiero a la primera vez que nos vimos... ¿Hablabas en serio cuando me propusiste aquello?

Érick parecía confundido. —No sé a qué te refieres.

Su ceño parecía arrugarse cada vez más intentando comprender lo que Katy quería decirle.

—¿No te acuerdas de la primera vez que hablamos? Cuando yo me metí en tu furgoneta y tú...

—Ah... —Érick abrió los ojos de par en par en cuanto le vino a la memoria el momento en que le había preguntado si ella estaba dispuesta a abrir las piernas para él.

De repente, parecía muy avergonzado. Ella le sonrió intentando parecer una chica sexy.

—¡Uff! Joder... Lo siento mucho, Kat. Nunca debí de decirte semejante barbaridad. No tenía ni idea por lo que estabas pasando y, la verdad, es que yo solo quería espantarte. Fue lo único que se me ocurrió... No me lo tomes en cuenta, por favor. Yo no soy así. Acepta mis disculpas.

—Ah... ¿Para espantarme? Vaya...

Katia dejó de sonreír y apartó la cabeza contrariada. Cómo se le podía haber ocurrido que un hombre de esas características podía querer algo con ella.

Él se acercó y, con una mano, le levantó la barbilla con suavidad.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué querías saber esto ahora?

Katia le miró a los ojos. Estaba segura de que él podría ver en ellos el fuego que estaba ardiendo dentro de ella. Sonrió burlona, quería provocarle.

—Y yo que lo estaba tomando en consideración...

Él se la quedó mirando unos instantes, desarmado, con las pupilas muy abiertas.

—Katia, yo...

Ella no podía soportar una negativa. Le tapó los labios con el dedo índice y negó con la cabeza.

—No, por favor. No digas nada.

¡Qué ingenua y ridícula había sido! Había interpretado las muestras de amabilidad del señor Feldmann como si de señales de atracción sexual se trataran. ¿Por qué no había sido capaz de contenerse? Si es que ni siquiera podía seguir las advertencias que se había hecho a sí misma... Ahora tendría que esperar a ver cuál iba a ser la reacción de Erick a su chocante y desatinada proposición sexual, totalmente fuera de lugar.

Lo peor era lo avergonzada que se sentía. ¡Cómo podía ser tan patética! ¿Es que no había tenido suficiente con lo que le había hecho Maik? Tenía que escapar de allí, pero cómo. Pensó en hacerse la tonta y fingir que todo había sido una broma, pero se le había formado un nudo en la garganta tan doloroso que no la dejaba hablar.

Sonrió nerviosa y le dio la espalda para huir de aquella habitación y de semejante humillación. Pero, entonces, Erick la agarró del brazo para retenerla y se puso frente a ella para bloquearle la salida.

—¿A dónde vas?

—Es... es mejor que me vaya a mi dormitorio.

Él acercó lentamente su cabeza al oído de Katia y se lo acarició con la nariz de forma sutil, al susurrarle —¿No quieres saber la respuesta?

Katy no podía pensar en nada en ese momento. Se quedó paralizada, embelesada con los delicados mordiscos en el lóbulo de su oreja hasta que no pudo aguantar más y se abrazó a su torso desnudo. Le acarició con los ojos cerrados disfrutando de la suavidad de su piel bajo la yema de sus dedos.

Los labios de Erick sobre los suyos fueron una explosión de pasión y de placer. Nunca la habían besado con tanto ardor y deseo. Su cerebro se nubló al completo y solo podía percibir la sensualidad de sus rudas manos explorando el contorno de sus pechos, la suavidad de su vientre, la húmeda calidez de su sexo.

—¡Oh, Kat! —gimió Erick antes de cerrar la puerta y apretar a Katia contra la pared para hacerle sentir la dura excitación de su cuerpo.

Su bata rosa cayó al suelo. Ella creyó enloquecer. Le deseaba tanto que creía que se derretiría en cualquier momento si él no la tomaba entre sus brazos y la hacía suya ahí mismo.

CAPÍTULO 11

A mediados de marzo la primavera ya se sentía en el aire. Las temperaturas eran cada vez más templadas, los días más largos y las hojas de algunos árboles comenzaron a reventar con timidez.

Katia dedicaba las mañanas a preparar su trabajo final de carrera y, en cuanto recogía a Nico del jardín de infancia, le llevaba con ella al invernadero a plantar las semillas que tenía guardadas. Érick le había llevado la tierra y el abono que necesitaba. A Nico le encantaba ayudar a regar las macetas con la pequeña regadera de plástico rojo que su padre le había regalado.

Después de la comida, que siempre compartían con Érick, Katy empezó a establecer rutinas de juego y descanso para la tarde. Había leído que saber lo que iba a ocurrir en todo momento, podía ayudar a que el niño se sintiera más seguro y que, por repetición, contribuía a que aprendiera el lenguaje con más facilidad.

Además de recrearse con los juegos que le gustaban a Nico, apostó por introducir la plastilina porque, según los especialistas que había consultado en sus manuales, entrenaba la motricidad fina de los niños, lo que era bueno para que pudieran aprender a escribir bien. Además, tenía de bueno que ella ejercitaría a la vez la fuerza de su propio brazo, porque todavía lo notaba un poco débil.

Como Katia no quería molestar a Érick con compras “sin importancia”, encontró en las redes sociales la forma de hacer plastilina casera con harina y sal. Nico la ayudó en todo el proceso y cuando tuvieron la masa hecha la guardaron en un *tupper* en la nevera. Con ella hacían todo lo que se les ocurría, aunque Katia intentaba hacer siempre las mismas figuras y repetir sus nombres, como la del caracol o la tortuga. A los pocos días, Nico había empezado a llamar a los animalitos por su nombre.

Por fin, llegó el día de la cita que habían hecho con el terapeuta del lenguaje, que trabajaba en la misma clínica privada del neuropediatra que había atendido a Nico, pero debido a que los trabajadores que había contratado para empezar a trabajar las tierras habían llamado a Érick de forma inesperada, Katia se encargó de ser quien acompañara al niño.

—¡Buenos días! —les recibió el terapeuta con buen humor—. Usted debe de ser la alumna del profesor Becker, ¿a que sí? Yo soy Eduardo Díaz, pero prefiero que me llamen Edu.

Katia asintió un poco abrumada por la rapidez con que el logopeda, de acento hispano, se dirigía a ellos, mirando casi todo el tiempo a Nico con actitud afable.

—Encantada. Yo soy Katia Bauer y...

—¿Y a quién tenemos aquí? —El señor Díaz se agachó hasta ponerse a la altura de Nico.

El pequeño apretó su boquita aún más y se pegó a las piernas de Katia atemorizado.

—... él es Nico.

—¡Nico! ¿Te gustan los trenes?

El terapeuta se había dado cuenta de que Nico guardaba en la mano su locomotora preferida. Sin esperar la respuesta del niño, el señor Díaz continuó hablando sobre lo increíbles que eran las

locomotoras de vapor que había visto en el Museo del Ferrocarril. Con un gesto les invitó a sentarse y él se dirigió a su silla, detrás de la mesa.

Como Nico no quería despegarse de ella, le sentó sobre sus rodillas y, el niño, acto seguido, escondió su cabecita bajo el cuello de Katia. Ella le acarició el pelo con suavidad.

—No pasa nada, cariño. Estoy contigo. ¿Ves lo simpático que es este señor?

El señor Díaz se les quedó mirando sin dejar de sonreír. Parecía que la situación le enternece. Katia se ruborizó avergonzada y el terapeuta debió de notarlo porque, de repente, frunció el ceño y dirigió su mirada a la pantalla de su computadora.

—He leído la ficha de Nico y el correo electrónico que usted nos envió con las notas de los progresos del niño mientras ha estado a su cargo y he decir que estoy contento porque, a falta de los resultados finales de las pruebas neurológicas, veo que ha habido avances muy importantes en muy poco tiempo. ¿Desde cuándo está usted trabajando con él?

Katia pestañeó intentando recordarlo. Le parecía una eternidad, pero no en el mal sentido, sino en el bueno. Era como si le hubieran preguntado: “¿Desde cuándo eres feliz?”

—Desde hace casi un mes.

El señor Díaz elevó las cejas pobladas y movió la cabeza de arriba a abajo como queriendo elogiar el trabajo de Katia con el niño. Después, se dirigió a Nico y continuó hablándole de los tipos de trenes que conocía, pero solo cuando el doctor admitió tener miedo de subirse al Shanghai Maglev, el tren más rápido del mundo, y le enseñó una foto en la pantalla, fue cuando se pudo ganar la atención del pequeño.

A partir de ahí, Katia pudo observar con creciente interés cómo trabajaba un auténtico profesional del lenguaje. En poco tiempo, hablándole de forma distendida y animada consiguió hacer varios test con el niño para determinar su nivel lingüístico.

Al finalizar, dejaron que Nico se entretuviera con unos camiones de colores en el rincón de juegos de la consulta para que ellos pudieran hablar de los resultados.

—El niño tiene la voz ronca, ¿lo ha notado? —Katia asintió preocupada—. Tenemos que hacerle unas pruebas en las cuerdas vocales para descartar posibles nódulos, pólipos o quistes vocales. Además, miraremos la tiroides y si tiene lesiones en los pliegues vocales o la laringe. No se ponga nerviosa, señora Bauer. En principio, los niños tienden a padecer afonías por el mal uso de la voz o por enfermedades. En todo caso, vamos a empezar a entrenar las cuerdas vocales para que Nico pueda hablar con más claridad.

—Oh... Bien. De acuerdo.

Katia se dio cuenta de que, a pesar de la seriedad con la que hablaba, el logopeda veía posibilidades de avance en Nico y se alegró.

—¿A qué se refiere con “mal uso de la voz”?

—A hablar con voz demasiado alta o gritar a menudo.

—Él se despierta asustado por las noches y se pone a llorar muy alto. ¿Podría estar afectándole? Esto se repite todas las noches. No sabemos por qué ni cómo solucionarlo.

El señor Díaz se quedó pensativo unos instantes, balanceando la cabeza de un lado a otro.

—Mmmh... puede ser. Depende del nivel de esfuerzo vocal y la duración. ¿No nombró Nico antes a un perro?

Se refería al momento en que el logopeda le enseñó la imagen de un perro igualito al suyo y el niño le llamó por su nombre.

—Sí, el perro del niño se llama Dexter.

—¿Dónde duerme el perro?

—Tiene un espacio habilitado en la entrada de la casa.

—Mmmh... ¿Habría alguna posibilidad de que Dexter durmiera en la habitación del niño?

—¡Oh... no sé! Tendría que preguntárselo al padre. El perro suele acompañarle a trabajar desde muy temprano...

—Yo creo que deberían intentarlo. Muchos niños que se despiertan tienen simplemente miedo de estar solos. Tener la compañía de su mascota suele tranquilizarles. Una solución sería dejar la puerta de la habitación del niño entreabierta para que el perro pueda salir cuando se le llame. Si no va bien, probaremos otras técnicas, como dejar una luz encendida durante la noche... lo que sería más costoso. Usted me mantiene informado, ¿sí?

—Sí, desde luego.

—Bueno, vamos a seguir. Otra cosa que veo en positivo es que el niño no usa la típica jerga del autismo. Como usted dice, su comunicación es no verbal. Usa pocas palabras, pero son correctas o casi, por lo que se puede observar que tiene capacidad de comprensión y expresión adecuada a su rango de edad. Lo malo es que aún no tiene muchas habilidades del lenguaje. Y eso es lo que debemos estimular. Tenemos que crearle herramientas para beneficiar su comunicación oral y escrita.

Se detuvo para esperar si Katia le seguía la idea. Ella asintió, expectante.

—Nico va a tener que venir una vez por semana a terapia. El resto del tiempo van a ser usted y el padre del niño los encargados de hacer ejercicios con él en casa.

—¿A qué se refiere?

—No se preocupe. No es nada difícil.

Le enseñó varios juegos que debía realizar con Nico todos los días durante breves periodos de tiempo. Además, le mostró una aplicación, que se podía descargar en cualquier dispositivo móvil, para que el niño aprendiera a asociar el significado de una palabra con un pictograma.

Al llegar a casa, Erick ya estaba terminando de hacer la comida. Mientras Katia ponía en un jarrón de cristal unos narcisos amarillos que Nico había recogido en el jardín, le informó de lo que les había recomendado el terapeuta. Entonces, él se secó las manos con un paño y, sin perder el tiempo, agarró su celular, se bajó la aplicación de los pictogramas y, mientras comían, empezó a jugar con su hijo.

Katia no era el tipo de persona que se dejaba impresionar con facilidad, pero esa devoción de un padre por su hijo le parecía digna de admiración. Por ese tipo de cosas tan generosas que Erick hacía, palpitaba su corazón y se enamoraba cada día más de él.

—Vaya... Me duele un poco la garganta. Creo que me he resfriado. Con todo lo que tengo que hacer... se rompió una tubería de agua y hemos tenido que cavar toda la mañana para poder encontrar el tramo dañado y reemplazarlo.

Erick carraspeo y se llevó la mano al cuello con una mueca de dolor. Nico se le quedó mirando asustado, con los ojos muy abiertos.

Katia se puso en pie de inmediato y buscó en el armario donde estaban los tés. No les quedaba manzanilla ni nada parecido así que le pidió que la esperara. Salió hacia el invernadero, donde había guardado todas sus plantas curativas y volvió rápidamente, con un manojito de hierbas con las que hizo una buena cantidad de infusión antiinflamatoria. Al final, le añadió un chorrito de limón.

—Toma, esto te va a sentar bien.

Erick observó la taza humeante con escepticismo. A Katia le dio risa y se la acercó aún más.

—¿Qué es este brebaje?

—Ja ja ja... Es una tisana. ¡Pruébala!

—¿Una tisana? ¿De qué es... si se puede saber?

Olisqueó con recelo el delicado aroma a hierbas que le llegaba a la nariz.

—¡Eh! No me mires con esa cara de burla. ¿No has oído el dicho que dice: “Lo que el campesino no conoce, no lo come”?

—Eres un quisquilloso, Erick. Se nota que no has pasado nunca hambre.

Pretendía ser graciosa, pero la sonrisa se le vino abajo, de pronto, al darse cuenta de que, para ella, ya no era una frase hecha más. En su caso, ella sí sabía lo que era pasar hambre de verdad.

—Lleva hojas de salvia, un poco de tomillo, raíz de malvavisco y llantén. Todos son de mi cosecha. Te van a ayudar a curar la irritación de la garganta. ¡Pruébalo, anda! Lo puedes endulzar con un poquito de miel.

Érick se la quedó mirando de forma extraña, así que ella continuó.

—Si no te gusta, te puedo hacer un té de menta o de equinácea, que también tengo. Ambos son buenos para controlar la infección. También traje hiedra, por si te da tos. Es buenísima por sus propiedades expectorantes. Lo importante es que la infusión esté calentita... bebe un poco.

—¿Cómo sabes tanto?

Katia volvió a sonreír. Se esperaba esa pregunta.

—Soy especialista en Fitoterapia.

—¿Eso es algo relacionado con las hierbas?

—Sí, con las propiedades y aplicaciones de las plantas y sus extractos.

Érick dio un trago y asintió.

—Mmmh... sabe... bien.

Al instante, volvió a beber otro trago más largo y lo saboreó con gusto.

—Pensé que estudiabas psicología —, dijo, al fin.

—Sí, no te preocupes, Erick. No te he mentado —Katia soltó una breve carcajada de regocijo—. Lo que pasa es que a mí siempre me han gustado las plantas. Cuando era niña, mis padres tenían alquilada una pequeña parcela de terreno junto al río Nidda, donde cultivaban unas pocas verduras. A mí me encantaba experimentar con hierbas y flores. Cuando empecé a estudiar psicología me enteré de que existían los estudios de fitoterapia, así que, durante una época, compaginé los dos estudios a la vez.

Él le acarició la mano con suavidad. En sus ojos, Katia podía leer la lujuria.

—Eres una cajita de sorpresas, Kat. ¿Lo sabías?

A Katia no le dio tiempo a contestar nada porque Dexter apareció en ese momento, seguido de cerca por Nico y los dos se abalanzaron sobre Erick. Habían estado jugando en el jardín trasero.

Al verlos tan felices juntos, Katia aprovechó para darles a conocer la idea de Edu, como insistió el terapeuta en que le llamara, de que Dexter durmiera con Nico como compañero de habitación.

La reacción del niño, que no se había enterado de nada de eso en la consulta, no se hizo esperar. Empezó a dar saltos llenos de ilusión y a repetir sin parar: ¡Sí! ¡Sí!

Érick no puso ningún inconveniente, contento como estaba de ver feliz a Nico. En realidad, Katia sabía que él estaría dispuesto a probar cualquier artimaña que consiguiera que su hijo durmiera tranquilo toda la noche. Así que se pusieron manos a la obra en subir el puff que servía de cama a Dexter al dormitorio de Nico, bajo la atenta mirada de estupefacción del pobre can, que les seguía sin saber lo que estaba pasando. Katia cruzó los dedos para que a Dexter le gustara el cambio y se acostumbrara a dormir en el piso de arriba. No quería ni imaginarse al perrito aullando de tristeza por haber sido arrancado de su puesto de control en la entrada de la casa.

Después de buscar el mejor sitio para Dexter, Erick se despidió porque tenía que volver al trabajo. Katia le siguió hasta abajo.

—Espera, que te voy a poner la infusión en un termo para que tengas algo caliente que tomar esta tarde.

Érick sonrió y la atrapó entre sus fuertes brazos. —Piensas en todo, ¿eh?

—Sobre todo en ti.

Katia le guiñó el ojo, se desprendió del abrazo con coquetería y se fue a la cocina envuelta en una nube de felicidad.

En contra de lo que Katia se había temido, Edu había tenido razón. Nico y Dexter habían dormido esa noche juntos y del tirón, sin llantos ni aullidos.

Pero esa no fue la única gran sorpresa de aquel día.

Como siempre, Katia iba a recoger a Nico en el jardín de infancia a la hora en que todos los niños estaban jugando en el patio. Así lo habían acordado para que resultara más fácil llevarse al niño a media mañana. Sin embargo, en vez de encontrarlo sentado solito esperándola cabizbajo en el banco que había junto a la entrada, le vio esta vez jugando con otros niños en el tobogán. Katy no daba crédito a lo que veía.

Una de las educadoras de Nico, se acercó a ella muy sonriente.

—Buenos días, señorita Bauer. Ya le ve. Lleva toda la mañana jugando con los demás niños. ¡Es como un milagro!

—¿De verdad?

Katia no se lo podía creer. ¡Qué bonito era ver a Nico así de feliz con los demás!

—Incluso ha participado en todas las actividades que hicimos esta mañana y... lo mejor...

A la educadora le brillaron los ojos de manera enigmática. Katia contuvo el aliento mientras intentaba recordar el nombre de la mujer. ¿Era Anna o Hanna... o, tal vez, Eva?

—Agárrese, porque se va a quedar impactada —le aconsejó la educadora, con una risilla juguetona.

Katia no podía contener más su curiosidad. —¿Pero de qué se trata?

—¡Nico habló hoy por primera vez!

—¿Con los demás niños? ¡No me diga! ¿Y qué dijo?

—No habló mucho. Se limitó a contestar sí o no y nombró algunos juguetes, pero en el caso de Nico es algo sensacional. Érick nos comentó que le estaban llevando a un logopeda y quería que usted le dijera de mi parte ¡que ya está dando sus frutos!

Katia se abstuvo de contarle que el niño ya había empezado a hablar antes de llevarle al terapeuta porque lo importante, lo esencial, era que Nico se había soltado en público y se había abierto a interactuar con sus compañeros.

—¿Y qué hago? No quiero cortarle el juego, ahora que se está haciendo amigos, por fin.

La educadora, de melena pelirroja aleonada, asintió pensativa.

—Tiene razón. Esta sería una buena oportunidad para intentar ampliarle el horario de estancia al niño. Si no le es mucho inconveniente, ¿podría venir dentro de una hora? Imagino que no le habrá puesto en la mochila el segundo desayuno, ¿verdad?

Katia negó con la cabeza mirando de reojo a Nico. Era asombroso verle tan entusiasmado e integrado en el grupo. Parecía un niño tan normal y corriente como los demás. De repente, le entraron unas enormes ganas de llorar de pura emoción por verle tan feliz.

—Pues vamos a hacerlo así. Mañana, por si acaso, póngale otro tupper con un refrigerio y agua suficiente. Si todo va bien, vamos a intentar dejarle hasta la una.

La hora de salida habitual de los niños era hasta la una y media de la tarde, o sea, que Nico

estaría casi hasta el final. Katia volvió a mirarle, esta vez con aprensión. Él seguía sin reparar en su presencia.

—¿Y si mañana no está todavía preparado para quedarse tanto tiempo?

—Puede ser que sí y puede ser que no. Lo mejor es intentarlo. Usted manténgase mañana preparada y cerca de su teléfono para que nosotros le podamos avisar en caso de que Nico quiera marcharse a casa. ¿Qué le parece?

—Me parece bien.

—Perfecto. Entonces... ¡Hasta luego! —canturreó la educadora mientras se marchaba agitando alegremente su mano en señal de despedida.

Cuando Katy ya estaba en la calle, recordó que el nombre de la bonita pelirroja era Jana Mais. Ahora que Nico iba a estar más tiempo en el jardín de infancia, Katia debía de intentar memorizar los nombres de las educadoras para no equivocarse y quedar mal. Sacó su móvil y grabó desde donde estaba a Nico riéndose a carcajadas con otros niños a su alrededor y se lo envió a Érick acompañado de un emoticono sonriente.

Al cabo de un rato, cuando Katia había llegado al invernadero y estaba sorteando algunas semillas, la llamó Érick.

Parecía igual de incrédulo de lo que había estado ella cuando vio a Nico desenvolverse tan bien con el resto del grupo.

—Si no lo veo, no lo creo. Esto hay que celebrarlo, ¿no te parece?

—¡Claro que sí!

—Hace tiempo que quería llevar a Nico a la granja de un amigo para que pueda acariciar a los animales. Seguro que le va a gustar. ¿Qué crees tú?

—Me parece una idea genial. Se ve que el contacto con los animales le da confianza. Ya viste... pasar la noche con Dexter parece que le ha sentado muy bien.

—Yo creo, más bien, que la que le sienta bien eres tú, Kat. Y no sabes cómo le comprendo...

Su animada voz se convirtió en un ronco susurro con notas de erotismo que acariciaron el oído de Katy.

Ella se sonrojó, el corazón empezó a latirle a mil por hora y, a punto estuvo de decirle: “Te quiero”, pero se contuvo a tiempo. Simplemente, no era el momento apropiado.

—Además, yo tengo otra noticia que también hay que celebrar. —Érick volvió a recuperar el entusiasmo en su tono de voz.

—¿Ah, sí? ¡Cuéntame!

—Me llegó una carta del Ayuntamiento y... ¡me concedieron el permiso para abrir la tienda!

Katia lanzó un grito de júbilo. Sabía lo mucho que Érick lo estaba esperando y se alegraba muchísimo por él.

Esa misma tarde, Érick les llevó a Nico y a ella al antiguo establo, que se convertiría en una tienda rural en un corto espacio de tiempo.

Katia quedó perpleja al ver que ya estaba montado el largo mostrador junto a la entrada y que también estaban colocadas algunas estanterías de madera clara en una de las paredes.

Poco a poco, él fue arrinconando unas cajas con materiales que había traído y después quiso ir a ver cómo había quedado el invernadero después de la esmerada limpieza que había hecho Katia.

Nico y Dexter se quedaron fuera jugando entre la maleza que había ido creciendo en los últimos días.

—Las tienes muy bien cuidadas.

Érick observaba con admiración como ella le iba nombrando las hierbas, que tenía ahí

protegidas de los cambios drásticos de temperatura propios del principio de la primavera, con su nombre científico en latín.

Entonces, pareció recordar algo. Se sobó la incipiente barba, que tan bien le quedaba, y miró hacia los campos que se veían a través de los cristales del invernadero.

—Ven, te voy a enseñar algo.

Tomó su mano y tiró de ella para salir fuera.

—Vamos a ver si eres tan buena como parece...

Su sonrisa pícara era encantadora. Katia no podía dejar de mirarle y sentir que, en esos momentos, con su cálida mano agarrando la suya, ella era la mujer más suertuda de todo el planeta.

—Dime, qué ves.

Katy elevó las cejas, sin saber muy bien a lo que él se refería. Entonces, él hizo un gesto amplio con la mano hacia el horizonte.

A lo lejos, los trabajadores que había contratado Érick se esforzaban por levantar un enorme invernadero antiheladas tipo túnel para proteger las fresas.

—¡Vamos! ¿No lo ves? Lo tienes delante de tu naricita.

Él le rozó la punta de la nariz sin dejar de mirarla ni un instante. Se notaba que se estaba divirtiendo a su costa.

De pronto, ella empezó a fijarse en las flores que empezaban a salir entre el descuidado pasto.

—Pero, ¿esto qué es?

Se acercó y empezó a oler todas las florecillas salvajes y a mover sus hojas por ambos lados con mano experta.

—¿Te acuerdas que te dije que mi abuelo tenía vacas en el establo? Pues esta parte también era usada como pastos. Cuando a mi abuelo le expropiaron parte de las tierras, él decidió dejar la ganadería y concentrarse en la agricultura. Entonces, mi abuela, que era apicultora, instaló ahí detrás sus colmenas, ¿las ves?

Katia se dio la vuelta y reconoció unas estructuras de madera colocadas en varias hileras escondidas tras unos arbustos. Detrás, una elevación de terreno considerada, que culminaba en un cercado de madera, separaba y protegía las tierras de los Feldmann de los ruidos de la carretera.

—Para obtener la mejor miel, sembró todo este terreno de flores silvestres y plantas aromáticas para que las abejas pudieran libar el néctar más fresco. Después vendía la miel. Yo sigo manteniendo las colmenas porque las abejas se encargan de polinizar los frutales.

Ella no salía de su asombro. Allí no había hierbas cultivadas sin ton ni son. La mayoría se agrupaban en secciones grandes y, aunque la mala hierba también se había hecho su sitio entre ellas, Katia reparó en que estaban en muy buen estado.

—Ya te dije que a mi madre le gustaban mucho las plantas. Este era su hobby y su trabajo. Se pasaba las tardes enteras atareada, con los guantes y el sombrero de paja puestos, mientras yo correteaba de aquí para allá en busca de insectos para analizarlos con la lupa que siempre llevaba encima.

Se rio complacido, recordando las anécdotas de su infancia.

Katia estaba sin palabras.

—Las flores ornamentales —continuó él, señalándole hacia la zona del invernadero —las repartió bordeando todo el terreno.

Katia se fijó en que, por donde él le iba señalando, había numerosas flores decorativas y reconoció muchos rosales y dalias, aún sin florecer.

—En medio sembró plantas medicinales, de todo tipo, para venderlas a una empresa farmacéutica. Luego, en el aquel montículo del centro, solo plantó hierbas comestibles como laurel, perejil, orégano. No sé si todavía sobreviven silvestres.

El montículo era tan grande que parecía una pequeña colina.

—Aquí vas a encontrar todo lo que necesites para hacer esos brebajes y potingues tuyos.

Él le guiño el ojo para que Katia se diera cuenta de que no lo decía en serio, pero ella le palmeó el brazo y se hizo la ofendida.

—¡Hey! ¡No son brebajes! ¿A que te sentiste mejor después de la infusión que te di?

—Hmm, sí —. Le rodeo la cintura con las manos, la atrajo hacia él y la miró directamente a los ojos —. Pero eso no es nada raro, porque a mí me gusta todo lo que tú haces.

Acarició con ternura la punta de la nariz de Katy con la suya y se la quedó mirando con intensidad. Por unos instantes, ella creyó estar en un mundo aparte, derritiéndose de amor entre sus brazos. El jadeo de Dexter a su lado les interrumpió ese mágico momento. Érick se agachó a acariciar la cabeza de su perro y le señaló a Katia los campos.

—Aquí puedes encontrar artemisa, pasiflora, eneldo, ruda, valeriana. Al fondo hay un campo grande de lavanda.

—Pero... y... —No le salían ni las palabras de lo aturdida e impactada que estaba—. ¿De verdad puedo usar lo que necesite?

—Puedes hacer lo que quieras. Ya lo ves. Esto está abandonado. Yo solo vengo por aquí para controlar los panales. Por cierto, ten cuidado. No serás alérgica a la picadura de abejas, ¿verdad?

—No, no te preocupes. No hay ningún problema.

El tono musical del móvil de Érick les interrumpió. Él se disculpó y se apartó un poco para contestar la llamada y ella se quedó mirando atónita los campos que tenía delante. Se llevó las manos a la boca, para controlar sus emociones. Era incapaz de creerse lo que le estaba pasando.

CAPÍTULO 12

Abril se les echó encima. La brisa tibia acariciaba sus mejillas y el cielo de color azul pastel le recordaba los días de primavera en que, de niña, salía de excursión con sus padres a pasear en bici por la orilla del río. Su madre se encargaba de llevar la cesta de picnic en la parrilla trasera y su padre de buscar los mejores sitios del parque para extender el mantel sobre el césped y sacar la pelota para jugar con ella.

Cuando sus padres murieron en un fatídico accidente de tráfico su vida dio un cambio brusco. De no ser por la compañía de Maik y de Debby, Katia no hubiera podido superar su desconsuelo. Dos años después, todavía seguía sintiendo una opresión en el pecho cada vez que pensaba en lo mucho que echaba de menos a sus padres.

Toqueteó la medalla de su madre para asegurarse de que la llevaba colgada al cuello y respiró profundamente para tranquilizarse. En unos minutos les llamarían para que entraran en la consulta del neuropediatra.

Katia miró a Érick de reojo. Su semblante estaba muy serio. Era comprensible. Si ella estaba tan inquieta por recibir los resultados de las pruebas que le habían hecho a Nico, no imaginaba cómo estaría él, siendo su padre.

A pesar de que estaba inmerso en el cultivo de sus plantaciones de frutas y de que estaba haciendo un esfuerzo extraordinario por montar su tienda lo antes posible, había dejado todo a un lado para ir a esa importante cita médica.

Nico no dejaba de hacer enormes avances. Ya no se despertaba asustado por las noches, decía pequeñas frases y se había adaptado muy bien a su nuevo horario en el jardín de infancia. Incluso, se había hecho un grupo de amiguitos con los que se divertía un montón.

Con su primer sueldo, Katia había comprado una cajita de ceras de colores gruesas para incitar a Nico a pintar y había dado resultado. El primer día hicieron un montón de dibujos que colocaron sobre la mesa del comedor para que Érick pudiera deleitarse con el trabajo artístico de su orgulloso hijo. Y es que tanto su padre, como Katia, no dejaban pasar cualquier oportunidad para alabarle su esfuerzo y animarle a continuar.

Dependiendo del grado de autismo que tuviera Nico, tendrían que seguir trabajando y apoyando al niño para sacar el máximo provecho de sus posibilidades.

Al entrar en la consulta del doctor Arlenbach se dieron cuenta de que también el logopeda del niño estaba presente.

—Hola, Edu.

Nico fue hasta donde estaba el señor Díaz, siempre sonriente, para enseñarle el nuevo tren que le habían regalado. Nada más y nada menos que un pequeño ICE de madera, el tren de alta velocidad de Alemania.

Katia y Érick tomaron asiento.

El doctor Arlenbach se rascó la calva mientras comprobaba unos documentos que tenía en la mesa. Acto seguido, se ajustó las gafas sobre su prominente nariz y se dirigió a ellos con voz

amable.

—No voy a andarme por las ramas. Hemos hecho todos los test y pruebas habituales. Algunos, incluso, los hemos repetido. Los resultados son concluyentes e indican que Nico no tiene autismo.

Soltó la bomba a bocajarro de forma que tanto Érick como Katia se quedaron boquiabiertos.

—¿No tiene autismo? ¿En ningún grado? —se atrevió a preguntar ella, temiendo no haber entendido bien al médico.

Érick tenía la mirada clavada en el médico. Parecía estar en shock.

—No. Su hijo no tiene ningún problema neurológico apreciable, ni externo ni interno.

—Pero... no hablaba nada... ¿y esas crisis? —A Érick le costaba creer lo que oía.

—El origen del retraso en el habla y de las crisis nerviosas no está en un posible trastorno neurológico, como es el autismo. Puede ser un trastorno de la conducta por ansiedad, miedo o hasta tristeza. Tal vez su desarrollo es más lento o no estaba preparado o, simplemente, no tenía ganas. Lo cierto es que, sea la razón que sea la que le ha hecho permanecer en silencio, parece que lo empieza a superar.

El señor Díaz carraspeó para llamar la atención sobre él. Le indicó a Nico que volviera junto a su padre y él se acercó a la mesa con su habitual sonrisa amable. De pronto, les miró con seriedad.

—A pesar de que todo parece estar en orden, después de analizar nuevamente al detalle las pruebas de ultrasonido que le hicimos, encontramos en la zona laríngea algo extraño.

Se encorvó sobre su teclado y martilleó ruidosamente las teclas. Al instante, se encendió una pantalla de gran tamaño, que estaba colgada en la pared, con varias imágenes paralelas en blanco y negro. Rodeó con un círculo una mancha blanca para resaltar la zona de la que quería hablar. Nico se acurrucó en el regazo de Katia y dejó que ella le acariciara la espalda, como si intuyera que lo que Edu les estaba diciendo no era bueno.

—Aquí podemos ver una antigua lesión. No podemos asegurarlo, pero esto podría ser la causa de su afonía. ¿Nico ha tenido alguna caída grave?

Érick no tuvo ni que pensarlo.

—Sí, tendría alrededor de un año cuando se dio un golpe en el cuello y como no podía respirar mi mujer le llevó a Urgencias. Estuvo ingresado varios días con una epiglotitis.

—¿Le hicieron una traqueotomía?

—No hizo falta. Pero le intubaron.

—Mmmh... Ya veo...

El señor Díaz arrugó la boca y observó unos segundos a Nico con gesto pensativo.

—Lo que no entiendo es por qué dejaron de ir al logopeda al que iban. Para Nico hubiera sido fantástico haber continuado con la terapia.

Érick resopló. —A mi mujer no le gustó la forma de trabajar del logopeda y después de algunas sesiones decidió no volver.

Tanto el médico como el terapeuta se quedaron mirándole patidifusos.

—Pero ahora es diferente... Ahora sabemos que funciona. —Se apresuró a añadir Érick.

El doctor Arlenbach tomó entonces la palabra.

—Bueno... “agua pasada no mueve molino”. A partir de ahora nos vamos a concentrar en una terapia específica de estimulación del lenguaje. Si están de acuerdo, el señor Díaz seguirá haciéndose cargo del tratamiento que tan buenos resultados está dando.

El médico esperó a que Érick y Katia asintieran antes de continuar.

—Además, voy a derivarles a un psicólogo infantil para que ahonde en el origen del trastorno

del niño y trate sus crisis nerviosas. En nuestro centro contamos con una reputada psicóloga infantil, la doctora Dorothea Engels. Con ella su hijo estaría en muy buenas manos, pero ya saben que los padres tienen libertad para poder elegir el especialista con el que el niño esté más cómodo.

El doctor Arlenbach le tendió a Érick un folleto informativo y la carpeta con una copia de las pruebas que le habían hecho a su hijo.

Cuando salieron de ahí, Érick y Katia no cabían en sí de felicidad. Caminaron por la amplia acera, bordeada por lujosas tiendas, llevando de la mano a Nico por cada lado, como si flotaran sobre una nube de optimismo y esperanza.

De repente, el pequeño se soltó y corrió hacia un parque que apareció en el camino y donde había una gran zona de recreo para niños.

Érick soltó una risotada de alegría al ver a su hijo tan despabilado, pasó su brazo por encima de los hombros de Katia y le dio un beso en la sien.

—¡No te imaginas lo contento que estoy ahora mismo, Kat!

—¡Cuánto me alegro! —Por poco estuvo a punto de llamarle “cariño”. Le sentía tan cerca de su corazón que se moría de ganas por nombrarle con todos los apelativos afectuosos que conocía... pero todavía seguía sin atreverse. No quería estropear su relación con Érick forzándole a amarla tanto como ella le quería a él. Lo que estaba viviendo era demasiado bonito como para ponerlo en riesgo con tontas cursilerías.

Se sentaron en un banco apartado del bullicio de niños que corrían de un lado a otro y desde donde podían vigilar bien a Nico. Los suaves rayos del sol de la tarde resultaban deliciosamente cálidos al contacto con la piel. Katia paseó la mirada alrededor del parque hasta que un rostro conocido llamó su atención.

Se quedó petrificada y palideció. Tuvo que parpadear varias veces. No creía lo que sus ojos estaban viendo.

Érick notó su cambio drástico de actitud y le preguntó qué le pasaba. Conteniendo sus nervios, a duras penas, Katy señaló de forma discreta hacia uno de los bancos que estaban más cerca del arenero.

—¿Ves a las dos mujeres que están hablando ahí delante?

Érick entrecerró los ojos para ver mejor y asintió cuando encontró a las dos señoras que cuchicheaban sus confidencias como si fueran amigas de toda la vida.

—¿Las conoces?

—La del jersey rojo es Nele, una ex compañera de trabajo, pero no estoy así por ella sino por la “persona” que la acompaña.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Es la horrible mujer que me montó el escándalo en el super y por la que me echaron del trabajo.

Érick se quedó mirando fijamente hacia las mujeres mientras Katia, no pudo aguantar más y se cubrió la cara con las manos, sobrepasada por la situación.

—Me quiero ir de aquí ahora mismo.

Estaba tan nerviosa que le temblaba todo el cuerpo sin control.

—Espera, Kat. Esto es muy raro. ¿Esa Nele no era la compañera a la que le caías mal? ¿La que yo vi cómo te insultaba en la calle?

Ni corto ni perezoso, cuando ella le confirmó sus dudas, él empezó a hacerles fotos a las dos mujeres sin que ellas se dieran cuenta.

—¿Tú crees que estas dos pudieron conspirar contra ti?

—Nooo, qué va... Aunque, ahora que lo dices...

Katia recordó algo que la dejó helada.

—Por entonces circulaba el rumor de que iban a despedir a algún empleado. Por eso, fui aquella mañana a trabajar porque, a pesar de que muchos creían que el gerente iba a por Nele, a mí Udo me llegó a amenazar esa mañana con despedirme si no iba. Y eso que, en teoría, yo ya estaba de vacaciones.

—A mí todo eso me suena muy mal.

—A mí también. Tendrías que haber visto a la loca esa, toda ultrajada gritándome a voz en cuello que yo incitaba al machismo con mi comportamiento. Menuda bruja malvada y asquerosa. Mírala ahora ahí, descojonada de la risa con la estúpida de Nele... ¡Pff! Otra bruja de su calaña. No me extrañaría que estuvieran compinchadas desde el principio.

Érick les hizo un par de fotos más. Después buscó con la mirada a Nico para hacerle unas fotos para recordar ese día. Como no le encontró se puso en pie. Katia le imitó.

—Ve a buscarle, Érick. Yo prefiero irme ya a la furgoneta, si no te importa. No quiero que me vean esas dos.

—Está bien. Toma las llaves. No tardaremos mucho. —Le dijo antes de sorprenderla con un dulce beso en los labios.

Justo allí, en ese hermoso lugar, rodeada de miles de plantas, Katia era feliz. Esa sensación tan fuerte que estaba viviendo no la había sentido jamás. Y eso que llevaba algún tiempo perteneciendo a la Sociedad Alemana de Fitoterapia y que todos los años alquilaban un lote pequeño de terreno para que los miembros que no tuvieran sus propias tierras pudieran cultivar sus plantas en comunidad.

Sin embargo, en ese sitio apartado y solitario, con la mera compañía de la naturaleza, se sentía mil veces mejor que en cualquier otro lugar del mundo. Dejó de retirar mala hierba y se recostó sobre el prado a descansar.

Avanzaba abril y una ola de calor se había adelantado a su tiempo. Un par de nubes blancas surcaban el cielo y sintió la caricia de la brisa haciéndole cosquillas en la piel. Cerró los ojos y se llevó la mano a su vientre, todavía plano. Su bebé tenía unas catorce semanas y crecía sano. Katy ya había podido ver su minúscula forma a través de la última ecografía.

El chirriar de los insectos mezclado con el cantar de los pájaros que ya habían regresado del sur le sonaban a música celestial. Respiró con profundidad el intenso aroma de las flores disfrutando de ese momento sin ningún tipo de límites.

Ese había sido el sueño de toda su vida: Vivir en armonía con la naturaleza. Rodeada de plantas era donde ella encontraba su paz interior.

De pronto, escuchó que la llamaban. Abrió los ojos y se puso en pie para decirle a Érick donde estaba.

—¿Qué has hecho aquí?

Preguntó él mirando de un lado a otro sin dar crédito a lo que veía.

—Me dijiste que podía hacer lo que quisiera...

—Sí, claro... pero esto es mucho esfuerzo para ti.

—Lo estoy haciendo poco a poco.

Él se sobó la barbilla, como hacía siempre que algo no iba como él quería, sin dejar de recorrer con la vista los antiguos pastos salvajes.

—Pero...

Antes de que él pudiera oponerse a lo que ella estaba haciendo, decidió contarle cuál era su propósito. Solo así él podría entenderlo, así que le interrumpió.

—Escúchame, Erick. Te lo voy a explicar. Cuando era pequeña, mis padres y yo fuimos de vacaciones a un lugar donde había un laberinto de plantas que me encantó. Desde entonces, siempre he soñado con tener algo así. Y esta era la ocasión perfecta. ¿Estás enfadado conmigo?

Katia había dedicado todo su tiempo libre a hacer caminos entre la hierba, separándolas por grupos y, para ello, había quitado mucha maleza. Sin embargo, todavía le quedaba muchísimo trabajo por delante.

—¿Quieres hacer un laberinto? ¿Por eso estás haciendo esta especie de vereda?

—Esa es la idea. No me mires así, ya sé que va a llevar tiempo. Y para que te quedes tranquilo, intento avanzar por las zonas donde la mala hierba ha hecho más estragos. Tal vez, nunca lo pueda terminar porque esto es muy grande y cuando ya esté por la mitad, la mala hierba habrá vuelto a crecer por donde ya he pasado.

—Pff... Eso es verdad. Yo puedo conseguir virutas de madera y unos ladrillos para acotar el camino.

Katia sonrió de oreja a oreja.

—Entonces... ¿no estás enfadado conmigo?

—Claro que no. ¿Por qué iba a estarlo? Mientras no te sobreesfuerces... ya sabes por qué.

Le vio elevar las cejas con aire resabido. A ella le provocó ternura su preocupación.

—Estoy cuidándome, te lo aseguro.

Érick no dejaba de mirar hacia los surcos de tierra y hacia la montaña de hierba retirada que había en la entrada.

—Estoy alucinado con todo lo que has hecho. Eres una auténtica mujer de campo.

Katia soltó una carcajada al escuchar su alabanza.

—¿No has oído eso de que los apellidos influyen en el destino?

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, sí. Fíjate: Mi apellido es Bauer, que ya sabes que significa “campesino”, y el tuyo es Feldmann, literalmente “hombre de campo”... fuerte, guapo y viril.

Sus palabras aduladoras surtieron el efecto deseado. Con un brillo travieso en sus ojos azul cielo, Erick se acercó a Katia y, sin decir una palabra, empezó a desabrocharle los botones de la camisa a cuadros rojos de ella. Su boca masculina rozó con sensualidad los húmedos labios que esperaban con ansias ser amados hasta la saciedad.

Lentamente, cayeron enredados entre la hierba alta y con sus propias ropas fueron improvisando un lecho, entre risas y caricias. Sus cuerpos vibraban de pasión con el puro roce de sus pieles desnudas.

—Kat... —susurró él con la voz ahogada por el deseo y ella tembló de arriba a abajo sintiéndose arrastrada a un lugar absolutamente perfecto entre el cielo y la tierra, donde solo estaban ellos dos descubriendo los caminos que llevaban al verdadero amor.

—Te presento a mi amigo Kurt Messing. Nos conocemos de toda la vida y le he pedido que nos de consejo en tu caso.

—¡Oh!

Katia no estaba muy segura a qué se refería. Era un sábado por la tarde y Katia había estado jugando con Nico a hacer pompas de jabón en el jardín cuando Erick la llamó. Se recogió el pelo despeinado en una coleta improvisada y recibió al invitado con amabilidad.

Tuvo claro lo que Érick pretendía cuando, después de invitar a su amigo a una bebida, abrieron cada uno, sobre la mesa del comedor una carpeta, la de Kurt contenía documentos legales y la de Érick, las fotos que le había hecho a Nele en el parque.

A lo largo de la charla lo primero que supo fue que su amigo Kurt era abogado, como ella intuía.

Lo segundo fue que Érick quería que Katia, con su apoyo, demandara al supermercado para que le dieran una indemnización por despido improcedente, pues la causa del cese laboral se había dado por el acoso al que se había visto sometida por la “amiga-cómplice” de Nele, además de que Katia había sido obligada a ir a trabajar estando oficialmente de vacaciones y, para más Inri, estando embarazada.

Lo tercero que comprobó, una vez más, era que Érick era la persona más maravillosa que había conocido. No podía creer que de verdad existiera una persona tan generosa en el mundo y ella tener la gran suerte de poder compartir su vida con él.

Los domingos tenía su día libre y, aunque dedicaba más tiempo a escribir e investigar para hacer su trabajo, sin embargo, le gustaba compartir la tarde con los chicos. Ese día de la semana Érick no trabajaba en los campos y dedicaba el mayor tiempo posible a hacer actividades con Nico.

El día que tenía que volver la señora Sappel a casa, Katia preparó con el niño un pastel marmoleado de vainilla y chocolate para darle una pequeña sorpresa de bienvenida.

Mientras Érick iba a buscar a su tía a la estación de trenes de Fráncfort, ellos aprovecharon para decorar la mesa del comedor y preparar el té verde que le gustaba a la tía y una infusión de malva y manzanilla, para intentar sanar la afonía de Nico, y es que Katy iba a intentarlo todo, con tal de conseguir la plena curación del pequeño.

Querían que todo estuviera perfecto para cuando llegara la tía. De todas formas, la mayor sorpresa la iba a tener en cuanto escuchara hablar a su sobrino nieto, de eso estaba Katia segura.

Y no se equivocaba. Elke no cabía en sí de felicidad y asombro cuando pudo comprobar, con sus propios ojos, los grandes avances que había hecho Nico durante su ausencia. Se dedicó a llenar de mimos al niño y a contarles cómo le había ido en la clínica de rehabilitación.

—Vengo renovada... Ese sitio es una auténtica maravilla.

—¿bía piscina?

—¡Sí, había tres piscinas!

—Yo quedo id...

—Cuando abran las piscinas al aire libre, vamos juntos. ¿Te parece bien?

A Nico, la idea de la tía Elke le pareció tan fantástica que se puso a dar saltos de alegría.

—Es increíble. Lo veo y no lo creo —, murmuró la tía cuando el niño salió corriendo de la habitación siguiendo a Dexter.

—¡A que sí! Y todo se lo debemos a Kat.

Katia se ruborizó violentamente. En seguida quiso quitarle hierro al asunto

—Yo solo hago mi trabajo. Su logopeda es el que, en realidad, tiene todo el mérito. El señor Díaz es un terapeuta estupendo y está volcado en el tratamiento de Nico.

Érick dejó su taza de té sobre el platito haciendo ruido.

—Un “terapeuta estupendo”... vaya, vaya.

—De verdad lo es, Érick. Tienes que ver su forma de trabajar. Es un profesional como la copa de un pino.

—¡No sabes lo que me alegro de que hayamos encontrado a alguien que ayude a Nico! ¡Mi

pequeñín! Le he echado mucho de menos. Y ahora veo que he estado preocupada por nada.

Elke sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó las lágrimas. —Estoy tan emocionada...

Nico entró de nuevo al comedor y al ver a su tía así se acercó a ella y le dio un abrazo.

—¿Po qué lloras?

Ella le acarició la cara y le devolvió el abrazo.

—Por que soy muy feliz, cariño. ¡Muy feliz!

Katia tuvo que controlar su repentino deseo de ponerse a llorar también. Se quedó mirando el bello cuadro familiar que ofrecían y sintió en su corazón lo mismo que Elke debía estar sintiendo en esos momentos: Amor a borbotones brotando por todos los rincones de su ser.

A ella le pasaba lo mismo: Era muy, muy feliz.

CAPÍTULO 13

En una ocasión había leído un interesante artículo en un manual de filosofía de la psicología, que decía que pensar en positivo atraía cosas positivas. Lo llamaban la “Ley de la atracción”. Recordó que le había llamado la atención el hecho de que consideraran a los pensamientos como unidades energéticas que podían devolver a la persona una cantidad de energía similar a la que había emitido. O sea, que a través de nuestras acciones y pensamientos, la “ley universal de atracción” se ponía en marcha para que todo aquello que uno pensara, sucediera de verdad.

Después de ver todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, Katia estaba a punto de creer en la existencia de esa fuerza energética. Y no era para menos, porque parecía que todos sus buenos deseos se estuvieran cumpliendo uno a uno.

Érick consiguió abrir su tienda de agricultura ecológica, a la que llamó por su apellido “Feldmann”, la primera semana de mayo. Gracias a los trabajadores temporales que Érick había contratado, la mayoría conocidos por él desde hacía años, había conseguido no solo abrir la tienda y llevar al día el laborioso trabajo en el campo, sino que también habían ayudado a cubrir los caminos del laberinto de Katy con virutas y piedrecitas. En solo una tarde, conectaron un pozo de agua cercano con una tubería para surtir una sencilla fuente de piedra, ancha y baja, que Érick se había empeñado en montar cerca del invernadero.

—Te va a dar frescor en verano y, si quieres, puedes poner unos nenúfares o unos helechos en el agua. Seguro que queda muy bonito —, le sugirió.

También trasladaron las colmenas a otra zona alejada, donde Érick consideraba que eran menos peligrosas para el proyecto que a él se le había metido en la cabeza.

—¿Qué opinas si abrimos el laberinto al público? —le había preguntado una tarde, cuando acababan de terminar de hacer unos bancos con unos palets de madera.

—¿Cómo? ¿Quieres que la gente venga aquí a pasear? — preguntó ella, nada convencida.

—Bueno... se me ha ocurrido una idea. Tú, que sabes tanto de plantas medicinales, ¿qué te parecería organizar visitas guiadas para explicar a la gente los beneficios de las hierbas?

—Me parece bien, pero yo tengo que ocuparme de Nico y de hacer mi trabajo de fin de carrera. De todas formas, si tus conocidos quieren que les enseñe las plantas, yo estoy dispuesta en cualquier momento...

—No me entiendes. No hablo de conocidos míos, hablo de personas que quieran pagar para que tú les enseñes las propiedades de las plantas. Ahora que Nico sale del jardín de infancia a la misma hora que los demás, que mi tía está aquí para ir a recogerle y que varias veces por semana, Nico queda con sus amigos para jugar... me parece que sería el momento de que ganaras más dinero. Lo que tú tienes aquí entre manos, es un auténtico negocio. Si no lo explotas es porque no quieres.

—Yo...

—Podrías tener horas fijas para hacer las visitas guiadas. Y podrías vender las hierbas en la

tienda. Todo el dinero sería para ti. Yo puedo pedir en el Ayuntamiento una ampliación del permiso para el laberinto y todo solucionado. Ya no están las abejas, ya tienes las rutas hechas. ¡Tienes hasta bancos junto a la fuente!

Se repantigó sobre el banco para acomodarse mejor y para demostrarle a Katia que todo estaba bien.

—Lo único que hace falta es decorar todo un poco para que resulte más atractivo a los visitantes. También sería bueno poner el nombre de las plantas en pequeños carteles y, lo más importante, hacer mucha publicidad.

—No sé. Suena muy bien, pero no sé si voy a ser capaz de hacer todo eso.

—Bajo mi punto de vista, lo más difícil, era eliminar la mala hierba y hacer los caminos. Eso ya lo has hecho. Ahora podríamos...

—Pero no me parece justo cobrar por algo que es tuyo—. Le interrumpió ella azorada—. Para mí solo es una especie de hobby sin otra intención. Tú eres muy buena persona y conmigo siempre has sido muy generoso. Me avergonzaría de mí misma si me aprovecho de ti de esta manera.

En realidad, para ella había sido como una verdadera catarsis emocional. Mientras se mantenía ocupada trabajando entre el aroma de la tierra, las plantas y las flores, se había liberado de todos los recuerdos que le hacían daño y alteraban su mente.

—¿Cómo se te ocurre? Tú no tienes ni idea de lo agradecido que estoy yo porque me hayas ayudado tanto con mi hijo. Es impagable lo que has hecho. Además, cuanto más dinero ahorres, mejor. Después del parto no vas a poder trabajar en un tiempo. No desaproveches esta oportunidad, Kat. Pero te digo una cosa, yo no te voy a obligar. Es una idea, que me gustaría que lleváramos a cabo y no te creas que yo salgo perdiendo, ni mucho menos. Esto sería un proyecto conjunto. Las ganancias van a ser para los dos porque las personas que vengan atraídas por el laberinto, probablemente comprarán en mi tienda mis productos ecológicos. Al menos eso espero. Y, al revés, lo mismo. Mis clientes pueden verse atraídos por ver la enorme variedad de hierbas medicinales que existen y, de paso, enterarse de su uso.

Katia se dio cuenta de que él tenía razón. Tal y como él se lo exponía, sería posible compaginar sus obligaciones y los dos podrían salir beneficiados. Miró hacia el enorme jardín en flor en el que se habían convertido los pastos salvajes en unas pocas semanas y sonrió a Érick, llena de profundo agradecimiento y emoción.

—De acuerdo —susurró con timidez.

—Entonces, trato hecho. No perdamos el tiempo. ¡Empecemos cuanto antes a organizarlo todo!

Érick le había indicado que en el sótano encontraría todo tipo de objetos y artilugios que habían pertenecido a sus antepasados y que podrían servir para ornamentar el laberinto.

En realidad, quería haber bajado con él a inspeccionar esa parte de la casa, que todavía no conocía, pero Érick había tenido que irse a hacer unas entregas de última hora a una tienda de la vecina población de Oberursel.

Katia se había quedado muerta de curiosidad.

—¿Qué tal si me acompañas tú a ver una cosa? —le preguntó a Nico mientras pintaban con pinceles unos dibujos de colores brillantes sobre las piedras lisas que habían encontrado en el arroyo.

El niño no sabía a lo que ella se refería y se la quedó mirando con sus ojazos castaños

esperando que ella se lo explicara.

—¡Anda! ¡Ven!

Katia se puso en pie y le tendió la mano a Nico para que fuera con ella.

A pesar de que no había nadie más que ellos en casa, Katy salió con sigilo al pasillo llevando al niño de la mano, a sabiendas de que estaba actuando como una vulgar cotilla.

Justo antes de llegar al despacho de Érick, que estaba al fondo del pasillo, había una puerta que siempre estaba cerrada. Katia giró el pomo para abrirla y, en ese momento, Nico se revolvió queriendo marcharse.

—¡Solo es un momento! —le agarró con más fuerza y, una vez que abrió la puerta, tiró de él para que la acompañara.

Unas escaleras oscuras e inclinadas aparecieron delante de ella. Buscó a tientas el interruptor de la luz haciendo esfuerzos para que Nico no se soltara de su mano.

Las sucias escaleras se iluminaron con la mortecina luz de la bombilla que colgaba del techo. En ese momento, Nico se tiró al suelo, resistiéndose con todas sus fuerzas a bajar a ese tétrico lugar. Sus ojos la miraban aterrorizados y parecía que iba a tener una de sus crisis, así que Katia le soltó.

Nico, entonces, salió corriendo como si hubiera visto un fantasma. Era comprensible que un niño tan pequeño no quisiera entrar en un lugar tan poco iluminado. Katia, en cambio, decidió continuar.

Empezó a bajar las escaleras con cuidado intentando evitar las telarañas que estaban por todas partes cuando, de pronto, el golpe seco de la puerta al cerrarse le congeló la sangre en las venas. Segundos después la única bombilla que estaba encendida parpadeó tres veces y se fundió.

Katia se quedó en medio de las escaleras, en la más completa oscuridad.

Un temblor le recorrió el cuerpo de arriba a abajo. “¿Por qué tendría que haber pensado en fantasmas?!” se quejó de sí misma intentando controlar su miedo. Se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, sacó su teléfono a tientas, encendió la función de linterna y volvió a subir los peldaños que había bajado. Se le habían quitado las ganas de curiosear por completo.

Sin embargo, al intentar girar el pomo, se dio cuenta de que solo se podía abrir desde el interior de la casa. Intentó controlar sus nervios. Dio unos golpes a la puerta llamando a Nico en voz alta para que le abriera la puerta, pero al no recibir respuesta dio por hecho que el niño seguiría asustado y no acudiría en su ayuda de ninguna manera.

Avergonzada y aterrorizada a partes iguales, llamó a Érick para preguntarle si iba a tardar mucho en volver. Él no le contestó.

Un sudor frío cubrió su frente. Quería salir huyendo de ese siniestro lugar como fuera. Volvió a intentar forzar la puerta a empujones, pero no hubo manera. Enfocó con el haz de luz la puerta para ver si conseguía encontrar alguna forma de abrirla y se extrañó cuando vio que, en la parte baja de la vieja hoja lacada en gris, había un montón de abolladuras y rozaduras, que no parecían haber sido hechas por las finas garras de un perro o de un gato. Eran demasiado gruesas y hondas. De diferentes formas...

Un soplo de aire frío, proveniente de ninguna parte, le rozó la cara como si de un helado velo se tratara. Katia se quedó petrificada.

Su teléfono resbaló de su mano y cayó a sus pies.

Ella se agachó con rapidez y logró encontrarlo a tientas, pero no consiguió volver a encender la linterna.

“¡Joder! ¿Y si es verdad que hay fantasmas aquí abajo y han querido entrar a toda costa en la casa a base de golpes en la puerta?” En ese momento no encontraba una explicación lógica a

nada. Estaba aterrada de miedo.

Se giró sobre sí misma intentando entrever algún punto de claridad proveniente del tenebroso sótano, pero sus ojos no terminaban de acostumbrarse a tal oscuridad. El silencio penetrante le puso los pelos de punta. “¿Y si no conseguía salir de ahí hasta que volviera Érick? Podría pasar horas metida ahí, entre fantasmas del trasmundo...”

Su mano comenzó a vibrar y a Katia por poco le da un ataque al corazón pensando que era un espíritu que la estaba tocando, hasta que se dio cuenta de que solo era su teléfono. Era Érick quien la llamaba. Ella contestó a toda prisa, casi sin aire por lo asustada que estaba y le explicó lo que le había ocurrido. Él no le hizo preguntas y prometió ayudarla.

Katy quería sentirse aliviada, pero en cambio, la preocupación por el niño y darse cuenta de su enorme irresponsabilidad hicieron que su agobio creciera aún más y no viera la hora de salir de ese lúgubre agujero.

Quince minutos después Elke le abrió la puerta del sótano.

—¿Pero qué haces ahí dentro en plena oscuridad?

Katia estaba temblando, pero la alegría de poder salir de ese sótano sana y salva la impulsó a abrazarse a su salvadora.

—¡Gracias, gracias, gracias!

—Bueno, bueno. Ya está.

Elke la separó de ella de forma abrupta.

—¿Dónde está Nico? —Le preguntó con severidad.

—¡Oh, Nico! ¡El pobre! No lo sé.

Katia corrió por el pasillo seguida de cerca por la señora Sappel. Le encontraron en un rincón del sillón del salón, escondido bajo una manta. Ella se agachó junto a su tembloroso cuerpo oculto y le susurró de forma suave. —Lo siento mucho, mi niño.

Quería abrazarle, decirle que ella había aprendido la lección y que no volvería a obligarle a hacer lo que él no deseaba. Pero la rígida presencia de la tía Elke se lo impedía.

Nico no quería salir de debajo de la manta. Seguía asustado y Katy se sintió aún más culpable.

La tía abuela del niño se acercó a él y empezó a acariciar el bulto que formaba su cuerpecito tapado.

—Ya estoy aquí, cariño. Ahora todo está bien, ya todo está bien.

Le dirigió una mirada acusadora a Katia y ella tuvo que tragar saliva. Sentía que no solo acababa de perder la confianza de Nico, sino también de la tía, que era un auténtico hueso duro de roer. Pero eso no lo iba a permitir.

—Menos mal que vino la tía Elke a ayudarnos, ¿verdad, Nico?

El pequeño ni siquiera se movía y Katia sintió vergüenza de sí misma. Cómo se le había ocurrido obligar a un niño de cuatro añitos a acompañarla. Menos mal que Nico se había zafado de su mano porque si no, hubieran terminado encerrados los dos juntos... con el fantasma. A Katia se le pusieron los pelos de punta.

Tal vez si intentaba distraerle, pensó, conseguiría que Nico se olvidara del mal trago que acababan de pasar.

—Oye, Nico. ¿Qué te parece si le enseñamos a tu tía las piedras tan bonitas que hemos pintado?

Se acercó a la mesa y trajo en una bandeja cubierta de papel periódico las piedras que ya habían coloreado y empezó a enseñarle a Elke las que había hecho Nico con gran entusiasmo, como si no hubiera pasado nada.

Al poco rato, Nico ya asomaba sus ojillos vivarachos por debajo de la manta y Katy pudo

descansar tranquila al ver que su improvisada estrategia estaba dando resultado.

Al día siguiente, después de llevar a Nico al jardín de infancia, Katia se encontró con que Érick todavía estaba en casa.

—Ven, Kat. Quiero enseñarte las cosas que hay en el sótano.

—¿Ahora?!

A Katia se le erizaron todos los vellos de la piel y dio unos pasos para atrás. No pensaba volver a entrar en aquella ultratumba macabra de la que había conseguido escapar.

—Sí, ahora. ¿Por qué te pones así?

—Es que... ya te lo dije. La bombilla está rota. No se puede ver nada, pero nada de nada.

—De día entra suficiente luz por las ventanas. ¡Vamos!

Érick agarró su mano y tiró de ella. Eso solo podía ser el Karma. Katia estaba viviendo en sus propias carnes el mismo terror que ella le había hecho pasar a Nico el día anterior.

—De verdad que no hace falta... yo puedo hacer algunas manualidades... Deja las cosas de tus antepasados en paz...

Él no se dejó convencer y solo le vino a soltar la mano, al fin, cuando abrió la puerta del sótano y le enseñó a sujetarla a un enganche que había en la pared.

—¿Ves? Así ya no se cierra sola. ¡Vamos a bajar!

La luz de la escalera volvió a parpadear tres veces, como había hecho el día anterior, y se apagó.

Katia clavó su mirada espantada en el agujero negro que parecía bajar a una mina de carbón del inframundo. Eso era a lo que debían referirse en las novelas cuando hablaban de la negrura de la boca de un lobo. Se estremeció solo de pensarlo.

—Yo no bajo ahí, Érick. Ya te dije que no se ve nada.

—Pues tienes razón... ¿Por qué está tan oscuro?

Fue a su despacho y volvió con un par de cajas de bombillas.

—Hace mucho tiempo que no bajo aquí. ¡Pff! Yo creo que hace años.

Enseguida cambió la luz de la escalera y bajó con una linterna para hacer lo mismo con las otras. Después la llamó “desde las profundidades” para que ella bajara.

—No... yo me quedo aquí —le contestó ella deseando salir corriendo como había hecho Nico. Sintió una tremenda ternura al recordar a su pequeño debajo de la manta. Y es que le había llegado a querer tanto, que ya le consideraba suyo.

Érick subió las escaleras riéndose de ella. —Venga, cobardica. ¡No sabía que le tenías miedo a la oscuridad!

Katia no solo se dejó tomar la mano, sino que se agarró a la camisa de Érick con la otra, provocándole más la risa.

—¡No te rías de mí! Estoy segura de que ahí hay algo...

—Algo no... un montón de cosas.

—Me refiero a algo ultraterrenal —. Le susurró en el oído queriendo asustarle tanto como ella lo estaba.

El volvió a reírse a carcajadas. —¿Crees que vamos a ver un extraterrestre como en la peli de “Encuentros en la tercera fase”?

Katy estuvo a punto de tropezar al bajar el último escalón y se agarró a Érick con más fuerza, de tal forma que casi no podían avanzar.

—No... —su voz le tembló al ver el lúgubre sótano iluminado pobremente por dos lamparitas

mortecinas —. Más bien pensaba en *Poltergeist*.

De repente, se le ocurrió que el fantasma que habitaba allí, bajo la casa —ya lo daba por hecho—, podría ser el del espíritu de la mujer de Érick.

Un tiempo atrás, Katia había abierto una cómoda del salón y ahí se había encontrado con un montón de fotografías en las que una mujer rubia, que Katia nunca había visto, aparecía junto a Nico y Érick. Con toda seguridad debía de tratarse de la esposa fallecida, la madre de Nico. Había sido una mujer guapa, de rasgos finos y de mirada fría. Casi no sonreía en ninguna foto, parecía distante y su delgadez era bastante llamativa. Debía de estar ya enferma cuando le hicieron aquellas fotos, meditó Katia, a pesar de que no tenía ni idea de la causa de su muerte. Nadie hablaba de ella y Katy no quería dar pie a que creyeran que ella era una entrometida.

Cuando Elke la pilló fisciando las imágenes del pasado de la familia, le pidió de malos modos que las guardara de inmediato y que no se las enseñara a Nico porque, al ser tan pequeño, las rompía sin miramientos. Desde entonces, Katy no había vuelto a abrir ese cajón. Lo menos que deseaba era que le volvieran a llamar la atención.

Érick se alejó de ella para abrir las pequeñas ventanas. —No sé a quién se le ocurrió tapar todos los cristales con cartones. Así no entra nada de luz. ¡Qué tontería!

Katia se había quedado al pie de la escalera. Cuando Érick consiguió abrir las ventanas se iluminó todo el sótano con luz natural y una corriente de aire limpio y fresco hizo que ella se sintiera mucho mejor. Dio unos pasos hacia la primera estantería que encontró y empezó a escudriñar su contenido.

Todo estaba lleno de polvo y telarañas, pero enseguida descubrió unas casitas de pájaros para colgar en los árboles, que podrían servir a la perfección de decoración. Érick llamó su atención para enseñarle unas ánforas de barro y una antigua rueda de madera de enorme tamaño.

En una repisa alta, Katia encontró un platón de metal esmaltado, que le serviría para llenarlo de agua y que los pajaritos pudieran darse su baño matutino. Apartó también un antiguo molinillo de café, unos bonitos farolillos de mano, unas regaderas de metal y se quedó un buen rato admirando una vieja y pesada plancha de carbón, pensando en que podría demostrar con ella a los visitantes cómo se hacían los sahumerios de hierbas secas. Miró con cautela a su alrededor cavilando si debía o no atreverse a purificar los espíritus encerrados en aquel lugar, de paso.

Érick la sacó de sus oscuros pensamientos con un grito de euforia tan agudo que a Katia se le puso la carne de gallina del susto. Le miró espantada, pero enseguida volvió a tranquilizarse al ver la cara de ilusión que él tenía. Había encontrado una antigua carretilla de madera con la que su padre solía llevarle de niño cuando él se cansaba en los paseos que hacían en familia. Dentro habían guardadas dos cántaras de leche grandes, que le podrían servir a Katia como maceteros. También había una figura de un ciervo herrumbrado y varios gnomos de jardín.

En una caja de cartón había un montón de fragmentos de loza. Érick le explicó a Katia que a su madre le gustaba hacer decoraciones con trocitos de porcelana y que, cuando se les rompía un plato, ella siempre guardaba los pedazos ahí. A Katy le encantó la idea. Podría usarlos para escribir con rotulador permanente los nombres de las plantas y usar cemento para pegarlos a piedras grandes. A Érick, como solución provisional, le pareció una gran idea.

Después de descubrir un precioso molino con aspas movibles, decidieron llevarlo todo al piso de arriba dentro de unas cestas de mimbre, que también había encontrado.

A Katia le quedaba un día largo. Cargaron todo en la camioneta y, entonces, Érick se fue a trabajar a la tienda, dejándola a ella sola en casa.

Al pasar por el pasillo se dio cuenta de que la puerta del sótano había quedado abierta. Desenredó el nudo de sujeción que Érick había hecho para poder cerrar la puerta cuando, de

repente, la luz de la escalera volvió a parpadear tres veces y, acto seguido, se apagó.

La psicóloga infantil resultó ser una señora muy agradable. Érick fue solo a la primera entrevista para ponerle en antecedentes de todo lo que había ocurrido en la vida del niño desde su nacimiento.

A partir de ahí, acordaron que las sesiones con el niño se realizarían una vez por semana. Katia se encargaba de llevarle al centro médico y, mientras estaba en la sala de espera, se dedicaba a avanzar con su tesis.

A través de varios test psicológicos y neurológicos, que le había hecho al pequeño mientras le hacía creer que jugaban, la psicóloga había analizado el comportamiento de Nico para hacerle una evaluación psicológica y había llegado a la conclusión de que la ausencia de su madre le había afectado. El niño ignoraba e, incluso, bloqueaba todas las preguntas que se referían a su relación materno-filial.

Para demostrar lo que decía, les enseñó un dibujo que había hecho Nico de su familia. Con trazos aún inseguros, había dibujado unas líneas rematadas con redondeles, que se suponía que debían de ser las cabezas sonrientes de sus familiares. La línea más larga era la de su padre, muy pegada a una muy pequeñita, que era él. Al otro lado había dibujado a Katia y algo más detrás estaba la tía Elke. A Dexter le dibujó debajo de él, con cuatro líneas por patas y una especie de lengua deforme colgando de su boca.

A la psicóloga no solo le había llamado la atención la falta de detalles, sino también el hecho de que no representara a su madre en el dibujo de su familia, así que, para ver lo que ocurría, insistió para que Nico se la dibujara. Lo que hizo el niño, entonces, la dejó patidifusa. Con una rabia inesperada, había hecho un borrón al borde del papel, había tirado las crayolas al suelo y se había ido a la esquina de juegos dándole la espalda a la señora Engels.

Ese fue el punto de inflexión. A partir de ahí, la doctora decidió enfocarse en promover la gestión emocional del niño y remodelar las conductas de estrés con técnicas de respiración y meditación. Además, también se dio de cuenta de que debía de trabajar en mejorar la autoestima del pequeño.

Al finalizar cada sesión, la doctora Engels ponía al día a Katia sobre las actividades que habían realizado y los avances que ella veía en el niño y de los que también ellos estaban siendo testigos día a día.

A la hora de la cena, Katy informaba de todo a su padre y a la tía Elke. Después Érick y Nico la ayudaban a hacer manualidades decorativas para adornar algunos de los árboles del laberinto, siguiendo las ideas de un libro que Katia había traído de la biblioteca.

A pesar de toda la ayuda que estaba recibiendo, Katy estaba nerviosa porque en unos días iban a hacer la fiesta de inauguración.

Para que todo el mundo supiera la existencia del laberinto y de la tienda ecológica del señor Feldmann habían repartido publicidad por todas partes e, incluso, Érick había encargado a una agencia de marketing la confección de una página web solo para el laberinto.

Después de buscar infructuosamente nombres de todo tipo, el día en que Érick colocó varios arcos para que se enredaran las sedosas rosas llenas de espinas en ellos y formaran un túnel aromático, se les ocurrió llamarle: “El laberinto de los sentidos”.

Y es que todo el campo rezumaba aromas intensos y sabrosos, que atraían no solo a las mariposas sino a todo tipo de insectos y pájaros. Era un verdadero espectáculo de belleza relajante, de miles de colores y de un concierto de zumbidos y trinos mezclados con el silbido del

viento entre las hojas.

Katy se estaba esmerando en embellecer el laberinto con todo lo que tenía a mano, para que los invitados y visitantes se llevaran una buena impresión. El último día antes de la apertura, convirtió unas cajas de fruta de madera, pintadas de color azul celeste, en una estantería y luego acomodó en ellas varias macetas con hierbas aromáticas y flores vistosas. El resultado le había encantado.

Junto a la entrada habían puesto una bicicleta antigua pintada de rojo vibrante y con las cestas delantera y trasera sembradas con bonitos geranios blancos, que una de las dependientas de la tienda les había traído como regalo para su próxima inauguración. En un cartel, que colgaba entre las ruedas, se podía leer con letras refinadas: “Hacia el laberinto de los sentidos”, acompañado de una flecha indicativa.

Por su parte, Érick y Nico terminaron de montar juntos un “hotel de insectos” hecho con listones de madera y con forma de casa. Lo rellenaron con ramas, piñas, cañas y hasta cartón enrollado. Por último, lo colocaron orientado al sur, en la zona donde había más flores. Nico estaba encantado de poder ayudar y cada vez se le veía más alegre y más confiado de sí mismo, lo que enorgullecía no solo a su padre, sino también a Katy.

CAPÍTULO 14

Un montón de ideas estaban bullendo en el interior de Katia.

Después de varios días guiando por el laberinto a numerosos grupos de visitantes, enseñándoles las plantas y sus propiedades curativas, de una forma muy general, se había dado cuenta de que a muchos de ellos les hubiera gustado saber con más detalle sus usos y aplicaciones.

Por eso, se le había ocurrido organizar *workshops* sobre medicina natural y tradicional los domingos, que era cuando ella tenía más tiempo. También pensaba hacer algún taller para elaborar aceites esenciales o infusiones, vahos y cataplasmas. Y hasta planeaba hacer un curso de aromaterapia. ¡Tenía tantos proyectos!

Pero lo mejor era que, si todo iba bien, podría añadir a su trabajo de fin de carrera una parte práctica. Para ello se puso en contacto con su profesor y él no solo le dio el visto bueno, sino que la puso en contacto con un psicólogo del Hospital General que, después de venir a conocer el laberinto en persona y asistir a uno de sus cursos, empezó a enviarle pacientes afectados por estrés, ansiedad o depresión.

En otra ocasión había venido la psicóloga de Nico, la doctora Engels, y había quedado tan encantada que empezó a recomendarla también a los padres de sus jóvenes pacientes.

—¡Este lugar es el paraíso en la tierra! —le había dicho Dorothea Engels entusiasmada y Katia no podía dejar de darle toda la razón ni por un instante.

Disfrutaba de lo que estaba haciendo. Era un sueño hecho realidad. El laberinto, las plantas, ayudar a las personas, Nico... y Érick. Una sonrisa se le dibujaba en la boca solo de pensar en él.

Últimamente se le veía muy contento. La tienda iba bastante bien. Muchas personas venían atraídos por las frutas y verduras ecológicas. Además, Érick se había asegurado de conseguir lo que él no producía comprándoselo a otros colegas de la región, como los espárragos o las patatas.

Llegó la época de la fresa y de los frutos del bosque. La tienda se convirtió en un hervidero de gente y las solicitudes para visitar el laberinto crecieron tanto que Érick decidió contratar más trabajadores para que pudieran atender la demanda.

—Si algo funciona, hay que aprovecharlo. El invierno va a venir, queramos o no, y tendremos que cerrar porque la mayoría de las plantas hibernan —le había dicho al ver que ella no estaba muy conforme con que gente extraña “metiera mano” en su paraíso particular.

Al ver que ella no terminaba de estar convencida, él se sentó a su lado, le pasó el brazo por el hombro y con la otra mano le empezó a acariciar la incipiente barriga.

—Además, a finales de septiembre... ¿Te has dado cuenta? Cada vez se te nota más. No está bien que te sobreesfuerces agachándote para arrancar malas hierbas. Necesitas ayuda y, si las cuentas no me fallan, con las ganancias que se están haciendo merece la pena. Fíjate en mí, ya viste que empecé con dos dependientes para la tienda y ahora he tenido que contratar otra persona más, de manera temporal, porque no damos a basto. Es el poder de atracción de la fresa.

Katia se rio con picardía y entrelazó su mano con la de él.

—Conozco el poder de atracción de la fresa.

—¿Ah, sí?

—Sí... de tus labios de fresa.

Sonó super cursi, pero tuvo el efecto esperado.

—Eso lo tenía que haber dicho yo—. Érick se abalanzó sobre ella para besarla apasionadamente, como a Katia tanto le gustaba.

Por más que odiara perder su autonomía, tendría que hacer lo que él le proponía porque, en el fondo, ella sabía que él tenía razón. Cada vez se sentía más cansada y, a veces, el dolor de espalda le bajaba hasta la rodilla y ya no se le quitaba la molestia en todo el día. Además, si había otra persona que se encargara de las plantas y de guiar a los visitantes, eso tendría la ventaja de que ella podría dedicarse en exclusiva a hacer los cursos e, incluso, podría ampliar su horario.

Sin embargo, aunque prefería contratar a alguien conocido por ella, una persona en quien supiera de antemano que se podía confiar porque tenía los conocimientos necesarios en herbología, la mayoría de sus amigos y conocidos ya estaban ocupados o limitaban su sabiduría al uso comestible de las hierbas en sus propias cocinas. A Maik no le interesaban ni lo más mínimo las plantas y, en cuanto a Debby... lo más cerca que estaba de una maceta era para apagar su colilla de tabaco y dejarlo clavado en la tierra como si de un cenicero se tratara.

Cuando Deborah empezó a llamarla “Bruja” o “Brujilda”, Katia tenía que haberse fijado en que su mejor amiga no era tan buena como ella le quería hacer creer. Ahora se daba cuenta de que lo que ella pretendía era dejarla en ridículo delante de Maik para que él se diera cuenta de lo rara y lo poca cosa que era su novia, en contraste con lo *cool* que era ella en cambio. Katy había sido una tonta quitándole importancia a sus burlas frecuentes, intentando pensar que se trataba solo de apelativos cariñosos, aunque de dudoso gusto.

Empezó a sentirse nerviosa de nuevo al recordarles.

Lo mejor era no volver a pensar en Debby... ni en Maik.

Así que decidió poner un anuncio para ofrecer el empleo en la sede de la sociedad de fitoterapia. Era el lugar donde mayor probabilidad había de que hubieran personas que tuvieran los conocimientos y la experiencia con las hierbas medicinales y aromáticas que necesitaban. Y estaba en lo cierto.

Pocos días después, habían contratado a dos jardineros, Lina y Marius, que vendrían por turnos para ayudar a mantener cuidadas las plantas y hacer los turnos de visitas guiadas, que Katia no podía asumir.

—Aquí está el dron que utilizaremos para nuestra misión de hoy. ¿Alguien sabe qué es lo que vamos a hacer con él?

—¡Salvar cervatillos! — contestaron los niños al unísono.

Érick sonrió impresionado y le guiñó el ojo a la señorita Mais. Ella le devolvió la sonrisa ruborizada. Se sentía muy complacida porque el padre de Nico hubiera apreciado su especial dedicación en enseñar a los niños de su jardín de infancia lo que iban a hacer durante la visita a la granja agrícola del señor Feldmann.

Érick les había invitado porque sabía que a los pequeños y, sobre todo a su hijo, les iba a encantar.

El joven encargado por el Ayuntamiento para maniobrar el dron, lo acercó a los niños para que ellos pudieran apreciar de cerca las hélices y la cámara especial provista con sensores

térmicos para descubrir a los pequeños animales salvajes que se escondían entre la maleza, sin tener ni idea de que su vida corría peligro.

A modo de ejemplo, uno de los trabajadores puso en marcha el motor de un enorme tractor rojo e hizo funcionar la segadora de discos giratorios de 18 metros de ancho, que llevaba delante, sin moverse de su sitio.

Los niños se taparon los oídos y dieron un paso atrás a pesar de que estaban lo suficientemente lejos como para no correr riesgo alguno de sufrir un accidente.

Katia lo observaba todo con curiosidad. Era la primera vez que veía algo semejante. Hasta entonces, tenía entendido que los agricultores organizaban batidas para recorrer los campos con palos con el fin de espantar y apartar los animales que hubieran anidado en sus campos antes de segar. Lo malo es que de esta manera no se podían encontrar todos los recovecos donde los padres escondían a sus crías, por lo que muchos cervatillos, corcinos y hasta jabatos resultaban malheridos cada año. Y es que, de aquel modo, era como buscar una aguja en un pajar, le había comentado Érick el día anterior.

—Señor Feldmann, ¿ese ruido tan fuerte no hace que los animales salgan corriendo de susto?

—¡Buena pregunta!

El niño elogiado por Érick dirigió una mirada presuntuosa a sus compañeros, a uno y otro lado.

—Ese es el problema, niños y niñas. En las primeras dos semanas de vida, a los cervatillos les falta el reflejo de huir. Se quedan muy quietos e, incluso, se esconden más profundo entre la hierba, de forma que tampoco se pueden ver desde el tractor.

Varios trabajadores y colegas de Érick habían venido con sus perros a ayudar y Dexter no les perdía de vista a sus amigos perrunos mientras, por otro lado, vigilaba la mesa que habían acabado de montar y donde Katia había colocado unas bandejas de sabrosos sandwiches, una cesta llena de manzanas y unas mini magdalenas de vainilla que ella había preparado a primera hora de la mañana para ofrecer a todos los visitantes.

El piloto del dron les enseñó el botón que debían apretar para hacer que volara y les señaló el monitor, que estaba a su lado, con la pantalla dividida en dos partes para que pudieran observar por un lado la vista normal y, por el otro lado, la misma imagen en blanco y negro.

Entretanto, los ayudantes se fueron posicionando en diferentes lugares del terreno junto a sus perros. Los niños, en cambio, tuvieron que quedarse por seguridad junto a sus educadores delante del monitor, con el encargo de controlar y avisar si veían algo.

Después de un buen rato, justo cuando algunos comenzaban a perder el interés, vieron una pequeña mancha de colores, que les llamó la atención. Cuando todos se acercaron al sitio preciso, guardando el máximo silencio, se encontraron con que se trataba de una camada de pequeños conejos de campo, que se escaparon dando saltos perseguidos por todos los niños.

Jana Mais ni siquiera se molestó en ir detrás de ellos, sino que le dejó el trabajo a sus compañeras, mientras ella se quedaba, por fin, a solas con Érick.

La pelirroja se mecía el pelo y contoneaba su cintura hablando con el padre de su alumno “favorito” haciendo uso de toda su coquetería femenina.

Katy les observaba desde el borde del terreno con repentinas ganas de meterse en el bosque que empezaba detrás de ella y perderse en su interior para no tener que seguir viendo a Érick responder al flirteo con su mejor sonrisa.

De nuevo volvieron los niños a vigilar el monitor con más ganas que antes y su paciencia se vio recompensada cuando, de pronto, el dron se colocó encima de una mancha rojiza, que no dejaba lugar a dudas. Habían encontrado un cervatillo.

Todo el grupo de peques, ataviados con guantes en las manos por seguridad, rodearon el lugar sobre el que estaba sobrevolando el dron. Érick les pidió con gestos que no hicieran ruido ni se movieran. Apartó un montón de maleza y, de pronto, apareció la dulce y suave cabecita de un pequeño cervatillo dorado. Algunas niñas no pudieron evitar exclamar un “¡Oh!” lleno de ternura al verle.

Después de un momento regocijándose en la observación del animalito, el padre de Nico les enseñó a los niños a recoger una buena cantidad de hierba. Con ella rodeó el cuerpecito de la cría de ciervo para sacarla de su escondite. Seguido por todo el grupo de pequeños, Érick le llevó fuera de los límites del terreno, donde le esperaba una confortable cama de hierbas, y le pusieron encima una caja de plástico rejillada para protegerle y, a la vez, dejar que viera lo que estaba pasando a su alrededor.

Los niños le volvieron a rodear encantados con él.

—Cuando termine de segar, le voy a llevar donde lo encontramos, bien envuelto entre la hierba, para que la mamá venga a buscarle y le reconozca por su olor.

—¿Es verdad que si tocamos al cervatillo la madre puede rechazar a su hijo?

Los ojos de la señorita Mais brillaban con temor a la respuesta.

—Sí, es verdad. La madre puede que no reconozca a su cría si le huele a ser humano. Saldría huyendo y no volvería.

—¡Oh, no! —La señorita Mais se llevó la mano al pecho de forma teatral atrayendo la mirada de Érick hacia su voluptuoso escote—. ¡Eso sería horrible!

Érick apartó la vista y carraspeó. —Sí, desde luego. Por eso hacemos todo esto.

—Es maravilloso lo que el señor Feldmann acaba de hacer hoy por este pobre animalito y por los conejitos. ¿Verdad, chicos? ¡Les salvó la vida! —exclamó con entusiasmo la pelirroja acercándose aún más a Érick.

—¡Sííí! —contestaron sus alumnos al unísono.

La señorita Mais dirigió su mirada obnubilada hacia Érick, como si fuera un superhéroe de carne y hueso... y fuera todo para ella.

Katia decidió mirar hacia otro lado e intentó no pensar en el extraño dolor de barriga que la situación le estaba provocando.

Hacia finales de junio el calor apretaba tanto, que Katia aprovechaba para darse un baño cuando acompañaba a Nico a su curso de natación en la piscina municipal. Otros días, Nico y sus amiguitos se pasaban la tarde jugando en la casita del árbol o yendo a los sembrados con Katia para recolectar moras y frambuesas, que se iban comiendo a bocados. En otras ocasiones, ella hacía gofres para que merendaran los niños y les untaba mermelada casera hecha por ella misma con las fresas que sobraban de la tienda.

Una cosa de la que Katia se había dado cuenta, era que le divertían mucho las visitas programadas de grupos de niños de jardines de infancia o de colegios.

Con ellos hacía un pequeño recorrido por el laberinto haciéndoles oler las plantas y arbustos más perfumados, como el enebro, la verbena o el hinojo. Mientras tanto, les iba contando leyendas populares sobre algunas de las plantas que se podían encontrar ahí y, para terminar, organizaba una manualidad sobre una mesa grande que había situado a la sombra, cerca de la fuente, para tener un ambiente agradable y distendido. A los niños les encantaba mezclar sal con hierbas frescas, plantar semillas en hueveras de cartón o elaborar figuras decorativas con ramas y hierbas secas o flores.

Edu, el terapeuta de Nico, la sorprendió una mañana de domingo al verle entre sus asistentes a su curso de “Sabiduría popular y plantas curativas”. Al finalizar, Katia le llevó a dar un paseo por el laberinto, enseñándole sus rincones preferidos. Era raro verle vestido con jeans y una camiseta con el logo de una conocida banda de rock. Él, que siempre iba a trabajar con pantalón de vestir oscuro y camisas de tonos suaves, parecía que en su vida cotidiana llevaba un estilo más casual y acorde con su forma de ser simpática y relajada.

El tiempo pasó con rapidez mientras ellos hablaban de sus experiencias personales y de lo que les había motivado a elegir sus estudios. En el caso de Edu, su hermana menor había nacido con parálisis cerebral y ver los enormes avances que ella empezó a conseguir desde que empezó a ser tratada y ser testigo de la mejora en su calidad de vida, con la consiguiente alegría que trajo a la familia por ver sus enormes progresos, le dio a él el impulso necesario para querer estudiar logopedia.

Resultaba tan interesante lo que Edu le estaba contando que apenas prestó atención a Érick que, ayudado por uno de sus trabajadores, traía un enorme tronco ahuecado para sembrar un macizo de flores. Al verles sentados tan juntos se les quedó mirando unos momentos arrugando el ceño, hasta que reconoció al terapeuta de su hijo y se acercó a saludarle de buen humor.

A Katia no se le escapó la mirada taxativa que les había dedicado en un principio y quiso creer que se había puesto un poquito celoso al verla hablando con un hombre bien parecido en actitud muy confidencial. Eso le subió a ella un poco el ánimo.

Últimamente, había tenido que reprimir algunos ataques de celos al verle hablando con la “encantadora” señorita Mais. Sin ir más lejos, el día anterior Katia había ido a dejar una cesta con hierbas frescas en el mostrador de la tienda y se había marchado sin mediar palabra, dejando a la educadora del niño coqueteando como una colegiala y sin dejar de manosear a Érick hasta donde la moral pública le permitía. Lo peor era que él no la frenaba en sus avances sino que, más bien al contrario, le reía todas las bobaliconadas que ella soltaba por su boca de pitiminí.

Katia tenía claro que debía de tragarse sus celos y esforzarse en poner su mejor cara porque a la señorita Mais la veía todas las mañanas al dejar y al recoger a Nico del jardín de infancia y, además, Érick todavía no le había llegado a jurar su amor, por lo menos con palabras.

¡Qué malos eran los celos!, se quejó para sí. Sin embargo, ella no pensaba demostrar que los sufría... ¡Eso, jamás!

“Tienes que fiarte de Érick”, se decía a sí misma. Sin embargo, después de la profunda herida que le había dejado Maik, a Katia le costaba un mundo confiar así, sin más.

Estaba empezando a pensar que lo que le había pasado la había marcado para toda la vida con inseguridades de todo tipo. Ella nunca había sido así. Toda su vida había sido una persona muy decidida y ocurrente, que confiaba a ciegas en todo el mundo porque jamás había tenido que enfrentarse al lado malo de la sociedad cara a cara.

Ahora, en cambio, vacilaba mil veces antes de hacer cualquier cosa y, muchas veces, dudaba incluso de las buenas intenciones de la gente con la que trataba. De todos, menos de Érick. Él le había demostrado que la bondad existía. Por eso temía tanto perderle... por eso y porque se había enamorado locamente de él. Era imposible no hacerlo.

Por mucho que se decía que lo que estaban viviendo no era un noviazgo en toda regla, Katia, en su fuero interno, lo sentía así. Y se sentía la mujer más afortunada de la Tierra solo porque él le dedicaba, de cuando en cuando, una sonrisa cómplice, le regalaba una flor silvestre o la abrazaba en la cama a la hora de dormir. Todas esas pequeñeces que hacían que su corazón latiera al galope y deseara que él le dijera que la amaba.

Eso era lo que, en realidad, la hacía sentir más insegura. El no saber si él la quería como ella a

él o no, porque nunca hablaban de ese tema y a ella le daba vergüenza preguntarle como una tonta: “¿Me amas?”

¡Uff! Ni hablar... Y eso que ya llevaban más de tres meses compartiendo lecho, aunque no se comportaran de día como una pareja romántica al uso. La realidad era que tenían demasiado trabajo y no les quedaba tiempo para grandes demostraciones de afecto. O al menos eso era lo que Katia se decía a sí misma para auto convencerse de que Érick sí la quería. Y aunque él no le hubiera hecho una verdadera declaración de amor, eso ella lo percibía.

CAPÍTULO 15

La semana en la que tenía que presentar su trabajo casi no pegó ojo y eso que tomaba infusiones de pasiflora y melisa para poder conciliar el sueño. Sin embargo, tenía disparada la adrenalina por los nervios que tenía de fallar en el último momento.

Una y otra vez repasaba sus apuntes. Volvía a analizar las conclusiones a las que había llegado con sus teorías y, a pesar de estar contenta con el resultado final de su trabajo, no conseguía tranquilizarse.

Con el título: “Fitoterapia aplicada a la psiquis: Medicina natural y tradicional en la psicología actual”, Katia relató ante el tribunal de profesores, que evaluaban su trabajo de fin de carrera, cuales eran las propiedades de las plantas y sus extractos utilizadas en el área de la psicología, en la historia y en la actualidad, además de su experiencia y opinión propia en ese campo, gracias a los casos que había tratado de pacientes afectados por estrés, ansiedad o depresión.

Katia defendía que el tratamiento, en estas situaciones, no debía basarse solo en la administración de plantas medicinales, en cualquiera de sus formas, como en infusión o cápsulas, sino que recomendaba combinarlo con aromaterapia, usando aceites esenciales de plantas específicas para mejorar el equilibrio de la mente, el cuerpo y el espíritu; y con paseos por espacios naturales, como los campos de flores o los conocidos como “baños de bosque”. Por último, le parecía que la meditación había resultado crucial, en todos los casos, para aquietar la mente y reducir la tensión por estrés. De esa manera, a través de un “ataque” multidisciplinar se conseguía devolver, poco a poco, el bienestar de la persona y beneficiar su salud.

A medida que fue avanzando en su explicación, fue adquiriendo más seguridad en sí misma de forma que al terminar y salir de la sala se sintió contenta por haber conseguido decir todo lo que quería, sin trabarse ni quedarse en blanco en ningún momento.

Fuera la esperaba Érick, que había querido acompañarla al ver lo nerviosa que ella estaba.

—¿Cómo te salió?

La recibió él, preocupado.

Katia se encogió de hombros. —Yo creo que bien. Ahora tengo qué esperar a que publiquen las notas. Hoy es tres de julio... seguro que lo harán antes de una semana porque el día diez empiezan las vacaciones.

—Bueno... por lo pronto, ya está hecho. Ahora puedes descansar de nuevo... créeme, lo necesitas.

—Sí, lo sé. Ahora mismo solo tengo ganas de meterme en la cama y dormir un mes entero.

Para dar más credibilidad a lo que acababa de decir, Katia bostezó con todas sus ganas. Érick sonrió y le pasó un brazo sobre los hombros para atraerla hacia él.

Así, iban caminando abrazados, de forma acaramelada, hasta que pasaron delante de una parada de autobús donde había una chica esperando. Katia reconoció al instante a Bianca, una de sus antiguas compañeras de trabajo del supermercado, que incluso la había defendido delante del gerente y a punto estuvo de perder su propio empleo por eso.

Cuando Bianca la vio y se dio cuenta de quién la acompañaba se le abrieron los ojos de par en par, como si estuviera siendo testigo de algo increíble. Su mirada brincaba de Katia a Erick y, en cuanto estuvieron a su altura, ella saludó a Katy con efusividad y no dudó en presentarse a sí misma al “tío bueno de las manzanas”, mote que le había puesto ella misma, y abalanzarse sobre Erick para darle dos besos en cada mejilla.

—Oh... Dios... mío... ¡No me lo puedo creer! ¡No me digas que tú y él...! O sea...¡Estoy que flipo!

Katia sabía lo boquifloja que podía llegar a ser Bianca. De hecho, no le quedaba ni un resquicio de duda de que en cuanto se despidieran de ella, Katia no tardaría ni cinco minutos en ser el tema del día en el supermercado. Y, la verdad, es que no estaba segura si eso le convenía... teniendo en cuenta la demanda que su abogado había interpuesto en el juzgado.

—Yo... Nosotros... solo somos buenos amigos.

Se sentía tan azorada que no quiso mirar la reacción de Erick, aunque notó como él clavaba su mirada sobre ella. Seguro que estaba tan roja como un tomate maduro.

—Amigos... ¿con derecho a roce?

Bianca se acercó a ella y le dio un par de codazos en confianza. En sus ojos refulgía la emoción de conocer de primera mano un buen chisme.

Por suerte, Katia se había vestido aquella mañana con un chaleco de tela vaquera sobre el vestido de fina tela floreada, que le disimulaba su barriga de seis meses bastante bien. Por si acaso, también agarraba la carpeta delante de ella.

—¡Qué preguntas más locas haces! Erick y yo somos solo amigos. Me está ayudando porque hoy tenía que presentar mi trabajo final de Máster. Ya sabes, al que me estaba preparando.

—Ya, ya... —La rubia empezó a retorcer con coquetería su larga melena. —Entonces... ¿Eso quiere decir que tú estás libre?

Katia parpadeó incrédula al ver a Bianca arrojarle a los brazos de Erick de nuevo. Lo más irritante era ver que no perdía el tiempo y ya le acariciaba su pecho varonil, aunque para eso tenía que ponerse de puntillas.

Al verse sorprendido, Erick dio un paso atrás y se separó de Bianca con una sonrisa de circunstancias. Y, entonces, al descubrir la cara descompuesta que se le había quedado a Katy, decidió que era hora de despedirse.

—Si nos disculpa, señorita. Tenemos una cita y no queremos llegar tarde —Mintió—. Fue un placer conocerla.

Tiró con suavidad del brazo de Katia que, por fin, volvió en sí del shock que acababa de recibir y también ella se despidió con rapidez.

—Nos vemos otro día, Bianca.

—Seguro—. La oyó contestar en tono rencoroso.

Katia siguió caminando junto a Erick sin querer volver la vista atrás. Él guardaba silencio y no volvió a intentar abrazarla, ni tan siquiera rozarla.

Katy maldijo ese encuentro para sus adentros. Le daba la sensación de haber hecho muchas cosas mal. Tal vez, incluso, había estropeado la relación que tenía con Erick al decir que era “solo un amigo”.

Tenía que haber sido valiente y haberle confesado hace tiempo a él sus verdaderos sentimientos. Tal vez, solo tenía que haberle confirmado a Bianca la veracidad de sus presunciones: Estaban juntos. Sí. ¿Y qué? Entonces, Katia podría haberse fijado en su reacción y, quién sabe, tal vez así hubiera obligado a Erick a confesarle, por fin, cuáles eran sus verdaderos sentimientos por ella y, al menos, habría salido de dudas en cuanto a su relación.

Ahora él no la quería ni mirar. Condujeron hasta la casa escuchando música de la radio y cuando llegaron a la tienda, él tuvo que quedarse allí atendiendo y ella hizo el resto del camino a pie. Cabizbaja y abatida.

Sabía que debía de armarse de valor para hablar con él. Hacer de tripas corazón y declararle su amor.

No quería que le volviera a ocurrir lo que les había pasado con Bianca. No deseaba volver a negarle nunca. Al contrario, quería enseñar su amor a todo el mundo, en todas partes. Quería ser libre de expresarle sus sentimientos a cualquier hora, en cualquier lugar y delante de quien fuera. Tenía ganas de subir a la colina más alta del laberinto y gritarle a los cuatro vientos que Erick y ella estaban juntos... y que se amaban.

Entró en su habitación, que ya no era su dormitorio sino, más bien, su cuarto de estudio, y se dedicó a recoger, limpiar y guardar todo lo que había necesitado para hacer su trabajo. Necesitaba moverse para eliminar toda la tensión que tenía en los músculos de todo el cuerpo.

Antes de bajar para empezar a hacer la cena, abrió su laptop para comprobar sus E-Mails y cual fue su sorpresa al ver que su profesor le acababa de enviar un mensaje diciéndole lo orgulloso que estaba de ella y la felicitaba porque el tribunal le había puesto la máxima nota. En unos días sería oficial.

Toda la energía negativa, que había estado acumulando sin darse cuenta, se evaporó de inmediato. ¡Había terminado la carrera! ¡Ya se podía decir que tenía el título de psicóloga!

Se acostó en la cama y acarició a su bebé con suavidad.

—Mami aprobó, cariño —le susurró.

Los ojos le ardieron y empezó a llorar de alegría y, al poco, de desconsuelo. Ya no estaban sus padres junto a ella para compartirles la alegre noticia. Con todo lo que habían luchado en su vida para que ella estudiara y fuera “una gran profesional independiente”, como le solía decir su padre. Él quería que ella pudiera mantenerse por sí misma, para que no le ocurriera la desgracia de casarse algún día con un hombre “que no le sirviera para nada” y la dejara tirada, con hijos y en la miseria. “Ay, papá, si supieras que eso mismo me ocurrió...”

No podía dejar de llorar. Añoraba a sus padres con tanta fuerza que solo podía sentir una horrible y profunda tristeza.

—¿Qué te pasa?

Érick se sentó en la cama junto a ella y le acarició el pelo.

—Nada... Debería estar feliz, pero no sé... me entró la nostalgia.

—Tal vez son las hormonas del embarazo. Parece que se vuelven locas y causan en las mujeres cambios súbitos de humor.

Katia se rio entre lágrimas.

—No, no es eso. Mi profesor me mandó un E-Mail. Tengo un sobresaliente.

—¡Qué me dices!

—Sí, terminé la carrera...

Érick se puso en pie con cara de entusiasmo.

—Esto tenemos que celebrarlo a lo grande, Kat.

Volvió a sentarse junto a ella, la abrazó y le dio un beso dulce en los labios. Katia sintió que volvía a relajarse entre sus brazos. Eso era lo que ella había estado ansiando. El abrazo tierno, cálido y reconfortante que solo Erick la sabía dar. ¡Qué feliz la hacía!

—Felicidades, Kat. Te mereces ese sobresaliente y más. Nunca he conocido a nadie más trabajador que tú.

Ella le sonrió con dulzura. Él era tan guapo y tan buena persona... ¡Y ella era tan dichosa! Le

rodeó con ambas manos su mentón afeitado y volvió a besarle con toda la intensidad y con todo el amor que ella tenía dentro reservado para él.

Hay momentos en la vida que están hechos para ser saboreados, disfrutados al máximo, para ser guardados en la memoria como auténtico oro, sin dejar escapar ni el más breve instante para que caiga en las garras del olvido.

Katia sabía que estaba viviendo uno de esos momentos preciosos.

Sentada en una tumbona, con un vaso de limonada en la mano y la otra sobre su barriga, protegiendo a su bebé, observaba a los invitados a su fiesta de fin de estudios. La fiesta oficial, tras el acto académico de graduación, se celebraría en octubre, pero Érick no había querido esperar tanto.

Era una tarde espléndida de julio. Los niños jugaban a la pillada entre las piernas de la gente, que charlaban animadamente sin darles mayor importancia a los chiquillos.

Nico parecía muy contento. No quedaba nada de aquel niño introvertido y timorato que ella había conocido alrededor de cuatro meses atrás. En tan poco tiempo, se había desarrollado su personalidad como la de un niño alegre, atento y siempre dispuesto a ayudar. Su lenguaje mejoraba cada día y ya hacía frases complejas para expresar sus pensamientos. Edu le estaba enseñando, incluso, a controlar su afonía con técnicas vocales para modular la voz y que Katia debía repetir en casa con él por las mañanas. Era como si estuvieran jugando a ser cantantes de ópera, así que desde muy temprano ya estaban todos de buen humor.

La música de ritmos caribeños sonaba por los altavoces y algunos se atrevían a bailar de forma divertida mientras otros llenaban sus platos con la comida del bufé.

Katia sonrió complacida. Bebió un sorbo de su limonada fresca y suspiró. Olía super bien. A flores silvestres, a pasto y a hierbas. ¡Cómo le gustaba ese lugar a la sombra, junto al invernadero! Las libélulas revoloteaban sobre el agua clara de la fuente y el sol empezaba a caer, convirtiendo el cielo en una obra de arte de colores pasteles.

A medida que se iba haciendo de noche, se fueron despidiendo los invitados. Nico se había ido a dormir a casa de uno de sus amigos, así que Érick y ella se quedaron al final solos, bajo la tenue iluminación de las lamparitas que habían colgado de las ramas de los árboles.

Todavía sonaba una canción de melodía lenta cuando Érick la agarró de la mano y la sacó a bailar. En un lugar tan romántico como ese, el corazón de Katia latió con fuerza.

Se dio cuenta de que había llegado la hora. Era el momento ideal para confesarle su amor. Levantó la cabeza para mirarle y se perdió en la profundidad de los ojos de él.

—Érick, yo...

No pudo decir más.

El teléfono de él empezó a sonar. Segundos más tarde, Érick estaba dándole prisa para ir a la casa de su tía, que se había caído y necesitaba ayuda.

Cuando llegaron a la casa de Elke, la anciana estaba sentada en las escaleras de entrada. Apretaba un pañuelo de tela, empapado en sangre, sobre su frente y parecía aturdida.

Érick no perdió el tiempo. Tomó a su tía entre sus brazos y la cargó hasta el asiento del copiloto de su camioneta. Katia le había seguido llevando el bolso de Elke.

—Voy a llevar a mi tía a la clínica. ¿Puedes volver a casa tú sola?

Las casas estaban muy cerca la una de la otra.

—Pero... yo quiero ir contigo... Déjame acompañar también a Elke.

Érick negó con la cabeza mientras arrancaba el bolso de las manos de Katy y se subía al

asiento del conductor a toda prisa.

—Prefiero que vayas a casa y estés atenta al teléfono por si pasa algo con Nico. No te importa, ¿verdad?

A Katia no le dio siquiera tiempo a asentir y mucho menos a despedirse. Le vio acelerar y perderse tras la curva que había al final del camino.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No le había gustado ver el rostro lívido de Elke. Había visto la preocupación en los ojos de Érick, por eso ella hubiera preferido acompañarle y asegurarse de que todo salía bien.

Sin embargo, ahora tendría que esperar a sus noticias y, por lo pronto, volver caminando sola a casa, bajó la lánguida luz de las escasas farolas. Se puso en marcha, apretando el paso, antes de que el miedo la dejara paralizada frente al porche solitario de la tía Elke.

Llegó a la casa casi sin aliento. Se cambió las sandalias por unas zapatillas de estar en casa y se fue a la cocina para beber un buen vaso de agua. La carrerilla la había dejado sedienta.

Se fue con el vaso al salón y se sentó en el sillón para estirar las piernas. Los últimos días las había notado más pesadas. Miró de reojo la pantalla de su teléfono y al ver que alguien la había llamado se apresuró a ver de quién se trataba.

La sangre se le heló en las venas. Por un instante, el tiempo se detuvo a su alrededor y a punto estuvo de olvidarse hasta de respirar.

Maik la había llamado.

Miles de preguntas se agolparon en su cabeza como si de un tiroteo en una cantina se tratara. ¿Seguía teniendo el mismo número de teléfono? ¿Es que la había bloqueado todo este tiempo? ¿Desde dónde la había llamado? Y la pregunta más importante, después de todo el tiempo que había pasado... ¿qué quería de ella? ¿Se habría enterado de que Katy estaba embarazada? ¿Querría pedirle disculpas por dejarla tirada el día de su boda?

Si de una cosa estaba muy segura, era de que él no la estaba llamando para devolverle el dinero que le había quedado debiendo.

Sintió una rabia incontenible hacia Maik. ¿Cómo se atrevía a llamarla después de lo que le había hecho? ¿Cómo podía ser tan insensible? ¿Es que no había tenido suficiente?

Katia debería de haber estado contenta por saber que ya volvía a tener el contacto de su ex novio. Ahora ya podía informarle en persona de que iba a ser padre. Pero... ¿era eso lo que ella quería?

Después de conocer a Érick ya no estaba segura de querer dejar entrar en su vida a alguien tan egoísta como Maik. ¿Qué clase de influencia podría ser un hombre así para su hijo?

Sintió una horrible sacudida al caer en cuenta de que él podría intentar quitarle la custodia de su bebé.

Definitivamente, Katia no quería a Maik de nuevo en su vida.

Borró el registro de la llamada y estuvo a punto de borrar también el número de teléfono de Maik, de no ser porque en ese momento se pegó un susto de muerte al sentirle vibrar entre sus manos.

Esta vez la llamada era de Érick. Se había quedado preocupado por ella y, mientras esperaba que a su tía le hicieran unas pruebas para descartar una posible conmoción cerebral, había aprovechado para llamarla.

Katia sonrió rebosante de felicidad. Le aseguró que todo estaba bien y le prometió que le esperaría despierta hasta que él llegara, a lo que él, como era de esperar, se negó con rotundidad alegando que ella tenía que descansar.

La sonrisa que iluminaba el rostro de Katia se vino abajo en cuanto se despidió de Érick y le

vino a la cabeza la inesperada, e indeseada, llamada de Maik.

Y si no era él el que la llamaba sino otra persona en su lugar... Tal vez era Debby.

Katia se puso en pie para desprenderse del repentino malestar que invadió su cuerpo. Lo que menos deseaba en el mundo era volver a tener que dirigirle la palabra a su antigua amiga. Básicamente, porque ya no lo eran ni lo volverían a ser jamás.

Se metió en la ducha para refrescarse antes de meterse en la cama. “Ojalá pudiera lavar también todos los malos recuerdos y que se fueran para siempre por el sifón”, deseó mientras se enjabonaba el cuerpo.

A pesar de lo que creía, no le costó nada conciliar el sueño. Sin embargo, no podía dormir bien. Las pesadillas se sucedían en su cabeza y, en todas ellas, aparecían Maik y Debby persiguiéndola para arrebatarse a su bebé de los brazos. Intentó tranquilizarse una y otra vez, leyendo el libro que tenía en la mesilla de noche o dando vueltas de un lado a otro de la cama para encontrar la posición más cómoda, pero la pesadilla siempre volvía.

Eran las tres de la madrugada cuando Katy se dio por vencida y decidió bajar a la cocina a comer algo. Érick todavía no había llegado, no obstante, le había enviado un mensaje donde le decía que su tía estaba bien, pero el médico que la atendía había decidido tenerla ingresada esa noche por seguridad.

Al bajar, sintió la casa más vacía que nunca. Incluso Dexter había preferido dormir en su caseta del jardín visto que su compañero de habitación no le necesitaba y que la noche era estupenda.

Un crujido llamó su atención e hizo que se le pusieran los vellos de punta. Katia afinó el oído y se dio cuenta de que el extraño ruido provenía del sótano.

La sensación de soledad y vulnerabilidad se multiplicó. Se quedó como una estatua en medio del pasillo, mirando hacia la puerta del sótano, sin saber qué hacer. De repente, Katy escuchó el ruido de una puerta al abrirse y, segundos después, un golpe seco al cerrarse. Su corazón latía desbocado por el miedo. Recordó el parpadeo de las bombillas, las extrañas abolladuras en la puerta y la oscuridad absoluta. Hasta entonces, había intentado pasar de largo para olvidarse de la existencia de un posible espíritu errante en el sótano de la casa donde ella vivía.

Cuando vio una sombra alargarse hacia el pasillo, delante de ella, estuvo a punto de pegar un alarido de terror. Érick apareció de la nada. Suya era la sombra, pero a Katia le costaba entenderlo todavía.

—¿Qué te pasa?

Le vio acercarse a ella a grandes pasos, pero Katia no conseguía moverse. Se había quedado paralizada por el miedo y no conseguía reaccionar.

—Kat... ¡Mírame! ¿Qué te pasa?

—Un fantasma...

—Un... ¿qué?

—Ahí —Katia señaló hacia la puerta del sótano—. ¡Un fantasma!

Estaba a punto de ponerse histérica. Hasta entonces nunca había creído que existieran seres espirituales, pero estaba claro que se había estado equivocando.

—¿Viste un fantasma? ¿Dónde?

—Era una sombra fantasmal... ¡y crujía!

—¿Una sombra? No será esta, ¿verdad?

Érick la había estado sosteniendo por el brazo y la soltó para volver a la entrada de la casa. En ese mismo instante, la sombra volvió a hacer acto de presencia. Se veía enorme y reptaba a lo largo de la pared del pasillo.

—¡Míralo! ¡Ahí está! —gritó Katia.

—Lo veo. Ahora tranquilízate y mírame los pies.

Entonces Katia entendió, por fin, lo que él quería enseñarle. ¡Qué vergüenza sintió! La sombra se correspondía con la del dueño de la casa al encender la luz del recibidor. La sonrisa amplia que lucía Érick le daba a entender que a él le estaba haciendo mucha gracia su equívoco.

—Pero hubo un ruido horripilante... Te lo juro. Ahí abajo hay algo, Érick.

Su mirada le transmitía no solo una chispa de burla, sino también mucha ternura.

—Esta es una casa vieja, Kat. Es normal que las maderas crujan. Si hay algo ahí abajo son arañas y ratones.

—¿Ratones?!

Katia abrió los ojos como platos. No sabía qué era peor, si tener un alma en pena vagando por la casa o una plaga de ratones bajo sus pies.

Érick soltó una carcajada. —No te preocupes, ya puse unas trampas...

Al ver que ella seguía conmocionada, le pasó un brazo sobre los hombros y le susurró al oído.

—Anda, vamos a la cama a terminar lo que empezamos antes.

Le mordió el lóbulo de la oreja y de la mente de Katia desaparecieron el fantasma, los ratones y “todo dios”. Se abandonó al placer, tal y como siempre le ocurría cuando él la tenía entre sus fuertes brazos, embriagada por el delicioso aroma de su vigoroso cuerpo.

No, ni hablar. Katy lo tenía muy claro. No pensaba poner en juego tanto amor, solo porque a un ex novio se le hubiera ocurrido, de pronto, volver a aparecer de la nada para intentar poner su mundo del revés, otra vez. No, señor. No le iba a dejar. Esta vez iba a ser ella la que le iba a dar la espalda a Maik.

Katia volvía a estar delante del escaparate de la tienda de ropa infantil, donde meses antes se había detenido sin tener a dónde ir y sin saber qué hacer. Ahora, sin embargo, su vida era muy, pero que muy diferente a la de entonces. Llevaba en su bolso la imagen de la ecografía que le acababan de hacer de su hijo. Era un niño. Se lo acababan de confirmar.

Con una emoción desmedida, volvió a sacar la foto en 4D para recrearse de nuevo admirando su dulce carita. Durante la ecografía, Katia se había reído enternecida al ver a su bebé abriendo y cerrando su mini boquita.

Había decidido que le llamaría Leo. Ese nombre siempre le había gustado. Quería que su hijo creciera fuerte como un león, rodeado por el amor de su familia. Se quedó unos minutos regocijándose encantada de su naricita respingona antes de volver a guardar la copia en su bolso y entrar a la tienda.

Al salir de su cita con el ginecólogo, había llamado a la tía Elke para saber cómo se encontraba aquella mañana. Ya habían pasado tres días desde que le habían dado el alta médica, pero la anciana seguía manteniendo reposo en su casa. Se había hecho una brecha muy grande en la frente, pero sin embargo el médico le aseguró que no tardaría en curarse. Eso era un alivio.

Katy quiso saber si necesitaba que le llevara algo de la ciudad y, al ver que la tía de Érick negaba en rotundo, ella le había comentado que tenía ganas de entrar a esa conocida tienda de niños antes de volver a casa.

—No está bien que compres nada todavía. Es muy pronto.

—Pero Elke, el tiempo pasa volando y me gustaría estar preparada para cuando nazca mi bebé.

—¡Paparruchas! Es demasiado pronto. La gente de la ciudad siempre lo quiere tener todo ya.

Todo lo quieren. Todo. ¡Si ni se te nota todavía que estás preñada!

Katia le sorprendió el tono enojado, casi violento con el que la señora Sappel se dirigía a ella. Se miró su abultada barriga y le pareció que cada día estaba más grande.

—Solo quiero ver lo que hay, para estar preparada. No te preocupes, Elke. Es mejor que descanses. —Le contestó en tono conciliador para no seguir ofuscándola y se despidió.

Decidió, entonces, que le iba a hacer caso a la tía y no se iba a precipitar haciendo compras sin pensar si era necesario o no. Sin embargo, la curiosidad hizo que entrara en la tienda con una gran emoción contenida.

Lo primero que le llamó la atención fue un triciclo con forma de tractor y sonrió al imaginarse en el futuro a su hijo Leo persiguiendo con él a Nico y haciéndole la competencia a Érick con sus tractores.

Se le ocurrió que también le compraría a Nico para Navidad uno de los tractores más grandes, con remolque incorporado. Miró el precio y no tuvo que hacer cuentas. El laberinto había resultado ser un negocio muy rentable. Más de lo que ella hubiera imaginado en su vida.

Érick y ella no paraban de tener nuevas ideas y de hacer planes para mejorar su funcionamiento y hacerlo cada vez más bonito. La última adquisición había sido una caseta antigua que un colega de Érick ya no necesitaba y que serviría para guardar las herramientas que necesitaban en la zona más alejada a la entrada, cerca de los campos de lavanda. Katia ya había visto fotos y se había imaginado pintando sus paredes de madera de un vivo color vino. Después colgaría unas macetas de geranios blancos debajo de sus coquetas ventanas y, del techo, un móvil de campanitas que sonaran con alegría cuando el viento soplara.

Suspiró embelesada al ver unos preciosos escarpines azules hechos de lana. Los tomó en su mano y le agradó mucho la suavidad de su tacto. Aunque solo había entrado a mirar y hacerse una idea de todo lo que iba a necesitar más adelante, decidió llevárselos ya. Ese iba a ser su primer regalo para su hijo. Con ellos, Leo nunca pasaría frío en los pies.

La sonrisa se le hizo aún más grande al recordar los diminutos piecitos de su pequeño moviéndose sin parar durante todo el tiempo que duró la prueba de ultrasonido. Su bebé enterito era muy, muy lindo. Por las noches le notaba dando patadas dentro de su barriga, pero aún debía de esperar más de dos meses para tenerle entre sus brazos. Y a Katia le costaba aguantarse las ganas de que llegara ese día.

Al salir de la tienda se topó con una señora que llevaba un recién nacido en un fular atado a su cuerpo. Katia la siguió con la mirada y le pareció una gran idea tener un portabebés así para pasear con Leo o para llevarle a trabajar cuando tuviera que hacer de guía en el laberinto. Claro que todavía tendría que ver si a su hijo le gustaba la idea, aunque después de haber visto al bebé de aquella mujer dormir acurrucado a su madre con placidez, estaba segura de que tanto a ella como a Leo les iba a encantar.

Estaba contenta. La verdad es que estaba rebosante de felicidad. Y no solo porque le habían dicho que su bebé estaba bien y lo había podido ver, ni porque Elke estuviera recuperándose del susto, aunque tuviera un humor de perros. Era feliz porque Nico la había abrazado el día anterior, le había dado un beso jugoso en la mejilla y le había dicho que la quería. Así, sin más. De corazón. Y ella le había correspondido con otro abrazo enorme mientras le decía lo mucho que ella también le quería.

Para redondear su dicha solo le faltaba que Érick también le confesara su amor. Tal vez podía Katia intentar animarle, de alguna manera... Pero, salvo declararse ella primero, no se le ocurría ninguna idea.

Una vez más, se dijo que era mejor no forzar la situación y aceptar que debía de esperar con

paciencia a que llegase ese momento tan anhelado. No le quedaba otra.

CAPITULO 16

Comenzó a llover a cántaros antes del mediodía. Katia tuvo que cancelar las visitas al laberinto para esa tarde, pues el parte meteorológico auguraba precipitaciones continuas, de moderada intensidad, para el resto del día.

En las tierras no se podía hacer nada hasta que no dejara de llover, así que Érick se ocupó de guardar las gallinas y de atender la tienda el resto de la tarde para que sus trabajadores tomaran un descanso. De todas formas, a falta de clientes, tendría que cerrar antes.

Algo había de relajante y meditativo en la monotonía del sonido de la lluvia al estrellarse sobre los cristales.

Katia y Nico habían estado dibujando con creyones y lápices gruesos toda la tarde mientras escuchaban un CD de cuentos infantiles que Edu les había recomendado para practicar con onomatopeyas las sílabas que al niño le resultaban más complicadas.

“La moto de Bruno hizo ¡brrrum, brrrum! Repite conmigo: ¡Brrrum, brrrum!”

—Buum, buum

—Nico, así; Brrr, brrr

—Bddd, bddd

—Casi... la lengua se mueve así.

Katy detuvo la grabación y le explicó la forma de colocar la lengua, tal y como el logopeda les había enseñado.

—BRRRMMM, BRRRMMM... ¡Mi tractor suena más fuerte!

—¡Papááá!

Érick acababa de llegar. Había dejado la chaqueta impermeable empapada y las botas de goma en la entrada para recibir el cálido abrazo de su hijo. Últimamente, Nico estaba muy cariñoso con todos. Cuando Katia iba a recogerle al jardín de infancia, daba un brinco de alegría, abría sus brazos y corría con ilusión a abrazarla.

¡Qué bonito era verle así! Y pensar que cuando Katia le conoció andaba cabizbajo y encogido por todas partes... Tal vez ya empezaba a superar la pérdida de su madre, se imaginaba Katy esperanzada.

A su psicóloga, por lo pronto, no le parecía que estuviera avanzando por ese terreno en absoluto. Sin embargo, notaba progresos en todos los demás campos de trabajo y eso la hacía pensar que, tarde o temprano, también conseguiría que el niño desbloqueara el recuerdo amargo que tenía de la desaparición de su madre de su vida. Solo tenían que tener paciencia.

Y la tenían. Tanto ella, como Érick y Elke estaban dispuestos a tener toda la paciencia que fuera necesaria para ayudar a Nico. Él era un niño tan tierno y bondadoso que se merecía eso y mucho más. Por su parte, él también se daba cuenta de que tenía todo el apoyo de su familia porque se lo demostraban de todas las formas posibles, pero sobre todo, con cariño y atención.

Érick se sentó a la mesa, junto a su hijo, para observar sus dibujos. El niño todavía hacía rayones sin forma sobre el papel queriendo, sin embargo, representar un animal o alguna cosa.

—¿Qué es esto, Nico? ¿El cielo?

—¡Nooo! S'n lago, papá. ¿No ves los patos?

—¡Ah, sí! ¿Y esto? ¿Es una nube sobre el agua?

Nico se rió con alborozo. —Nooo. Eso no s 'na nube. Es buuma.

—¡Oh! ¿Bruma? —le repitió su padre, con cara de sorpresa.

De repente, escucharon que el chubasco había crecido en intensidad. Parecía que el temporal arreciaba.

Érick se asomó a la ventana con preocupación.

—¡Cómo llueve! ¡No para!

—Al menos, no hay mucho viento —, repuso Katia escudriñando el movimiento de las copas de los árboles por otra de las ventanas que daban al jardín trasero.

Érick volvió a sentarse, algo disgustado.

—Si sigue diluviando así de fuerte no nos va a servir de nada. Las tierras se van a inundar y no les va a dar tiempo a absorber el agua. Toda va a ir a parar en una escorrentía directa a los ríos y, de ahí, al mar.

Dicho esto, se levantó gruñendo algo incomprensible y se fue a su despacho.

Nico se había quedado mirando hacia la puerta por donde había desaparecido su padre con grandes ojos. Por eso, Katia se acercó a él y le dio un pequeño abrazo.

—No te preocupes, cariño. A llovido tanto que estoy segura de que va a quedar agua suficiente en todos los depósitos y embalses. ¡Vas a ver!

A Nico se le había formado una arruguita en la frente, muy cómica a su edad tan temprana.

—¿Se van a lleva' a los díos hasta el mar?

—No... Eso no es así.

Sus pequeños labios temblaron. —Pero, papá dijo...

—Nico, tranquilízate. No va a pasar nada. Los ríos llevan el agua hasta el mar. Eso siempre es así. No va a cambiar nada porque lleven más o menos agua, ¿me entiendes? Ellos van a seguir fluyendo, llevando nuestros barquitos a pasear. Te lo prometo.

Parecía que había quedado conforme, porque volvió a sacar las ceras de su cajita para dibujar, con gran vehemencia, unas largas rayas azules que terminaban en espiral en el centro del papel.

A las seis de la tarde empezaron a hacer la cena. Era raro que la tía Elke no estuviera allí con ellos, pero había llamado a su sobrino para decirle que tenía una visita y que cenaría en su casa.

Ninguno de ellos tenía demasiado apetito, así que se hicieron una ensalada sencilla con un sandwich de queso y tomate. Después, fueron a ver un rato la tele al salón, mientras Nico jugaba con sus trenes.

Érick quería ver las noticias del tiempo de la región. Katia sabía que debía de estar muy preocupado por sus cultivos. Si la lluvia extrema anegaba sus tierras, podría ser una catástrofe para su producción.

Para descanso de todos, la lluvia fue remitiendo poco a poco hasta convertirse en una ligera llovizna.

Iban a ser las ocho cuando sonó el timbre de la puerta.

Érick y Nico practicaban juntos con los pictogramas de la aplicación de aprendizaje, así que ella se puso en pie para ver quién había venido a visitarles a esas horas.

Al abrir la puerta, Katy se encontró con dos personas. Una era la tía Elke, que la miraba de arriba a abajo con desprecio, a dos metros de la entrada. Delante de ella había una mujer o, mejor dicho, un fantasma, que la miraba fijamente con sus ojos de hielo.

—¿Está Érick?

No hacía falta que le dijera quién era ella ni para qué quería ver a Érick. Katia la había reconocido nada más verla. De cuerpo presente era aún más guapa que en fotos, aunque seguía pareciéndole demasiado delgada, demasiado inalcanzable tras su pose displicente.

Katia empezó a recuperarse del primer shock. La mujer de Érick no estaba muerta. No estaba vagando en el sótano de aquella casa, sino que estaba vivita y coleando frente a ella. Desde detrás, Elke las observaba con resquemor. Katia no entendía por qué la anciana se comportaba de esa manera.

Escuchó un ruido a su espalda y supo que no tenía que ir a llamar a Érick.

—¿Qué haces aquí?

Su voz irritada retumbó como un trueno en el recibidor. Sin embargo, no fue eso lo que estremeció a Katia, sino el cambio de gesto en el rostro cadavérico de esa mujer cuando, de pronto, inclinó la cabeza y sonrió con una mueca extraña que parecía querer demostrar dulzura.

—¡Hola! —dijo con suavidad.

Katia miró tras ella y se dio cuenta de que Nico observaba a su madre asustado, medio escondido detrás de las piernas de su padre. A él iba dirigido el saludo. Y, sin embargo, su reacción no era la que podría esperarse de un niño que no había visto a su madre en mucho tiempo.

En lugar de saltar a sus brazos, Nico se dio la vuelta y salió corriendo al interior de la casa. Katia no le culpaba. Esa no le parecía la forma de aparecer después de tanto tiempo sin que se supiera nada de ella.

Si algo sabía Katia era que la madre de Nico nunca había hecho acto de presencia de ninguna forma en todo el tiempo que ella había estado en esa casa. ¿Por qué había desaparecido? ¿Por qué no había llamado a su hijo? ¿Por qué estaba ahí?

—Yo soy Eleonora.

La madre de Nico se había vuelto a enderezar para mirar a Katia de forma altiva.

Katy se había quedado sin habla.

—¿Qué quieres, Nora? —Intervino Érick.

No parecía feliz por la aparición de su mujer. El tono de hastío en su voz le delataba. Katia no quería ni mirarle. De alguna manera, se sentía traicionada. ¿Por qué nunca le había hablado de Eleonora? Claro que él no podía saber que Katy la daba por muerta, pero aún así, su silencio le parecía una enorme falta de confianza.

—¿No me vas a dejar entrar?

No obtuvo contestación. Katia se sentía muy incómoda. No sabía qué hacer. Se sentía decepcionada, disgustada y fuera de lugar.

La tía Elke se entrometió, entonces. —Déjanos entrar para hablar, Érick. Aquí nos estamos mojando.

A regañadientes, él les indicó que podían pasar. Katia esperó a que entraran para cerrar la puerta. Las vio colgar los anoraks que llevaban puestos y observó cómo la tía tomaba por el brazo a Eleonora para acercarla a Érick con decisión.

—Nora tiene mucho que decirte, sobrino. Escúchala. Solo te pido eso.

—Tía sería mejor que no te metieras en nuestros asuntos.

—¡Escúchala! Seré una vieja, pero sé mucho de la vida. Dale una oportunidad a tu mujer... por Nico.

Katia estaba atrapada en el recibidor, escuchándolo todo. Vio a Érick dudar. Parecía enfadado. Al fin, decidió hacer caso a su tía y se dirigió a su despacho seguido de cerca por Eleonora.

Cuando cerraron la puerta, Katy se atrevió a moverse. Tomó aire y quiso irse a su dormitorio,

pero Elke se interpuso en su camino.

—No sé qué jueguitos te llevas entre manos, pero Nora es la madre de Nico y es la esposa de Érick. Ella tiene derecho a recuperar a su familia. Será mejor que no te sigas metiendo en medio.

Su amenaza era un ronco cuchicheo taimado, que le puso los pelos de punta a Katia.

—Yo no sabía que la madre de Nico seguía viva... — Quiso defenderse ella de forma apresurada.

La torva mirada de la anciana la ponía muy nerviosa. La situación le parecía como la de una novela de terror, donde la abuelita resultaba ser el personaje malvado.

—¡Ah, no! ¡Claro que no! Esa es la típica excusa de las lagartas de ciudad. ¡Yo no sabía! ¡Yo no sabía! —la arremedó con malicia, ratificando lo que Katia había estado pensando.

—No sé por qué te pones así, Elke. Sabes que puedes hablar conmigo sin necesidad de insultarme.

—Pobre desgraciada... Creías que te ibas a salir con la tuya, ¿verdad? Aquí, la única amenaza para esta familia eres tú, que viniste con tu bombo haciéndote “la buena” para quedarte con todo lo que le pertenece a Nora. Esta es su casa, no la tuya. ¡Que te quede claro!

—Pero... pero... ¿qué pretendes que haga? —Katia no se podía creer lo que estaba pasando.

—¡Que alejes tus sucias garras de mi sobrino y de su hijo! ¿Entiendes?

Los surcos que la anciana tenía alrededor de los ojos y sobre la nariz se profundizaron hasta convertirse en una masa de arrugas, que le transformaron su habitual expresión afable en un extraño semblante amorfo lleno de maldad.

Entendió que Elke nunca había querido que ella se quedara en la casa y había aceptado la decisión de Érick de tenerla allí, de mala gana. Ahora comprendía sus ademanes de desdén, que Katy había confundido con la peculiar forma de ser arisca de alguna gente del campo, o sus breves comentarios desdeñosos, que los arreglaba con una sonrisa falsa.

En realidad, Elke había estado actuando con hipocresía desde que la aceptó en la casa y, ahora, le estaba enseñando al fin su verdadera cara.

Katia se había quedado otra vez sin palabras. No se esperaba lo que le estaba pasando. Había estado creyendo que la tía de Érick era una persona de fiar. En cambio, era justo lo contrario. Elke la consideraba su enemiga.

—Ya sabes lo que hay, Katia... Es mejor que hagas tus maletas.

La vio irse pavoneándose triunfal hasta desaparecer en la cocina. Katy se quedó inmóvil en el mismo lugar, tocada por el latigazo del descubrimiento de la auténtica verdad que le había sido hasta entonces ocultada.

No sabía qué hacer ni que pensar. Al mismo tiempo, se sentía vibrar por dentro de confusión, de desengaño y de miedo, un miedo terrorífico a perder todo lo que había conseguido, pero sobre todo el amor de Érick y de Nico.

Tenía suficiente dinero como para no volver a quedarse de nuevo en la calle. Érick le había ingresado en su cuenta una suma bastante alta por las hierbas que había vendido en la tienda y por la participación en las entradas al laberinto. Por ese lado, descansó. Pero... ¿dónde iría con su barriga? Ya no podía cargar grandes pesos ni aguantaba largo tiempo de pie.

Por un instante, se preocupó al pensar que su hijo pudiera ya sentir lo que estaba pasando, pero desechó la idea de inmediato. No creía que con veintisiete semanas de embarazo, un bebé pudiera enterarse de nada de lo que pasaba en el exterior.

Tomó aire para tranquilizarse y pensar con más claridad. Por si acaso, acarició con cariño la curva redondeada de su barriga donde dormía Leo, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo, o eso esperaba.

De pronto, oyó la voz quejumbrosa de Eleonora tras la puerta cerrada del despacho.

—¡No sabes cuánto lo siento, mi amor! —gimió ella, lloriqueando.

Al escucharla, a Katia se le hizo un doloroso nudo en la garganta. Le había dicho: “Mi amor”...

Esas palabras sonaron como un eco en su cabeza. Eran justo las que ella nunca se había atrevido a pronunciar. Katia solo quería irse a encerrar a su habitación.

Sin embargo, cuando puso el pie en el primer escalón reparó en que Nico no estaba por ninguna parte.

Tampoco oía que Elke hablara con él, cosa que hubiera hecho con toda seguridad si Nico hubiera estado cerca de ella, así que se dirigió al salón.

El niño no estaba jugando con sus trenes ni sentado en el sillón bajo su manta, como hacía cuando algo le asustaba. La puerta corrediza que daba al jardín estaba entreabierta, así que se asomó para llamarle. Nadie contestó.

Todavía lloviznaba así que supuso que Nico no habría querido salir fuera a mojarse. Entró en la cocina y vio que Elke estaba preparando un par de tazas de café acompañadas de galletas con chispas de chocolate, de las que habían horneado Nico y Katia el día anterior.

Katy no le dijo nada. Asomó su cabeza para ver si veía al niño sentado en la mesa del comedor, pero no le vio. Sin decirle nada a la tía, inspeccionó el baño, subió al piso de arriba y revisó todas las habitaciones, incluidos los armarios y bajo las camas. Nada. Nico no estaba en la casa.

Volvió a bajar y se puso su bolso en bandolera y su chaqueta impermeable encima para salir a buscarle. ¿Quién sabe dónde habría ido?

Lo primero que hizo fue dirigirse al jardín porque le ocurrió que, tal vez, Nico había subido a la casita del árbol. Ver a su madre sin previo aviso le debía de haber desconcertado, meditó Katy mientras subía las escaleras del árbol.

Ya empezaba a anochecer, por eso se había llevado consigo también una linterna potente. Iluminó todas las esquinas de la casita, pero no le encontró. Volvió a bajar con cuidado de no resbalarse, pero cuando pensaba ir hacia el laberinto, se dio cuenta de que había unas huellas recientes en el barro que iban en otra dirección. Estaba segura de que eran de Nico y, lo peor, es que iba descalzo.

Katy apretó los labios y miró con preocupación hacia la lejanía. El niño había salido apresurado, vestido tal y como estaba en casa. En camiseta y pantalón corto y sin su anorak. Si no le encontraba pronto para meterle en la ducha y darle una infusión calentita, Nico pillaría un buen resfriado.

Empezó a seguir las huellas y pronto se dio cuenta de hacia dónde había ido su niño querido. Lo más rápido que pudo, llegó hasta la zona del arroyo donde a ellos les gustaba ir a jugar, pero al llegar, quedó horrorizada.

El riachuelo se había desbordado y venía con muchísima agua.

—¡Oh, Dios mío!

Dexter estaba junto a la orilla, dando vueltas sobre sí mismo y mirando hacia la copa de un árbol con actitud desesperada. Cuando la vio llegar, el perro se lanzó a por ella para guiarla hacia ese mismo lugar.

Katia le siguió. Levantó la mirada y le vio.

Nico se había encaramado a la rama de un árbol.

“¿Cómo había llegado allí?” Se imaginó que habría venido para comprobar lo que habían hablado y que su riachuelo seguía estando ahí. Al ver cómo había crecido el nivel del agua, el

niño se habría asustado.

—¡Cariño, soy yo! ¡Estoy aquí!

—¿Kat?

—Sí, soy yo. Voy a ayudarte a bajar, ¿quieres?

No obtuvo respuesta.

El nivel del arroyo no paraba de subir. Bajo el árbol, el agua le llegaba a Katia a los tobillos y se tuvo que agarrar al tronco para no desestabilizarse.

—¡Baja, date prisa! Este sitio es peligroso, Nico.

El niño no le contestó.

Ella le enfocó con la linterna. Su carita estaba sucia y su ropa mojada. La miraba asustado.

—No tengas miedo. Si pones un pie aquí y el otro acá, puedes bajar bien. Yo te sujeto para que no te caigas.

Nico escondió la cara bajo su brazo.

La fuerza del agua era cada vez mayor. Pronto le llegó a Katia a las rodillas. Tenía que informar a Érick para que viniera de inmediato.

—Tranquilo, Nico. Voy a llamar a tu padre para que venga a ayudarnos.

Movió una pierna para volver a la orilla con cuidado, pero al soltarse del tronco una tromba de agua que se precipitaba a toda velocidad, hizo que se resbalara y que perdiera el equilibrio.

Lo último que escuchó fue el alarmado ladrido de Dexter.

La corriente la tragó, sin que ella pudiera asirse a nada. La revolcó con ferocidad hasta el lecho del río y luego la arrastró con violencia hacia una zona más profunda, donde ella no podía dar pie. Piedras, troncos y otros sedimentos la envolvieron y la golpearon hasta que terminó por enredarse con unas ramas, que no la dejaban volver a la superficie.

Katia se revolvía desesperada. Le faltaba el aire y había perdido la orientación. Al fin, logró quitarse el calzado y dejó de pelear contra la corriente. Cuando consiguió salir a flote, no lo creía. Por unos instantes eternos, había creído que moriría de esa manera, ahogada en aquella riada imposible de prever.

Respiró con dificultad, intentando mantener su cabeza fuera del agua mientras la corriente desbocada seguía arrastrándola. En medio de su desesperación, logró ver la raíz de un árbol que sobresalía y se agarró a ella con todas sus fuerzas.

Iba a ser difícil salir de ahí por su cuenta. Intentó avanzar para cobijarse entre las raíces frente al envite de todas las cosas que arrastraba el agua consigo, pero le resultaba casi imposible moverse. La fuerza de la corriente era tal, que si solo se soltaba un poco de aquella raíz, volvería a arrastrarla consigo.

Sus brazos temblaban de cansancio, de miedo, de frío y por toda la tensión nerviosa que estaba soportando. Aún así, milímetro a milímetro consiguió hacer unos pequeños avances hasta que sus pies dieron con otras raíces y así pudo llegar a refugiarse mejor.

Aún no las tenía todas consigo. Si el nivel del agua seguía subiendo, Katia sabía que ella ya no tendría fuerzas para poder aguantar. Estaba completamente agarrotada, aferrada a las raíces de aquel árbol, y no veía la forma ni tenía la fortaleza necesaria para llegar hasta el borde superior del hondo cauce que se había formado.

—¡Nico! —gritó lo más alto que pudo —¡No te muevas! ¡Quédate donde estás!

No sabía si el niño podía escucharla. El ruido del agua turbia y embravecida era estruendoso y ni siquiera sabía dónde había ido a parar ella misma.

Empezó a llorar de forma descontrolada. No sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar sujetándose a esas raíces y temía por su vida y la de su hijo.

De pronto, escuchó ladrar a Dexter.

—¡Aquí! ¡Aquí!—voceó con la poca energía que le quedaba.

Unos minutos pasaron, multiplicados por diez en la imaginación angustiada de Katia.

Dexter fue el primero que la descubrió. Detrás apareció Érick alumbrándola con la linterna.

—¡Oh, no! ¡Kat! Acabo de llamar a los bomberos. ¡Aguanta!

Katia asintió llorando.

—¡Nico está subido a un árbol! Pero no podemos bajarlo. El arroyo está desbordado.

No le decía nada que ella ya no supiera. Temblaba de arriba a abajo, intentando mantenerse agarrada.

—¡Aguanta, Kat! Voy a ver si ya vienen, oigo sirenas.

La dejó sola de nuevo. Dexter ladró y empezó a correr de un lado a otro mirando hacia el nuevo cauce, como buscando un lugar seguro para meterse en el agua.

—Dexter quédate ahí, cariño. ¡No vengas! ¡Quieto!

Más lágrimas le rodaron por las mejillas. Se sentía conmovida por ver que Dexter quería salvarle la vida, pero ella sabía que la corriente salvaje era mucho más fuerte que su precioso perro.

CAPÍTULO 17

Los bomberos consiguieron sacarles y vinieron dos ambulancias medicalizadas para trasladarles a diferentes clínicas. A Nico, le llevaron al hospital infantil y a ella, a la clínica más cercana.

Érick acompañó a su hijo en la ambulancia y Eleonora les siguió en su automóvil, acompañada por Elke.

Katia dio gracias al cielo porque Nico y ella habían conseguido salir de ahí. Le dolía todo el cuerpo. Se sentía helada, débil y terminó por perder el conocimiento en la ambulancia.

Se despertó en la cama de un hospital. Era de día. El sol iluminaba el blanco resplandeciente de las paredes de la habitación hasta el punto de deslumbrar los pesados ojos de Katia.

Escuchó el sonido monótono de unos monitores, que pitaban a su lado.

Se quejó del dolor cuando intentó moverse, y de repente, se acordó de Leo. Se llevó la mano a la barriga y notó que le habían puesto un aparato para medir la frecuencia del corazón de su bebé.

Sonrió más tranquila. Leo estaba bien.

De improviso, se abrió la puerta de la habitación y un hombre entró con timidez.

Al principio no le reconoció. Estaba más delgado. Más serio. Sonrió cuando vio que ella le estaba observando incrédula, se acercó y se sentó en una silla a su lado.

—Hola —La saludó con su cálida voz.

Ella no le contestó. El rencor, cual veneno ponzoñoso, le invadió la razón por completo. La había dejado abandonada. ¡Sola! No quería ni verlo. Quería que se diera la vuelta y que desapareciera tras la puerta para no volver a ver su cara de cerdo nunca jamás.

—¿Cómo estás?

Maik lucía una sonrisa cohibida. La miraba con el mismo cariño que lo hacía al principio de su relación. Sin embargo, Katia ya sabía de primera mano, de qué calaña estaba él hecho.

—¿Por qué estás aquí?

No conseguía comprender cómo había conseguido encontrarla y, mucho menos, por qué había venido a estar con ella.

Él levantó sus cejas con sorpresa. —Me llamaron anoche de Urgencias. Parece ser que encontraron entre tus cosas un papel con mi número de teléfono de contacto, en el caso de que te ocurriera algo.

Se sobó el cuello y Katia se dio cuenta de que estaba cansado.

—¿Has pasado la noche aquí?

Él asintió.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros. —Porque me necesitabas. Estabas inconsciente y había que rellenar muchos papeles para tu ingreso... y porque quería estar aquí, contigo. No quería que estuvieras sola.

Deseaba decirle que ella no estaba sola. Que Érick estaba con Nico en el hospital y que, en

cuanto salieran de ahí, volverían a estar juntos para siempre... pero sabía que mentiría.

Eleonora había vuelto y quería volver a ocupar el lugar que le pertenecía. Katia sobraba ya en esa casa.

Cerró los ojos para que Maik no se diera cuenta de lo apesadumbrada que ella se sentía.

—¿Y Debby?

—Ya no estamos juntos... Ella no era como yo creía. Yo... te echaba de menos —le confesó con voz casi inaudible.

A Katy, en cambio, le sonó como un estallido en su cabeza. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo se atrevía a venir a jugar con ella de esa manera? No... Ni hablar. Ella no pensaba dejarle.

Notó que él le rozaba la mano y ella la apartó.

—Estás embarazada... De seis meses y medio. Eso me dijeron los doctores.

—¿Por qué te estás metiendo donde nadie te llama? —le contestó ella, irritada.

—Porque me interesa... Sé hacer cuentas. Es mío, ¿verdad, Katy?

Katia se llevó las manos a la barriga. Quería proteger a su bebé, pero también comprendía que no debía ocultarle a Leo quién era su padre biológico. Sería muy injusto para su hijo. Si le amaba, debía aceptar que su padre también formaba parte de él.

Asintió de forma casi imperceptible.

—Te lo iba a contar... Era mi regalo de bodas— balbuceó como pudo y rompió en llanto desconsolado.

Al escucharla, Maik se estremeció. Apoyó sus codos en la cama de ella y se tapó la cara. Su cuerpo vibraba y cuando retiró las manos, la miró con los ojos húmedos.

—Lo siento mucho, Katy. Yo quería hablarlo contigo, pero Debby se empeñó en que así sería mejor, para que pasaras página y te olvidaras de lo nuestro.

—Pero, Maik... me dejaste en la calle... Te llevaste todo y desapareciste sin dejar rastro. No le echas la culpa a Debby. Tú eras mi prometido y te comportaste como un cobarde. ¿Qué quieres ahora de mí?

—Ahora lo voy a hacer bien. Te lo prometo, Katy.

Ya sabía que las promesas de su ex “prometido” no valían nada, pero decidió callarse. No quería empezar ninguna discusión. Cada movimiento que hacía era muy doloroso.

Por suerte, les interrumpió la visita del doctor que se ocupaba de su caso. Era un médico joven, bastante serio, que no ocultaba su preocupación. Le informó que habían conseguido estabilizar su embarazo, pero se encontraba todavía en estado crítico. Debía de permanecer en reposo, conectada a las máquinas todo el tiempo que fuera posible.

Tan rápido como vino se fue, después de recomendar a la enfermera que le administrara a Katia un analgésico contra los dolores.

Maik y ella se quedaron solos y en silencio, cada uno en sus propios pensamientos. Una enorme preocupación por su bebé se había apoderado de ella y le costaba incluso respirar, de lo asustada que estaba.

—Todo va a salir bien, Katy.

Ella no contestó. No quería ni mirarle.

Fuera, tras la terrible tormenta del día anterior, el cielo se presentaba limpio y del azul más intenso y penetrante que ella había visto en toda su vida.

—Katy, escúchame, por favor.

Ella no se movió. No le interesaba nada que viniera de ese hombre. Solo deseaba que se fuera y que la dejara en paz.

—Mírame, te lo suplico.

A pesar de que no le apetecía nada, hizo lo que él le pedía. Qué más daba si le miraba o no. Entre ellos no iba a cambiar nada. Sin embargo, en el fondo, quería saber hasta dónde iba a llegar su ex novio, mendigándole a esas alturas su amor.

—Cuando salgas de aquí, me gustaría que vinieras a vivir conmigo. Así podría cuidarte. A ti y a nuestro hijo.

Katia le sonrió con melancolía. Sin embargo, por dentro, estaba a punto de explotar. No le cabía en la cabeza que, después de lo que le había hecho, Maik se atreviera a venir a proponerle repetir la misma mala jugada y convertir su vida en una espiral de desgracias.

Empezaron a temblarle los labios de pura rabia y desesperación. No quería hablar y, mucho menos, escucharle. Su mala suerte había vuelto con él... con Maik.

De repente, se dio cuenta de que alguien había entrado y se había quedado esperando junto a la puerta.

Volvió la cabeza y se encontró con la mirada apagada de Érick. Katia le miró de arriba a abajo y lo que vio, hizo que ella se estremeciera.

El “tío bueno de las manzanas” tenía un aspecto terrible. La ropa que llevaba estaba sucia de barro. Su pelo, siempre bien peinado, estaba tan desgredado como el nido abandonado de un pájaro. Su rostro, además, parecía avejentado, con unas ojeras oscurísimas bajo sus preciosos ojos, ahora inexpresivos.

Ella quiso incorporarse, pero no consiguió moverse ni un par de centímetros porque su barriga se endureció provocándole fuertes dolores.

—¡No te muevas!

Maik la ayudó a recostarse de nuevo sobre la almohada.

Érick se había quedado de piedra, observándoles con total seriedad y sin saber qué hacer. Detrás de él apareció Eleonora.

—Ven. —Katia levantó su mano para que Érick se acercara a su lado.

Él reaccionó, por fin, pero solo dio un par de pasos hasta los pies de la cama de ella. Se notaba que se sentía incómodo. Katia se preguntó, con desasosiego, si Érick se comportaba de esa forma tan distante con ella por lo que habría escuchado entre Maik y ella.

Él aclaró su garganta y la miró preocupado. —¿Cómo estás?

Habló con ella con el mismo tono de voz forzado, que usaba para las personas poco conocidas con las que estaba obligado a tratar. Que no mirara a Maik de ninguna manera, le hacía pensar a Katia, que tal vez Érick podría estar celoso.

—Bien. —Balcució ella con esfuerzo —. ¿Y Nico?

—Está mejor, gracias a Dios. Le dio hipotermia...

De pronto, Eleonora dio unos pasos al frente para ponerse al lado de su esposo.

—¿Cómo se le ocurrió llevarle al río? ¡Con todo lo que había llovido! —le espetó ella sin ocultar su rencor.

Katia abrió los ojos de forma desmesurada. La forma de comportarse de Érick le delataba. ¡La estaban culpando de poner a Nico en peligro!

—Yo... —tragó saliva con dificultad. Le dolía la garganta, tal vez de tanto gritar la noche anterior pidiendo ayuda —. Yo le encontré ahí.

—Sí... ya. — Eleonora no parecía querer creerla —. De no ser porque Dexter vino a avisarnos, nuestro hijo hubiera muerto.

La mujer de Érick sollozó y ocultó su rostro sobre el fuerte pecho de su marido. Se notaba que había estado llorando. La tensión en el aire era palpable.

—Yo fui a buscarle y le encontré subido a un árbol. Te juro que yo no le llevé ahí, Érick.

Le vio apretar los labios con disgusto y le pasó el brazo por encima a Eleonora para consolarla. Katia sintió que los celos se le clavaban en el pecho y le quitaban la respiración.

—Es mejor que nos vayamos. Katia... por la tarde vengo a visitarte, ¿vale?

La había llamado Katia y ella creyó morir de impotencia.

Hacía mucho tiempo que no veía la severidad en los labios de su amado. Asintió sin poder siquiera emitir un solo sonido. De pronto, la tristeza, los celos y la decepción se vinieron sobre ella como un vendaval uniéndose al dolor que le recorría todo su cuerpo y a la preocupación que sentía por su bebé.

Al menos, Nico estaba fuera de peligro. Decidió concentrarse en esa buena noticia mientras veía como Erick se marchaba con el brazo sobre los hombros de otra mujer... su mujer.

Maik observaba todo sin decir ni una palabra. Si él no hubiera estado ahí sentado, Katia se hubiera roto en mil pedazos... y, en realidad, eso era lo que ella quería. Llorar, desahogar su profunda tristeza, lamerse sus heridas ella sola.

—Si no me necesitas, voy a casa a cambiarme —susurró su ex novio con suavidad y se puso en pie mirándola con cariño, como si entendiera por lo que estaba pasando.

Había olvidado lo empático que era Maik... aunque a última hora, justo en su no-boda, le había fallado esa bonita característica de su personalidad de manera ostentosa.

Justo antes de abrir la puerta, se la quedó mirando durante unos segundos de forma comprensiva, puede que hasta suplicante, le pareció a ella.

—Piensa en lo que te he dicho, Katy.

Una lágrima rodó por su mejilla en cuanto se quedó sola. No sabía cómo había conseguido aguantarla el tiempo suficiente como para no llorar delante de Maik. Se sentía hundida y, lo peor, es que no tenía a nadie a quién acudir. En los últimos meses había hecho el tonto, haciendo imposibles castillos en el aire. Era una auténtica ilusa.

No sabía por qué ni en qué momento había dado por hecho que la madre de Nico, la mujer de Erick, había muerto. ¿Se lo habría inventado ella misma?

Él nunca le había hablado de ella. Eso sí que lo tenía claro. Si Erick le hubiera comentado algo de su mujer, de cualquier forma, ella le hubiera escuchado con atención.

Sin embargo, muchas veces había pensado en lo raro que era que él no nombrara a su mujer fallecida para nada y, a pesar de que Katia sentía curiosidad por saber cómo había sido la madre de Nico y cuál había sido la causa de la muerte, nunca se atrevió a preguntar nada. Por respeto.

Todavía seguía sin poder creer que Eleonora estuviera viva y que, en todo ese tiempo, no se hubiera puesto en contacto con su hijo... ¡Con lo mal que estaba cuando Katia llegó! Según la psicóloga, el niño sufría por la ausencia de su madre. ¿Qué clase de mamá es capaz de abandonar a su hijo en ese estado?

Acarició su barriga mientras ahogaba un sollozo tras otro.

De alguna manera, empezó a comprender que Erick no le hablara de su mujer. Tal vez estaba resentido porque Eleonora les había abandonado, sin más. ¿O tal vez decidieron separarse de mutuo acuerdo?

Katia no tenía ni idea. Lo único que ella tenía delante de los ojos, grabado a fuego, era la imagen del amor de su vida consolando a su mujer reaparecida.

¿Y si aún él seguía enamorado de Nora? Lloró en silencio, pero con una tristeza y una desesperación tan grandes como si estuviera cayendo en el agujero negro de la melancolía.

Se limpió las mejillas con la mano que no estaba conectada al gotero de suero. No le gustaba cómo Erick la había mirado. Sin rastro de cariño. Él lo era todo para ella, pero con su comportamiento distante, casi hostil, le había demostrado que él no sentía lo mismo por ella. Y

eso le dolía en el alma.

Maik, en cambio, se había disculpado con ella y hasta la había tratado con afecto. Sin embargo, Katia sentía tanto rencor hacia su ex novio, que no deseaba darle ninguna oportunidad.

La puerta se abrió y apareció una enfermera arrastrando una camilla móvil sobre la que yacía una paciente embarazada. Otra enfermera empujaba por el otro lado y, entre las dos, colocaron la camilla junto a Katia, dejando un espacio entre las dos para la mesita replegable.

Un hombre con cara de circunstancias las seguía llevando un bolso premamá colgado del hombro. Katia dio por hecho que se trataba del marido o de un familiar de la mujer. Aunque tenía los ojos vidriosos de tanto llorar, se dio cuenta de que no les conocía.

—Te traemos compañía.

De un momento a otro, a la enfermera se le transformó la sonrisa en un gesto de preocupación cuando reparó en el rostro hinchado y enrojecido de Katia.

Se acercó a ella y le puso un termómetro bajo el brazo.

—¿Qué le ocurre? ¿Ha estado llorando?

Le envolvió el brazo con el tensiómetro para medirle la presión sanguínea.

Katia no pudo evitar que las lágrimas volvieran a salir. Se sentía muy desgraciada.

La otra enfermera se encargaba de instalar e informar a la nueva paciente dónde estaba todo, aunque Katia notaba que no dejaba de mirar en su dirección.

Lo que ella menos deseaba en ese momento era llamar la atención, así que hizo todo lo posible para relajarse.

—Tiene la presión demasiado alta. Voy a llamar al médico.

Se dio prisa en guardar todo y salió de la habitación.

—¿Está usted bien?

La señora embarazada tenía su mirada penetrante puesta sobre ella. Parecía preocupada, al igual que la enfermera. El hombre, en cambio, no sabía a dónde mirar.

Katia asintió, susurró una palabra de agradecimiento y volteó a mirar hacia la ventana para poder tranquilizarse. Quizá así la dejarían en paz para que ella pudiera tener tiempo para controlar sus sentimientos.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió la enfermera junto al médico que la había atendido antes. Katia le observó mientras él comprobaba los resultados de la medición que le acababan de hacer y controlaba que los valores que mostraban los monitores de frecuencia cardíaca fueran estables. Al final, le recetó un tranquilizante y le preguntó si quería que la asistiera el psicólogo del hospital.

Katia negó con rapidez. No tenía ganas de hablar. Ni de explicar lo que ni ella misma comprendía. Lo que de verdad necesitaba era hablar con su madre. Ella sí la habría entendido, la habría abrazado y la habría consolado hasta conseguir que Katia se tranquilizara y viera que todo tenía menos importancia de lo que ella imaginaba.

Al quedarse sola de nuevo, suspiró abrumada por la emoción que había contenido por el recuerdo de su querida madre, siempre dispuesta a ayudarla. La pareja de al lado murmuraba algo entre ellos. Solo eran las once de la mañana, pero a Katia le empezó a entrar un incontenible sopor, que le impedía mantener los ojos abiertos. Sentía los brazos y las piernas pesadas y, poco a poco, se fue quedando profundamente dormida.

Cuando se despertó, no se sentía mucho mejor. Casi no podía moverse por el dolor. El reloj de la pared decía que eran las tres de la tarde. Se dio cuenta de que no había comido aún, pero lo más extraño es que no tenía nada de hambre. Más bien al contrario, un ligero mareo le enviaba oleadas de náuseas, que a duras penas podía reprimir.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que, junto a la pareja de antes, había otra cama con otra señora embarazada, acompañada también por su pareja. Los cuatro hablaban de forma animada aunque en voz baja, quizá para no despertarla a ella.

Se preguntó cuánto tiempo tendría que quedarse ingresada en el hospital y, entonces, volvió a recordar lo que había pasado con Érick. ¿Podría volver ahora a vivir con él en su casa? ¿Tendría que volver ella a su antiguo dormitorio mientras Érick dormía en la cama junto a su mujer? La mera idea hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo. Estaba segura de que eso no lo iba a poder soportar. De un día a otro, Katia se había convertido, para su horror, en “la otra”.

Antes de que siguiera atosigándose con la incertidumbre de su futuro, apareció una enfermera que se empeñó en que ella comiera algo. Sin embargo, solo pudo tomar un poco de sopa. El resto lo rechazó. Las ganas de vomitar y el malestar habían aumentado. Por suerte, la enfermera no la obligó a comer más y la dejó tranquila.

Le hubiera gustado estar en una habitación a solas, en silencio, pero ella no había podido decidir nada. Había llegado inconsciente y sin acompañante, así que le habían dado el “paquete básico”. Ahora tendría que soportar el constante parloteo de sus vecinos que, al ver que ella ya se había despertado, hablaban a voz en cuello entre grandes risotadas. Al parecer, se conocían de antes y estaban recordando anécdotas de los viejos tiempos, que a Katia, en su situación, no le interesaban.

De repente, se escucharon unos golpecitos en la puerta. Los hombres se dieron cuenta y, con sus vozarrones, le dijeron a la visita que podía entrar.

La puerta se abrió con lentitud y, para sorpresa y enorme disgusto de Katia, la persona que apareció no era otra que Eleonora.

Érick no la acompañaba.

Saludó con amabilidad a sus vecinos y se acercó a Katia con timidez. Se sentó en la silla que estaba junto a la ventana y sonrió desde allí a las mujeres, que se habían quedado mirándola con curiosidad. Se peinó el pelo con movimientos crispados y después se agarró a su bolso con las dos manos y lo empezó a retorcer. La oscuridad de sus ojeras remarcaba la delgadez de su cara y le daba un aire extraño y perturbador a su mirada. Se la notaba indecisa e inquieta, como si no se sintiera cómoda en su piel. Katia tampoco se sentía bien estando cerca de Eleonora. ¿Por qué estaba ahí, entonces?

—Vine para disculparme —anunció, sin rodeos.

Katia abrió los ojos de par en par. De todo se esperaba, menos eso. Guardó un silencio expectante, sin dejar de observar los exagerados gestos de angustia de la rubia y sin saber qué hacer.

—Yo... estaba muy nerviosa esta mañana. Es que... no sabes cuánto he echado de menos a mi hijo y, de pensar en que le podría haber perdido, casi me vuelvo loca de desesperación. No espero que perdones mi actitud, pero sí que me comprendas y sepas que, en realidad, no pensaba lo que decía.

—Entiendo... gracias por venir.

Katia deseaba con todas sus fuerzas que esa mujer desapareciera de su vista. No le gustaba que la tuteara como si fueran viejas amigas y no lo que eran, auténticas desconocidas. A pesar de todo, le parecía bien que hubiera venido a disculparse. Eso decía mucho de la buena disposición de Eleonora.

—Érick no sabe que estoy aquí. Yo quería hablar contigo a solas y él no me lo habría permitido.

Las alarmas empezaron a sonar en la cabeza de Katia, como si de un aviso de la proximidad

de una catástrofe se tratara. Apenas se atrevió a respirar y, de pronto, se dio cuenta de que sus vecinos habían dejado de parlotear entre ellos para prestar toda su atención a Eleonora.

La esposa de Érick, que también se había dado cuenta de que todos la miraban con enorme interés, continuó realizando a la perfección su papel protagonista concluyendo lo que había venido a hacer: Destruir a Katia.

Cualquiera podría haberse dado cuenta.

—Mi marido y mi hijo lo son todo para mí —. Sus labios empezaron a temblar y su voz parecía quebrada por la desdicha —. Me tuve que ir porque necesitaba tiempo para mí. Estaba muy desesperada. No lo sabes tú bien. Estaba bajo mucha, demasiada, presión. Y me fui. Sí. Pero sabiendo que iba a volver, costara lo que costara, para estar con mi hijo y con mi marido.

Los ojos de Eleonora eran del mismo color castaño claro que los de Nico y la miraban con una expresión atormentada, que Katia ya conocía del niño, de los primeros días en que llegó a la casa de los Feldmann.

De sus vecinos de habitación, no se oía ni el más mínimo susurro.

—Ahora ya estoy bien. Y quiero volver a mi casa, para estar con mi hijo y con mi marido. Y...y... —sollozó con lágrimas en los ojos —te quiero pedir... ¡No! Te suplico, que me dejes ser madre y esposa, que no me robes a mi familia. Por favor...

—Yo no le he robado nada, señora. No sé de qué me habla.

La situación era tan surrealista que Katia estaba desbordada.

—Por favor, no sigas interponiéndote entre mi hijo y yo. Te lo suplico de todo corazón. Además, mi marido y yo nos conocemos desde niños. Nos amamos más que a nada y él me va a perdonar, tarde o temprano. Él ya entiende lo que hice y... está de acuerdo en que yo vuelva a casa, junto a él. Por eso... te pido que te busques otro trabajo cuidando a otros niños, por favor. Hay muchos niños en el mundo. No entiendo por qué tenías que meterte en medio de una familia. ¡Estás destrozando mi familia! Yo solo necesitaba tiempo...

Rompió a llorar completamente desolada, mirándola de forma suplicante, como quien le reza a un santo para que le conceda un milagro. Katia se sentía fatal por Eleonora y hasta empezaba a dudar de su propia moralidad, hasta que recordó que ella no tenía ni idea de la existencia de aquella mujer hasta el día anterior.

Algo en la forma de ser impulsiva y vehemente de Eleonora la ponía nerviosa. Estaba segura de que si le llevaba la contraria se encontraría en medio de un enfrentamiento con sus garras afiladas, así que optó por un comportamiento evasivo.

—Yo... tengo que hablar con Érick... sobre el contrato. Ahora estoy muy cansada, podría dejarme sola, por favor.

Eleonora asintió agradecida, se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo de su elegante abrigo y se marchó por donde había venido dejando tras de sí el aroma dulzón de su perfume.

Katy resopló con disgusto al oír cerrar la puerta y, en eso, se dio cuenta de que sus cuatro compañeros de habitación la miraban con ojos críticos, casi censuradores. Katia se sonrojó en el acto por la vergüenza que sintió. Lo habían oído todo y ella había quedado como una “rompe hogares”.

Genial... lo que le faltaba, pensó disgustada mientras dirigía su mirada hacia el azul acaramelado del cielo, atravesando los cristales de la ventana como, en el fondo, le hubiera gustado hacer en ese momento. Desaparecer de allí y volar a otro lugar, quizás al sur.

Recordó las ganas que tenía de haber ido a los carnavales de Tenerife de luna de miel y pensó en que sería una buena idea ir alguna vez con su hijo de vacaciones a las Islas Canarias. Seguro

que se lo iban a pasar super bien juntos. Acarició la curva de su vientre con todo su amor y, de pronto, se fijó en sus uñas rotas y en las numerosas contusiones moradas y arañazos que surcaban su brazo.

Se asustó al verse tan magullada y sufrió un horrible estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo al acordarse de cómo fue arrastrada por la fuerza de la riada sin que ella pudiera hacer nada. Lo peor había sido el no poder salir la superficie mientras era revolcada hasta el fondo y golpeada por cuanto acarreaba la corriente a toda velocidad.

Deseaba olvidar lo espantoso que había sido lo que había pasado, pero temía que no fuera posible. En lo más hondo del río le había visto los ojos a la muerte. Le parecía un milagro haber conseguido salir y, aunque todo el cuerpo le dolía y se sentía mal, podía decir que le había dado esquinazo a La Parca.

Cerró los ojos y buscó refugio en su laberinto. Se concentró en recordar qué hierbas debía de poner a secar en atadillos, colgando de las cuerdas que había colocado de un lado a otro del invernadero, para que no se mojaran con la lluvia. Tenía que volver a abonar la tierra y regar el fin de semana, aunque con todo lo que había llovido era probable que esa tarea pudiera esperar un par de días más.

Poco a poco empezó a relajarse. Casi podía sentir la delicada fragancia de las flores aromáticas rozando su nariz, la suave textura de sus pétalos y la calidez de los rayos del sol sobre sus mejillas.

CAPÍTULO 18

Debía de haberse quedado dormida. El ruido de voces a su lado la despertó de un profundo sueño. Al abrir los ojos se dio cuenta de que una de las mujeres con las que compartía habitación ya no estaba.

Miró al reloj y se sorprendió al ver que ya eran más de las seis de la tarde. ¿Y si Érick había venido a verla y ella no se había dado cuenta?

—¡Hey! ¡Hola! —La voz susurrante de Maik la tomó desprevenida. No esperaba que estuviera allí. Ni siquiera se había vuelto a acordar de él.

—¿Qué haces aquí? —le espetó molesta.

No deseaba enfrentarse otra vez con él, ni soportar sus disculpas fuera de tiempo ni sus proposiciones ridículas y, mucho menos, quería que Érick viera de nuevo a su ex novio allí y le suscitara ideas equivocadas.

Katia dudaba, incluso, de que ella volviera a sentir siquiera amistad por Maik. La decepción por lo que él había sido capaz de hacerle había sido demasiado grande como para poder perdonarle así, por las buenas.

A pesar de ello, él era el padre de su hijo, se conminó a recordar. Tendría que aceptar que, a partir de entonces, Maik iba a formar parte de su vida... otra vez. Pero en esta ocasión las cosas serían distintas. Esta vez ella no iba a ser la novia confiada que aceptaba las decisiones de su novio porque estaba “tan enamorada” que le creía un dios. Para nada. Ahora ella iba a ser una madre que debía vigilar los intereses de su hijo, protegerle de todo lo malo y quererle con todo su corazón. Maik sería la otra parte. Algo así como un compañero de lucha, pero no de vida. Eso, nunca más.

—Te dije que iba a regresar y aquí estoy. No te voy a volver a fallar, Katy. Te lo juro.

Ella no sabía si creerse o no su juramento. En sus tres años de relación, él no le había fallado nunca e, incluso, había sido, junto a Deborah, un pilar fundamental con el cual había superado la tragedia de la muerte de sus padres dos años atrás.

—¿Desde cuándo me estabas engañando con Debby?

La pregunta directa pareció chocarle. Se echó hacia atrás hasta que su espalda quedó apoyada en el respaldo de la silla. Otra vez, el murmullo de la pareja que estaba al otro lado se acalló de golpe. Debían de estar disfrutando con el culebrón que les estaba retransmitiendo Katia en riguroso directo.

Maik bajó los ojos. Parecía sentirse culpable, aunque Katia no podía estar segura de hasta qué punto. En cuestión de amores, ella ya no le conocía.

—Un par de meses, quizás tres.

—¡¿Qué?! —Katia no daba crédito a lo que acababa de oír.

Maik volvió a bajar la cabeza, consciente del daño que le había hecho a su novia.

—¿Estuviste engañándome tres meses? ¿Y me dejaste organizar una boda? ¿Sabes cuánto dinero me gasté? ¡Todos mis ahorros! Jugaste con mis ilusiones, Maik. ¡Me hiciste creer que me

querías mientras te divertías con Debby!

Tuvo que dejar de hablar. Su garganta le ardía y la indignación que sentía era más de lo que ella podía soportar.

—Y te quiero, Katy. Yo no te mentí. Lo que pasa es que me vi envuelto en esa situación con Debby y ya después no supe reaccionar. No sabes cuánto lo siento. No llores, mi niña.

Quiso acariciarle la mano, pero ella la apartó. No estaba dispuesta a que Maik volviera a acercarse a ella.

—¡Cómo me gustaría borrar todo lo que ocurrió! Me arrepentí desde el mismo momento en que pusimos el pie en Hamburgo y me di cuenta de lo que te echaba de menos. Pero ya no había marcha atrás. Sabía que lo que te había hecho era imperdonable y que tú no volverías a querer saber de mí.

—¿Por qué me bloqueaste el teléfono, Maik? Podríamos haberlo hablado... Yo estuve pensando en ir a buscarte a Hamburgo, pero no sabía dónde localizarte ni me quedó dinero para nada. ¡Acabé viviendo en un refugio para indigentes!

—¡Oh, Dios mío!

Maik se tapó los ojos y empezó a llorar.

—Lo siento muchísimo, Katy. Me siento super culpable y un tonto, por haberle hecho caso a todas las locuras que se le ocurrieron a Debby. Ella misma me bloqueó tu teléfono para que tú no siguieras llamando.

—¿Por qué te fuiste con ella, Maik? ¿Por qué con mi mejor amiga?

Su nariz se había enrojecido y sus ojos la miraban acuosos, con una tristeza que a Katia le pareció imposible que fuera fingida.

—Creo que, en el fondo, me dio miedo al compromiso. A ese “para siempre”. Ese “y fueron felices y comieron perdices” me sonaba a punto y final... y que ahí se acababa todo. En realidad, yo no había pensado en eso demasiado hasta que Debby empezó a convencerme de que yo solo tengo veintisiete años y que merecía vivir un poco más mi juventud y mi libertad. Yo, al principio, no le hice caso, pero cuando empezó a vestirse con ropa ligera y a enseñarme “todo lo que me perdería”, según ella... ya no hubo marcha atrás. Me dejé llevar hasta que me di cuenta de que ni ella ni nadie es como tú y que la parte importante de la frase es la de “fueron felices”. Y yo solo he sido feliz contigo. Así que le expliqué todo a Debby y volví a Fráncfort solo. Me avergüenzo de mí mismo. Ni siquiera me atrevía a llamarte porque no quería volver a hacerte daño.

—Pero lo hiciste. Me llamaste...

—Sí, hace unos días. No lo pude evitar, estaba pensando en ti y se me ocurrió que, tal vez, tú... No sé. Si llego a saber lo que estaba pasando... No sabes cómo lo siento.

—Si dices que me quieres tanto, ¿por qué me dejaste esa nota donde decías que te ibas con el “amor de tu vida”? ¿Qué te había hecho yo para hacerme tanto daño?

—¿De qué nota me hablas?

—De la que dejaste pegada a la puerta de nuestro dormitorio.

—Yo no te dejé nada por escrito. No me atreví siquiera... sabía que lo que hacía era una huida en toda regla... Tal vez fue Debby.

—¿Debby?

—Ella lo organizó prácticamente todo. Yo solo me dejé llevar, como te dije. Me siento fatal.

Katia ya no le escuchaba. Se recordaba a sí misma llorando sobre el viejo sillón, tan roto como su corazón. Ahora sabía que esa nota que la había hundido en la miseria, la había escrito su amiga del alma.

“Solo quería decirte que lo que te va a pasar hoy es lo mejor que te podía ocurrir.”

Ese mensaje se lo había enviado justo antes de que Katia llegara al Ayuntamiento y se lo encontrara vacío. Esa había sido la última vez que Debby le había escrito... de camino a Hamburgo con el novio de Katia.

Volvió a sentirse tremendamente indignada. Se había estado auto engañando durante años al pensar que tenía una amiga de confianza, porque lo que le había hecho Deborah a sus espaldas era de ser muy mala persona y era imperdonable.

Dos jóvenes uniformadas de blanco entraron en ese momento y le pidieron a los hombres que las dejaran a solas con las pacientes. Maik se puso en pie de inmediato y le dijo a Katia que iría un momento a la cafetería.

Cuando ellos cerraron la puerta, las asistentes de enfermería se apresuraron a ayudarles a hacer sus necesidades corporales, las adecentaron y controlaron los valores de los monitores.

Salieron diciendo que en media hora les traerían la cena. El marido de su compañera de habitación entró de nuevo. Detrás de él apareció la imponente figura de Érick. Tenía el gesto severo y parecía tan incómodo de estar ahí como lo había estado Eleonora.

Katia le sonrió ilusionada. Tenía miedo de que él no quisiera volver a verla. ¡Pero había venido!

—¡Hola! ¿Cómo está Nico? —carraspeó.

—Está mucho mejor. En un par de días le van a dar el alta y ya lo podremos llevar a casa. Su madre está muy disgustada.

A Katia se le cayó el alma al suelo al ver la dureza en su rostro.

—¡Cómo me alegro! —Intentó sonreír, pero sus labios se movieron de forma incontrolada por los nervios.

—No sé de qué... —la taladró con la más fría de sus miradas—. Te contraté para que cuidaras de Nico. Sabías lo importante que es mi hijo para mí y has estado a punto de dejar que le ocurriera algo grave.

Katia reparó en que él no le había preguntado a ella cómo estaba. Solo había venido a acusarla, no a preocuparse por ella. ¡Qué ilusa había sido! De repente, se sintió víctima de una injusticia por parte de Érick. Cómo se atrevía a convertirla de un momento a otro en su trabajadora...

Vio con claridad lo ridículo de su posición. Katy, que pensaba que Érick y ella eran una pareja de enamorados, se daba cuenta ahora de que eso solo había sido un producto de la imaginación de ella. Él estaba casado y había sido consciente todo el tiempo de que su mujer volvería, tarde o temprano. La cruda sospecha de que Érick la había utilizado para saciar sus deseos sexuales la atravesó como un rayo. Para él, Katia solo había sido una de sus muchos trabajadores, ni más ni menos.

Está bien, se dijo. Había sido una boba. Érick no la quería. Tenía que aceptarlo de una vez por todas. Ella misma había sido responsable de la situación. Sin embargo, no iba a dejar que él la culpara de algo que había estado fuera de sus manos.

—Yo... Si te acuerdas... Nico se fue corriendo cuando Eleonora llegó. Yo estaba en la puerta y tú ni te inmutaste. Le dejaste irse y tú eres su padre.

—Que yo... —Érick la atravesaba con una mirada llena de ira.

—Déjame terminar... Lo que quiero decir es que ni tú ni yo, ni nadie, esperábamos que Nico se fuera al arroyo... lloviendo como estaba... sin abrigo. Le busqué por toda la casa, por el jardín, pero no fue hasta que vi las huellas cuando me di cuenta de que tu hijo no estaba en casa. Ni siquiera sabía a dónde había ido hasta que vi el río desbordado y a Dexter bajo el árbol. Te

juro que intenté bajarle, pero Nico no reaccionaba a mis llamadas. Quería avisarte y, al moverme, la corriente me arrastró.

Érick no dejaba de mirarla con la boca apretada y los brazos cruzados. Estaba claro que no le importaba lo que a ella le hubiera podido pasar, así que decidió no continuar hablando.

—Lo siento —musitó al ver que él no le decía nada. Ella solo podía disculparse.

—Si Nico hubiera muerto, yo me hubiera muerto con él. Y tú lo sabes.

—Lo sé.

—Su madre ha vuelto. Es lo mejor que le podía pasar a Nico. Ahora todo va a ir bien.

Katia asintió con tristeza. Ella también pensaba lo mismo. En esa casa ya no había sitio para ella. Se mordió el labio para no ponerse a llorar. La mera idea de abandonar todo lo que la había hecho tan feliz la atormentaba.

—Entonces... te presento mi renuncia. Si quieres me puedes enviar los papeles aquí para que te los firme. Parece que voy a tener que pasar una buena temporada ingresada. Después... Maik quiere que me vaya a vivir con él.

A Érick se le transformó la cara. Parecía conmovido.

—Es lo mejor. Eleonora tiene derecho a estar con su hijo y contigo. Yo... tengo dónde ir. Maik quiere que volvamos a vivir juntos.

—¿El Maik que te dejó mendigando? ¿Ese Maik?

—Ahora todo es diferente.

—Katia no...

—Es lo mejor. Yo ahora no puedo moverme de la cama. No voy a poder trabajar en meses. Y Maik quiere cuidarme... Es lo menos que puede hacer después de todo, ¿no?

Bromeó para quitarle importancia a sus palabras, pero Érick la miraba desencajado. Se llevó la mano al pelo y se lo revolvió hasta despeinarse.

—Es que no entiendes...

—¡Qué contenta estoy por Nico! Estaba muy preocupada, ¿sabes? Estoy segura de que tienes razón. Ahora que su madre ha vuelto todo va a ir bien. Ya no me necesitas para nada. Mi renuncia incluye el laberinto.

—Pero, Kat...

—No, Érick. Tú y yo sabemos que esto se acabó. Y yo tengo que mirar por mí y por mi hijo, igual que tú lo haces con el tuyo. Ahora quiero concentrarme en mi bebé y en mi salud.

No se lo dijo, pero ella tampoco quería ser testigo del resurgir de su amor por Eleonora. Eso sería algo que no podría soportar. Prefería acabar con todo.

—¿Por qué nunca me hablaste de tu mujer?

La pregunta le tomó desprevenido. Movié la pierna con nerviosismo y, entonces, encogió los hombros como quien quiere quitarle importancia a algo.

—Yo... no tenía nada que decir... y tú nunca preguntaste por ella.

Se defendió atacando, a sabiendas de que no había actuado bien al ocultarle a Katia que su mujer podría aparecer en cualquier momento, tal y como hizo. ¿No era eso una forma de engaño?

La puerta se abrió y entró Maik, pero se quedó clavado en la entrada en cuanto se dio cuenta de la mirada hostil que le dirigía Érick.

—Ven, Maik, quiero presentarte a mi... jefe, el señor Feldmann.

Su ex novio hizo un movimiento de cabeza a modo de saludo, sin embargo Érick no cambió el gesto de enfado ni se molestó en saludarle.

Maik comprendió al instante que estaba fuera de lugar.

—Espero fuera, cariño —le anunció y volvió a abrir la puerta para salir al pasillo.

Katia se esforzó en devolverle la sonrisa. Qué bien le había venido que la llamara “cariño”, como si hubiera algo entre ellos. Había sido la ratificación a todo lo que le acababa de decir a Érick sobre ellos. Katia no sabía si su propia forma de actuar respondía a un intento de salvar su orgullo, porque se sentía dolida por la manera en que Érick la estaba tratando, porque los celos no dejaban que pensara con claridad o porque estaba aterrada de miedo y tristeza por perder al amor de su vida.

De lo que sí estaba segura era de que lo que estaba haciendo, era también, o sobre todo, un acto de generosidad hacia su querido Nico. El niño tenía derecho a ser feliz, teniendo una familia intacta que le quisiera. Katia supo, entonces, que estaba actuando bien. Debía de hacer las maletas y continuar su propia vida, por el bien de esa familia.

—Estoy muy cansada, Érick. En cuanto pueda voy a buscar mis cosas, no te preocupes. Si te corre prisa, le pido a Maik que vaya a buscarlas.

—¿Cómo se te ocurre! Esto tenemos que hablarlo.

—No es necesario. Eleonora me dijo que iba a volver a vivir en la casa. No creo que a ella le guste ver mis cosas por todos lados.

—¿Nora estuvo aquí? —preguntó él con el rostro alterado.

Katia asintió. —Esta tarde... vino a disculparse por su reacción. Está muy preocupada por su hijo.

—Esto es increíble.

—No sé a qué te refieres. Yo... De verdad, ya está todo dicho. Quiero estar sola, Érick. Vete a casa a descansar... tu también pareces agotado.

Él volvió a apretar los labios y arrugó el ceño contrariado. Sin embargo, asintió.

—Es tu decisión.

Se puso en pie y se la quedó mirando unos instantes con el semblante de piedra.

Ella le sonrió con amargura. —Adiós Érick. No vuelvas a visitarme, por favor. Es mejor así. Cuida de Nico y dale un beso de mi parte.

Le vio negar con la cabeza, mirándola con enfado, como si fuera ella la que le estuviera haciendo daño a él. Después, se abalanzó hacia la puerta a grandes pasos y se fue sin siquiera despedirse.

Se sentía enferma. Física y psíquicamente.

La señora de la cama contigua cerró al fin la boca cuando Maik entró de nuevo en la habitación y empezó a cuchichear, de nuevo, con su marido.

Katia no les prestaba atención ni hubiera podido hacerlo si hubiera querido.

El dolor que sentía todo el tiempo, ahora se expandía por oleadas desde su abdomen y se hacía cada vez más fuerte. Cerró los ojos intentando controlar las náuseas que sentía. De pronto, notó algo húmedo entre las piernas. Algo no iba bien.

Abrió los ojos y encontró a Maik sentado en la silla que estaba junto a su cama. Se había acomodado con las piernas estiradas y los brazos cruzados mirando hacia el suelo, pensativo.

Intentó avisarle de lo que le ocurría, pero el sonido de la alarma de los monitores empezó a sonar y, entonces, Maik la miró asustado.

No hizo falta que le dijera que fuera a buscar a un médico. Al verla con la cara demudada por el dolor, se puso en pie de un salto y desapareció tras la puerta.

Después todo sucedió muy rápido.

CAPÍTULO 19

Entre sus brazos, Leo parecía dormir, ajeno a todo lo que le rodeaba. Katia le acunaba intentando darle todo el amor que ya no podría darle. Le besaba sus minúsculas manitas una y otra vez mientras le decía lo bonito que era y lo mucho que iba a pensar en él.

—No te voy a olvidar nunca, nunca.

Eso iba a ser imposible. Le costaba creer que su hijo hubiera muerto. Era muy pequeño, pero era perfecto. Lo más dulce y hermoso que Katia había visto en su vida.

Se limpió las lágrimas para verle mejor. Sus ojitos estaban cerrados, sin vida. Ya nunca los abriría para saber quién era su madre. Katia sentía que le habían arrancado el corazón. No había nada que pudiera consolarla en esos momentos.

Maik estaba junto a ella. Lloraba en silencio. Él también lo había tenido entre sus brazos y lo había paseado por la habitación arrullándole como si de un recién nacido sano y salvo se tratara.

Los dos estaban desolados, pero Katia se sentía, además, terriblemente culpable.

Si no hubiera cometido la estupidez de intentar bajar ella misma a Nico del árbol, no habría pasado nada. Si hubiera avisado antes a Érick, en vez de intentar solucionar las cosas por su cuenta, su bebé estaría vivo.

Los médicos no habían podido hacer nada. Leo falleció antes de haber podido llegar a la sala del ecógrafo. Su pequeño corazón no pudo soportar el estrés al que se había visto sometido. Ni siquiera le hicieron una cesárea. Le indujeron el parto natural y Katia tuvo que soportar todo el dolor de las contracciones sabiendo que su hijo ya no estaba con vida... por su culpa.

Deseaba morir. Quería acabar con todo. Irse con su hijo. Tenía que cuidarle, no le podía dejar solo. Ya nada tenía razón de ser. Su bebé la necesitaba más que nadie y ella quería acompañarle.

La puerta de la habitación individual donde la habían trasladado se abrió y una mujer de mediana edad asomó su cabeza. Vestía vaqueros y tenía el pelo recogido en un moño despuntado que le daba un aire desenfadado.

—¿Puedo pasar?

Katia apenas le prestó atención. No quería ver a nadie. Quería desaparecer. Acabar con todo... empezando por las visitas inesperadas.

Maik le indicó que pasara y la señora se acercó con timidez. Con voz suave se presentó como Ulrike Femiano, la psicóloga perinatal del centro.

—No quiero hablar —, le espetó Katia de forma abrupta.

Ella, que había estudiado psicología para ayudar a otras personas, no paraba de darle vueltas a la idea del suicidio... y no quería a nadie cerca que le quitara ese pensamiento de la cabeza. Estaba decidida.

Sostenía con cuidado a su dulce bebé, envuelto todavía en una toalla. Ni siquiera le había comprado ropita todavía. Recordar a la vieja Elke, cuando le quitó la idea de la cabeza de empezar a comprar todo lo que su hijo iba a necesitar cuando naciera, la llenó de odio.

—Entiendo. Yo quería expresarles mis condolencias. Sé por lo que están pasando en estos

momentos, porque yo misma lo he vivido. No es una situación fácil de sobrellevar. Quiero que sepan que estoy aquí para brindarles apoyo emocional y que, además, tenemos organizado un grupo de duelo porque es importante hablar de nuestros sentimientos y que no nos sintamos solos en estos terribles momentos.

Katia ni la miró. No creía que esa mujer entendiera su dolor. La vida se había detenido para ella y nadie iba a poder comprenderlo jamás. Acarició la suave naricita de Leo. Sus finos rasgos le recordaban a los de su padre. ¡Qué niño tan guapo hubiera sido!

—Muchas gracias... de verdad —Maik tomó obediente los papeles que le entregó la psicóloga.

Katia le aborrecía con toda su alma. Si no la hubiera engañado, nunca hubiera acabado ella en la calle y nunca hubieran puesto en peligro la vida de Leo. No podía soportar su repentina presencia y no creía para nada en su pretendida declaración de amor ni en sus falsas lágrimas. ¡Si ni siquiera sabía que iba a ser padre hasta el día anterior!

Deseaba que se fuera, que la dejara en paz con su bebé entre los brazos, para poder hacer lo que ella quería: reunirse con el alma de Leo, donde quiera que estuviese. Katia pensaba ser la mejor madre del mundo para su hijo y nadie lo iba a evitar.

—He llamado a una fotógrafa que trabaja con nosotros de forma voluntaria. Vendrá en unos minutos.

—¡No quiero que venga nadie más! ¡Quiero que me dejen sola de una vez! —ladró desesperada. Si hubiera podido, hubiera aullado de profunda tristeza en ese mismo instante.

La señora Femiano no se dejó amedrentar y se mostró aun más comprensiva.

—Lo sé. Solo va a estar un ratito. Es el protocolo de duelo perinatal. Mientras el niño esté aquí, debemos demostrarle nuestro amor. Que sepa que le queremos y que le vamos a hacer una gran despedida llena de cariño. Por eso, les hacemos fotos a todos los “bebés estrella”, se les llama así, para recordarles y tenerles siempre presente. Yo enmarqué la foto que más me gustó y la tengo en mi dormitorio, para tener a mi hija siempre conmigo.

Una enfermera la interrumpió. Se acercó a Katia con un gesto de disculpa y le pidió que le dejara a Leo. Ella vaciló, no quería apartarse de su hijo de ninguna manera.

—Solo es un momento. Es para tomarle las huellas de los pies y de las manos.

De mala gana, Katy dejó que la enfermera se llevara a su bebé. En el acto sintió un vacío extremo y tembló de miedo... y de vértigo.

¡¿Cómo le pudo haber pasado eso a ella?!

La psicóloga se dio cuenta de que Katia estaba entrando en una crisis nerviosa y empezó a acariciar su brazo mientras intentaba tranquilizarla.

—Ahora mismo le traen. No se preocupe. Sshhh...Tranquila... Debemos de afrontar este momento con amor y con toda la entereza posible. Abra los ojos... y mire a su bebé. Guarde estos momentos en su memoria porque son un tesoro.

Katia le hizo caso. Su voz era sosegada e incitaba a confiar en ella. Vio a Maik sosteniendo a su hijo mientras la enfermera ponía una cartulina en la planta de los pies de Leo. Era tan pequeño...

La fotógrafa apareció en ese instante. Se presentó y sin dilaciones empezó a sacar fotos del primer y único baño que recibiría Leo. Después sacó de una cesta que traía consigo un diminuto pijama con un estampado de estrellas, a juego con un gorrito de algodón y le vistió.

Cuando volvieron a ponerle a Leo entre sus brazos, Katia se sintió completa de nuevo. Olía tan bien que se lo acercó a la cara y empezó a besarle con suavidad sus frías mejillas. La fotógrafa sacaba fotos sin parar, pero a Katia no le importaba ya. Para ella solo existía su bebé y

no quería que nadie les volviera a separar jamás.

Maik se encargó del papeleo burocrático y del entierro de Leo. Katia tuvo que quedarse un par de días ingresada, pero salió a tiempo de darle sepultura a su hijo en la misma tumba donde yacían los padres de ella.

Había llegado el momento de la despedida y ella no estaba preparada. Nunca lo estaría.

Durante su ingreso, la psicóloga continuó haciéndole visitas y, aunque al principio, Katy se mostraba reticente a contarle lo del profundo agujero que se había quedado dentro de ella y por el que deseaba escapar de esta vida, finalmente le habló de su sentimiento de culpa y de que le parecía que un abismo se hubiera abierto bajo sus pies desde que le dijeron que a Leo ya no le latía su corazoncito.

—Tienes que entender que lo que te ocurrió fue un accidente. Nadie podría haber imaginado que el río se iba a desbordar y que la corriente iba a crecer tan rápido. Tú misma lo has dicho: Cuando te acercaste al árbol, el nivel del agua te llegaba a los tobillos y un par de minutos más tarde te alcanzaba a la rodilla.

—No tenía que haberme acercado al árbol. Tenía que haber llamado a su padre.

—No lo hubieras hecho nunca porque tú quieres al niño y no le hubieras dejado en medio de ese peligro. Si hubieras llamado a su padre y, esperando a que él viniera, el niño se hubiera caído y le hubiera pasado algo grave... ¿te lo habrías perdonado?

—No.

—¿Lo ves? Tú considerabas a ese niño tu responsabilidad. Sabías que él confiaba en ti y tú no le querías fallar. Actuaste bien... las cosas salieron mal.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué a mí, Dios mío?

—Porque sí. Ocurrió. No fue premeditado. Fue un accidente. Tienes que intentar... cómo lo diría... comprenderlo... aceptarlo.

Katia nunca iba a poder aceptar que su hijo hubiera muerto por su torpeza... Ella era la única responsable de la muerte de su bebé.

—No puedes culparte por no haber visto un peligro para ti. Lo viste para el niño al que cuidabas, pero no pudiste medir la peligrosidad de esa situación para alguien adulto. Piénsalo, Katia. Imagina que lo mismo le pasa a otra mujer y luego dime si tú le echarías la culpa por ser arrastrada por una riada. Dirías que quizás fue arriesgada, pero no la culparías. Estoy segura de eso.

Katia ya no sabía qué pensar. Lo único que sentía era el enorme vacío que le había dejado su hijo. ¡Con qué ilusión había recibido la noticia de que estaba embarazada! ¡Con qué amor le esperaba! ¡Cuánto le había querido!

Salió del hospital con los brazos vacíos, aunque se encontraba más estable. Casi había aceptado la muerte de Leo, aunque le echaba de menos de forma constante y dolorosa. A veces, se quedaba mirando a la nada acariciando su barriga vacía y recordando con amargura las suaves pataditas que le propinaba su pequeño bebé. No sabía cómo iba a salir adelante sin él.

Aceptó el ofrecimiento de Maik de quedarse en la habitación de invitados de su piso. No quería volver ni por asomo a la casa de Érick y descubrir la familia feliz que formaba con Eleonora.

Se apuntó al Grupo de Duelo que dirigía Ulrike, la psicóloga —se habían hecho amigas de tanto compartir su dolor mutuo— y empezó la difícil tarea de buscar un piso pequeño para vivir por su cuenta.

Maik había vuelto al trabajo. Apenas le veía unos minutos por la noche, antes de irse a su dormitorio con la excusa de hacer su Curriculum para buscar trabajo. En realidad, se quedaba sentada durante horas mirando vídeos de YouTube donde la gente desahogaba su dolor por la pérdida de sus recién nacidos. De alguna manera, era una especie de consuelo el hecho de comprobar que no era la única a la que le había ocurrido algo tan horrible y, a la vez, hacía que el recuerdo de Leo se mantuviera siempre vivo en su memoria.

A través de la actuación del abogado, amigo de Érick, Katia había conseguido llegar a un buen acuerdo de indemnización con el supermercado para evitar llegar a juicio y gracias a su amiga Glenda, encontró al poco tiempo un piso céntrico que le pareció aceptable. Ya no se podía postergar. Tenía que ir a buscar las cosas que había dejado en la casa de Érick.

Se estremecía de nervios solo de pensar en volver a verle, así que intentó calcular el momento en que él no tenía la costumbre de estar en casa y le pidió a Maik que le ayudara a hacer la “mudanza”. En realidad, no tenía muchas cosas.

Cuando llegaron, Katia se encontró con que no había nadie en la casa ni en los alrededores. Había dado por hecho que tendría que enfrentarse a Eleonora y, tal vez, a la tía Elke. Suponía que Nico tenía que estar todavía en el jardín de infancia y se alegraba, no quería complicar más las cosas de lo que estaban. En otra ocasión, más adelante, con el consentimiento de su padre, le haría una visita al pequeño.

Por suerte, llevaba su llave consigo. Subieron a su antiguo dormitorio, que le había servido más bien de estudio, y guardaron la ropa, los libros y sus demás pertenencias en las cajas de cartón que habían traído con ellos.

Al abrir el cajón de la mesita de noche, Katia se quedó helada.

Allí, entre unos pañuelos de tela floreada, estaba la cajita de plástico transparente que contenía los patucos de punto azules, que ella le había comprado a Leo.

Con un cuidado extremo, los sacó de la caja, los tomó entre sus manos y se dio cuenta de que, a pesar de haber elegido una talla pequeña, le hubieran quedado grandes a los diminutos pies de su hijo.

—¿Qué te pasa?

Katia volteó a mirar a Maik, sin comprender a lo que se refería, hasta que se dio cuenta de que tenía toda la cara bañada en lágrimas y su cuerpo temblaba. La emoción del recuerdo había podido con ella.

Abrió las manos y le enseñó lo que atesoraba dentro de ellas. La cara de Maik palideció. Se sentó junto a ella en el borde de la cama y le pasó un brazo por la espalda a modo de abrazo.

Katia no deseaba que él se le acercara. A pesar de que ya no le profesaba ese odio visceral y que, incluso, sentía un enorme agradecimiento por todo lo que la había estado ayudando sin pedir nada a cambio, no había podido superar el desengaño. Su relación nunca volvería a ser la misma de antes.

Se puso en pie y guardó el pequeño paquete en su bolso. Quería llevarlo con ella. Cuando llegara a su apartamento, lo pondría dentro de la caja de madera que le habían regalado en el hospital, con el pijama de estrellitas, una cadenita con el nombre de Leo grabado, la tarjeta con sus huellas y el álbum de fotos. Una de ellas, en la que aparecía ella abrazando a su pequeño bebé en blanco y negro, la había hecho ampliar, la había puesto en un marco bonito y la había colgado en la pared de su nueva sala de estar. Eso era lo primero que había hecho cuando se mudó a su nuevo piso, porque para ella Leo era primordial y quería que su hijo siempre estuviera presente en su vida.

Se tragó el desconsuelo y la desolación para seguir guardando todas sus cosas. Sin embargo, a

pesar de las altas temperaturas de agosto, un frío gélido le recorría el cuerpo y no dejaba de tiritar. Encontró una camisa de franela y se la puso por encima con rapidez. Temía que les sorprendieran y tuvieran que dar todo tipo de explicaciones por haber entrado en la casa sin permiso de sus dueños.

Solo pudo volver a respirar bien cuando Maik puso su Renault en marcha y la casa, que con tanto cariño la había acogido en sus peores momentos, fue quedando atrás.

Al llegar a la altura de la tienda, Katy le pidió a Maik que se detuviera. La camioneta de Érick no estaba en el aparcamiento, por lo que ella se sintió más tranquila.

Con unas cajas, se dirigieron a la entrada del laberinto. Lina estaba atareada sorteando diferentes tipos de hierbas para ponerlas en el secadero cuando Katia y Maik entraron en el invernadero.

—¡Hola! ¡Ya estás aquí! —La recibió con su habitual buen humor.

—Hola... solo vengo a recoger algunas de mis plantas.

—¡Claro! El señor Feldmann nos contó que necesitas reposo después de lo que pasó. Espero que estés bien. Queríamos visitarte, pero el jefe nos recomendó que esperáramos a que estuvieras fuera de peligro. ¿Te han llegado mis mensajes?

Katia asintió y le dio las gracias. Todavía no le había contado a Lina lo que le había ocurrido a su bebé. No tenía fuerzas ni ganas de explicar a todo el mundo lo que le había pasado.

Se recolocó la camisa con disimulo y puso una caja delante de su barriga para ocultar que ya no estaba embarazada, mientras escuchaba a Lina hablarle de la cantidad de visitas que habían recibido en su ausencia.

Guardó las plantas que quería llevarse. El resto se las dejaría a Érick de regalo. De todas formas, en su piso no había tanto espacio ni era tan luminoso como ese hermoso lugar.

Antes de despedirse de Lina, le dio un sobre cerrado para que se lo diera a Érick. Contenía su renuncia formal al contrato de niñera y también, aunque nunca hubo nada escrito, a todos los derechos que su trabajo en el laberinto hubieran podido generar. En una hoja aparte, le había escrito una carta formal de agradecimiento por todo lo que Nico y Érick la habían ayudado. No se había atrevido a expresarle ninguno de sus sentimientos... ¿para qué? Ya no valía la pena.

Cuando salieron del invernadero, Katia no pudo evitar mirar con anhelo hacia la fuente y toda la belleza que la rodeaba. Contuvo como pudo un suspiro de tristeza. No creía tener el valor de volver a pisar ese lugar donde había vivido su sueño y había sido tan feliz.

—Es bonito esto —. Maik se acercó a ella.

—Sí, lo es.

—¿Trabajabas aquí?

—Sí y no. Podría decir, más bien, que disfruté estando aquí.

Agachó la cabeza con pesadumbre y se encaminó en silencio al aparcamiento cargando una de las cajas. Maik se quedó rezagado contemplando los caminos del laberinto, el túnel de rosas y el hermoso paisaje que, desde ahí, se gozaba.

Una vez que guardaron las cajas en el maletero, Katia se sentó en el asiento del copiloto y bajó la ventanilla para que el aire fresco del campo perfumara el interior del vehículo. Maik volvió a poner el coche en marcha y al salir del aparcamiento tuvo que esperar a que pasara una camioneta.

A Katy le dio un vuelco el corazón. Llevaba solo un par de semanas sin ver a Érick, pero le habían parecido una eternidad. Él aparcó de un volantazo y se la quedó mirando con semblante serio y el ceño fruncido.

Katia no podía apartar la mirada del fuego de sus ojos. No esperaba esa hostilidad por parte de

Érick y se sintió tremendamente desdichada.

Maik continuó dando marcha atrás y, en cuanto pudo, enderezó el vehículo y aceleró sin darse cuenta de lo que acababa de pasar. Katia guardó silencio. En la radio sonaba una antigua canción alemana, que hablaba sobre el desamor. “Qué apropiado”, pensó ella, intentando convertir todos sus pensamientos negativos en energía positiva. “¡Qué fácil era decirlo y qué difícil era llevarlo a la práctica!”, cayó en la cuenta.

Ya nada iba a ser como antes. Desde ese maldito viernes trece su vida se había convertido en un amargo peregrinaje en soledad y con eso tenía que vivir el resto de sus días. Tenía que aceptarlo.

CAPÍTULO 20

Me dijo: “Señora, no se preocupe. Usted va a tener más hijos. No llore. Usted es joven”. Eso mismo fue lo que me soltó la vecina nada más verme. Y mientras la escuchaba aconsejarme sin ponerse ni un segundo en mi lugar, yo me preguntaba: ¿Cómo se puede ser tan insensible? ¡Quiere que sustituya a mi hija por otro bebé! Como si su existencia no hubiera sido importante para nadie... ¡Pero es que para mí, sí lo es!

Barbara tenía veintiséis años y acababa de perder a su hija en su sexto mes de embarazo, solo unos días después que Katia.

Meredith tomó la palabra. —Al menos no se alegró de la muerte de tu bebé, como me pasó a mí. Unos “amigos” me dijeron que, si mi hijo no venía bien, era mejor que hubiera fallecido. ¡Imagínate cómo me sentí sabiendo que hablaban así de mi niño! ¡Con cero delicadeza! Como si fuera un encargo defectuoso que es mejor devolver a la tienda para que te manden otro sin fallas.

Ulrike, que era la psicóloga del Grupo de Duelo, asintió compasiva mirando cómo Meredith se secaba las lágrimas con un pañuelo. —Todos esos comentarios son intentos de consuelo, que tenemos que soportar, de personas que no tienen ni idea de lo que significa perder a un hijo deseado de forma prematura. Un bebé que ya estaba en nuestros corazones.

—Lo peor es que se creen muy buenos amigos... Pff... Pero no comprenden nada. Yo quería a mi hijo tal y como era. ¿Es tan difícil de entender? —La pelirroja dejó de secarse las lágrimas para sonarse la nariz.

A Katia le gustaba escuchar a la psicóloga y sentir la compañía de las demás personas que estaban en el grupo, que también sufrían y se sentían tan desdichadas como ella.

En la sesión anterior habían estado hablando sobre el tema de la culpa y Katia se había quedado sorprendida al comprobar que todas se sentían culpables, en mayor o menor medida, del fatal desenlace de sus embarazos. Pero lo que más le impactó fue cuando la psicóloga les miró uno a uno y les dijo:

—No me van a creer, pero la culpa es una de las fases del duelo perinatal. Todas y todos la pasamos. Se podría decir que es natural. Ese sentimiento de: “He fallado, le he fallado”. Esa sensación de vacío, ese dolor en las entrañas, nunca se va a ir. Solo se aprende a vivir con ello.

Sus palabras descarnadas habían revuelto la conciencia de Katia y se había dado cuenta de que era verdad. Tenía que dar el paso y aceptar de una vez por todas, que nada iba a cambiar lo que había pasado y que no debía buscar culpables, sino seguir adelante, con el recuerdo de Leo guardado en su corazón.

Un día, a punto de empezar el mes de septiembre, Ulrike le pidió que la esperara después de la reunión del grupo. Quería hablar con ella sobre un asunto importante. Lo que no imaginaba Katia es que la doctora Femiano le iba a proponer trabajar con ella como psicóloga de apoyo en el hospital.

Fue como si se hubiera abierto una ventanita y un haz de luz hubiera entrado en su casa iluminándolo todo a su alrededor. A pesar de que el miedo a no hacerlo bien se apoderó de ella,

se prohibió negarse esa gran oportunidad laboral.

A pesar de que no se había especializado en duelo perinatal, el solo hecho de ayudar emocionalmente a otras personas en esa terrible situación, como Ulrike había hecho con ella, la llenaba de pasión por su oficio y de ansias de hacerlo bien.

Al principio, Katia iba a tener horario de mañana fijo, pues iba a estar una temporada a prueba y pensaba que lo haría acompañando a la psicóloga por el área de maternidad. Así que se llevó una grata sorpresa cuando vio que el radio de acción de la señora Femiano, abarcaba también el área infantil.

—No creas que es más fácil, Katia. Aquí tienes que confrontarte muchas veces con la muerte del propio paciente. Hay que preparar a los niños y apoyar a las familias. Eso es muy duro, créeme... Ya te darás cuenta.

Katia asintió con preocupación. No había pensado en que también podría haber niños con enfermedades incurables y, entonces, empezó a temer en su propia reacción cuando tuviera que enfrentarse a esa situación tan triste e injusta. ¿Sería capaz de soportarlo?

Sin embargo, a medida que avanzaban los días, Katia fue relajándose. Se dio cuenta de que existía una serie de pautas de comportamiento frente a cada problema y que, con ayuda de la empatía y la calidez en el trato, parecía que funcionaban.

Ulrike no dejaba de ponerla a prueba, integrándola como parte activa, ya sea tomando notas de lo que escuchaba o participando en ocasiones puntuales durante las sesiones y eso hacía que ella fuera ganando cada vez más confianza.

La puerta estaba abierta cuando entró al vestíbulo de la unidad de psiquiatría infantil y adolescente de la Clínica Universitaria. No era la primera vez que entraba ahí. Durante la carrera habían hecho innumerables visitas prácticas al centro, pero siempre le impresionaba la enorme sobriedad de aquel recibidor, de estilo tan moderno como desolado.

La mayoría de las visitas entraban por otros de los accesos, más cercanos a la recepción. Katia escuchaba el eco del sonido de sus pasos rebotando en las blancas paredes hasta que llegó a la altura de la escalera, donde se detuvo a esperar a Ulrike.

Miró a su alrededor con satisfacción. Cuando estudiaba, nunca imaginó que iba a acabar trabajando en ese área de la psicología, pero lo cierto era que le fascinaba. Tras las paredes acristaladas observaba cómo el sol de principios de septiembre acariciaba las copas de los árboles del parque que rodeaba la clínica, imprimiéndoles ya una tonalidad otoñal.

Se preguntó cómo estaría el laberinto. Había tenido que dominarse en varias ocasiones para no llamar por teléfono a Lina con el fin de asegurarse de que recordaría todos los preparativos que tenía que hacer para dejar la tierra y las plantas listas para soportar el invierno.

Escuchó que alguien bajaba la escalera y, pensando que era su “jefa”, se volvió a mirar sonriente. Sin embargo, tuvo que parpadear al darse cuenta de que la persona que bajaba no era otra que la psicóloga del hijo de Érick, la señora Engels.

—¡Hola, doctora! —La saludó con sorpresa.

Ella la reconoció enseguida y se acercó a darle la mano.

—Hola... ¿Ha venido a ver a Nico?

Katia no se había puesto todavía su bata así que era normal que la confundiera con una visita, pero...

—¿A qué se refiere?

—¡Oh! ¿No lo sabe?... Pues... Vaya... No puedo decir nada.

En verdad parecía lamentarlo. Por el rabillo del ojo, Katy vio que se acercaba Ulrike a grandes pasos y, en un par de segundos, estuvo junto a ellas disculpándose por la tardanza.

—Buenos días, Dorothea. Veo que ya conoces a nuestra nueva colega, la señorita Katia Bauer.

—¿Nueva colega? ¿Te contrataron para trabajar aquí, Katia?

La doctora Engels acababa de cambiar al modo de tuteo y le estaba haciendo la pregunta con lo que parecía “ilusión” en el gesto. Katy se ruborizó.

—Bueno... por lo pronto trabajo con la doctora Femiano. Voy a estar un tiempo a modo de prueba y luego ya se verá...

—¡Oh, qué bien! ¡No sabes cuánto me alegro por ti! Estoy segura de que vas a superar el periodo de prueba, sin lugar a dudas.

—Gracias, doctora.

—Katia... Mira... te quiero pedir un favor. —La psicóloga bajó la voz y le dirigió una breve mirada a Ulrike. Parecía nerviosa.

—Sí, claro. Lo que sea.

—Es Nico. Tenemos un problema —La doctora Engels la miraba directamente a los ojos para que Katy entendiera la seriedad del asunto.

—¿Un problema con Nico? ¿Qué ocurre? Dímelo, por favor.

A Katia había empezado a latirle el corazón cada vez más fuerte, hasta el punto de quedarse casi sorda y temer que no iba a poder escuchar la respuesta de la psicóloga.

—En principio, no tengo permitido hablar de este asunto con personas ajenas al niño, pero, como ya podemos decir que eres una colega, puedo contártelo. Tal vez tú tengas una idea para poder ayudar a esa familia.

—Por favor, dime lo que ocurre o me va a dar un soponcio.

—Claro, disculpa. Siempre me voy por las ramas cuando no sé cómo decir algo. A ver... Nico está ingresado aquí, en el área de psiquiatría. No ha vuelto a hablar desde que le rescataron de una riada. Lo peor es que se auto lesiona y entra en brote cuando uno se acerca a él. Además, tiene un comportamiento errático ira-llanto. Está completamente fuera de sí.

—¡Ah! ¿Pero tú conoces al niño Nicolás Feldmann?

Katia asintió casi sin mirar a Ulrike. Estaba atónita, más bien descompuesta, con toda la información que le acababa de dar la doctora Engels. ¡Nico estaba ingresado en el psiquiátrico! ¡Tenía que ser un error!

—¿Y sus padres? —preguntó aterrada.

—Sus padres vienen un ratito por las tardes a verle, pero el niño reacciona histérico, tiembla y tira todo lo que tiene a mano, da patadas y tiende a auto golpearse cuando ellos intentan acercarse. Es una situación muy complicada. Le tenemos aislado y vigilado para que no se haga daño, pero es un niño muy pequeño.

—¿Le están medicando? —Katia estaba segura de eso, así que no se sorprendió cuando le nombró los ansiolíticos que le estaban administrando a Nico.

—Hemos barajado varias causas, pero ninguna nos resulta evidente.

—¿Tal vez se dio un golpe en la cabeza?

El día de la riada Katia solo se había dado cuenta de que el niño tenía la ropa mojada. Tal vez le había arrastrado la corriente como a ella y se había hecho daño, pensó ella, con inquietud.

Dorothea Engels negó con vehemencia.

—El niño estuvo ingresado varias semanas en el hospital infantil, debido a los síntomas que te relaté. Ahí le hicieron todo tipo de pruebas para desechar cualquier hematoma o daño cerebral.

Ahora estamos intentando determinar si tiene algún trastorno bipolar, un tipo de esquizofrenia o un TLP.

—¿Un trastorno límite de la personalidad? Pero... yo no noté nunca nada tan extremo en él... salvo el problema con el lenguaje. Nico es un niño sociable, sensible, cariñoso y con muchas ganas de aprender. No puedo creer que estemos hablando de la misma persona.

Katia no comprendía nada. ¿Por qué Erick no le había dicho nada?

No hacia falta pensar mucho la respuesta. Estaba segura de que Eleonora quería acaparar a su hijo y a su marido, con el consentimiento de Erick.

Sin embargo, algo dentro de ella le decía que Nico la necesitaba con urgencia.

—¿Te gustaría ir a verle, Katia? La primera cita puedo hacerla yo sola. Tal vez tú, que conoces al niño, puedes ayudarle... quién sabe.

Katia asintió ante la propuesta de Ulrike agradecida y la doctora Engels sonrió satisfecha. Sin perder más tiempo, la guió por varios pasillos amplios, subieron un par de pisos y volvieron a perderse entre salas y pasajes hasta que, al final de un corredor iluminado por luces fluorescentes, se metieron en una habitación con una pared de cristal.

—Buenos días, Otto. ¿Todo en orden?

El enfermero levantó la vista en su dirección cuando ellas entraron y después señaló hacia el cristal. —Volvió a desplumar su edredón.

—Vaya.

A Katia se le encogió el corazón. Detrás del cristal, en una habitación con todas las paredes acolchadas estaba su pequeño angelito, acostado en medio de un montón de plumas blancas. Tenía los brazos sobre la cabeza tapando su rostro y temblaba.

—Tiene frío.

—¿Subimos la calefacción, doctora?

Katy no creía lo que veían sus ojos. —¿Por qué no tiene ropa puesta?

—Porque la rompe.

Qué había podido pasar para que el niño más dulce que Katia había conocido, yaciera como un perturbado mental en un lugar como ese. Tragó saliva con dificultad, no podía mirarle ni un segundo más así. Nico estaba sufriendo.

—Quiero entrar.

—¿Estás segura?

Katia asintió con impaciencia.

Se oyó el clic de la puerta al cerrarse tras ella. El cristal, a través del cual eran observados todos sus pasos, era un espejo gigante por ese lado.

—Nico... soy yo —le habló en voz muy bajita para no asustarle.

De inmediato, el niño levantó la cabeza y clavó sobre ella su mirada llena de odio. Antes de que él pudiera reaccionar con agresividad, ella continuó.

—Acabo de salir del hospital... y vine a buscarte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, sobre todo al ver el gesto de desesperación en un niño tan pequeño. Lo que fuera que estaba ocurriendo en su cabeza, era grave.

—Kat... ¿none tabas?

Su vocecita volvía a sonar cascada.

—Estaba en el hospital... ¿te acuerdas que me arrastró el río? Pues me hizo mucho daño. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Su labio inferior se brotó, desfigurando su carita aún más... pero esta vez era para bien. Nico estaba haciendo pucheros y no tardó en ponerse a llorar desconsolado.

Katia se sentó en el suelo junto a él y, con mucho cuidado, empezó a acariciarle la carita con las dos manos para que se diera cuenta que ella lloraba con él.

—Ya estoy aquí, Nico. Ya estoy aquí. Contigo.

Su pequeño cuerpo estaba helado cuando se desmoronó entre sus brazos sin poder dejar de llorar. Katia sacó su bata del bolso, que llevaba consigo, le abrigó con ella y le acunó musitando la nana de Mozart, que tanto le gustaba.

Por un instante, le vino Leo a su memoria... tan frío y tan indefenso, pero no dejó de cantar a pesar de que una mano invisible le oprimía la garganta.

Cuando terminó, Nico ya se había tranquilizado. Ella le dio un beso en la sien y le contó lo mucho que le había echado de menos y lo preocupada que había estado por él.

—Y ahora quiero que me digas por qué estás tan disgustado, para poder sacarte de aquí, cariño. Tus amigos te están esperando para jugar en la casita del árbol y, si quieres, yo puedo hacer una tarta de chocolate para que meriendes con ellos en el laberinto ¿qué te parece?

—¿En bedinto?

Nico había empeorado muchísimo su pronunciación. ¿Qué era lo que le pasaba?

—Sí, puedes jugar con ellos al escondite dentro del laberinto. ¿Te gusta la idea? ¿A que sí?

Vio cómo se mordía el labio y abría los ojos con miedo, como si se hubiera acordado de algo malo.

—Nico, tú sabes que yo te quiero, ¿verdad?

El niño suspiró mirando hacia los botones de la camisa azul celeste que llevaba ella puesta.

—Y sabes que nunca dejaría que te pasara nada malo, ¿verdad?

Nico quiso girar la cabeza hacia otro lado, pero ella no le dejó. Le movió hasta que consiguió que la volviera a mirar a la cara.

—Dime una cosa. ¿Tú ves sombras o cosas raras que se aparecen de repente, como fantasmas volando?

El niño sacudió la cabeza, negando con convicción. Por su expresión de extrañeza, parecía sincero.

—Y cuando estás solito, ¿oyes voces en tu cabeza que hablan contigo?

Nico parpadeó como si no comprendiera a lo que Katia se refería. —No sé.

—Voces de personas que no se ven, digo. Que solo están en tu cabecita.

—¿De papá?

—¿Oyes a tu papá cuando él no está aquí?

—No.

—¿Tienes un amigo aquí que nadie puede ver? ¿Que es invisible?

—¡No! Quí no teno migos.

—Okay... ¿Tienes hambre? —Katia sacó de su bolso una barrita de muesli con chocolate y se la ofreció.

A Nico le brillaron los ojos y se la arrebató de la mano. Se la metió en la boca y, en un par de deliciosos bocados, desapareció.

—¿Te gustó?

—Sí, tenes ota tina.

—¿Otra chocolatina? Me temo que no... Pero si me dices lo que te está pasando, podríamos salir a comprar una al Kiosco. ¿Te gustaría?

De nuevo, una nube negra se posó sobre los ojos del niño. Katia entendió que Nico estaba sufriendo mucho.

—¿Alguien te ha hecho daño? ¿Te han tocado en las partes privadas de tu cuerpo?

Katy contuvo el aliento, temiéndose lo peor. Él negó con la cabeza.

—¿Quién tiene la culpa, Nico? ¿Quién te hizo daño?

Katia notaba la desesperación del niño en su propia piel. Cómo le gustaría que le confesara lo que le estaba ocurriendo, pero no podía obligarle, aunque lo estuviera deseando. Solo de pensar en que ella tendría que irse a su casa y dejar a Nico ahí le horrorizaba.

—Mamá.

—¿Mamá? ¿Tu mamá?

Nico gruñó con rabia y se cruzó de brazos.

¿Qué podía haber hecho Eleonora que a Nico le hubiera afectado de esa manera? ¿No le perdonaba que le hubiera dejado abandonado? ¿Estaría enfadado por eso? Nunca le pareció que Nico pudiera ser del tipo rencoroso.

—¿Tu madre no se portó bien?

—¡No!

—¿Qué te hizo?

Quería que Nico reflexionara sobre sus sentimientos de abandono y que fuera él mismo el que le dijera por qué se sentía así.

—En el tano.

—¿En el tano? ¿Qué es el tano?

—Bajo.

Katia no entendía nada. ¿Tano era bajo? ¿En el bajo? ¿Qué bajo?

—Y... ¿por qué?

No sabía qué preguntar. De repente, parecía que estuviera jugando a los acertijos.

—Poque no podía habá.

—¿Quién no podía “habá”?

—Yo.

—¿Tú?

Nico asintió con fuerza y cerró la boca con enfado.

El niño le acababa de confesar por qué estaba en ese estado tan lamentable y Katia no había entendido ni una palabra.

Se detuvo a pensar, mirando el reflejo enjuto de Nico en el espejo. Se veía tan pequeño y desvalido. Era como si se hubiera retrasado todo su desarrollo en un par de meses.

En todo caso, el hijo culpaba a la madre de algo.

Algo que hizo en el tano bajo, porque él no podía habá.

¿En el tano bajo? ¿Tano?

De repente, un horrible recuerdo le llegó a su mente y sus ojos se le abrieron espantados, pero intentó aparentar tranquilidad. Con el máximo cuidado le preguntó algo que nunca hubiera imaginado.

—Nico, ¿tu madre te encerraba en el sótano?

—Sí. ¡Tano! ¡Nego!

—Sótano negro... sí que es negro, sí. Por eso no querías venir conmigo al sótano aquel día, ¿verdad?

El cuerpecito del niño se estremeció y, entonces, se escondió debajo de la bata, tal y como había hecho aquella vez.

Recordó el miedo que ella había pasado sin poder salir de ese hueco oscuro, pensando que había fantasmas... porque, antes de que la luz se apagara, había visto la puerta llena de abolladuras y golpes extraños.

—Dime una cosa. Cuando te encerraba tu mamá... ¿tú le pegabas patadas a la puerta para salir?

—Sí, así.

Sacó sus piernas de debajo de la bata y empezó a patear el aire.

Katy se mordió el labio. Le dolía el sufrimiento por el que había tenido que pasar su pequeño. Ya no le extrañaba que el niño hubiera reaccionado de esa manera, al ver que su madre había vuelto a continuar aterrorizándole. —¿Tú mamá te quiere, Nico?

—¡No! Ella mala. Pega. Quí.

Se señaló el cuello y volvió a taparse con rapidez.

—¡Oh! —Katia no podía creer lo que estaba oyendo. La extraña lesión en la garganta del niño vino a su cabeza —¿Y qué más te hacía tu mamá?

—Dice bobo.

—¿Por que tú no podías hablar?

Nico tembló bajo su escondite. Era fácil comprender lo indefenso y desgraciado que se había sentido.

—No podía habá.

—Pero ahora sí puedes hablar, cariño. Tú no eres bobo y lo sabes.

Nico guardó silencio.

De repente, otro pensamiento preocupó a Katia aún más.

—¿Tu papá también te pega, Nico? Dime la verdad.

La bata se movió y Nico apareció desde debajo de su refugio improvisado con el rostro desenchajado.

—¡No! Papá es beno.

—Sí, lo sé. Pero quería saber cuál era tu opinión. Para mí, lo que tú digas es muy importante, ¿sabes?

El pequeño parecía más conforme.

—Tu papá está muy preocupado, cariño. Quiere que vuelvas a casa. Por eso tengo que decirle lo que me has contado. ¿Me das tu permiso?

—¡No! ¡Mamá pega! ¡Tano!

—Tranquilo, mi vida. ¿Sabes una cosa? Estoy segura de que tu padre te va a creer y se va a poner de tu parte. Yo también estoy contigo y la doctora Engels, también. Ella es tu amiga, ¿se te había olvidado?

Como vio que el niño no terminaba de quedar convencido le dijo lo que ella pensaba hacer.

—Escúchame, Nico. Lo que hizo tu madre es muy, muy malo. Ahora yo estoy aquí y no me voy a volver a ir. Voy a hacer todo lo posible para que tú estés bien y que nadie te haga daño. Confía en mí.

CAPÍTULO 21

E speró hasta que Nico se durmió mecido entre sus brazos envuelto en su bata blanca, lo acostó en la cama y se sentó a su lado. Se le quedó mirando unos instantes sintiendo en su pecho una enorme ternura por aquel niño, que ella tanto quería y que parecía más pequeño e indefenso que nunca.

Una intensa ira hacía Eleonora se apoderó de ella. Se puso en pie y apartó todas las plumas del edredón desparramadas por el suelo hacia una de las esquinas de la estancia. Después pidió por gestos que le abrieran la puerta para poder abandonar la habitación.

En el pasillo, la esperaba la doctora Engels agitando una mano en el aire para llamarle la atención, a pesar de que no había nadie alrededor en ese momento.

—Lo hemos grabado todo. Acabamos de dar aviso a los servicios de protección al menor. El padre ya está en camino. Por ahora no le hemos informado de lo que ocurre para no poner en alerta a la madre, por lo menos hasta que no esté claro si van a detenerla o no... Además, no sabemos hasta qué punto está implicado el padre y hay que evitar cualquier riesgo de fuga.

—Muy bien —Katia estaba asombrada por la eficiencia en el proceso y tomó nota mental pensando que, tal vez, algún día lo tendría que poner en marcha ella misma.

—Nico necesita ropita. ¿Sabes dónde la puedo conseguir?

—Claro que sí.

Entró en la habitación desde dónde le vigilaban y salió unos minutos después con una camiseta, un pantaloncito deportivo y ropa interior. Mientras tanto, Katia había llamado a su jefa para pedirle el resto del día libre. No había hecho falta darle muchas explicaciones. Ulrike se había hecho cargo de las circunstancias extraordinarias y no le puso ningún problema.

—Tú, que conoces al señor Feldmann mejor que nadie aquí, ¿querías estar presente cuando le comuniquemos lo que ha confesado su hijo? Pienso que sería bueno.

Dorothea Engels se la quedó mirando con seriedad, esperando una respuesta afirmativa, que Katia no estaba segura de poder darle. ¿Quería estar ella presente cuando le dieran la “noticia” a Érick de que su hijo había sido víctima de maltrato infantil por parte de su propia madre, la adorable Eleonora? De repente, temió que al equipo de psicólogos del centro se les ocurriera que ella debería de ser la indicada para decírselo, pero... ¿cómo se puede anunciar algo así de fuerte? ¿Érick sería capaz de creerla o pensaría que ella estaba actuando por resentimiento? Con mala suerte, la podría acusar de intentar manipular a su hijo en contra de su madre por celos. En ese caso, ella no podría ayudar a Nico.

Sabía que debían de actuar con mucho cuidado para que la confesión del niño no quedara en entredicho, así que, a pesar de que le hubiera gustado poder estar con Érick para apoyarle cuando se enterara de lo que realmente había estado ocurriendo en su familia, a sus espaldas —porque de eso ella no tenía dudas—, se excusó diciendo que tenía una cita importante, pero que volvería pronto para acompañar a Nico porque se lo había prometido.

Estaba tan nerviosa que apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuera la llegada

inminente de Erick. Tendría que enfrentarse a él de todas formas porque no pensaba fallarle a Nico. Se quedaría ahí con él, acompañándole el mayor tiempo posible. Por lo menos hasta que le dieran el alta.

Por suerte, Dorothea le comentó que la reunión con el padre, los psicólogos a cargo y los servicios de protección al menor se haría en otra sala situada dentro del mismo área donde estaba Nico ingresado, pero lo suficientemente alejada como para poder reaccionar en caso de que hubiera sorpresas.

Con “sorpresas” se refería a que el padre quisiera montar un escándalo.

Katia no lo creía.

En su opinión, Erick era un padre excepcional y si debía de encontrar una pega en su relación con su hijo era precisamente el horario de trabajo del padre, que no le permitía estar con el pequeño todo lo que ellos querían. Sin embargo, el tiempo que pasaban juntos era de calidad y eso era lo que, en realidad, importaba.

Guardó la ropita del niño en su bolso y bajó por otras escaleras menos transitadas para evitar encontrarse con Erick. A la máxima velocidad que le permitían sus piernas, fue hacia un supermercado cercano y allí compró unas cuantas chucherías, un juego de cartas infantiles, una libreta y unos lápices de colores para entretenerle. No había mucho donde elegir, pero con eso sería suficiente para el resto del día.

En el camino encontró una pizzería y ahí pidió una *Margarita* para llevar, con una lata de refresco. En la clínica tenían botellas de agua para los pacientes.

Con sus zapatos de tacón bajo le costaba correr de vuelta a la clínica, pero era tal su ansiedad que no podía evitarlo. Le daba miedo que Nico se despertara y se viera solo de nuevo.

Después de subir los escalones de dos en dos, llegó sudando y con el pelo despeinado, así que decidió entrar primero al baño para arreglarse antes de ir a la habitación de Nico.

Al salir de los aseos que estaban junto a las escaleras oyó voces que salían de una de las habitaciones cerradas y se detuvo, como paralizada, al darse cuenta de que se trataba de Erick.

—¿A quién se le ocurre que yo podría hacerle eso a mi hijo?! ¡Quiero sacarle inmediatamente de aquí!

—Eso no es lo que hemos dicho.

—Eso es exactamente lo que pretenden decirme... Quieren culparnos a nosotros por algo que no hemos hecho.

—El niño no se ha referido a usted en ningún momento. Él le tiene miedo a su madre.

—¿A su madre? ¡Qué locura es esa! Usted misma nos dijo que el problema de Nico era que echaba de menos a su madre y ahora que su madre está aquí le quiere echar la culpa de todo. ¡Es incomprensible! Esto es denunciabile...

Katia no quiso escuchar más. Le empezó a doler la barriga de angustia al escuchar la reacción de Erick. Defendió a Eleonora a capa y espada, incluso sobre la palabra de su hijo. Eso sí que era incomprensible.

Nico dormía todavía cuando ella llegó, así que dejó la cosas que traía junto a la puerta y se sentó afligida en el borde de la cama.

No sabía lo que iba a pasar. Erick era su padre, pero ¿tenía derecho a llevárselo a su casa, para vivir junto a su madre, a pesar de todo? Al fin y al cabo, era la palabra de un niño contra la de sus padres. ¿A quién iban a creer? Katia no tenía ni el más mínimo resquicio de duda en cuanto a ella se refería. Le había sentido temblar de miedo entre sus brazos. Nico estaba sufriendo de verdad.

Le acarició la arruga que se le había formado en el entrecejo y le apartó el pelo de la cara. Era

un niño tan suave y delicado... No le cabía en la cabeza que su madre le hubiera encerrado a propósito en el sótano. Y no solo había ocurrido una vez, que ya hubiera sido horrible, sino que lo hacía cada vez que ella le quería castigar.

Le parecía inconcebible que existieran personas en el mundo con la suerte de tener hijos vivos y sanos, y que fueran capaces de hacerles daño. ¡Cuánto daría ella para que Leo estuviera con ella en esos momentos! Probablemente, ella ya estaría a punto de dar a luz a su hijo, si Eleonora no hubiera aparecido como un amenazante fantasma del pasado.

Intentó tranquilizarse recordando lo que le habían aconsejado de no volver a culpar a nadie, ni siquiera a sí misma, por más difícil que fuera y por más que la dolorosa herida siguiera abierta y palpitante en el hueco pesado que había dejado su bebé en su pecho.

Nico se movió y abrió sus ojos, poco a poco, hasta que se dio cuenta de que ella estaba allí, sonriéndole.

Una expresión de alegría se dibujó en su carita antes de sentarse y abalanzarse sobre los brazos de su antigua niñera.

—¡Kat! ¡Tás qué!

Katy le devolvió el abrazo con fuerza y le meció de un lado a otro.

—Sí, cariño. Estoy aquí... ¿Dormiste bien?

Notó que movía su cabeza junto a la suya para asentir.

—Te traje ropita para que podamos comer y jugar juntos. ¿Qué te parece?

—¡Bien!

La alegría de Nico era contagiosa. Katia empezó a sonreír de oreja a oreja mirándole curiosear entre las bolsas que ella había traído.

Se vistió él mismo mientras Katia abría la caja de la pizza sobre el blando suelo y le tendía al niño un trozo envuelto en una servilleta.

—¡Pinic!

—¡Es verdad! Tienes razón, estamos haciendo un picnic. ¡Qué guay! ¿Verdad?

Nico estaba de acuerdo. Mordió con gusto un gran cacho de pizza, deleitándose con el bocado y se manchó de salsa de tomate alrededor de la boca.

Katia sonrió encantada de ver al niño más contento y le dio, a su vez, una buena dentellada a su pedazo de pizza.

A pesar de que la Margarita que había comprado no era muy grande, no se la pudieron comer entera. Katia le limpió la boca a Nico y le dio de beber un vasito de agua. Después sacó el refresco de naranja de la bolsa y el pequeño empezó a dar saltos de alegría. Su padre no le dejaba tomar bebidas carbonatadas, pero en el cumpleaños de uno de sus amigos la había probado y se había quedado fascinado. Aún así, tuvo que aceptar que su padre solo le dejara beberlo en raras ocasiones, como en festividades.

Katia sonrió y le avisó: —Solo hoy, Nico. Ya sabes que tu padre piensa que no es sano y tiene razón.

—Zuca.

—Eso. Tiene mucho azúcar. Pero hoy podemos hacer una excepción porque tenemos que celebrar que volvimos a encontrarnos, ¿a que sí?

—¡Sííí!

Nico volvió a dar saltos alrededor de Katia y ella soltó una carcajada de pura emoción. Llenó dos vasitos de plástico con la bebida refrescante y le dio uno a Nico.

—¡Chín-Chín! —Brindó con él, sosteniéndole el brazo con cuidado para que no se le cayera el contenido del vaso al suelo de goma.

—¡Chín-Chín! —repitió Nico con orgullo.

Acto seguido se lo bebieron todo a sorbos y Katia tuvo que ponerle un poquito más a Nico porque no dejaba de insistir.

“Un día es un día”, se dijo.

Cuando acabaron de beber, Katy apartó todo a un lado y sacó el juego de cartas para enseñarle a jugar. Como imaginaba, Nico no estaba todavía preparado para entender las reglas del juego, pero se entretuvieron un buen rato mirando las ilustraciones de todas las cartas, buscando cuáles les gustaban más y procurando, Katia, hacer hincapié en mejorar la pronunciación del niño.

—También te traje una libreta para dibujar.

Katia se puso en pie, rebuscó en la bolsa y volvió a sentarse junto a Nico para enseñarle lo que le había traído. Sin embargo, el pequeño no reaccionó como ella esperaba. Palideció y se quedó mirando con terror la cajita de lápices de colores.

Ella no comprendía lo que le pasaba. Sabía que a él, no es que le fascinara dibujar, pero le gustaba lo suficiente como para hacer bonitos dibujos con ella. ¿Qué le podía estar pasando? ¿Sería verdad que estaba sufriendo cambios de humor? ¿Estaría Nico entrando en una crisis?

—¿No te apetece dibujar?

Nico se había empezado a morder los labios con afán y su cuerpo se había ido encogiendo como si quisiera desaparecer por un agujero imaginario en el suelo. No parecía ni que le prestara más atención a ella.

—Nico... ¿son los lápices? ¿No te gustan estos lápices?

—No, no gustan.

De pronto, Katia recordó que Nico, al principio de conocerle, ya había tenido problemas con los lápices. Se negaba en rotundo a usarlos y los tiraba al suelo enrabiado. Fue por eso que ella le había comprado unas ceras de colores. Se imaginó que un niño tan pequeño preferiría usar barras más gruesas y manejables para dibujar, acordes a su edad, y había tenido razón. Incluso en el jardín de infancia prefería usar, desde entonces, los crayones.

—Vaya... lo siento, cariño. En el supermercado donde fui solo tenían estos lápices. ¿De verdad no te gustan ni un poquito?

Empezó a abrir la pequeña caja para enseñarle los diferentes colores del arco iris que traía hasta que vio que Nico se ponía aún más nervioso y se tapaba las orejas, como si le fuera a pasar algo malo. Entonces, Katy, dejó la libreta y los colores en el suelo y abrazó al niño con ternura.

—Dime qué te pasa, Nico. ¿Por qué no te gustan esos lápices? ¿Es que son feos?

—Mamá...

A Katia le sonaron de nuevo todas las alarmas de su cabeza y su cuerpo se puso en tensión.

—¿Sí?

—Ella pega.

—¿Ella te pega? ¿Por los colores?

Nico negó con la cabeza y Katia no se atrevía ni a respirar esperando su respuesta.

—Yo no sé cribir.

—Tú no sabes escribir. Pero es normal, Nico. Tú solo tienes cuatro años. En el colegio te van a enseñar a escribir. No te preocupes, cariño. Y tu madre... ¿se enfadaba porque tú no sabías escribir?

Nico asintió. Parecía dolido.

—Pega a mí con la codea de Deste.

Katia se quedó unos segundos sin habla, intentando comprender.

—Pero... ¿cuándo te lo hizo?

—¡Siempre! Mamá dice Nico bobo porque no sabo hablar ni escribir.

—¿Quieres decir que tu madre te pegaba con la correa de Dexter muchas veces? ¿En diferentes días?

El niño asintió. —Después, tano. Siempre.

—¿Después de pegarte te encerraba en el sótano? Pero eso no está bien, ¿verdad, Nico?

—¡No tá bien! ¡Da medo!

—¡Uff! ¡Y que lo digas! Cuando estuve ahí encerrada casi me muero de miedo. ¡Pensé que estaba lleno de fantasmas y solo eran telarañas pegajosas y asquerosas! ¡Puaj!

Tiritó a propósito haciendo muecas de asco de forma exagerada para que a Nico le diera risa y así rebajar la tensión. Por suerte, lo consiguió.

“¡Qué clase de madre es capaz de usar un método de castigo tan agresivo e inhumano!” A Katia le resultaba incomprensible. Sobre todo sabiendo la necesidad de apoyo que requería un niño con tantas dificultades como Nico. Le resultaba imperdonable que Eleonora le hubiera hecho eso a su hijo.

No le cabía ninguna duda de que el estado en el que se había sumido Nico los últimos meses había sido por causa del temor que tenía el niño hacia esa persona que se hacía llamar “su madre”. Nico no tenía ninguna necesidad de inventarse un problema mental para huir de su casa porque sí. Katia pensaba que, más bien, había sido la desesperación y el miedo por tener que volver a estar bajo el yugo de su madre, que había vuelto a casa, lo que le había empujado a ese estado entre vegetativo y agresivo.

El problema era que Katia no sabía cómo podía ayudarle salvo estando con él mientras le tuvieran ingresado ahí. Pero Erick ya estaba pensando en llevárselo a casa... junto a su madre.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal mientras miraba a Nico hurgar en las bolsas que ella había traído. Deseaba con todo su corazón que hubiera quedado grabado todo lo que el pequeño acababa de contarle para poder enseñárselo a Erick... “si es que quiere verlo, claro está”.

Katia se dio cuenta de que tenía que dejar de evitarle. Debía de intentar hablar con él. No le quedaba otra. Tenía que sobreponerse y luchar por los intereses de Nico, e incluso por los de Erick. Una persona, que se comportaba de una forma tan cruel como Eleonora, no podía seguir formando parte de la vida de ningún niño, por mucho que aparentara ser un ángel dorado ante los ojos de su marido y de la sociedad.

Se sentía mal, incluso hasta estúpida, por no haber prestado atención a la multitud de señales de lo que le había estado ocurriendo a Nico de verdad y que no había sido capaz de entender hasta ese momento.

Pero ella no había sido la única que estaba perdida. Su propia psicóloga interpretó las tachaduras que había dibujado en el papel para representar a su mamá, como que el niño echaba de menos a su madre y que estaba enfadado con ella por haberle dejado abandonado.

La realidad, en cambio, era tan monstruosa e impactante que ni siquiera la llegaron a tomar en consideración. No le cabía duda de que las tachaduras gruesas y profundas eran pura rabia contenida hacia la figura materna, lo mismo que sus ansias de romper todas las fotos donde aparecía su madre y que permanecían guardadas en el cajón más alto de la cómoda del salón, a buen recaudo.

De repente, se escucharon unos golpecitos en la puerta. Nico dio un respingo del susto y fue corriendo a esconderse detrás de Katia. La hoja de madera blanca se abrió con lentitud y a Katia empezó a latirle el corazón de manera desbocada al ver que se trataba de Erick.

No sonreía. Parecía abatido, preocupado, enfadado. Katia no sabía si tal vez era por ella, por su inesperada y, de seguro, indeseada, presencia. Se mantuvo en silencio, aunque en el fondo

deseaba abrazarle, borrarle con sus besos las ojeras oscuras que le habían salido y tomarle de la mano para convencerle de que creyera a su hijo.

Cerró la puerta tras él y se sentó en el suelo, delante de Katia.

—Hola... ¿Has visto a Nico?

Su rostro pálido no reflejaba ninguna emoción, pero ella podía jurar que el padre quería llegar al hijo a través del juego, como lo habían hecho otras veces.

—No... No tengo ni idea de dónde está. ¿Has mirado detrás de esas bolsas?

—Voy a ver... Nico, ¿estás ahí?

Katia notó que el pequeño se relajaba y se movía para poder mirar lo que hacía su padre.

—No. Aquí no está.

—¿Miraste debajo de la caja de la pizza?

—Todavía no.

Érick se volvió a estirar en la otra dirección y levantó la caja como si creyera que un niño pudiera esconderse ahí debajo, de verdad.

—¡Te pillé! —exclamó de forma exagerada con la caja en la mano a sabiendas de que su hijo le estaba observando desde su escondite.

Por fin, un reflejo de optimismo brilló en los ojos claros del padre.

—¿Tampoco está ahí?

—No...

—¡Qué raro! Hace un ratito estaba aquí. Tal vez se fue a dormir a la cama.

—¿Tú crees? Entonces voy a tener que esperar para decirle que Nora se va a ir.

—¿Cómo que se va a ir?

—Se va a ir. Se va a ir para siempre.

Katia giró su cuerpo para poder cuchichearle a Nico, que seguía agazapado detrás de ella. — ¿Has oído eso?

—¿Done se va?

La seriedad del rostro de Érick se esfumó en cuanto vio que su hijo salía de su escondite y se dirigía a él. Le sonrió con la complicidad de siempre y le contestó: —Se va a ir lejos, hijo. No te preocupes más, ella ya no va a volver.

—¿Tas segudo?

—Sí, estoy seguro. Cuando los médicos digan que ya estás bien, podemos irnos a casa. ¿Qué te parece?

Nico se puso en pie y asintió contento, mirando a su padre con ilusión.

—Pero tenemos que hablar tú y yo, Nicolás Feldmann. ¿Por qué no me contaste lo que te estaba haciendo tu madre?

Nico agachó la cabeza y parecía que se iba a poner a llorar.

Katia le dirigió una mirada de aviso a Érick para que no siguiera agobiando al pequeño.

—No pasa nada, hijo. Pero me hubiera gustado ayudarte desde el principio. No me gusta lo que Nora te hizo. Estoy muy enfadado con ella, no contigo. Tú sabes que yo te quiero, ¿verdad?

Nico, que aún seguía con la cabeza agachada, asintió.

—Ven aquí, hijo.

Alargó la mano y atrajo al niño hacia él para sentarlo en su regazo y darle un abrazo.

—Vas a ver que ahora todo va a ir bien.

Katia se puso en pie con la intención de salir fuera con la excusa de que tenía que ir a hablar con la doctora Engels. La verdad es que quería dejarles espacio para que hablaran en la intimidad.

Ellos casi no le prestaron atención.

—¿Y si ella vuelve?

—No, ella no va a volver, hijo. No lo voy a permitir. Vamos a estar tú, yo... y Dexter en casa.

Al oírle, Katia se mordió el labio y, agachando con tristeza la cabeza, salió de la habitación en cuanto le abrieron la puerta de seguridad.

—¿Y Kat?

Eso fue lo último que escuchó antes de que la puerta se cerrara detrás de ella. “¿Y Kat?” Un torbellino de cálidas emociones se removió dentro de su pecho, pero sobre todo, se sentía feliz y agradecida por el cariño que le profesaba Nico.

Katy no le podía fallar. Ahora que sabían que, en realidad, el niño había sido víctima de maltrato en el ámbito familiar, podrían empezar a seguir un tratamiento específico para poder ayudarle mejor.

CAPÍTULO 22

Ulrike le explicó que no consiguieron que el señor Feldmann entendiera la gravedad de la situación hasta que le enseñaron las grabaciones donde su hijo relataba lo que le había ocurrido. Mientras tanto, la policía había ido a la casa de los Feldmann y allí habían detenido a Eleonora para llevarla a Comisaría.

En ese momento, le sonó el pitido de entrada de un mensaje. Se trataba de Maik. Se interesaba por saber cómo estaba ella y le preguntaba si quería salir a comer a un restaurante ese fin de semana.

Katy salió al pasillo y tipeó una respuesta rápida declinando la invitación por falta de tiempo. No quería apartarse de Nico por nada del mundo, por lo menos, hasta que no estuviera segura de que el niño ya no la necesitaba.

En ese momento, salió Érick de la habitación de su hijo y se la quedó mirando. Katia no sabía qué hacer. Se quedó petrificada, como una estatua haciendo frente al viento, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Gracias.

Al escucharle, algo se rompió en su interior. Su voz parecía cansada, sin rastro de aquella sensualidad que la había enamorado. Ella simplemente asintió, incapaz de articular palabra. Tenía tanto qué decirle... pero no se atrevía. Entre ellos se había abierto un profundo desfiladero, que los separaba al uno del otro años luz, a pesar de estar solo a un par de metros de distancia.

Ulrike apareció acompañada del enfermero Otto. Se la veía de muy buen humor. Al verles, se detuvo y se dirigió al padre de su paciente.

—Hemos pensado que vamos a cambiar a Nico a una habitación más grande ya que Katia, con su consentimiento señor Feldmann, está dispuesta a quedarse con el niño hasta que le demos de alta, que espero que sea muy pronto —, apuntó con optimismo.

—Me parece muy bien.

Érick no dejaba de mirar a Katy a los ojos y ella cada vez se ponía más nerviosa.

Una llamada entrante rompió el hechizo del momento. Katia se apresuró a mirar de quién se trataba. De nuevo, era su ex novio.

—¿Sí, Maik?

Se apartó para contestarle intentando ocultar su impaciencia.

—Espero no molestarte. Solo quería saber si tienes tiempo la próxima semana para ir a tomar un café.

Katia resopló para sus adentros.

—No creo que pueda, Maik. Estoy muy ocupada estos días. Pero, si quieres, en cuanto tenga algo de tiempo te lo digo, para que tomemos ese café. ¿Tal vez en un par de semanas?

Maik no parecía muy contento con la idea, pero aceptó y Katia no tardó en despedirse de él.

Cuando se dio la vuelta en busca de Érick, ya no le encontró. Seguro que se había ido con Ulrike y Otto para ver la nueva habitación que le habían asignado a su hijo, aprovechando que el

niño ya dormía. Por la mañana, harían el traslado.

Miró el reloj y se dio cuenta de que eran casi las ocho de la noche. Había sido un día muy largo. Apretó el botón del ascensor y pensó en llamar a un taxi para que la llevara a su piso. Allí aprovecharía para darse una ducha rápida y llenar un maletín con ropa y los utensilios de baño necesarios para quedarse unos días con Nico en el hospital psiquiátrico. Tenía que sacarlo de ahí cuanto antes, se propuso con firmeza mientras esperaba la llegada del ascensor.

—¿Te vienen a buscar?

Érick había aparecido de la nada.

—No. Me voy en taxi. Es un poco tarde para ir en Autobús. En una hora estoy de vuelta.

—Si quieres te llevo. Aparqué por aquí cerca.

—No sé. ¿No prefieres quedarte aquí por si se despierta tu hijo?

—No se va a despertar porque le dieron un tranquilizante. A partir de mañana le van a ir retirando las medicinas. Llevarte a casa es lo mínimo que puedo hacer por ti después de todo lo que estás haciendo tú por nosotros.

—No he hecho nada que no hubiera querido.

Se subieron al ascensor y fueron hasta la salida casi sin mirarse. La situación resultaba incómoda y Katia tenía ganas de decirle que no se preocupara por ella, para después seguir su camino sin mirar atrás. La brisa fresca les recibió al salir del edificio.

—No sabes lo mal que lo he pasado, Kat. No tenía ni idea de qué hacer. Nico se volvió completamente loco. Gritaba incoherencias desesperado y yo era incapaz de llegar a él. No sabes cómo te agradezco que hayas venido. Cuando le vi hablando contigo, así... como antes, como si fuera un niño normal y no un perturbado, te juro que pensé que había ocurrido un milagro. No me lo podía creer.

Iban caminando por el paseo arbolado que rodeaba el hospital psiquiátrico, dirigiendo sus pasos hacia la hilera de vehículos aparcados en la calle sin prestar atención a nada de lo que les rodeaba. Katia le escuchaba con la boca cerrada y con el corazón en un puño. Le dolía que lo hubiera pasado tan mal y que no solo Nico, sino también su padre, hubieran sufrido tanto sin que ella supiera nada.

—Me parece tan fuerte que Nora haya maltratado a nuestro hijo de esa forma y que yo no me hubiera enterado de nada... Siempre pensé que Nico había nacido con un problema de salud y no que estaba casado con una sádica.

—No puedes culparte por algo de lo que no tenías conocimiento.

—Yo soy su padre. Tenía que haberme fijado más en sus marcas en la piel, haberme preguntado por qué no quería hablar y siempre estaba escondido debajo de las mantas. Tenía miedo y yo no le di importancia. ¿Qué clase de padre soy?

—Uno que ha sido capaz de reaccionar a favor de su hijo. Él sabe que le quieres.

—Pero no puede confiar en mí, Kat. ¿Te das cuenta de que he vivido con él, que estaba siendo maltratado, y que nunca me pidió ayuda? ¡No sabe que puede contar conmigo! Y no lo sabe porque ha crecido creyendo que yo apoyaba a su madre y que la dejaba hacerle esas cosas. ¡Joder! ¡Que le encerraba en el sótano! Estoy seguro que fue ella la que tapó con cartones las ventanas para que no entrara la luz. ¿A qué mente perversa se le ocurre hacerle eso a un niño pequeño?

—Yo tampoco lo comprendo, créeme.

Él se detuvo, de pronto, y la miró con ternura. —Te creo. Sin ti, estoy seguro de que hubiera perdido a mi hijo.

—Érick, tienes que darte cuenta de que Nico es un niño inteligente. Él sabe lo que está bien y

lo que está mal. Tómallo como una nueva oportunidad para enseñarle a Nico que puede contar con su padre para lo que sea y deja de machacarte pensando en un pasado donde no hay vuelta atrás.

Cuando llegaron al apartamento de ella, Katia le invitó a entrar.

Él titubeó unos instantes antes de aceptar la invitación y acompañarla hasta el tercer piso, donde ella vivía.

—¿No está tu novio? —Le preguntó él nada más entrar y ver que todo estaba a oscuras.

—¿Qué novio?

—Pues ese que me presentaste... con el que te fuiste a vivir.

—¡Ah! Hablas de Maik. No, ya no vivo con él. En realidad, solo me quedé en su piso unas pocas semanas. No hay nada como la independencia.

Le contestó sonriendo mientras dejaba las llaves sobre la cómoda de la entrada.

—¡Ah!

Le oyó decir detrás de ella mientras le enseñaba el sillón de la sala de estar.

—Me puedes esperar aquí. ¿Te apetece beber algo?

—No, gracias.

Se quitó el abrigo mirando a su alrededor con curiosidad. De repente, sus ojos descubrieron algo que le hizo sonreír con sorpresa.

—¡Oh! ¡Mírale qué guapo! —Se acercó a la foto enmarcada para verla mejor —. ¡Qué vergüenza! He estado tan concentrado en mis problemas que olvidé por completo preguntarte por Leo. ¿Dónde está? ¿Puedo verle?

Se dio la vuelta para mirarla con una sonrisa llena de ilusión. Katia no sabía si reír o llorar. Agachó la cabeza y tomó aire.

—Vaya... No me digas que no te llevas bien con tu ex y ahora es el turno de él de quedarse con el peque. ¿Eso es lo que te disgusta?

A Katia le entró de repente una risa nerviosa e incontrolable. ¡Ojalá fuera esa la causa de su amargura! Érick la miraba con gesto divertido hasta que notó que la nariz de ella se le había enrojecido. Katy se sentó entonces en el sillón para intentar controlar la crisis nerviosa que estaba a punto de tener.

—¿Te estás riendo o llorando? —preguntó él extrañado.

Cuando Érick vio que a ella le caían las primeras lágrimas, se le congeló la sonrisa y, poco a poco, se le fue poniendo cara de preocupación.

—¿Qué te pasa, Kat?

Se sentó junto a ella y la envolvió en un abrazo.

—Leo no sobrevivió a la riada.

Su voz sonaba chillona, como si fuera la de otra persona. A su lado, Érick la miraba confuso, con la boca abierta y el ceño fruncido.

—¿Cómo? Pero si...

Katia movió la cabeza con desconsuelo. —No... no nació con vida. Se me murió dentro de mí, Érick... Y no pude hacer nada.

Él la abrazó con más fuerza y ella recordó todas las veces que él le había puesto crema antiestrías sobre la barriga mientras hablaba con cariño a Leo como si fuera uno más de la familia. Al final, le había olvidado...

Katia quiso ponerse en pie para ir al baño, pues no quería seguir haciendo de “Magdalena” en los brazos de un hombre que no la supo apreciar ni a ella ni a su bebé, pero cuando volteó a mirarle, se quedó perpleja. Aquel hombretón tan serio y fuerte tenía la cara contraída y los ojos

humedecidos. Parecía realmente afligido.

—No pensé que le fuera a pasar nada a Leo. Sabía que salías de cuentas a finales de Septiembre y quería conocerle... y volver a verte. ¡Qué putada!

Le vio tragar saliva con dificultad y secarse con las manos las lágrimas que apuraban por salir de las comisuras de sus bonitos ojos.

Aquello era mucho más de lo que Katia podía aguantar sin echarse a llorar desconsolada. Se levantó y se fue a tomar una ducha sin volver la vista atrás.

Esa noche durmió poco. Y no fue porque Nico se hubiera despertado en ningún momento, sino porque todo su cuerpo se sentía agitado y estaba muy nerviosa. Volver a encontrar a Érick, hablar con él, haber estado entre sus brazos había hecho que sus sentimientos se revolucionaran dentro de ella, sin orden ni concierto. Todo era tan confuso con Érick que nunca sabía a lo que atenerse.

De regreso al hospital, no hablaron casi nada. Era como si un velo de duelo se hubiera colocado sobre ellos cubriéndoles de una sombría pesadumbre. Al despedirse, él la había abrazado con tanta fuerza como nunca antes lo había hecho y ella había hundido su cara y su tristeza en la sólida calidez de su pecho durante esos pocos segundos. Había sido tan reconfortante que le costó separarse de él para volver al mundo real, donde lo más importante era la recuperación de Nico.

Durante las semanas siguientes encontraron una rutina que les permitía a los dos trabajar y cuidar del niño. Por la mañana, su padre venía a desayunar y a comer con él y Katia hacía su turno laboral. Por la tarde, ella se hacía cargo de Nico y se alternaban para quedarse con él a dormir.

A Katia casi no le quedaba tiempo para sí misma. Pero lo agradecía. Nico la necesitaba tanto como ella le necesitaba a él. Aunque estaba completamente segura de que la melancolía que se le había metido en el pecho, nunca en su vida llegaría a desaparecer, el hecho de compartir de nuevo su vida con Nico, aunque fuera solo por unos días, estaba siendo como un bálsamo que aliviaba su profunda tristeza.

Incluso llegó a tener sentimientos encontrados cuando le dieron el alta al niño.

Por una parte, la hacía feliz que Nico volviera a vivir su vida normal con su padre, sus amigos y con la seguridad de que nadie volvería a hacerle daño de esa forma nunca más.

Por otra parte, a pesar de que ella sabía que volvería a verle, tenía claro que desde que se separaran, ya nada volvería a ser como antes. Ese nexo de unión de “madre e hijo” que tenían era ilusorio, por más que ella se aferrara a la idea de que el cariño que existía entre los dos no iba a desaparecer nunca, la verdad era que Katia no formaba parte de su familia y, con el tiempo, no sería más que una simple amiga para él. Y eso tenía que aceptarlo, aunque la hiciera sentir desdichada.

Su relación con Érick se había limitado a los breves encuentros que tenían en los cambios de turno, con Nico siempre presente. No habían vuelto a hablar de ningún tema personal y salvo alguna que otra mirada más larga de lo normal, no parecía que entre ellos dos hubiera pasado nunca nada y, mucho menos, que él tuviera ningún interés especial por ella más allá del profesional.

Entretanto, Eleonora había sido acusada de maltrato infantil y estaba en prisión provisional a la espera del juicio. A través de Kurt, su abogado, se había enterado de que Érick se presentaba como acusación particular en contra de Nora y además, le había pedido el divorcio. Érick no le

había dicho a Katia ni una palabra de ese asunto. Para él, todo giraba alrededor de su hijo y aunque a Katy le parecía una actitud digna de admiración, en el fondo, echaba muchísimo de menos sus muestras de cariño hacia ella, sus suaves caricias y sentirse a salvo de todo entre sus fuertes brazos.

El último día fue a acompañarles a la salida con el estómago encogido. Era mediodía y pronto tendría que ir a almorzar. Katia no creía que pudiera tragar un solo bocado, de lo nerviosa que estaba.

Ya fuera del edificio, se agachó a la altura de Nico y le dio un fuerte abrazo.

—Te prometo que iré a visitarte.

—¿Lo pometes?

—Claro que sí. Lo prometido es deuda. Te doy mi palabra de honor —. Enzarzó su dedo meñique con el del niño para demostrarle lo firme que era su promesa.

Después de recordarle que habían quedado para ir al Zoo, le dio un beso en la mejilla y se puso en pie para despedirse de Érick.

La mirada azul de ese hombre que tenía enfrente de ella le resultaba impenetrable. Una profunda arruga de preocupación le fruncía el ceño y los labios, de tan unidos, parecían una raya severa, vacía de su habitual sensualidad.

Ella apenas podía controlar la emoción que sentía. Parpadeó para sacudirse las ganas de llorar y musitó una despedida antes de darle un abrazo breve, sin pensar en lo que hacía. Su cuerpo vigoroso se sentía envarado y ajeno. Ni tan siquiera le devolvió el abrazo. Ella se separó avergonzada mirando hacia el suelo. “Hasta aquí hemos llegado”, pensó con tristeza.

—Kat... yo...

Le oyó susurrar, pero antes de que pudiera volver a mirarle un grito llamó su atención.

—¡Katy!

Los tres miraron hacia la persona que se acercaba a ellos atravesando el parque a grandes pasos hasta llegar a la entrada del hospital, donde ellos estaban.

—¿Qué haces aquí, Maik?

La sonrisa de su ex novio era blanca y bonita. A ella siempre le había gustado verle sonreír.

Saludó a Érick y a su hijo con un movimiento de cabeza y dirigió toda su atención a Katia.

—Como no me contestabas he venido a verte. ¿Te apetece que vayamos a comer algo? Hoy tengo la tarde libre.

Katia se dio cuenta de la mirada hostil con que Érick observaba a su ex. Por su parte, Maik no se daba por enterado, concentrado como estaba en acaparar la atención de ella.

—No sé... La verdad es que...

—Lo prometido es deuda, Katy. Me dijiste que ibas a ir a comer conmigo...

—Es verdá. Lo pometido es deuda. —Intervino Nico, de pronto.

Su padre, sorprendido por una especie de incómodo rayo, reaccionó con fastidio y, tomando de la mano a su hijo, se dispuso a marcharse en el acto.

—Muy bien. Ya está todo dicho. Te agradezco todo lo que has hecho por nosotros, Katia. Ya hablaremos por teléfono. Adiós. ¡Vamos, hijo!

Habló de forma atropellada, tomando al niño en brazos para darse prisa.

Maik se puso junto a ella y les despidió con una mano, mientras con la otra rozaba el hombro de Katia.

Ella estaba tan perpleja que solo pudo musitar una despedida antes de que Érick se marchara con su hijo sin volver la vista atrás.

—¿Qué me dices?

—¿Qué? —A Katia le costó entender la pregunta que le había hecho Maik al oído. Se separó unos pasos y miró su reloj.

—Escucha, Maik. No tengo mucho tiempo... además, ¿no iba a ser solo un café?

—Me lo he pensado mejor. Así podemos estar un rato más juntos. ¿No te parece bien? —Le contestó con picardía.

—A mí... A mí me da igual. ¿Vamos a la cafetería que está aquí mismo?

—Bueno, yo preferiría ir a un restaurante, pero si tú quieres, vamos a la cafetería. ¿Tienen solomillo?

—Nunca has comido aquí, ¿verdad?

—No, nunca he tenido que visitar a nadie que haya perdido su sano juicio.

Katia le dirigió una mirada inquisitiva para que controlara su lenguaje. Ese tipo de comentarios, que él consideraba divertidos, podrían resultar hirientes para las personas que se cruzaran por su camino. Él soltó una risilla y le dio un empujoncito juguetón a Katia para hacerle ver que estaba bromeando.

Entre ellos siempre había funcionado así. Él era el bromista, el que ponía la nota de alegría en la relación, y ella la que tenía los pies en la tierra e intentaba actuar con seriedad. Por lo menos, hasta que él conseguía camelarla y llevarla a su terreno. Esta vez no lo iba a conseguir.

Se sentaron en una mesa apartada y durante la comida, Maik no dejó de hablar sobre un viaje que quería hacer por Europa, nombrándole cada uno de los lugares que quería visitar con especial detalle.

Katia no podía concentrarse en el animado monólogo de su ex. Su cabeza no paraba de darle vueltas al momento en que se estaba despidiendo de Érick. “¿Qué sería lo que él iba a decirle antes de ser interrumpido?” Le daba la sensación de que quería hablarle de algo importante para ellos dos. Maldijo por lo bajo. Maik no podía haber llegado en peor momento.

—¿Qué te parece?

Su ex novio la miraba con gran expectación.

—Eh... ¿qué cosa?

—¡París! ¿Qué te parece si vamos a París?

—¿París?

Katia no le había estado escuchando nada.

“Pero... ¿Maik acaba de decir: ‘Vamos’? ¿Juntos? ¿Qué dice?” .

—¡Sí! ¡París! Es la ciudad más romántica del mundo. Estoy seguro de que nos va a gustar. ¿Qué me dices?

—No sé qué decirte. Si te gusta a ti, puedes ir. Yo no voy a ir a París ni a ninguna parte.

La sonrisa ilusionada desapareció del rostro de su compañero de mesa.

—¿No quieres venir? ¿Estás segura? Creo que un viaje así nos vendría bien, Katy. No dije nada cuando quisiste irte a vivir sola por un tiempo. Pero, déjame decirte, que tienes que empezar a pensar en el futuro.

—¿Quién te dice a ti que yo no estoy pensando en el futuro?

—Me refiero a nosotros, Katy.

A ella se le abrieron los ojos de forma desmesurada. ¿No le había dejado claro a su ex que nunca más volvería a ver un “nosotros” entre ellos dos?

—Mira, Maik... —Empezó a decirle haciendo acopio de toda su paciencia.

—Yo creo que ya es hora de que le cierres la puerta al pasado y pienses en lo mejor para ti, cariño. Yo he vuelto para estar contigo. Te he pedido perdón. Y me gustaría que miráramos para adelante y volviéramos a estar juntos, como si no hubiera pasado nada. He pensado en que

podemos mudarnos a un piso más grande, nos casamos por la Iglesia esta vez, si quieres, y podríamos tener hijos. ¿No crees que nos merecemos otra oportunidad, mi amor?

Katia se apoyó en el respaldar de su silla. De todo esperaba, menos esa descafeinada declaración de amor rancia e indeseada.

Un brillo de ilusión en las pupilas de Maik le hizo fijarse en el color marrón oscuro de sus ojos. Se preguntó, de pronto, qué color de ojos habría tenido su hijo. Serían como los de su padre o habrían sido verdes, como los de ella. Ya nunca lo sabría. Leo no los llegó siquiera a abrir.

La rabia se apoderó de Katy. ¿Cómo se le ocurría a ese hombre sin sentimientos que ella podría olvidarse del pasado de los dos, donde no solo estaba su infidelidad y su abandono, sino también su hijo, lo más importante de la vida de Katia? Ella no quería tener hijos... ¡Ellos ya habían tenido uno! Y el hecho de que Maik ni siquiera le hubiera nombrado, como si su hijo nunca hubiera existido, hacía que el dolor le desgarrara las entrañas.

—No puedo volver contigo, Maik. Yo ya no siento nada por ti. Si quieres podemos ser amigos... nada más.

—Estoy seguro de que...

—No, Maik. Te voy ser sincera: Nunca voy a poder olvidar lo que pasó. Te perdoné el daño que me hiciste, eso es todo. El que tiene que pasar página eres tú, porque nuestra relación ya es cosa del pasado. No hay vuelta atrás. Me conoces, Maik. Ya sabes que no miento ni me gusta hacer daño a nadie. Créeme cuando te digo que, por mi parte, lo nuestro se acabó.

—¿Cómo puedes ser tan terca? No vas a encontrar a nadie que te quiera más que yo, ¿sabes? —le espetó él, masticando su ira entre dientes.

De alguna manera, Katia esperaba ese tipo de reacción por parte de su ex novio. Ella, en cambio, intentó mantener la tranquilidad. No quería llamar la atención de sus compañeros de trabajo.

—Puede ser, Maik. Pero prefiero estar sola, en ese caso. Yo quiero amar y que me amen de verdad. Y, te lo repito una vez más, yo ya no siento ese amor que tenía por ti. Eso se acabó hace tiempo. Ahora te veo más como un... amigo. Así que, es mejor que lo dejemos como está.

—¿Es que ya no sientes nada de nada por mí?

Katia negó con la cabeza.

—Amistad... a lo sumo.

“Y eso solo se comprobará con el tiempo”, pensó con escepticismo. Todavía le costaba confiar en Maik.

CAPÍTULO 23

Le hubiera apetecido sentarse a desayunar en la cafetería que estaba en la esquina de su calle para disfrutar del pequeño placer de saborear una espumosa taza de chocolate caliente, pero Katia no tenía tiempo. Era un sábado frío de mediados de octubre. La acera estaba alfombrada con hojas doradas y ella se dirigía a tomar el próximo tranvía para ir a visitar a Nico.

Ya habían tenido la oportunidad de haber ido juntos una tarde al Zoo y también de visitar el Museo de la Ciencia. En esas ocasiones, Érick no había querido unirse a ellos. Ese día, sin embargo, sí que le iba a ver.

Katia se había encargado de invitar al grupo de amigos de Nico para hacer una fiesta en el laberinto, tal y como había prometido. La tarde anterior había hecho el pastel de chocolate preferido de Nico y lo llevaba dentro de un recipiente cerrado con asa para transportarlo con comodidad.

Cuando llegó al laberinto, Marius estaba cubriendo las plantas con un mantillo de hojas de pino mientras que Lina, un poco más alejada, se dedicaba a preparar la tierra con abono especial granulado para el letargo del invierno. Todo se veía estupendo. Tal y como ella lo había dejado. Katia sonrió satisfecha y les saludó con alegría.

Al mirar el reloj se dio cuenta de que aún faltaba un buen rato para que llegaran Nico y sus amigos, así que dejó el pastel en el invernadero y decidió ir a la casa para ayudar a Érick con el resto de cosas que tenían que preparar.

Nico estaba contento. Saltó a sus brazos nada más verla mientras Dexter daba vueltas alrededor de ella alborozado, moviendo la cola de un lado a otro. Érick se había quedado en la puerta, observando la escena complacido.

—Veo que estás haciendo obras.

Después de saludarle con dos besos en la mejilla, Katia había sentido el irrefrenable deseo de apoyar su cabeza en el hombro de Érick y quedarse ahí para siempre. ¡Qué locura! Entonces, al mirar a su alrededor para olvidarse de semejante idea, se dio cuenta de que habían escarbado en la tierra para abrir unos orificios en la pared de la casa.

—Estamos ampliando las ventanas del sótano para que sea más luminoso. No quiero que a Nico le vuelva a pasar nada semejante nunca más.

—¿Y todas las cosas que tenías guardadas?

—La mayoría lo doné, lo que quería quedarme lo guardé en el cobertizo y lo demás lo tiré a la basura... ya iba siendo hora. Hay que renovar toda la antigua instalación eléctrica y voy a pintar las paredes de blanco. Ahora que el sótano va a tener una puerta de entrada propia, quiero poner ahí una cocina abierta y un baño independiente para que lo usen los invitados cuando haga asaderos en el jardín.

—¡Oh! ¡Qué buena idea!

Aunque se alegraba por los cambios, a ella lo que le quedaba claro era que Érick no se había quedado en la cama llorando porque Katia ya no estaba con ellos.

De repente, se dio cuenta de que ella se había convertido en uno de esos simples invitados a los que él se había referido. Ni más ni menos. Aquello había sido como un baño de realidad. Y es que, de alguna manera, esa mañana todo su ser se había sentido como si volviera a casa. Ahora se daba cuenta de que no. Aunque le doliera, esa ya no era su casa ni lo volvería a ser.

—Entra. Estoy buscando el mantel que usamos en la última fiesta.

—Está en el tercer cajón de la cómoda del salón, con el resto de manteles. —Ella no tuvo ni que pararse a pensar. Se conocía esa casa como la palma de su mano.

Él le sonrió como si compartieran un secreto. —Gracias.

A Katia le entró el nerviosismo en su estómago y le devolvió la sonrisa como una tonta. Entonces, Érick desapareció en busca del mantel y Nico aprovechó para tirar de la mano de ella para llevarla al piso de arriba.

—¡Ven! ¡Mira!

Sobre una mesita en el dormitorio del niño había un montón de piezas montables de muchos colores, pero lo mejor era que, con ellas, Nico —ayudado por su padre, con toda seguridad— estaba construyendo una especie de nave espacial de película.

—¡Oh, Nico! ¡Es increíble!

El niño sonrió de oreja a oreja y empezó a enseñarle los nuevos regalos que le habían dado por volver a casa.

—¿Estás contento de estar aquí, cariño?

Katia se había sentado en una sillita junto a la de él. El niño asintió con seguridad y siguió uniendo piezas. Ella miró su reloj y se dio cuenta de que debían darse prisa.

—¡Vámonos ya a la fiesta, Nico!

Salió al pasillo y se fijó en que estaban abiertas de par en par las puertas de dos de las habitaciones que, hasta ese entonces, ella siempre había visto cerradas.

Se asomó con curiosidad a la primera, la que quedaba enfrente de la habitación de Nico y se dio cuenta de que había muchas cosas de Eleonora.

—Allí dormía ella.

—¿Te refieres a...?

Nico asintió y se metió en el baño con cara de enfado. Katia volvió a mirar en el interior del dormitorio, pensativa. ¿Por qué dormía Eleonora ahí? ¿No pasaba las noches con Érick? ¿No decía que era su marido y que quería recuperarle? Sobre una mesa había una maleta a medio hacer. Todo era muy confuso.

Se acercó a la otra estancia y, del inesperado impacto que recibió, se quedó sin aire.

Recordó que más de una vez había visto a Érick salir a hurtadillas de aquella habitación, pero ella nunca se atrevió a entrar a ver qué tenía él escondido ahí.

Dio unos pasos hasta quedar en el centro y miró a su alrededor con la boca abierta. Las paredes estaban pintadas de un bonito color azul celeste, rozó con su mano la barandilla de la camita blanca de bebé y recorrió con la vista el armario a juego, el cambiador y el cómodo sillón orejero situado junto a una mesita baja. Sin embargo, cuando reparó en la cenefa, que decoraba una de las paredes, en la que aparecía el nombre de Leo, sintió como si un rayo atravesara su cuerpo.

—Iba a ser una sorpresa...

Lentamente Katia volvió la vista atrás. Érick estaba apoyado en el umbral de la puerta.

—No me he atrevido a hacer cambios. Todavía no me creo que Leo...

Miró hacia el suelo negando con la cabeza y resopló como si quisiera quitarse un enorme peso de encima.

En ese momento, Nico salió del baño y se les unió.

—¿Q' pasa?

Le agarró la mano a su padre al ver su rostro contrito. Su carita se movía de uno a otro como si se tratara de un partido de tenis. Érick apretó su manita y le dedicó una de sus bonitas sonrisas.

—¿Ya estás listo para irnos al laberinto? Tus invitados van a llegar dentro de poco y nosotros todavía tenemos que hacer muchas cosas.

Nico asintió y dio un pequeño saltito de emoción.

Érick le dirigió una mirada melancólica.

—Vamos, Kat. Ya tengo todo lo que necesitamos.

Sin esperar a que ella contestara, el padre y el hijo bajaron las escaleras dispuestos a marcharse cuanto antes a la fiesta. Katia volvió a mirar a su alrededor imaginándose ahí, con su hijo recién nacido entre sus brazos. Era un sueño maravilloso. Estaba segura de que a Leo le hubiera gustado mucho su dormitorio. A ella le encantaba.

Katia empezó a repartir vasos y platos con rapidez. El pastel y los refrescos ya estaban ocupando el centro de la mesa.

—En serio, Érick. Deberías pedir al Ayuntamiento, o a quien sea responsable, que pongan una parada de autobús más cercana.

Empezó a contarle su periplo de aquella mañana con el transporte público para poder llegar allí, pues tuvo que subir primero a un tranvía que la llevó a la estación central de Fráncfort. Desde ahí tomó un tren regional, que la dejó un par de pueblos más allá, por lo que tuvo que esperar a la conexión del autobús, que la dejó en el centro del pueblo. Por último, tuvo que caminar un buen rato hasta llegar al laberinto.

Érick se había quedado mirándola impresionado.

—¿No te trajo tu novio?

—Mi... ¿qué? —La pregunta la pilló de imprevisto. —¡Ah! ¿Te refieres a...? ¡No! No somos novios.

A Katia le entró la risa floja. Érick había interpretado mal su actual relación con Maik y no le extrañó nada al recordar la actitud posesiva con que su ex novio la había tratado la última vez delante de Érick.

Desde que le había dejado clara su posición respecto a ellos, Maik no había vuelto a llamarla y a Katia le parecía lo mejor. No deseaba tener que quitarse de encima una y otra vez a su ex prometido.

—¿No es tu novio?

—¡Para nada! ¿Cómo se te ocurre? Él tiene su vida y yo la mía, aunque nos vemos de vez en cuando, pero como amigos. Nada más.

—Entonces, tú y él...

Más no pudo decir porque una algarabía de gritos infantiles les interrumpió. Los amigos de Nico habían empezado a llegar con sus padres. Detrás de ellos venía la tía Elke, con una bandeja de rosquillas entre las manos y su mirada adusta clavada sobre Katia.

Sin saludarla si quiera, la tía dejó lo que traía en la mesa y fue al encuentro de su sobrino-nieto para darle un abrazo dándole la espalda a Katia, a propósito. A Katy no le cabía ninguna duda.

“Es mejor así”, se dijo. No tenía ni pizca de ganas de obligarse a poner buena cara a una persona que había actuado tan mal con ella.

Los niños jugaban haciendo un gran alboroto mientras los padres daban cuenta alrededor de la mesa de todo lo que habían traído para comer y charlaban entre ellos de manera animada.

Katia iba y venía, proponiendo juegos a los niños, procurando que los padres estuvieran bien atendidos y controlando, a la vez, que los pequeños no hicieran con sus atolondrados juegos un daño irreparable en las plantas más delicadas.

No volvió a prestarle atención a la señora Sappel. La anciana tía se lo había buscado con su forma de actuar, tan soberbia como injusta, con ella.

Érick, sin embargo, había cambiado su actitud de forma radical. Las caras largas habían desaparecido. Su buen humor era contagioso y, lo mejor, era que la buscaba con frecuencia con la mirada para dedicarle una y otra vez aquellas maravillosas sonrisas de íntima complicidad, que ella había echado tanto de menos y que, al menos antes, significaban la promesa de una larga noche de amor.

Katia controló, como pudo, el cosquilleo nervioso que se le había instalado en el estómago. No quería hacerse ilusiones infundadas. Entre ellos había muchos malentendidos por aclarar y muchos silencios que romper como para pensar siquiera en tener una buena amistad.

“¿Y si Érick había estado celoso de Maik?”

La mera idea le causó un temblor de emoción. Habían pasado tantas cosas de golpe: Eleonora, la riada, el hospital, Maik... Leo... y Nico.

Y no era que quisiera justificar a toda costa el modo de actuar distante de Érick, pues todavía se sentía dolida, sin embargo, podía llegar a comprender que no supiera qué hacer, que tuviera unas razones que Katia desconocía o que se hubiera dejado llevar por lo que le decían su tía y su mujer.

Sea cuales fueran las causas por las que él había cambiado su forma de comportarse, a ella le encantaba y no podía dejar de sonreír de secreta felicidad.

No se podía engañar más. Ella aún le amaba. Con todo su corazón.

Estaba perdida.

Después de todo lo que había ocurrido, no creía que Érick y ella tuvieran buenas perspectivas de futuro como pareja. Sobre todo porque ya no estaba para nada segura de que él hubiera estado alguna vez enamorado de ella. Katia había entendido que ella había sido para él una simple distracción pasajera.

Y, ahora, esas miraditas...

Resopló mientras tiraba algunas cosas a la basura.

—Ni te creas que te vas a salir con la tuya...

Katia se asustó al oír la voz ronca de la señora Sappel bisbiseando detrás de ella.

—¿Qué pretendes, Elke? —Le contestó irritada.

—Tú le metiste a Nico en la cabeza todas esas mentiras sobre su madre. Deberías ser tú la que está en la cárcel.

Le hundió el huesudo dedo índice en el centro de su pecho de forma dolorosa. Katy dio un paso para atrás para quitársela de encima.

—No sé a qué te refieres. Yo no he hecho nada de lo que dices.

Se dispuso a marcharse, pero Elke le agarró del brazo con una fuerza, que Katia jamás hubiera imaginado que una anciana tan enjuta pudiera tener.

—Tendrás tu merecido. Te arrepentirás por haber manipulado al niño para que acuse a su mamá de algo que Nora nunca habría hecho. Y todo para poder volver a engatusar al padre, para poder quedarte con él... ¡Rastrera! A mí no me engañas. Te tengo calada desde el principio.

Katia consiguió deshacerse del agarre y se alejó con prisa de la tía Elke. A medio camino

volvió la cabeza con incredulidad hacia la anciana y se sintió aún más intimidada al ver su mirada ensombrecida, que parecía querer atravesar a Katia con su profundo odio.

Se llevó la mano al pecho y dirigió sus pasos de forma apurada hacia Érick. Ella ya solo quería una cosa. Largarse de ahí cuanto antes.

—¿Cómo que te vas?

—Sí, sí. Voy a llamar a un taxi. Se ha hecho muy tarde y me tengo que ir.

Katia no podía ocultar el nerviosismo en su voz, vigilando por encima del hombro que la tía Elke no se acercara a ella.

—¡No te vayas!

Nico se abrazó a sus piernas para no dejarla marchar. Ella le acarició el pelo con suavidad.

—Es que... me ha surgido un imprevisto... Yo...

—Pero si ya se van a ir todos. Yo te llevo.

—No hace falta, de veras.

En ese momento, la tía se acercó con su mejor sonrisa. Katia enmudeció y miró hacia otro lado presa del miedo.

—Acabo de recibir una llamada muy importante, Érick. Tengo que irme a casa.

Sin más dilación se despidió de todos con la mano y prometió cuidar de Nico al día siguiente.

Katia respiró cuando la vio alejarse. Nunca había visto tanto cinismo y tanta maldad en una sola persona.

En ese momento, algunos de los padres aprovecharon para despedirse entre las quejas airadas de sus hijos, que querían quedarse un rato más, a pesar de que ya estaba oscureciendo y cada vez hacía más frío. Katia se cerró su abrigo y ayudó a recogerlo todo con tranquilidad. Ahora ya no tenía prisa por irse y las ganas de estar con Nico y con Érick eran demasiado grandes como para obviarlas.

—¿De verdad no tienes tiempo para quedarte un ratito más en casa? Quería que probaras el licor de frambuesas que hice. Está buenísimo.

Se moría de ganas de quedarse con ellos, pero... ¿y si a Elke le daba por volver a aparecer blandiendo un cuchillo en su contra? Katy palideció.

—No sé... yo...

—A ver. Dime. ¿Qué es eso tan importante que te está esperando?

Érick se puso delante de ella con los brazos cruzados. Se veía tan fuerte y tan guapo que a ella le resultaba de lo más irresistible.

Katia intentó reprimir una sonrisa que delatara sus repentinos pensamientos obscenos.

—Ehm... Me espera mi cama y una novela romántica.

A él se le abrió la boca sorprendido. —¿Cómo dices? ¿Nos quieres dejar tirados por una novelucha?

Katy soltó una alegre carcajada al ver a Érick haciéndose el ofendido y, entonces, al verla riéndose de él, Érick, ni corto ni perezoso, empezó a hacerle cosquillas por la cintura.

—Pero... ¿qué te has creído, pillina?

—¡Para, por favor! —Katia se retorció encantada intentando escapar, sin mucho esfuerzo, de entre los largos brazos de él. Un instante después Nico se unió al ataque de cosquillas, aprovechando que ya no quedaban niños con los que jugar. Dexter les rodeaba como si quisiera participar en el juego, moviendo contento la cola y ladrando de forma animada.

Katia se dio cuenta, con extremo dolor, de lo mucho que echaba de menos ese tipo de momentos entrañables y divertidos en familia. Sobre todo, cuando llegaba a su piso y la recibía el silencio y la soledad.

CAPÍTULO 24

Érick no había exagerado nada. Su licor de frambuesas era un peligro para la salud pública. Katia ya llevaba dos vasitos de chupito y si no hubiera sido porque tenía que marcharse, se hubiera tomado otro más.

—Si quieres puedes quedarte... tu habitación sigue libre... si quieres.

Nada más llegar habían preparado entre los tres unos sencillos sandwiches de queso con tomate y cenaron escuchando las anécdotas que Nico había tenido esa semana en el jardín de infancia. Katy se enterneció cuando el pequeño le dijo que las había querido recordar todas para poder contárselas a ella.

Después, Érick sacó la botella prometida del preciado licor y se trasladaron al salón para que Nico pudiera jugar con sus juguetes y ellos pudieran charlar más cómodos, sentados en el sofá.

—Kat... ehm...

Érick empezó a hablar con repentina indecisión. Parecía que no sabía cómo tratar el tema que le rondaba por la cabeza. Hizo una breve pausa, tal vez buscando las palabras correctas, mientras movía el líquido rojo intenso de su shot.

Katia tragó saliva y, por un instante, dejó de respirar. ¿Podría ser que él estuviera sintiendo lo mismo que ella? ¿Sería Érick capaz de confesarle su amor allí mismo? Sus ojos se le abrieron expectantes y casi no podía articular palabra de la emoción que la embargó.

—¿Sí?

A duras penas consiguió mantener el temple de su voz. Se puso tan nerviosa que pensó que iba a desfallecer si él no le desvelaba pronto aquello que le hacía dudar tanto.

Si de algo estaba segura Katia era de que, sea lo que fuere, ella le diría que sí. Albergaba desde hacía mucho tiempo un desmesurado deseo de ser amada por Érick. Deseaba con todo su corazón oírle pronunciar las tres palabras que harían que su vida cambiara para siempre. Porque si de otra cosa estaba segura, era de que ella ya no podría amar a otro hombre que no fuera él.

—Yo... —carraspeó —ya sé que tienes un nuevo trabajo, que requiere de toda tu atención, pero... Ehm... Bueno, sé que las plantas son tu pasión y, quería decirte que, si quieres, puedes venir cuando quieras y continuar con tu labor en el laberinto, vender tus hierbas y también puedes seguir haciendo tus cursos. La gente pregunta por ti, ¿sabes?

Le dirigió una tímida sonrisa.

A Katia no le había sido nunca tan difícil ocultar la decepción en su rostro como en ese momento. Menudo chasco se acababa de llevar. Tragó saliva y se obligó a devolverle la sonrisa a pesar de que lo que tenía ganas era de echarse a llorar. ¡Qué bobalicona era! Nunca se hubiera podido imaginar que iba a recibir una oferta de trabajo, en vez de una declaración de amor de los labios de su amado.

Él se la quedó mirando como quien espera una respuesta positiva en el acto y Katia no tuvo más remedio que aparentar normalidad. Agachó la vista hacia sus rodillas.

—Gracias, Érick. Si no te importa, lo voy a pensar. Tengo mucho trabajo, ya sabes... y no sé

si tenga tiempo.

En realidad, de no ser por el disgusto que se había llevado por ser una ilusa, la oferta le hubiera encantado. Poder volver a cultivar los campos era un sueño para ella.

Sin embargo, la idea de ver con frecuencia a Érick sabiendo que él no le correspondía con sus sentimientos, le resultaba muy dura.

—Claro... piénsatelo bien. Todos te echamos de menos y seríamos felices si volvieras.

—Oh...

Katia asintió sin querer levantar la mirada. “Todos”... ¿qué le interesaban a ella “todos”? Las únicas personas a las que a ella le interesaba que quisieran que volviera eran Érick y su hijo Nico.

Bebió de un trago el último sorbo que le quedaba de su licor dispuesta a llamar a un taxi para que la llevara a casa. Era mejor que Érick se quedara con su hijo en casa, sobre todo, porque acababa de darse cuenta de que Nico se había dormido sobre la alfombra. Y no le extrañaba, había sido un día largo y lleno de diversión para el niño. No había parado de correr y saltar jugando con sus amigos toda la tarde y el cansancio le había pasado factura.

Iba a llamarle la atención a Érick para que se llevara a Nico a su camita cuando escucharon el ruido de unas llaves abriendo la puerta.

Katia se quedó inmóvil, a sabiendas de quién había llegado de imprevisto.

—¿Qué hace esa aquí?

La tía Elke volvió a la carga nada más verla.

—Tía, ¿no te habías ido a tu casa?

Érick no parecía gratamente sorprendido.

—¡Sabía que esa alimaña buscona se te iba a volver a meter en tu casa, Érick!

—Tía, baja la voz que Nico está durmiendo...

Elke se acercó a ellos con una horrible mueca de rabia arrugando al completo la piel de su cara.

—¡Échala de aquí!

—¿Cómo se te ocurre? —susurró Érick entre perplejo y disgustado por la violenta aparición de su tía.

—¿Es que no te das cuenta de que esa fulana lo que quiere es aprovecharse de ti, hijo? Le lavó el cerebro al niño para ponerlo en contra de su madre y ocupar su lugar... y ahora quiere hacer lo mismo contigo, para quedarse con todo lo tuyo.

Le señaló con el dedo a modo de advertencia.

—Sabes que no es así, tía. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enfadada?

—La madre de Nico es Eleonora y tú sabes, como yo, que ella es una buena madre y, yo diría, que hasta sobre protectora con Nico. Es inaudito que le creas a esta atrapa maridos antes que a tu propia mujer, Érick. ¡¿No lo ves?!

Chilló sin control sus últimas palabras y eso hizo que Nico se despertara de forma abrupta. Dexter, que se había quedado fuera, empezó a ladrar con fuerza.

—¿Q'pasa?

—Nada hijo, sigue jugando.

Se escuchó, de pronto, el ruido de unos pasos presurosos en la entrada y, acto seguido, sin darles siquiera tiempo a reaccionar, apareció entre las sombras del pasillo la figura demudada de la mismísima Eleonora.

Nico entró en pánico. Se puso en pie de un salto y fue a esconderse detrás de su padre, que se mantuvo junto a Katia sentado en el sillón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —vituperó Érick, irritado por la ominosa presencia de una fugitiva de la justicia.

—Dame al niño.

Algo en la severidad del gesto agresivo de ese rostro cadavérico, hizo que Katia sintiera verdadero miedo por Nico. Eleonora parecía estar completamente decidida a llevárselo consigo, costara lo que costase.

—Ni lo pienses. Voy a llamar a la policía.

Érick quiso ponerse de pie, pero un movimiento de su ex mujer le detuvo en seco. La rubia sacó del bolsillo trasero de su pantalón una pistola negra y no dudó en apuntarles con ella.

—¡Dámelo ya! —berreó fuera de quicio.

—¿Pero qué estás haciendo, Norita? Baja eso, que las armas las carga el diablo.

—¡Cállate, Elke! Tráeme tú al niño, que me lo llevo.

La tía buscó con la mirada alarmada a Nico, que estaba temblando acurrucado detrás de su padre y, acto seguido, volvió de nuevo su vista a la madre, sin poder creer lo que estaba pasando.

—Creo que es mejor que nos calmemos y ...

—¡Que te calles y hagas lo que te digo!

—Pero... Nori, ¿cómo me hablas así? Con todo lo que yo te he defendido...

—Tú solo eres una vieja metomentodo, que no sirves más que para meter cizaña. Si no quieres ayudarme a recuperar a mi hijo, quítate de en medio... o te mato.

La tía Elke se llevó la mano a la boca, conmocionada por la brutalidad con la que su querida Nora se dirigía a ella. Katia se esforzaba en no moverse para no llamar la atención. En su mente, intentaba trazar un plan para salir de ahí todos ilesos, pero no se le ocurría nada que pudiera pasar desapercibido a los ojos enajenados de la intrusa.

—No le hables así a mi tía, Nora. Es mejor que te marches por donde viniste y que te olvides de nosotros.

—Si no me das el niño ahora mismo, te atravieso el cráneo de lado a lado con una bala y te lo advierto: No vengas a hacerte ahora el héroe porque no te va a servir de nada. ¡Ea! ¡No me hagas perder más tiempo o lo vas a lamentar! ¡Dámelo ya!

—He dicho que no.

De pronto, Nico asomó su cabecita por encima del hombro de su padre.

—¡No voy a ir contigo! —le chilló y acto seguido volvió a su escondite con los ojos llenos de pánico.

A pesar de todo lo que estaba pasando, Katia se dio cuenta del enorme acto de valentía que había acabado de demostrar el niño enfrentándose a uno de sus mayores temores, a sabiendas de lo peligroso de la situación.

—¡Ven aquí niñato malcriado! ¡Eres un malagradecido! Vas a venir conmigo y te voy a enseñar cómo debe de comportarse un niño con su mamá... porque parece que se te ha olvidado quién es tu madre, ¿eh? Pues yo te voy a dejar muy clarito quién es tu verdadera madre. ¡Para que no lo olvides nunca!

La tía Elke dio un respingo hacia atrás, espantada al ver el rostro desquiciado de Nora. La angustia en Katia crecía por momentos.

De repente, el teléfono empezó a sonar.

—¡Qué me lo des ya! —berreó Eleonora exaltada.

—Si lo quieres, ven a llevártelo.

Katia volteó a mirar a Érick sobresaltada. “No podía hablar en serio...”

—Me acabo de escapar de una cárcel... ¿Te crees que soy idiota?! ¡Que me lo mandes aquí,

te digo! Tú quédate ahí...

—Nico no se va a ir contigo, ya le oíste.

Era increíble la forma en que Érick estaba logrando mantener la calma.

—¡Pues pégale una patada en ese culo para que venga ya!

A Elke se le abrieron los ojos y la boca de par en par. Nico se acurrucó aún más detrás de su padre y Érick apretó los labios con fuerza. El teléfono seguía sonando.

—Creo que es mejor que vengas a buscarle tú. Ya le ves. No quiere moverse.

Érick arrojó a su hijo con su brazo para que se sintiera protegido y, sobre todo, para que no se moviera de su sitio.

—De acuerdo.

Señaló con su pistola a la tía Elke, la cual levantó las manos y dio unos pasos para atrás muy asustada. Nora agarraba el arma con las dos manos y su pose era la de una auténtica asesina a sueldo.

Poco a poco fue acercándose, apuntando alternativamente a la cabeza de Érick y a la de Katia.

—¡Sal de ahí detrás, mudito! Mami quiere darte un beeesooo...

Un fuerte estremecimiento recorrió el cuerpo de Katia. No se podía imaginar cómo Nico había sobrevivido al maltrato emocional de una persona tan desequilibrada, mezquina y malintencionada como Eleonora. Y, lo peor, era que nadie se había dado cuenta de su perturbación, como demostraban las caras de auténtico shock de Érick y de su tía.

—¿Cómo puedes hablar de esa manera?

Ver que el padre de su hijo estaba perdiendo los nervios, hizo que Nora soltara una fuerte carcajada de burla. La pistola se meneó entre sus manos. Katia la tenía tan cerca que podía leer la marca. Una HK P30, constató con horror, al darse cuenta de que era del tipo de las que usaba la policía de Hessen. ¿Habría sido capaz de birlársela a uno de los guardias a los que dio esquinazo? A sus ojos, el grado de peligrosidad de Eleonora, que había conseguido ser prófuga de la justicia, era máxima. Y, sin embargo, sabía que no se podía quedar con las manos cruzadas.

Se le ocurrió, entonces, que podría intentar pegarle un puntapié con todas sus fuerzas al puño agarrotado de Nora, para que el revolver saliera volando por los aires y así desarmarla. Ni siquiera pensó en el peligro de que la pistola cayera mal y se auto disparara. Cambió de posición de manera sutil, preparándose para el ataque, pero cuando se atrevió a elevar la pierna derecha, se resbaló y perdió toda potencia, de forma que solo consiguió rozar la mano de Eleonora.

El atronador sonido del disparo les estremeció a todos. La tía se arrojó al suelo asustada y Érick se giró para cubrir a Nico con su cuerpo. Por suerte, el tiro había ido a parar al techo.

La reacción airada de Nora no se hizo esperar. Agarró a Katia del pelo de modo salvaje y la elevó hasta ponerla en pie delante de ella como su rehén.

—¿Me vas a dar al niño ya o prefieres que le atraviere el cráneo a tu amante... ca-ri-ño?

El extremo dolor que sintió Katia en el cuero cabelludo no fue ni mucho menos tan fuerte como la preocupación que tenía de que le pasara algo a Nico. Miró a Érick con desesperación y formó la palabra “Nico” con los labios para que él entendiera por quién debía de decidirse en último extremo.

La desesperación podía leerse en los ojos de Érick, de un turbio azul ultramar. De pronto, desde detrás de él, Nico dio un salto y se abalanzó sobre Eleonora, decidido a salvar a Katia.

—¡Suéltala! —repetía una y otra vez mientras golpeaba con sus manitas las piernas de su madre.

Érick intentó atraparlo, pero Nico no paraba de moverse y no le dejaba tocarle.

Nora quedó estupefacta durante unos instantes. No se esperaba esa reacción por parte de su

hijo. Pero en cuanto comprendió lo que el niño pretendía, volvió a enfurecer y, de un empujón, se libró del pequeño.

Érick y Nico perdieron el equilibrio y cayeron juntos al suelo. Desde allí se la quedaron mirando con cara de espanto.

—¡Tu madre soy yo!

El enganche de la mano de su agresora en su cabellera se aflojó un poco, así que Katia intentó librarse de ella dándole un codazo en las costillas. Sin embargo, Nora fue más rápida y empezó a golpear a Katy en la cabeza con la culata del revolver, presa de un ataque de ira.

—¡Soy yo! ¡Yo! ¡Yo!

—¡Déjala ya!

De un brinco, Érick se puso de nuevo en pie y logró atraparle la mano de la pistola. Eleonora tuvo que soltar a Katia, que cayó al suelo aturdida y con la cabeza dolorida.

Les vio forcejear como dos luchadores en un ring de lucha libre. Nico se había quedado tirado en el suelo temblando de miedo, con los ojos bien abiertos, clavados en la disputa cuerpo a cuerpo que estaban manteniendo sus padres.

Katy se fue acercando hasta donde estaba el niño y le abrazó con todo su cuerpo para protegerle.

Le dolía de forma terrible la cabeza, pero ella se negó a pensar en eso y se concentró en buscar un lugar que sirviera de refugio.

El pequeño hundió su cabecita en su pecho cuando ella le tomó en brazos para intentar sacarle de ahí. Se agarraba a ella de forma desesperada, sin dejar de temblar. Katia no encontraba palabras para tranquilizarle. Estaba aterrada de miedo.

Solo esperaba que Érick pudiera imponerse a su ex mujer cuanto antes, pero justo cuando él estaba a punto de hacerse con la pistola, Nora se retorció blasfemando hasta que consiguió pegar un último tiro ensordecedor.

Katia sintió, entonces, que Nico la mordía de miedo con todas sus fuerzas a la altura de su hombro y ella apretó los labios para no gritar de dolor. No quería asustarle aún más.

En ese momento, Katy creyó oír el sonido de las sirenas de policía acercándose a toda velocidad y rogó para que fuera cierto. Eleonora empezó a contorsionarse con desesperación entre los brazos de Érick queriendo huir, pero él la mantenía atrapada con firmeza.

De pronto, un grito desgarrador les puso a todos los pelos de punta. La tía Elke se había acercado a hurtadillas a Nico y a Katia y se había encontrado con una terrible desgracia.

Nico tenía los ojos cerrados y no se movía. Una mancha carmín se extendía sin frenos desde su cabeza, cubriéndole su carita y su ropa. La bala debía de haberle alcanzado de lleno.

—¡Dios mío! ¡Nico!

Eleonora fue la primera en reaccionar al notar que Érick la había soltado. Se arrojó sobre su hijo, se lo arrebató de los brazos a Katia y empezó a moverlo, como si fuera una marioneta.

—¡No! ¡No puede ser! Te tienes que venir conmigo.

Katy casi no tenía fuerzas para moverse. Se sentía extraña en su propio cuerpo. ¡Nico no podía haberse muerto!

—¡Apártate de él!

Érick le quitó al niño y la echó a un lado sin miramientos.

—Estoy aquí, Nico. Papá está contigo —. Le acunó entre sus brazos buscándole la herida para intentar tapársela.

Katia temblaba como un flan. Parecía como si hubiera entrado en un túnel de paredes oscuras, que se estuviera tragando lentamente la luz.

—Voy a llamar a una ambulancia —. Elke le dirigió una mirada torva a Eleonora.

—¿Papá?

Nico abrió los ojos.

Parecía desubicado.

—¡Hijo! ¿Estás bien? ¿Dónde te duele? ¿Dónde está la herida? ¡No la encuentro!

La desesperación de Érick era patente. Eleonora les observaba con el rostro cadavérico bañado en lágrimas y sudor.

—No, papá. No duele nada.

—Pero toda esta sangre...

Lentamente Érick dirigió su preciosa mirada llena de preocupación hacia ella.

Ya casi no quedaba luz en el túnel.

Y, entonces, antes de que la noche lo cubriera todo con la más profunda oscuridad, comprendió que Nico no la había mordido. Había sido la misma Eleonora quien la había atravesado con una bala dirigida a su corazón.

CAPÍTULO 25

La suave brisa meció el cabello de Érick. Su rostro estaba rígido. Sujetaba por los hombros a su hijo, de pie delante de él, como una copia igual de afligida que su padre.

Los dos tenían la mirada clavada en el jarroncito de flores blancas situado al pie de la lápida de mármol, que ellos acababan de traer. Nico se agachó para colocar sobre la tumba el ramito de flores silvestres que él mismo había recogido en el jardín de su casa antes de venir al cementerio.

Katia contuvo las lágrimas de emoción. Ese día se cumplía un año de la muerte de Leo y a ella todavía le seguía doliendo su pérdida de forma indescriptible.

—Te dejamos un momento a solas.

Érick le apretó con delicadeza el brazo para darle ánimos y, en cuanto ella asintió, tomó a su hijo de la mano para llevárselo con él.

—Te esperamos en el parque, mamá.

Ella volvió a asentir sonriendo a Nico con amor.

En los últimos meses, el niño había dado un buen estirón. Ya era tan grande y espabilado como los demás chicos de su edad y no dejaba de esforzarse para mejorar su expresión oral. ¡Qué orgullosa estaba de él!

Cuando se quedó a solas se sentó en el suelo, junto a la lápida, para sentirse más cerca de su bebé y de sus padres. Sentía un pinchazo de dolor en el corazón cada vez que lo hacía, pero era mayor su necesidad de creer que el alma de sus seres queridos notaban su presencia.

Sacó de su bolso un pequeño tractorcito de madera y lo colocó sobre la tumba, junto a las flores silvestres.

Era su regalo para Leo.

—Feliz primer cumpleaños, hijo mío. Te quiero con todo mi ser —. Susurró con un nudo en la garganta.

Recordó el día en que ella misma estuvo a punto de morir atravesada por un disparo, que podría haber sido mortal si le hubiera dado solo unos centímetros más abajo, en pleno corazón.

Sin embargo, por fin, la suerte le había vuelto a sonreír pues, después de todo, solo le había quedado una pequeña marca, nada atractiva, por cierto, a la altura del hombro.

Lo que nunca iba a poder olvidar en su vida fue lo que ocurrió más tarde, cuando despertó en el hospital y se encontró a Érick junto a su cama, acariciándole la mano con lágrimas en los ojos.

—Te quiero, Kat.

Se lo dijo así. De improviso. De sopetón. Como lo haría alguien que no puede aguantar ni un segundo más para revelar algo de vital importancia.

En ese instante, Katia hubiera deseado que se detuviera el tiempo. Hubiera querido ponerse a dar saltos de alegría, abrazar al mundo repleta de gozo, gritar al viento que era muy, pero que muy feliz. Érick la quería y ella deseaba acariciarle, besarle, amarle. Sí, amarle hasta el fin de sus días.

—Te quiero, Érick.

Le confesó ella, al fin.

Aquello fue demasiado para los dos. Se abrazaron, como pudieron. Se besaron y lloraron, pero no de dolor o de tristeza, sino de pura alegría y de auténtico alivio.

A Katia le costaba creer que él, de verdad, hubiera pronunciado esas palabras. De repente, le parecía que estaba viviendo un sueño. No quería ilusionarse en vano.

—Repítemelo, Kat. Dime que me amas, como yo te amo a ti.

Katia sollozó de nuevo al comprobar que no solo ella tenía inseguridades y miedo en confiar en los demás.

—Te amo, mi amor. Con todo mi corazón.

Desde entonces, ya no habían vuelto a separarse.

Nico manoseó con cuidado el suave pelaje del conejo enano que Katia le había puesto sobre su regazo. El otro conejito se entretenía comiendo un trozo de manzana dentro de su jaula.

—¿Te gusta que te acaricien así? —El niño le preguntó a su “amiguito” con interés. El animalito cerró sus ojos embelesado a modo de contestación.

—Mamá, ¿por qué no nos podemos llevar a Tipi y a Tap a casa?

—Porque Tipi y Tap están contentos aquí.

Katia le señaló la espaciosa jaula de madera de dos plantas, conectadas con una rampa, ubicada en un rincón abrigado cerca del invernadero. Ahí se habían adaptado bien, estaban seguros y hacían, además, las delicias de los visitantes del laberinto.

—Pero Tipi quiere venir a vivir a mi habitación.

—Contigo ya duerme Dexter. Y sabes que Tipi no va a ninguna parte sin Tap. Al final, con tantos animales en tu habitación, no va a quedar sitio para ti. Y, entonces, ¿adónde irías?

Los ojos de Nico revolotearon desde Tipi hasta el regordete de Tap, que no dejaba de morder su manzana sin dar cuenta de la existencia de nadie más, y después le dirigió una mirada escéptica a Katy, pero no le contestó.

—Cariño, lo siento. Nuestra casa no está preparada para tener conejos, pero tú puedes venir a visitarles cuando quieras. Ya sabes que ellos se alegran mucho de verte.

El puchero en la boca de Nico presagiaba una buena rabieta, pero Katia tuvo suerte porque en ese momento apareció la tía Elke seguida de Lina. Ambas llevaban consigo unas cajas alargadas, que Katia reconoció de inmediato.

—¡Ya llegó tu pedido, Katy!

La tía Elke se acercó con una afable sonrisa. Nico miró a las recién llegadas de reojo y contuvo las lágrimas.

—¡Justo a tiempo!

Katia se acercó a la tía y agarró la caja que esta le tendía. No pesaba mucho, pero dentro traía un auténtico tesoro. La llevó a la mesa y allí la abrió sin más dilación. Quería comprobar en qué estado habían llegado las rosas blancas que había mandado a pedir.

Mientras ella sacaba las flores una a una, Lina y Elke rodearon a Nico para admirar al bonito conejo que descansaba tranquilo sobre el regazo del niño, que estaba sentado sobre el césped.

Era un día caluroso de principios de agosto. Katia se limpió el sudor de la frente y sonrió satisfecha. Las enormes rosas *Adalonia* resaltaban con una elegancia pura y perfecta bajo el sol de primeras horas de la tarde.

—¿Por qué estás disgustado, Nico? —Escuchó preguntar a Lina sin obtener respuesta alguna.

—Quiere llevarse a los conejitos a casa y yo le dije que no puede.

—¡Pero, Nico! ¿Tú no sabes que los conejos son activos por la noche? Te van a despertar con sus ruidos, no vas a poder dormir. Además les gusta morder todo lo que encuentran hasta romperlo: tus zapatillas, tus juguetes, los cables, las patas de tu cama...

La carita de Nico era un poema, con los ojos abiertos de par en par. Lina prosiguió con su discurso.

—¿Y te has parado a pensar qué pasaría si no les gusta estar encerrados en una casa? Tal vez, se pondrían tristes. ¿Y qué harías, entonces? Mírales, los conejitos están contentos aquí en su propia casita.

Aunque no parecía del todo convencido, Nico se puso en pie y metió a Tipi dentro de su jaula. Él sabía que la tía Elke había venido a buscarle para ir a la piscina. Allí le estaban esperando ya sus amigos.

Katia sabía que el niño no iba a abandonar el tema así de fácil. Esto solo era una tregua porque, si algo definía a Nico, era su constancia y su fuerza de voluntad para conseguir las cosas que se proponía. Y era justo esos rasgos de su personalidad los que complacían tanto a su padre como a ella, por más que eso trajera consigo el hecho de tener que armarse de paciencia las veces que Nico se empeñaba en algo que, en principio, no le permitían. Entonces daba comienzo su lenta y ardua lucha por conseguirlo.

“Lo que nos queda...”, se dijo para sus adentros mirando de reojo al tenaz niño y sonrió con ternura al verle despedirse con su manita de los dos conejos.

—¿Son estas las flores que querías? —le preguntó Elke con preocupación.

Katia asintió contenta.

—Son preciosas... — Lina tomó una rosa de la mesa y aspiró su delicado y penetrante aroma —. ¡Mmmh, qué bien huelen!

Katia le dio la razón y empezó a cortarles los tallos a la altura necesaria.

—¿Estás segura de que no necesitas ayuda, Katy? Puedo llamar a Marius para que venga.

—No hace falta, Lina. Ve a tu cita tranquila. Yo tengo todo controlado.

—Queda una caja de rosas, voy a traértela y después me voy.

Katia asintió agradecida. Era consciente de que, sin la ayuda de Lina, no hubiera podido terminar a tiempo.

Elke tomó la mano de Nico y se dispuso a marcharse.

—Después de llevar a Nico a la piscina voy a venir a ayudarte, Katy, querida.

—Gracias, tía.

Se despidió del niño y de la tía Elke y les observó desaparecer junto a Lina tras la puerta de salida del laberinto.

Recordaba como si hubiera sido ayer, el día en que la tía Elke apareció en el hospital, entre avergonzada y nerviosa, para pedirle perdón a Katia por haberla tratado de una forma tan ofensiva e injusta como lo había hecho.

Desde entonces, Elke la había empezado a considerar como a un miembro de la familia y Katia se lo agradecía. Sabía que no era fácil cambiar la forma de tratar a una persona, sobre todo cuando uno está lleno de prejuicios y de animadversión hacia alguien a quien se considera un aprovechado. Y todo porque ella quería defender a la madre de su sobrino-nieto a capa y espada.

—Qué ciega había estado —, le había dicho, arrepentida de no haberse fijado en los extraños comportamientos de Nora —. Yo quería proteger a Nico de todo mal, sin darme cuenta de que quien le hacía daño era precisamente de la familia.

Era comprensible que Elke considerara inconcebible una situación semejante. Katy estaba

segura de que, de no ser porque la tía había vivido la salvaje acción de Nora en primera persona, nunca jamás hubiera creído que la “dulce” madre de Nico pudiera hacer daño a nadie de manera intencionada.

Ahora que Eleonora estaba en una cárcel de alta seguridad, en otro Estado Federal del Este de Alemania, se sentían todos más tranquilos.

Katia repartió todas las rosas en cubos con agua junto a las otras que había recogido en el jardín de rosas del laberinto. Separó por grupos los ramos con las que iban a decorar las sillas de los invitados, situadas a lo largo del pasillo alfombrado. El arco de madera lo pensaba decorar con las bellas y rozagantes rosas blancas. Justo debajo, Érick y ella se darían al día siguiente el “Sí, quiero”.

De pensarlo se le pusieron los pelos de punta. Deseaba que ese día fuera esta vez perfecto. Sin embargo, un miedo irracional a que volviera a ocurrir un desastre la inquietaba. Temía que la mala suerte volviera a poner su vida de patas arriba y le estallara en su cara la pompa de felicidad en la que había estado viviendo desde que Érick le había declarado su amor.

Sacudió la cabeza para espantar los malos augurios. Tan solo le quedaba un día para terminar los preparativos de su boda. Lo bueno era que solo tenía que colocar los arreglos florales y confirmar que el catering, que Érick y ella habían contratado, llegaría puntual para servirse en las mesas con manteles de seda blanca, que habían preparado alrededor de la fuente.

Su hermoso vestido de novia ya estaba colgado de una percha en el armario. De su primer traje no quería saber nada porque, sin querer, había formado parte del conjunto de mala suerte que había sufrido ese viernes trece. De todas formas, al final, había terminado sucio, rasgado y con los bajos deshilachados. Un completo desastre, tal y como había sido aquel día.

Volvió a ponerse nerviosa, así que tomó un cubo y aceleró el paso para llegar a la primera silla del pasillo. Sacó del bolsillo de su delantal de trabajo un rollo de cinta de tafetán blanco, lo cortó de modo que le quedara una tira larga y, con movimientos hábiles, anudó un precioso ramillete a la silla y lo decoró con un lazo pomposo.

—¿Dónde pongo esto?

Katia reconoció la voz de inmediato. Se enderezó sin querer volver la vista atrás. En ese momento, tuvo la certeza de que los presentimientos que había estado teniendo de que algo malo iba a suceder se habían convertido en realidad.

Poco a poco, Katy fue girando su cabeza hasta que la vio.

Se había cortado su melena rubia al estilo garçon y el vestido entallado que llevaba destacaba su voluptuosa figura. Ocultaba su fría mirada azul bajo unas gafas de sol.

—¿Qué haces aquí? —le espetó Katy indignada.

La vio elevar la caja que traía entre sus manos.

—La dependienta de la tienda que me dijo dónde podía encontrarte, me pidió que te diera esto de paso.

—Déjalo sobre la mesa y vete.

Katia deseaba que esa “persona” desapareciera por dónde había venido, sin embargo Debby parecía tener otras intenciones. Colocó la caja donde le habían dicho y miró con interés a su alrededor hasta que su atención volvió a recaer sobre Katia.

—¿Quieres que te ayude?

—Quiero que te vayas.

—Estuve hablando con Maik. Me contó por lo que tuviste que pasar. Yo... Lo siento mucho, Katy. De verdad. Yo solo quería lo mejor para ti.

Se tenía que haber imaginado que su ex novio seguía en contacto con su ex amiga. Katia

apretó los puños con fuerza.

—¿Lo mejor para mí? ¿En serio piensas que me voy a creer que luchaste por quitarme a mi novio, me engañaste y me dejaste tirada, por mi bien? ¿Pues sabes lo que yo creo? Que nunca fuiste mi amiga de verdad. No vengas ahora buscando redención, porque yo no te voy a perdonar nunca lo que me hiciste.

A Deborah le tembló el labio inferior y se le bajaron los hombros, pero en seguida recompuso su compostura.

—Tal vez no lo quieras ver, Katy, pero casarte con Maik no te hubiera hecho feliz. Él no era el hombre indicado para ti. Esa vida que él te ofrecía no era para alguien como tú.

—¡Ah! Ahora me vienes con tus patrañas de sabiduría rancia. Pero, ¿sabes qué? ¡Maik y yo éramos perfectos el uno para el otro!

—Si eso es verdad, ¿por qué no volviste con él cuando te lo pidió? Él ya te explicó lo que pasó. Yo fui la culpable. Confieso que le arrastré para alejarte de él, porque sabía que tú no le ibas a dejar nunca. Eras demasiado... fiel e ingenua en tus relaciones.

—Una tonta, ¿no? Y tú eras la lista que tenía que enseñarme el camino, ¿a que sí?

Debby negó con la cabeza.

—Nunca pensé que fueras tonta. Sé que actué mal... muy mal. Pero no quería que cometieras un error. Lo hice por ti, pero no medí las consecuencias... Me siento fatal por todo lo que tuviste que pasar.

—Las buenas amigas se respetan, se protegen y saben que pueden confiar la una en la otra siempre. ¡Tú me fallaste en todo!

—Intenté hablar contigo, Katy. Pero estabas tan ilusionada con casarte que ni siquiera me escuchabas.

—¿No sería que te morías de envidia de que yo tuviera novio y me fuera a casar antes que tú?

—No, Katia. Por favor, mírate ahora. Mira a tu alrededor. Sé que actué mal, pero compara tu nueva vida con la que llevabas antes con Maik. ¿Ves las diferencias? Yo sí las veo.

Katy guardó silencio sin dejar de mirar con dureza a su antigua amiga. No pensaba darle la razón.

—A Maik no le gustan las plantas, tú las adoras y ahora tienes hasta un laberinto de hierbas. Maik es alérgico a los perros, pero a ti te encantan y sé que ya tienes uno. Maik te quería, pero tú a él no y lo sabes. Te dejabas llevar, engañándote a ti misma. Al final, ibas a acabar divorciándote.

—Pero era mi vida, Deborah. ¡Yo tengo derecho a equivocarme! Aunque tengas razón, lo que hiciste estuvo mal, fuiste cruel e insensible conmigo. Si hubieras sido así de sincera conmigo entonces, tal vez te hubiera hecho caso y hubiera terminado con Maik. Porque yo confiaba en ti, eras como una hermana para mí.

—Lo sé... Cuando me di cuenta de lo que te había hecho, ya era muy tarde para dar marcha atrás. Ahora, solo quiero que sepas que te deseo todo lo mejor.

Recordó, de pronto, el mensaje que Debby le había enviado justo antes de que Katia llegara al Ayuntamiento para casarse. “Solo quería decirte que lo que te va a pasar hoy es lo mejor que te podía ocurrir”. Eso le había escrito la persona que decía ser su amiga, de camino a Hamburgo.

Una rabia intensa se apoderó de ella. Sin embargo, se obligó a mantener la calma. La brisa movió las guirnaldas con forma de corazón, que adornaban las ramas de los árboles. Observó su grácil movimiento y volvió a ver ante sus ojos a Nico ayudándole a hacerlas y a Erick subido a una escalera de mano esforzándose en colgarlas de forma que quedaran bonitas.

Aunque Katy no quisiera, tenía que darle la razón a Deborah. Ella nunca antes había

experimentado un amor tan profundo como el que sentía por Érick y por Nico.

Comprendió, entonces, que las circunstancias habían cambiado. Debby ya no significaba nada en su vida y nunca más iba a formar parte de ella. Pero entendía que no podía cargar a Deborah con toda la responsabilidad de lo que le había ocurrido. ¡Qué iba a saber ella que con su acción, Katy se iba a quedar en la calle por falta de dinero!

No. Ya era hora de pasar página. El rencor solo iba a hacerle daño a ella misma.

Volvió a mirar a esa chica, que había significado tanto en su vida, y asintió quitándose de encima todos los resentimientos.

—Gracias, Debby... por venir y por disculparte. No sabes el bien que me has hecho. Yo también espero que seas feliz.

Su inesperado cambio de actitud pilló a Deborah desprevenida, lo que pareció desarmarla. Bajo sus gafas de lentes negras surgió una gruesa lágrima rodando por su mejilla izquierda.

El estridular de los grillos y el canto de los pájaros envolvieron su silencio.

Ambas sabían que no tenían nada más que decirse.

Debby titubeó, pero cuando vio que Katia daba un paso atrás, segura de sí misma, decidió dejarla en paz y marcharse.

Se despidieron de forma breve, con un adiós desgarrado que sonaba al corte de un cuchillo afilado. Sus caminos volvían a separarse. Esta vez, quizás, para siempre.

Katy no la iba a echar de menos.

El pasado había quedado cerrado. Suspiró con alivio al verse sola de nuevo. Debby se había llevado con ella los malos presagios que la habían estado persiguiendo los últimos días.

Aspiró la sutil fragancia de las rosas de su jardín y sintió su mente relajarse. Su antigua amiga estaba en lo cierto: Nada era igual que antes, ahora era todo infinitamente mejor.

Érick y Katia se hicieron un selfie con la gigantesca caldera volcánica de las Cañadas del Teide detrás de ellos. La foto quedó espectacular. De inmediato, Katia la marcó como “favorita”. Más tarde se la enviaría en un mensaje a la tía Elke para que se la enseñara a Nico y vieran el deslumbrante paisaje que podía disfrutarse desde la estación superior del cono volcánico.

El barco en el que estaban haciendo un crucero alrededor de las Islas Canarias se quedaría dos días anclado en el puerto de aquella maravillosa isla de Tenerife para que los pasajeros pudieran conocerla a fondo antes de continuar su rumbo hacia la isla volcánica de La Palma. Todavía les quedaba más de una semana para volver de nuevo a Alemania.

A pesar de que echaban de menos a su hijo, los dos estaban disfrutando de su luna de miel a tope. Entrelazaron sonrientes sus manos y se dirigieron con el resto del grupo de vuelta al teleférico.

Katy echó un último vistazo a su alrededor. Desde ahí se podían observar todas las islas que configuraban el archipiélago español y el azul marino del Océano Atlántico se unía en el horizonte con el cielo en una fina línea de color celeste.

Aquel era un lugar mágico, pensó Katia mirando a su alrededor mientras llenaba sus pulmones con el fresco aire de alta montaña.

Desde el inolvidable día de su boda, Katy parecía vivir en una nube de esponjosa dicha. Érick y ella no solo se amaban, sino que se complementaban y se entendían a la perfección. Katy era consciente de la suerte que había tenido de encontrar a su media naranja, a su hombre ideal, nada más y nada menos que en el “tío bueno de las manzanas”.

Subieron al autobús que les llevaría a ver Playa de las Américas. Delante de ellos la carretera

continuaba recta, en medio de un extenso mar de roca volcánica negra de extraña belleza, hasta que empezaron las curvas vertiginosas bajando la montaña rumbo al sur.

Katia pensó en los giros que había dado su vida. Lo aceptara o no, hasta ese momento había estado desorientada, metida hasta el fondo en una confusa encrucijada de problemas. En esas circunstancias, había sido difícil ver el fin entre toda esa maraña de sentimientos contradictorios y dolorosos acontecimientos que nunca jamás olvidaría.

Y, sin embargo, no podía negar que había aprendido mucho de sí misma, de su afán de superación, de su capacidad de creer en ella y, lo más importante, de la necesidad de perdonarse a sí misma, aceptando todo lo que había pasado como experiencias vividas, que formaban parte de su historia personal.

Aunque tenía claro que no debería volver nunca a abandonarse ni a cerrar los ojos, creyendo que todo iba a salir bien “porque sí”, había vuelto a confiar porque su corazón le decía a gritos que se entregara a la persona adecuada.

Se quedó un buen rato observando el masculino perfil de Erick hasta que él se dio cuenta y volteó a mirarla.

—¿De qué te ríes con tanta picardía?

¡Ups! La había pillado complaciéndose de su atractivo físico y de la fortuna de tenerle a su lado.

—Me río porque soy muy feliz.

A él le gustó la sinceridad de su respuesta. Un brillo en su mirada penetrante resplandeció como una promesa de amor eterno. Sonrió de oreja a oreja y la atrajo hacia él para envolverla entre sus fuertes brazos y darle un largo y ardiente beso en la boca.

—Tú me haces feliz a mí, amor —le susurró él al oído provocándole a ella dulces cosquillas en la parte más sensible de su cuello y de su corazón.

Katia sonrió de dicha plena y se dio cuenta, entonces, de que lo había conseguido. Estaba en paz consigo misma. Había encontrado la salida de su propio laberinto.
